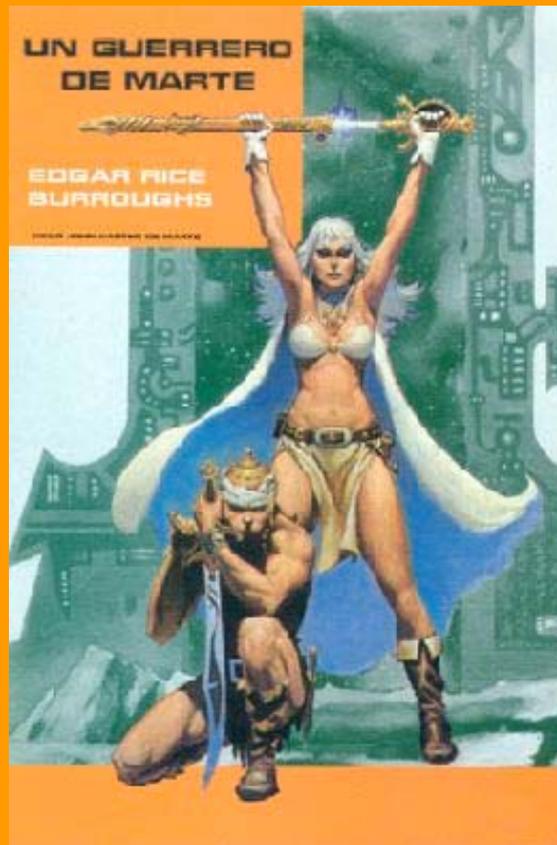


# UN GUERRERO DE MARTE



Saga de Marte/7

*Edgar Rice Burroughs*

Título original: A Fighting man of Mars

Traducción: Román Goicoechea Luna

© 1931 by Edgar Rice Burroughs

© 2001 Editorial Río Henares

ISBN: 84-957-4101-6

Edición digital: Librodot

Revisión: Sadrac

R6 06/03

## PREFACIO

Correspondía a Jason Gridley de Tarzana, descubridor de la Onda Gridley, el mérito de haber establecido comunicación por radio entre Pellucidar y el mundo exterior.

Tuve la buena suerte de visitar con frecuencia su laboratorio en la época en que llevaba a cabo sus experimentos y, además, de recibir sus confidencias, de ahí que fuera plenamente consciente de que al tiempo que confiaba en establecer comunicación con Pellucidar apuntaba hacia logros todavía más sorprendentes: deambulaba por el espacio tratando de establecer contacto con otro planeta; ni siquiera intentó negar que la meta que satisfaría su ambición era la de establecer comunicación por radio con Marte.

Gridley había construido un sencillo aparato automático que lanzaba señales intermitentemente y registraba todo lo que se recibiera durante su ausencia.

Durante un espacio de tiempo de cinco minutos, la Onda Gridley lanzó al éter una simple señal codificada formada por dos letras: «J. G.», produciéndose a continuación una pausa de diez minutos. Hora tras hora, día tras día, una semana después de otra, estos silenciosos e invisibles mensajeros corrieron hacia los últimos rincones del espacio infinito, y después de que John Gridley salió de Tarzana para embarcarse en su expedición de Pellucidar, me encontré arrastrado a su laboratorio por el señuelo de las inquietantes posibilidades que ofrecía su sueño, así como por la promesa que le había hecho de que me ocuparía, de vez en cuando, de comprobar que el aparato funcionaba debidamente y de examinar los instrumentos de registro para ver si había alguna indicación de que las señales hubieran sido recibidas y contestadas.

Mi íntima asociación con Gridley me había permitido obtener unos conocimientos bastante buenos sobre el funcionamiento de sus aparatos y suficientes sobre el código Morse como para permitirme recibir mensajes con una precisión y una velocidad satisfactorias.

Pasaban los meses y el polvo se iba acumulando por todas partes, excepto en las piezas móviles del aparato de Gridley, y la blanca cinta del receptor telegráfico que debería recibir cualquier señal de respuesta seguía conservando su virginal pureza. Entonces hice un breve viaje a Arizona.

Después de una ausencia de diez días, más o menos, lo primero que me preocupó fue revisar el laboratorio de Gridley y los instrumentos que me había confiado. Penetré en la familiar sala y encendí las luces convencido de que sólo encontraría la misma falta de respuesta a la que ya me había acostumbrado.

A decir verdad, la esperanza de éxito no había arraigado profundamente en mi interior y tampoco Gridley se sentía muy optimista: lo que hacía era un simple experimento. Consideró que valía la pena el esfuerzo y yo, por mi parte, pensé que también valía la pena prestarle cuanta ayuda pudiera, por pequeña que fuera.

De ahí que me sintiera invadido por una sensación de asombro, que alcanzó la magnitud de una descarga eléctrica cuando vi en la cinta del receptor las conocidas marcas de los puntos y las rayas del código.

Ni que decir tiene que me daba cuenta de que quizá algún otro investigador hubiera duplicado el descubrimiento de Jason de la Onda Gridley y el mensaje tuviera su origen en la Tierra o, tal vez, podía ser un mensaje del propio Jason en Pellucidar. Sin embargo, cuando lo descifré acabé con todas las dudas. Era de Ulysses Paxton, capitán que fue de la Infantería de los Estados Unidos, quien, milagrosamente transportado desde el campo de batalla de Francia hasta el seno del gran Planeta Rojo, se había convertido en la mano derecha de Ras Thavas, el cerebro maestro de Marte, y más tarde en esposo de Valla Dia, hija de Kor San, jeddak de Duhor.

Por decirlo en pocas palabras, el mensaje explicaba que en Helium se venían recibiendo misteriosas señales desde hacía meses y, aun cuando no habían sido capaces

de descifrarlas, tenían la sensación de que procedían de Jasoom, nombre con el que el planeta Tierra es conocido en Marte.

Como John Carter no estaba en Helium, un astronauta veloz había sido enviado a Duhor con la petición urgente de que Paxton regresara de inmediato a las ciudades gemelas para tratar de determinar si verdaderamente las señales que se estaban recibiendo tenían su origen en el planeta que le había visto nacer.

A su llegada a Helium, Paxton reconoció al instante las señales de código Morse y despejó las dudas de los científicos marcianos de que en la búsqueda de la solución de las intercomunicaciones entre Jasoom y Barsoom se había logrado ya, por lo menos, algo tangible.

Los repetidos intentos por transmitir las señales de respuesta a la Tierra fueron infructuosos y entonces las mentes más privilegiadas de Helium pusieron mano a la tarea de analizar y reproducir la onda Gridley.

Pensaban que, por fin, habían tenido éxito. Paxton había enviado su mensaje y ellos esperaban ansiosos el acuse de recibo.

Desde entonces me he mantenido en comunicación casi constante con Marte, pero por lealtad a Jason Gridley, en cuyo haber hay que anotar todo el crédito y todos los honores, no he hecho ningún anuncio oficial ni facilitaré información importante alguna. Lo dejo para cuando él regrese al mundo exterior. Creo, sin embargo, que no traiciono ningún secreto si les cuento la interesante historia de Hadron de Hastor, que Paxton me relató una noche, no hace mucho tiempo.

Confío en que les guste tanto como a mí.

Pero, antes de ir adelante con el relato, quizá mis lectores encuentren interesante una breve descripción sobre las razas principales de Marte, su organización política y militar y algunas de sus costumbres. El aspecto físico de la raza dominante, en cuyas manos están el progreso y la civilización —sí, la vida de Marte propiamente dicha— sólo difiere un poco del nuestro. Las diferencias más notables en relación con el modelo anglosajón son su cutis de un color cobre rojizo claro y el hecho de que son ovíparos. Aunque no sólo, también hay otra: su longevidad. Un millar de años es un ciclo vital natural de un marciano, aunque debido a las actividades bélicas y los frecuentes asesinatos entre ellos son pocos los que culminan dicho ciclo.

Su organización política en general ha cambiado poco a lo largo de incontables eras; la unidad sigue siendo la tribu, a cuya cabeza se encuentra un jefe, llamado también jed, que corresponde al rey de nuestra época moderna. A los príncipes se les conoce como jeds menores, mientras que el jefe de jefes, o cabeza de las tribus consolidadas, es el jeddak, o emperador, cuyo cónyuge es la jeddara.

La mayoría de los marcianos rojos vive en ciudades amuralladas, aun cuando muchos de ellos residen en casas de campo aisladas, aunque bien valladas y defendidas, dispersas a lo largo de las franjas de tierra ricamente irrigadas con lo que en la Tierra hemos dado en llamar los canales de Marte.

En el profundo sur se encuentra la región polar meridional, en la que reside una raza de hombres negros de gran belleza y extraordinaria inteligencia. También quedan allí restos de una raza blanca; mientras que las regiones polares septentrionales están dominadas por una raza de hombres amarillos.

Entre los dos polos, diseminados por todas las tierras residuales de los fondos marítimos muertos, habitando con frecuencia ciudades en ruinas de otras eras, encontramos a las aterradoras hordas verdes de Marte.

Los terribles guerreros verdes de Barsoom son los enemigos hereditarios de todas las demás razas que pueblan el planeta marciano. Son de estatura elevada y además de estar bien dotados con dos piernas y dos brazos cada uno, disponen de otro par de miembros intermedios que pueden usar, a su voluntad, como brazos o como piernas. Tienen los ojos en los lados extremos de la cabeza, ligeramente por encima del centro,

sobresaliendo de manera que los pueden dirigir hacia delante o atrás, con independencia uno del otro, lo que permite a estas asombrosas criaturas mirar en todas direcciones, o en dos direcciones al mismo tiempo, sin tener que volver la cabeza.

Las orejas, emplazadas un poco por encima de los ojos y más cercanas entre sí, son pequeñas antenas acopadas que sobresalen unos centímetros por encima de la cabeza, mientras que la nariz son simples ranuras longitudinales en el centro del rostro, a mitad de camino entre la boca y las orejas.

Sus cuerpos carecen de vello; el cuerpo es de color verde amarillento muy claro en la infancia, para oscurecerse hasta alcanzar la tonalidad verde oliva al alcanzar la madurez y los varones adultos son de color más oscuro que las mujeres.

El iris de sus ojos es de color rojo sangre, como en los albinos, mientras que la pupila es oscura. El globo ocular propiamente dicho es blanco, igual que los dientes, siendo estos últimos los que dan un aspecto feroz a unos rostros —que, por lo demás, resultan siempre aterradores y terribles— a medida que sus colmillos inferiores se curvan hacia arriba hasta terminar en puntas aguzadas que terminan en el punto en el que están situados los ojos de los seres humanos terrestres. La blancura de sus dientes no es la del marfil, sino la de la porcelana nívea y más brillante. Sus colmillos sobresalen de la forma más sorprendente del fondo oscuro de sus pieles verde oliva, haciendo que estas armas presenten un aspecto singularmente formidable.

Forman una raza cruel y taciturna, totalmente desprovista de amor, simpatía o piedad.

Es una raza ecuestre que no anda por el suelo más que para desplazarse de un lado a otro en sus campamentos.

Sus monturas, a las que llaman thoats, son grandes bestias salvajes, cuyas proporciones armonizan con la de sus gigantes amos. Tienen ocho patas y anchas colas planas, más grandes en los extremos que en sus raíces. Mantienen las colas rectas mientras corren. La boca es enorme y parte en dos la cabeza, desde el morro a sus largos y robustos cuellos. Al igual que sus jinetes, carecen por completo de pelo y tienen la piel de color pizarra oscuro, demasiado liso y brillante, con excepción del vientre, que es blanco, y las patas, cuyas tonalidades van del pizarra de los hombros y las caderas al amarillo brillante de los pies. Los pies tienen gruesos almohadillados y carecen de uñas.

Como los hombres rojos, las hordas verdes son gobernadas por jeds y jeddaks, pero su organización militar no tiene el mismo detalle de perfección que la de aquellos.

Las fuerzas militares de los hombres rojos están perfectamente organizadas, siendo su principal arma la Marina, una enorme flota aérea de acorazados, cruceros y una variedad infinita de naves de menor porte hasta llegar a las aeronaves exploradoras monoplaza. Le sigue en orden de importancia la rama del servicio formada por la Infantería, mientras que la Caballería, que monta una raza de thoats pequeños similares a los que usan los gigantes verdes marcianos, se dedica principalmente a patrullar las avenidas de las ciudades y los distritos rurales que bordean los sistemas de riego.

La unidad básica principal, aunque no la más pequeña de la organización militar, es una utan, formada por cien hombres y mandada por un dwar ayudado por varios padwars, es decir, tenientes, más jóvenes que él. Un odwas manda una umak de diez mil hombres, mientras que su superior es el jedwar, que sólo es menor que el jed o rey.

La ciencia, la literatura, el arte y la arquitectura están, en algunos de los departamentos, más avanzados en Marte que en la Tierra, algo sorprendente si se considera la interminable batalla por la supervivencia que es la característica más marcada de la vida en Barsoom.

No sólo tienen que librar una continua batalla contra la Naturaleza, que lentamente va agotando su ya bastante depauperada atmósfera, sino que desde que nacen hasta que mueren han de enfrentarse a la terrible necesidad de defenderse de las naciones enemigas de su propia raza y de las nutridas hordas de guerreros verdes errantes del fondo del mar muerto, al tiempo que dentro de las murallas de sus propias ciudades hay

bandas de incontables asesinos, cuya demanda está tan bien reconocida que en determinadas localidades están agrupados en gremios.

A pesar de todas las sombrías realidades con las que tienen que enfrentarse, sin embargo, los marcianos rojos son gente feliz y social. Tienen sus juegos, danzas y canciones, y la vida social de una gran capital de Barsoom es tan alegre y magnífica como la que podríamos encontrar en las ricas capitales de la Tierra.

Son, por añadidura, gente valiente, noble y generosa, como lo indica el hecho de que ni John Carter ni Ulysses Paxton quieran regresar a la Tierra, si pueden quedarse.

Y, ahora, volvamos al relato que recibí de Paxton, a través de setenta millones de kilómetros en el espacio.

## CAPÍTULO I - Hadron de Hastor

Esta es la historia de Hadron de Hastor, guerrero de Marte, tal y como él mismo se la contó a Ulysses Paxton:

Soy Tan Hadron de Hastor, mi padre es Had Urtur, odwar del primer umak de las tropas de Hastor. Está al mando del buque de guerra más grande que Hastor haya aportado nunca a la armada de Helium, con capacidad para acomodar, como de hecho aloja, a los diez mil hombres del primer umak, junto con otros cinco mil barcos de guerra más pequeños y toda la parafernalia bélica. Mi madre es una princesa de Gathol.

Nuestra familia no es rica, excepto en el honor y, como valoramos éste por encima de las posesiones mundanas, elegí la profesión de mi padre, en vez de dedicarme a una carrera más rentable. Para llevar adelante mi ambición en mejores condiciones, me trasladé a la capital del imperio de Helium e hice el servicio en las tropas de Tardos Mors, jeddak de Helium, a fin de poder estar más cerca del gran John Carter, Señor de la Guerra de Marte.

Mi vida en Helium y mi carrera en el ejército fueron similares a las de muchos otros cientos de jóvenes. Pasé mis días de instrucción sin hacer notables logros. Ni por delante ni por detrás de mis compañeros, y a su debido tiempo me ascendieron a padwar del 91° umak, siendo asignado al 5° utan del 11° dar.

Al ser de noble linaje por parte de mi padre y haber heredado sangre real de mi madre, los palacios de las ciudades gemelas de Helium estuvieron siempre abiertos para mí y me introduje en buena medida en la alegre vida de la capital. Fue así como conocí a Sanoma Tora, la hija de Tor Hatan, odwar del 91° umak.

Tor Hatan sólo pertenece a la nobleza baja, pero es fabulosamente rico gracias a que los botines obtenidos en muchas ciudades los invirtió bien en terrenos de labranza y minas y, puesto que en la capital de Helium la riqueza cuenta mucho más de lo que importa en Hastor, Tor Hatan es un hombre poderoso, cuya influencia llega incluso hasta el trono del jeddak.

Nunca olvidaré la ocasión en que vi por primera vez a Sanoma Tora. Fue con ocasión de una gran fiesta que dieron en el palacio de mármol del Señor de la Guerra. Allí, reunidas bajo el mismo techo, se encontraban las mujeres más bellas de Barsoom, pero, a pesar de las espléndidas y radiantes bellezas de Dejah Thoris, Tara de Helium y Thuvia de Ptarth, el encanto de Sanoma Tora era tal que llamaba la atención. No diré que superaba al de las reconocidas reinas del encanto barsoomiano; sé que mi adoración por Sanoma Tora puede influir fácilmente sobre mi juicio, pero también otros subrayaron su esplendorosa belleza, que se diferencia de la de Dejah Thoris como la inmaculada belleza de un paisaje polar difiere de la hermosura de los trópicos, como la hermosura de un palacio blanco iluminado por la luz de la luna difiere de la belleza de su jardín a mediodía.

Cuando a mi solicitud me la presentaron, lo primero que hizo fue dirigir la mirada al emblema de mi armadura y, dándose cuenta de que yo sólo era un padwar, sólo se dignó

murmurar unas palabras condescendientes para dirigir a renglón seguido su atención al dwar con el que había estado conversando.

Debo reconocer que sentí mi orgullo herido y, sin embargo, fue precisamente el trato ofensivo que me había dado el que fijó mi determinación de conseguirla; siempre me ha parecido la más deseable la meta que más difícil parece de alcanzar.

Y así fue como me enamoré de Sanoma Tora, la hija del comandante en jefe del umak al que yo pertenecía.

Durante largo tiempo me resultó muy difícil cortejar a la muchacha lo más mínimo; de hecho, no volví a ver a Sanoma Tora durante muchos meses, tras nuestro primer encuentro, ya que cuando descubrió que, además de ser de baja graduación yo era pobre, me resultó imposible lograr que me invitara a su casa y el caso fue que no me la tropecé en ningún otro sitio durante largo tiempo, pero cuanto más inaccesible se me hacía, más la amaba hasta el extremo de dedicarle mis pensamientos en todo momento en que no estuviera realmente ocupado en desempeñar mis deberes militares, tanto que proyectaba planes cada vez más osados para poseerla. Incluso pasé por un ramalazo de locura al pensar en raptarla y pienso que podía haber llegado a ello de no encontrar alguna otra forma para verla, pero más o menos por esta época, un oficial compañero del 91°, en realidad el dwar del utan en el que yo estaba destinado, se apiadó de mí y me consiguió una invitación para una fiesta que daban en el palacio de Tor Hatan.

Mi anfitrión, que también era mi oficial comandante, nunca había advertido mi presencia hasta aquella noche y me sorprendió observar la calidez y cordialidad de su saludo.

—No se venda tan caro, Hadron de Hastor y déjese ver con más frecuencia por aquí —me dijo—. Le he estado observando y puedo profetizarle que llegará lejos en el servicio militar del jeddak.

Supe entonces, al decir que me había estado observando, que mentía, ya que era sabido que Tor Hatan demostraba una notoria laxitud en sus deberes como oficial comandante, de los que se ocupaba el primer teedwar del umak. Aun cuando no podía ni imaginarme cuál era la razón de su súbito interés por mí, resultaba muy agradable oírlo ya que, contando con ello, podría seguir, en cierto grado, mi acoso al corazón y la mano de Sanoma Tora.

La propia Sanoma Tora se mostró algo más cordial, sólo un poco más, que cuando nos conocimos, aun cuando era claro que prestaba más atención a Sil Vagis que a mí.

Y si hay algún hombre en Helium al que deteste en particular más que a ningún otro, ese es Sil Vagis, un desagradable esnob que hace ostentación del título de teedwar aunque, hasta donde pude averiguar, no tiene mando de tropas, sino que pertenece sencillamente, al Estado Mayor de Tor Hatan, principalmente, me figuro, gracias a las riquezas de su padre.

En tiempo de paz no queda otro remedio que apechar con tipos de esta especie, pero cuando se rompen las hostilidades y se pone al frente de las tropas el gran Señor de la Guerra, son los luchadores los que cuentan, no los ricos.

Fuera como fuera, el caso es que, aunque Sil Vagis me dio la tarde, como me estropearía muchas otras en el futuro, yo salí aquella noche del palacio de Tor Hatan con una sensación que estaba muy cerca de la euforia porque Sanoma Tora me había dado permiso para volver a verla en casa de su padre, cuando me lo permitieran mis deberes, para presentarle mis respetos.

Iba de vuelta a mi alojamiento acompañado por mi amigo el dwar y al comentarle la forma cálida en que me había recibido Tor Hatan se echó a reír.

—¿Lo encuentras divertido? —le pregunté— ¿Por qué?

—Como sabes, Tor Hatan es muy rico y poderoso y, pese a ello, es muy raro, como quizá te hayas dado cuenta, que le inviten a cualquiera de los cuatro lugares de Helium a los que se perecen por acudir los hombres más ambiciosos.

—¿Quieres decir los palacios del Señor de la Guerra, el jeddak, el jed y Carthoris? —le pregunté.

—Naturalmente —respondió— ¿Qué otros cuatro cuentan en Helium tanto como esos? Se supone que Tor Hatan —prosiguió— procede de la nobleza baja, pero sigo sospechando que no hay una sola gota de sangre noble en sus venas y uno de los hechos en que baso mis conjeturas es su reverencia aduladora y asustada por todo lo que guarde relación con la realeza: daría su alma sebosa porque le consideraran íntimo en cualquiera de esos cuatro lugares.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —pregunté.

—Muchísimo —replicó— porque, en realidad, gracias a eso te invitaron esta noche al palacio.

—Pues no te entiendo —le dije.

—Da la casualidad de que estaba hablando con Tor Hatan la mañana del día en que recibiste la invitación y, a lo largo de nuestra conversación, cité tu nombre. Él nunca había oído hablar de ti y, como padwar del 5° utan, no despertaste su interés en lo más mínimo, pero cuando le dije que tu madre era una princesa de Gathol, aguzó el oído y, cuando supo que eras recibido como amigo y en pie de igualdad en los palacios de los cuatro semidioses de Helium, se mostró casi entusiasta contigo. ¿Lo entiendes ahora? —concluyó soltando una carcajada.

—Ya lo creo —contesté—, pero te doy las gracias de todos modos. Todo lo que buscaba era la oportunidad y como quiera que estaba dispuesto a lograrla hasta recurriendo a acciones criminales, si era necesario, no me puedo quejar de los medios que se han empleado para obtenerla, por muy poco halagüeño que pueda resultarme.

Durante meses frecuenté el palacio de Tor Hatan, y siendo por naturaleza buen conversador y habiendo aprendido bien las majestuosas danzas de salón y los alegres juegos de Barsoom, no era, en modo alguno, un invitado mal recibido. Además, me propuse llevar a Sanoma Tora a uno u otro de los cuatro grandes palacios de Helium. Siempre era bien recibido por la relación consanguínea existente entre mi madre y el Hagan de Gathol, que se había casado con Tara de Helium.

Naturalmente, pensé que estaba progresando satisfactoriamente con mi cortejo, pero no lo bastante aprisa como para mantener el paso de los desbocados deseos de mi pasión. No había conocido el amor antes y pensaba que me moriría si no poseía pronto a Sanoma Tora, hasta el extremo de que cierta noche visité el palacio de su padre definitivamente dispuesto a poner mi corazón y mi espada a los pies de mi amada antes de abandonar su residencia y, aunque los naturales complejos de un enamorado me convencieron de que yo no pasaba de ser un despreciable gusano, y que habría estado totalmente justificado que ella lo rechazara desdeñosamente, estaba dispuesto a declararme para que se me considerara abiertamente como aspirante a su mano lo cual, después de todo, le da a uno más libertad, aun cuando no sea por completo al pretendiente favorito.

Fue una de esas noches encantadoras que trasforman el viejo Barsoom en un mundo embrujado. Thuria y Cluros se perseguían por el cielo lanzando su suave luz sobre el jardín de Tor Hatan, tiñendo de púrpura el césped rojo escarlata vivo y prestando extraños matices a los preciosos capullos de pimalia y sorapus, mientras los serpenteantes paseos, cubiertos de grava de piedras semipreciosas, devolvían millares de relámpagos luminosos que, revestidos con colores continuamente cambiantes, danzaban a los pies de las estatuas de mármol que prestaban un encanto artístico adicional al conjunto.

En uno de los espaciosos salones que se abrían sobre los jardines del palacio, un joven y una doncella estaban sentados en un enorme banco de rica madera de sorapus, un banco que hubiera llenado de gracia los salones del mismo gran jeddak, tan delicado y difícil era su rico dibujo, tan perfecta la talla del artesano maestro que lo construyó.

Sobre el correa de cuero del joven se veían las insignias de su grado y servicio: era un padwar del 91° umak. El joven era yo, Hadron de Hastor, y la muchacha que estaba conmigo, Sanoma Tora, hija de Tor Hatan. Yo había venido lleno de audaz determinación a suplicar por mi causa, pero repentinamente me di cuenta de lo poco que valía. ¿Qué podía ofrecer a la bella hija del rico Tor Hatan? Yo sólo era un padwar, y además pobre. Claro que había sangre real de Gathol en mis venas y eso, yo lo sabía, hubiera pesado en el ánimo de Tor Hatan, pero no soy dado a presumir y no podía recordar a Sanoma Tora las ventajas que se podrían derivar de ello, ni siquiera si hubiera sabido que influiría positivamente en su ánimo. No tenía, por tanto, cosa alguna que ofrecer, aparte de mi gran amor que quizá sea, después de todo, el mejor regalo que se pueden hacer entre el hombre y la mujer, y últimamente había pensado que Sanoma Tora podría amarme. Ella había enviado a buscarme en algunas ocasiones y, aunque en cada caso había sugerido que fuera al palacio de Tara de Helium, yo había sido lo bastante vanidoso como para pensar que no era esa la única razón por la que deseaba estar conmigo.

—Te noto distraído esta noche, Hadron de Hastor —dijo ella tras un silencio particularmente prolongado, durante el cual me había esforzado por formular mi declaración con algunas frases convincentes y llenas de gracia.

—Quizá —contesté—, pero es porque estoy tratando de encontrar las palabras con las que engalanar el pensamiento más interesante que jamás he tenido.

—¿Y cuál es? —me preguntó cortésmente, aun cuando sin mostrar excesivo interés.

—¡Que te amo, Sanoma Tora! —conseguí tartamudear sintiéndome incómodo.

Ella se echó a reír. Una risa que era como el tintineo de la plata sobre el cristal, bella pero fría.

—Eso era evidente desde hacía largo tiempo —dijo—, pero ¿por qué quieres hablar de ello?

—¿Y por qué no? —quise saber.

—Porque aunque correspondiera tu amor, no soy para ti, Hadron de Hastor —contestó fríamente.

—Entonces, ¿no puedes amarme, Sanoma Tora? —pregunté. —No he dicho tal cosa —me respondió.

—Entonces, ¿podrías amarme?

—Podría, si me permitiera a mí misma esa debilidad —dijo, pero ¿qué es el amor?

—El amor lo es todo —le contesté.

Sanoma Tora se echó a reír de nuevo.

—Si piensas que voy a unirme de por vida a un raído padwar, aunque le ame, estás equivocado —dijo arrogante—. Soy la hija de Tor Hatan, cuya riqueza y poder en nada tienen que envidiar a los de las familias reales de Helium. Tengo pretendientes cuya riqueza es tan grande que podrían comprarte mil veces. Este año, un emisario del jeddak Tul Axtar de Jahar vino a servir a mi padre; me había visto y dijo que regresaría y tú crees, que simplemente por amor, la que un día puede ser jeddara de Jahar se va a convertir en la esposa de un pobre padwar.

Su respuesta me soliviantó.

—Tal vez tengas razón —repliqué—. Eres tan hermosa que no parece posible que estés en un error, pero en lo más profundo de mi corazón no puedo por menos que sentir que la felicidad es el mayor de los tesoros que uno puede poseer y que el amor es el mayor de los poderes. Sin ellos, Sanoma Tora, incluso una jeddara es pobre, no lo dudes.

—Correré el riesgo —dijo.

—Confío en que el jeddak de Jahar no sea tan seboso como su emisario —dije, me temo que con bastante grosería.

—A mí me da igual que sea un barril de grasa con piernas si quiere hacerme su jeddara —replicó Sanoma Tora.

—Entonces, ¿no tengo esperanzas? —pregunté.

—No, mientras tengas tan poco que ofrecer, Padwar —contestó ella.

Fue entonces cuando un esclavo anunció a Sil Vagis y yo me marché. Nunca, en mi vida, había caído en un abatimiento tan profundo como el que se apoderó de mí mientras regresaba, sintiéndome desgraciado, a mi alojamiento, pero aun cuando parecía haber muerto cualquier esperanza, no renuncié a mi determinación de conseguir a Sanoma Tora. Si el precio que ponía era el de riqueza y poder, yo lograría poderes y riquezas. Cómo los iba a lograr era algo que no tenía claro del todo, pero yo era joven y para la juventud todo es posible.

Había estado dando vueltas en la cama, entre la seda y las pieles, desde hacía largo rato, desvelado, cuando un oficial de la guardia irrumpió repentinamente en mi cuarto.

—¡Hadron! —gritó— ¿Estás ahí?

—¡Sí! —respondí.

—¡Benditas sean las cenizas de mis antepasados! —exclamó— Temí no encontrarte.

—¿Y dónde iba a estar? —pregunté a mi vez— ¿Y a qué viene tanto jaleo?

—¡Tor Hatan, el viejo y gordo saco del tesoro, se ha vuelto loco! —exclamó.

—¿Qué Tor Hatan se ha vuelto loco? ¿Qué estás diciendo? ¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Jura que has secuestrado a su hija.

Me puse en pie de un salto.

—¡Sanoma Tora raptada! —grité— ¿Le ha pasado algo? Dime, aprisa. —Sí, se ha marchado, sin duda —respondió mi informante—, pero hay algo muy misterioso en todo esto.

Sin embargo, yo no esperé a oír más. Recogí mi correa y me lo fui poniendo mientras corría por la pista en espiral en dirección a los hangares situados en el techo del cuartel. Carecía de autoridad, y hasta de permiso, para coger un aparato, ¿pero qué importancia tenía todo eso cuando Sanoma Tora estaba en peligro?

Los centinelas del hangar trataron de detenerme y me preguntaron; no recuerdo lo que les contesté. Lo que sé es que tuve que haberles mentido, porque me permitieron subir a un rápido avión monoplaza y un instante después volaba en medio de la noche hacia el palacio de Tor Hatan.

Como el palacio se encuentra a poco más de dos haads del cuartel, llegué en un instante pero, cuando aterrizaba en el jardín, fuertemente iluminado en aquellos momentos, vi a mucha gente reunida y, entre ellos, Tor Hatan y Sil Vagis.

Salté de la carlinga del aparato y el primero de los citados corrió hacia mí con el rostro contraído por la ira.

—¡Así que eres tú! —gritó— ¿Qué excusa tienes? ¿Dónde está mi hija?

—Eso es lo que he venido a preguntar, Tor Hatan —contesté.

—Tú estás metido en esto —gritó—. Tú has raptado a mi hija. Ella le dijo a Sil Vagis que esta misma noche le habías pedido la mano en matrimonio y que ella se había negado.

—Le pedí su mano —acepté— y ella me la negó. Hasta ahí es verdad; pero si ella ha sido secuestrada, en el nombre de tu primer antepasado, no pierdas el tiempo tratando de involucrarme en este diabólico complot. Yo nada tengo que ver con esto. ¿Qué ha pasado? ¿Quién estaba con ella?

—Sil Vagis estaba con ella. Estaban paseando por el jardín —contestó Tor Hatan.

—¿Tú viste que la raptaban? —pregunté dirigiéndome a Sil Vagis— y sigues aquí ileso y con vida?

Empezó a tartamudear.

—Eran muchos —dijo—, Me superaban en número.

—¿Les viste? —pregunté.

—¡Sí!

—¿Y yo estaba entre ellos? —requerí.

—Estaba muy oscuro. No pude reconocer a ninguno de ellos; tal vez estaban disfrazados.

—¿Y te superaban en número? —le pregunté.

—Sí —respondió.

—¡Mientes! —exclamé— Si te hubieran cogido estarías muerto. Lo que hiciste fue echar a correr y esconderte, sin sacar siquiera un arma para defender a la muchacha.

—¡Eso es mentira! —gritó Sil Vagis— Luché con ellos, pero me vencieron.

Me volví a Tor Hatan.

—Estamos perdiendo el tiempo —dije—. ¿No hay nadie que nos pueda dar una pista sobre la identidad de estos hombres y la dirección que tomaron con sus aparatos? ¿Cómo y de dónde vinieron? ¿Cómo y hacia dónde se fueron?

—Está intentando confundirte, Tor Hatan —dijo Sil Vagis—. ¿Quién podía haber sido más que un pretendiente despechado? ¿Qué contestarías si te dijera que la insignia de los hombres que secuestraron a Sanoma Tora era la de los guerreros de Hastor?

—Contestaría que eres un embustero —respondí—. Si estaba tan oscuro como para no permitirte reconocer las caras, ¿cómo pudiste descifrar la insignia de sus correaes?

Llegados a este punto, otro oficial del 91° umak se me unió.

—Hemos encontrado a uno que quizá esté en condiciones de arrojar alguna luz sobre este asunto —dijo—. Suponiendo que viva lo bastante para hablar.

Los hombres habían estado buscando por los jardines de Tor Hatan y por la parte de la ciudad adyacente al palacio y varios de ellos venían hacia nosotros: trasladaban a un hombre al que dejaron sobre el césped, a nuestros pies. Su cuerpo, herido y magullado, estaba totalmente desnudo y permaneció tendido haciendo esfuerzos por respirar; un espectáculo que inspiraba compasión.

Un esclavo, al que habían enviado al palacio, regresó con algunos estimulantes y cuando le obligaron a tragar algunos, el hombre se recuperó ligeramente.

—¿Quién eres? —le preguntó Tor Hatan.

—Soy un guerrero de la guardia de la ciudad —contestó el hombre con voz débil.

Un oficial preso de excitación se acercó a Tor Hatan.

—Mis hombres acaban de dar con seis más en el mismo sitio donde descubrimos a este hombre —dijo— Todos están desnudos y en las mismas condiciones de magullamiento de éste.

—Quizá lleguemos, a fin de cuentas, al fondo de este asunto —dijo Tor Hatan y volviéndose al infeliz que estaba sobre el césped rojo, le ordenó que siguiera.

—Estábamos de patrulla nocturna por la ciudad cuando vimos un aparato que avanzaba sin luces. Cuando nos acercamos y encendimos una linterna pude echarle un vistazo, pero breve. No llevaba banderas ni insignias que indicara cuál era su origen y su diseño no se parecía al de ninguna otra nave que yo hubiera visto antes. Tenía una cabina larga, baja, cerrada a cada lado de la cual había montados dos cañones de aspecto muy raro. Esto fue todo lo que pude observar, excepto que vi que un hombre apuntaba uno de los cañones en nuestra dirección. El padwar que mandaba nuestra nave dio la orden de disparar inmediatamente sobre el intruso, al mismo tiempo que le gritaba. En ese instante, nuestra nave se disolvió en el aire e incluso el correae se me desprendió. Lo último que recuerdo es que yo iba cayendo...

Tor Hatan hizo que la gente se congregara a su alrededor.

—Tiene que haber alguien en los terrenos del palacio que haya visto algo de lo que ocurrió —dijo—. Os ordeno que no importa quién sea, quien quiera que tenga algún conocimiento de este asunto, tiene que hablar.

Un esclavo se adelantó y al acercarse a Tor Hatan le miró con arrogancia.

—Bien —preguntó el odwar—, ¿qué tienes que decir? ¡Habla!

—Tú lo mandas, Tor Hatan —dijo el esclavo—, de lo contrario yo no hablaría, porque cuando te haya dicho lo que vi me habré ganado la enemistad de un poderoso noble —dirigió una rápida mirada a Sil Vagis.

—Y si tu boca dice verdad, hombre, te habrás ganado la amistad de un padwar cuya espada está pronta a protegerte, incluso frente a un poderoso noble —dijo rápidamente echando, también yo, un vistazo a Sil Vagis, porque me rondaba el cerebro que lo que aquel tipo tenía que decir podía no ser demasiado halagüeño para el suave petimetre que se ocultaba detrás del título de un guerrero.

—¡Habla! —ordenó Tor Hatan con impaciencia— ¡Y cuídate muy mucho de mentir!

—A lo largo de catorce años, desde que me trajeron a Helium como prisionero de guerra tras la caída y el saco de Kobol, donde estaba en la guardia personal del jed de Kobol, he sido un fiel servidor de tu palacio, Tor Hatan —contestó el hombre— y en todo ese tiempo no te he dado motivos para que cuestionaras mi honradez. Sanoma Tora confiaba en mí y de haber tenido yo una espada aquella noche, quizá ella estaría todavía entre nosotros.

—¡Vamos, vamos! —gritó Tor Hatan— ¡Al asunto! ¿Qué es lo que viste?

—Este tipo no vio nada —saltó Sil Vagis—. ¿Por qué perder el tiempo con él? Sólo busca la gloria de un poco de notoriedad pasajera.

—¡Déjale hablar! —exclamé.

—Acababa de subir la primera rampa que conduce al segundo nivel del palacio —explicó el esclavo— camino del dormitorio de Tor Hatan para arreglarle el lecho de seda y pieles para que durmiera, como es mi costumbre, y 'al hacer una pausa un momento para mirar al jardín, vi que Sanoma Tora y Sil Vagis paseaban a la luz de la luna. Consciente de que no estaba bien que les espicara, estaba a punto de proseguir con mi tarea cuando vi un aparato que surgía silenciosamente de la oscuridad de la noche dirigiéndose al jardín. Usaba motores silenciosos y no llevaba luces. Parecía una nave fantasma y tenía un diseño tan extraño que aun cuando no fuera por otras razones hubiera atraído mi atención... pero hubo otras razones. Las naves que circulan de noche sin luces no lo hacen por buenas razones, por lo que me detuve a vigilar.

«Aterrizó silenciosa y rápidamente detrás de Sanoma Tora y Sil Vagis, quienes no se dieron cuenta de su presencia hasta que les llamó la atención el tintineo del pertrecho de uno de los muchos guerreros que salieron de su cabina baja al aterrizar. Sil Vagis se dio entonces la vuelta. Por un instante permaneció de pie, como petrificado y luego, cuando los extraños guerreros avanzaron hacia él, se dio media vuelta y echó a correr para esconderse entre los matorrales del jardín.

—¡Eso es mentira! —gritó Sil Vagis.

—¡Silencio, cobarde! —le ordené.

—Prosigue, esclavo —dijo Tor Hatan.

—Sanoma Tora no se dio cuenta de la presencia de los extraños guerreros hasta que la agarraron bruscamente por detrás. Todo sucedió con tal rapidez que apenas me dio tiempo para darme cuenta de lo que perseguían con su siniestros propósitos antes de que la atraparan. Cuando comprendí que mi ama era el objeto de este ataque nocturno eché a correr rampa abajo pero, lamentablemente, cuando llegué al jardín ya la habían arrastrado a bordo de su aparato. Incluso entonces, si hubiera tenido una espada podría, por lo menos, podía haber muerto al servicio de Sanoma Tora, porque llegué al misterioso aparato cuando subía a él el último guerrero. Le agarré por el correa y traté de tirarle al suelo, al tiempo que gritaba con todas mis fuerzas para alertar a la guardia del palacio, pero en ese momento uno de los compañeros que ya estaba a bordo sacó su larga espada y me amagó un violento golpe en la cabeza. Aunque tropezó y me dio de rebote, fue bastante para dejarme atontado un momento, lo que me hizo soltar al que tenía sujeto y caer sobre el césped. Cuando me recuperé la nave se había ido y la guardia de palacio salía entonces de su alojamiento, demasiado tarde. He hablado y he hablado la verdad.

La fría mirada de Tor Hatan se clavó en los ojos de Sil Vagis, que bajó la vista.

—¿Qué tienes que decir a esto? —exigió.

—Este individuo está a las órdenes de Hadron de Hastor —aulló Sil Vagis—, por eso no dice más que mentiras. Yo les atacé cuando vinieron, pero eran muchos y me vencieron. Y este tipo no estaba presente.

—Déjame ver tu cabeza —dijo entonces al esclavo. Cuando se arrodilló delante de mí vi que tenía un enorme verdugón violáceo a un lado de la cabeza, por encima de la oreja, justo donde se habría levantado un verdugón si una espada hubiera golpeado de canto y de rebote.

—Mira —dijo a Tor Hatan, indicándole el verdugón—, esto es prueba de la lealtad y el valor de un esclavo. Vamos a ver las heridas que ha recibido el noble de Helium quien, según sus propias palabras, luchó con una sola mano en un combate en el que llevaba las de perder. Sin duda en un encuentro semejante tiene que haber recibido por lo menos un arañazo.

—Salvo que sea un espadachín tan maravilloso como el gran John Carter —añadió el dwar de la guardia de palacio con soma apenas velada.

—Es un complot —chilló Sil Vagis—. ¿Aceptas la palabra de un esclavo, Tor Hatan, en vez de la de un noble de Helium?

—Yo confío en el testimonio de mis ojos y mis sentidos —respondió el odwar y dio la espalda a Sil Vagis para dirigirse de nuevo al esclavo. ¿Reconociste a alguno de los raptos de Sanoma Tora? —le preguntó—¿O pudiste ver su correa a sus insignias?

—No pude ver bien la cara de ninguno, pero sí que vi el correa y la insignia del que traté de sacar del aparato.

—¿Era la insignia de Hastor? —preguntó Tor Hatan.

—Por mi primer antepasado, no —replicó el esclavo lleno de convencimiento. Y tampoco era la insignia de ninguna otra ciudad del Imperio de Helium. El dibujo era desconocido para mí y, sin embargo, había algo que me era familiar y que me tiene preocupado. Creo que la he visto antes, pero no logro recordar cuándo y dónde. Al servicio de mi jed tuve que luchar contra invasores de muchas tierras y quizá fuera a alguno de ellos al que le vi una insignia similar, hace muchos años.

—¿Estás convencido, Tor Hatan —pregunté— de que las sospechas que Sil Vagis ha pretendido arrojar sobre mí carecían de fundamento?

—¡Sí, Hadron de Hastor!— respondió el odwar.

—Entonces, con tu permiso, me retiro —dije.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—A buscar a Sanoma Tora— contesté.

—Si la encuentras —respondió él— y me la devuelves sana y salva, será tuya.

Me limité a acoger su generoso ofrecimiento con una profunda inclinación de cabeza, porque pensé que Sanoma Tora tendría mucho que decir al respecto y, tuviera que decir algo o no, yo no quería tener por compañera a alguien que no viniera voluntariamente a mi lado.

Saltando a la carlinga del aparato en el que llegué, me elevé en medio de la noche y salí a toda velocidad en dirección del palacio de mármol del Señor de la Guerra de Barsoom porque, aunque la hora era avanzada, estaba decidido a verle sin perder un instante.

## CAPÍTULO II - Derribado

A medida que me acercaba al palacio del Señor de la Guerra vi signos de una desacostumbrada actividad para ser la hora que era. Llegaban y despegaban aparatos y

cuando sobrevolé la parte del tejado reservada a los aviones militares pude ver los de algunos de los oficiales de alto rango del Estado Mayor del Señor de la Guerra.

Siendo un visitante asiduo del palacio, bien conocido por los oficiales de la guardia personal del Señor de la Guerra, no tuve dificultades para ser admitido y encontrarme ahora esperando en el vestíbulo, justo al lado del despacho en el que el Señor de la Guerra acostumbraba conceder audiencias privadas, aguardando a que un esclavo me anunciara a su amo.

No sé cuánto tiempo estuve esperando. Quizá no fue mucho, pero me pareció una eternidad porque mi mente estaba atormentada con la seguridad de que la mujer a la que amaba estaba en un espantoso peligro. Estaba poseído por el convencimiento, ridículo tal vez, pero no por ello menos real, de que sólo yo podía salvarla y que cada minuto que me retrasara reducía sus oportunidades de recibir socorro antes de que fuera demasiado tarde.

Finalmente me invitaron a entrar y cuando estuve en presencia del gran Señor de la Guerra vi que estaba rodeado por los hombres que ocupaban los cargos mas elevados en los consejos de Helium.

—Supongo —dijo John Carter, yendo directamente al asunto— que lo que te trae aquí esta noche, Hadron de Hastor, se refiere al asunto del rapto de la hija de Tor Hatan. ¿Sabes algo, o tienes alguna idea que pueda arrojar luz sobre este caso?

—No —contesté—, he venido, simplemente para obtener tu permiso para salir en busca de alguna pista que me lleve a los secuestradores de Sanoma Tora.

—¿Dónde pretendes buscar? —preguntó.

—Aún no lo sé, señor —contesté—, pero la encontraré. Sonrió.

—Esa seguridad ya es una ventaja —convino— y sabiendo como sé lo que la impulsa, te concedo el permiso que deseas. Aunque el secuestro de una hija de Helium ya es en sí mismo lo bastante grave como para justificar el uso de todos los recursos para cazar a sus secuestradores y devolverla a su hogar, en este caso se da, además, un elemento que puede presagiar grandes peligros para el Imperio. Como si duda sabes, la misteriosa nave que se la llevó tenía montado un cañón del que salió una fuerza tan poderosa que desintegró por completo toda las piezas metálicas del aparato patrullero que trató de interceptarle y preguntarle. Incluso las armas y las placas metálicas de los correajes de los tripulantes se disiparon y desaparecieron, un hecho que fue comprobado sin lugar a dudas con el examen de los restos del aparato patrullero y los cuerpos de los tripulantes. Madera, cuero, carne, todo lo perteneciente a los reinos animal y vegetal que había a bordo del aparato lo encontramos disperso por el suelo donde cayó, pero ni el menor rastro de cualquier sustancia metálica.

—Estoy tratando de grabar esto en ti porque para mí es una posible pista sobre el emplazamiento, en general, de estos nuevos enemigos de Helium. Estoy convencido de que éste no ha sido más que el primer golpe, ya que cualquier armada que cuente con esos cañones podría tener fácilmente a Helium a su merced y, a decir verdad, pocas son las ciudades de Barsoom fuera del imperio que no se aferrarían con avidez a cualquier instrumento que les permitiera saquear las Ciudades Gemelas.

«Llevamos algún tiempo profundamente preocupados por el creciente número de naves perdidas por la Armada. En casi todos los casos, dichas naves estaban dedicadas a trazar los mapas de las corrientes de aire y a registrar las presiones atmosféricas en distintos lugares de Barsoom alejados del imperio y recientemente se ha evidenciado que la gran mayoría de estas naves que nunca regresaron fueron las que patrullaban por la parte sur del hemisferio occidental, una porción inhospitalaria de nuestro planeta de la que, lamentablemente, tenemos escasos conocimientos por el hecho de que no hemos desarrollado el comercio con los nada amistosos habitantes de este vasto dominio.

«Esto, Hadron de Hastor, es una mera sugerencia: sólo una vaguísima pista, pero te la ofrezco por lo que vale. Entre este momento y mañana a mediodía lanzaremos mil

aparatos exploradores monoplaza a la búsqueda de los secuestradores de Sanoma Tora; y no será eso todo. Cruceros y acorazados se unirán a la caza, porque Helium tiene que saber qué ciudad, o qué nación, ha desarrollado un arma tan destructora como la utilizada sobre Helium esta noche.

«Tengo la seguridad de que el arma es de invención muy reciente y que sea cual sea la potencia que la posee, todos sus esfuerzos estarán encaminados a perfeccionarla y fabricarla en tales cantidades que les convierta en amos del mundo. He hablado. Ve y que la fortuna te acompañe.

Me creerán si les digo que no perdí ni un segundo en disponerme a cumplir mi misión, ahora que contaba con la autorización de John Carter. Me dirigí a mi alojamiento y me apresuré a preparar mi partida, lo que consistió, principalmente, en hacer una cuidadosa selección de las armas y de quitarme el corraje bastante recargado que llevaba por otro de diseño más sencillo y de cuero más duradero y pesado. Mi corraje de combate es siempre el mejor y más sencillo que puedo obtener, confeccionado para mí por un famoso sastre de corrajes de Helium Menor. Mi equipo de armas era el normal, formado por una espada larga, un puñal y una pistola. También hice provisión de municiones adicionales y de unas raciones concentradas que comíamos todos los luchadores de Marte.

Mientras recogía todas estas sencillas necesidades que, junto con una simple piel para dormir, constituirían mi equipo, mi mente consideraba diversas explicaciones sobre la desaparición de Sanoma Tora. Busqué en mi cerebro hasta el recuerdo más nimio que pudiera sugerirme una explicación o que pudiera señalar la posible identidad de quienes la habían secuestrado. Y fue mientras estaba dando vueltas a estos recuerdos cuando rememoré la referencia que ella había hecho al jeddak. Tul Axtar de Jahar no entraba en el campo de mis recuerdos ni ningún incidente que pudiera señalar una pista. Recordé con toda claridad al emisario de Tul Axtar que había visitado la corte de Helium no hacía mucho tiempo. Le había oído presumir de las riquezas y el poder de su jeddak y de la belleza de sus mujeres. Quizá, por tanto, fuera aconsejable buscar en la dirección de Jahar tanto como en cualquier otra, pero antes de partir me decidí una vez más a visitar el palacio de Tor Hatan y preguntar al esclavo que había sido el último en ver a Sanoma Tora.

A punto estaba de salir cuando se me ocurrió otro pensamiento. Yo sabía que en el Templo de la Sabiduría podría encontrar ilustraciones o réplicas de las insignias y los corrajes de todas las naciones de Barsoom, sobre las cuales lo que se sabía en Helium era prácticamente nada. Por tanto, me dirigí inmediatamente al templo y con la ayuda de un empleado encontré un dibujo del corraje y la insignia de un guerrero de Jahar. En cuestión de segundos me hicieron, mediante un ingenioso proceso fotostático, una copia de dicha ilustración y con ella en la mano me apresuré a dirigirme al palacio de Tor Hatan.

El odwar estaba ausente —había ido al palacio del Señor de la Guerra—, pero su mayordomo llamó al esclavo, Kal Tavan, testigo del rapto de Sanoma Tora que forcejeó con uno de sus secuestradores.

Mientras se acercaba, le examiné con más detenimiento que cuando le conocí. Estaba bien formado, con rasgos bien definidos y el aire que delata a un luchador.

—¿Dijiste, creo recordar, que eras de Kobil?

—Nací en Tjanath —respondió—. Allí tenía mujer y una hija. Mi mujer cayó bajo la mano de un asesino y mi hija desapareció siendo una niña. Nunca he vuelto a saber de ella. Las escenas familiares de Tjanath me recordaban tiempos felices, lo que aumentaba mi dolor por no poder quedarme. Entonces me hice panthan y busqué prestar servicio en otras ciudades, así fue como serví en Kobil.

—Y allí conociste los corrajes y las insignias de muchas ciudades y naciones, ¿verdad? —pregunté.

—Sí —respondió.

—¿Qué correa y qué insignia son éstos? —le pregunté entregándole la copia de la ilustración obtenida en el Templo de la Sabiduría.

Los examinó brevemente y en sus ojos brilló una luz.

—¡Los mismos! —exclamó— ¡Idénticos!

—¿Idénticos con qué? —inquirí.

—Con el correa que llevaba el guerrero con el que forcejeé cuando robaron a Sanoma Tora —contestó.

—Ya conocemos la identidad de los secuestradores de Sanoma Tora —dije. Me volví al mayordomo—. Envíe un mensajero, sin pérdida de tiempo, al Señor de la Guerra informándole que la hija de Tor Hatan ha sido raptada por hombres de Jahar y que creo que son emisarios de Tul Axtar, jeddak de Jahar.

Sin añadir palabra, di media vuelta y salí del palacio, dirigiéndome a mi aeronave.

Mientras me elevaba sobre las torres y cúpulas y las elevadas rampas de aterrizaje de Gran Helium, dirigí la proa al oeste, abrí al máximo el regulador y me lancé a toda velocidad por el aire enrarecido del moribundo Barsoom en dirección a la vasta y desconocida extensión de su remoto hemisferio sudoeste, en algún lugar del cual estaba Jahar, hacia donde, ahora estaba convencido de ello, habían llevado a Sanoma Tora para convertirla no en la Jeddara de Tul Axtar, sino en su esclava, porque los jeddaks no se llevan a sus jeddaras a la fuerza de Barsoom.

Yo creía entender la explicación sobre el rapto de Sanoma Tora, una explicación que hubiera dado lugar a un gran disgusto ya que estaba lejos de ser aduladora. Pensaba que el emisario de Tul Axtar había informado a su amo sobre el encanto y la belleza de la hija de Tor Hatan, pero que su cuna no era lo bastante noble para convertirse en su jeddara, por lo que había adoptado la única medida por la que podría poseerla. Mi sangre hirvió ante este pensamiento, pero mi cerebro me dijo que sin duda era así.

Durante los últimos años —yo diría que los diez o veinte últimos— se habían hecho mayores progresos en la aeronáutica que todos los alcanzados antes, durante quinientos años.

La perfección de la brújula de control del destino realizada por Carthoris de Helium está considerada por muchas autoridades como el hito que marca una nueva era de la invención. Durante siglos pareció que nos habíamos estancado en el tranquilo lago de la autosuficiencia, como si hubiéramos alcanzado el no va más de la perfección más allá de la cual no podían esperarse mejoras ya que la considerábamos la cima más alta posible de los logros científicos.

Carthoris de Helium, heredero de la mente inquieta e inquisitiva de su padre, nacido en la Tierra, nos despertó. Nuestras mentes más privilegiadas aceptaron el reto y el resultado fue un rápido mejoramiento del diseño y la construcción de aeronaves de todo tipo, lo que condujo a una revolución en la construcción de motores.

Habíamos pensado que nuestros motores ligeros, compactos, de poderoso radio jamás podrían ser mejorados y que el hombre nunca llegaría a viajar, ni con seguridad ni de forma económica, a una velocidad más alta que la alcanzada por nuestras rapidísimas aeronaves exploradoras monoplasa —alrededor de mil cien haads por zode<sup>1</sup>, cuando un padwar, virtualmente desconocido, de la Armada de Helium, anunció que había perfeccionado un motor que desarrollaría el doble de velocidad de nuestros motores actuales, con la mitad de su peso.

Mi aeronave exploradora estaba equipada con este tipo de motor —un motor que, al parecer, no necesitaba combustible ya que derivaba su invisible e imponderable energía del inagotable e ilimitable campo magnético del planeta.

Había ciertas características básicas del nuevo motor que sólo el inventor y el gobierno de Helium conocían a fondo y se las guardaban celosamente. El eje de la hélice, que se

---

<sup>1</sup> Aproximadamente ciento sesenta y seis millas terrestres por hora

extiende hasta bien dentro del fuselaje del aparato está construido con numerosos segmentos laterales aislados entre sí. Alrededor de este eje, sosteniéndolo, hay una serie de cojinetes en forma de inducido por cuyo centro pasa.

Los cojinetes están conectados en serie con un aparato denominado acumulador a través del cual se dirige la energía magnética del planeta hasta los inducidos particulares que rodean el eje de la hélice.

La velocidad se controla aumentando o reduciendo el número de cojinetes de inducido en serie con el acumulador —lo que se realiza de la forma más sencilla con una palanca que acciona el piloto desde su posición en la carlinga en la que normalmente está tumbado boca abajo, con el cinturón de seguridad sujeto a unos resistentes anillos montados en la carlinga.

El límite de velocidad, según el inventor, depende exclusivamente de la relación fuerza—peso en la construcción del fuselaje. Mi aeronave exploradora monoplace alcanza fácilmente una velocidad de dos mil haads por zode<sup>2</sup>, y no hubiera podido soportar la tensión de un motor más potente, aunque sería fácil aumentar tanto la potencia del primero como la velocidad del segundo por el simple expediente de montar un eje de hélice más largo que llevara un número adicional de cojinetes de inducido.

Al experimentar con el nuevo motor en Hastor, el año pasado, se intentó hacer volar un aparato explorador a la excepcional velocidad de tres mil trescientos haads por zode<sup>3</sup>, pero antes de que la nave hubiera alcanzado la velocidad de tres mil haads por zode el propio motor la destruyó en pedazos. Ahora estamos tratando de alcanzar la mayor resistencia con el menor peso y si nuestros ingenieros lo logran veremos cómo aumenta la velocidad hasta alcanzar con facilidad, estoy seguro de ello, las siete mil haads por zode<sup>4</sup> ya que, al parecer, este maravilloso motor no tiene límite.

No menos maravillosa es la brújula de control del destino, obra de Carthoris de Helium. Basta con señalar con la aguja a cualquier punto de cualquiera de los hemisferios, abrir el regulador y echarse a dormir, si se desea. La aeronave le llevará a uno hasta su destino, descenderá hasta situarse a un centenar de metros del suelo y se parará, al tiempo que se pone en marcha un despertador. Realmente, es un artilugio muy sencillo, pero creo que John Carter lo ha descrito por completo en uno de sus numerosos manuscritos.

Para la aventura en la que me había embarcado, la brújula de control del destino tenía poco valor para mí, ya que no sabía el lugar exacto donde se encontraba Jahar. Sin embargo, la ajusté mas o menos en un punto a unos treinta grados de latitud sur, treinta y cinco grados de longitud este, ya que pensaba que Jahar se encuentra en algún lugar al sudoeste de ese punto.

Volando a alta velocidad, hacía largo rato que había dejado atrás las zonas cultivadas cercanas a Helium y cruzaba ahora sobre una llanura desolada y desierta de musgo ocre que recubría el fondo del mar muerto que antaño cubría un poderoso océano en cuyo seno se deslizaban los barcos de un pueblo feliz y próspero, ahora poco más que un recuerdo semiolvidado de las leyendas de Barsoom.

En los bordes de las mesetas que un día marcaron la línea costera de un noble continente volé por encima de los solitarios monumentos de aquella antigua prosperidad, las tristes y desiertas ciudades de la vieja Barsoom. Aun en ruinas, sigue habiendo una grandeza y una magnificencia que conserva el poder de asombrar al hombre moderno. Allá abajo, en dirección al fondo más profundo del mar, otras ruinas marcan el trágico camino que había recorrido la antigua civilización en su búsqueda de las aguas de su océano que se retiraban cada vez más, para terminar siendo una fácil víctima de las hordas merodeadoras de fieros hombres tribales verdes, cuyos descendientes son ahora

---

<sup>2</sup> Unas trescientas millas por hora.

<sup>3</sup> Alrededor de quinientas millas por hora; un haad mide 1949.0592 pies terrestres y un zode equivale a 2462 horas de la Tierra.

<sup>4</sup> Más de mil millas por hora.

los únicos gobernantes de muchos de estos fondos marítimos desiertos. Odiando y odiados, sin saber qué era el amor, la risa o la felicidad, vivían una existencia larga y fiera luchando entre ellos y contra sus vecinos y tomando como presas a los aventureros que se atrevían a penetrar más allá de los confines de su amargo y desolado dominio.

Por muy fieros y terribles que sean los hombres verdes, pocos son los que tienen una naturaleza tan cruel y han cometido tan sangrientas hazañas que han horrorizado los corazones de los hombres rojos, como las hordas verdes de Torquas.

La ciudad de Torquas, cuyo nombre toman, era una de las más soberbias y poderosas de la antigua Barsoom. Aunque lleva eras abandonada, excepto por las tribus errabundas de hombres verdes sigue estando marcada en todos los mapas, y como se encuentra directamente en mi camino de búsqueda de Jahar y nunca la había visto, había fijado mi curso deliberadamente para pasar por encima y cuando, a distancia, vi sus elevadas torres y almenas, sentí que me invadía la excitación y el reto de la aventura que las ciudades fantasmas de Barsoom ejercen sobre nosotros, los hombres rojos.

Reduje la velocidad y descendí un poco al acercarme a la ciudad, para tener una buena vista de ella. ¡Qué ciudad tan hermosa tuvo que haber sido en su época! Incluso hoy, después de todas las edades que han pasado desde que sus amplias avenidas latían con la vida de los felices y prósperos habitantes, sus grandes palacios siguen de pie en todo su glorioso esplendor que el tiempo y los elementos han suavizado y serenado, pero no destruido del todo.

Mientras describía círculos a baja altura sobre la ciudad vi kilómetros de avenidas que no conocían la huella del pie humano desde hacía incontables eras.

Las losetas de piedra del pavimento estaban cubiertas de musgo ocre y aquí y allá se veía algún árbol escuálido o arbusto grotesco de una de esas variedades que de algún modo se las arreglan para medrar en terrenos baldíos. Los patios silenciosos, vacíos, alegres jardines en tiempos más felices, parecían ojos fijos en mí. Veía algunos tejados hundidos, pero casi todos estaban intactos, soñando, sin lugar a dudas, con la riqueza y la belleza que habían conocido en otros tiempos y podía ver, en mi imaginación, las sedas y pieles de los lechos tendidas al sol, mientras las mujeres se entretenían bajo alegres toldos de seda con sus correaes enojados lanzando destellos a cada movimiento de sus cuerpos.

Vi los estandartes flotando al viento en incontables miles de mástiles y los grandes navíos anclados en la bahía subían y bajaban siguiendo las ondulaciones del incansable mar. ¡Lo que era capaz de crear la imaginación a partir del silencio mortal de la ciudad abandonada! Entonces, cuando un círculo ancho oscilante me hizo pasar por encima del patio de un espléndido palacio que se abría sobre la gran plaza central de la ciudad, mis ojos pudieron contemplar algo que agitó mi hermoso sueño del pasado. Pude ver, directamente debajo de mí, una veintena de grandes thoats encerrados en lo que antaño pudo ser el jardín real de un jeddak.

La presencia de aquellas enormes bestias sólo significaba una cosa: que sus dueños verdes tenían que estar cerca.

Al pasar por encima del patio una de las inquietas bestias levantó los ojos, me vio y empezó a gruñir amenazadoramente de inmediato. Al instante, los restantes thoats, agitados por los gruñidos de su compañero, siguiendo la dirección de su mirada me descubrieron e iniciaron un pandemonio de gruñidos y quejidos que dieron lugar a lo que yo había previsto. Un guerrero verde saltó al patio desde el interior del palacio y tuvo tiempo para verme antes de que sobrepasara su línea de visión por encima del tejado del edificio.

Dándome cuenta inmediatamente de que no estaba en el sitio apropiado para detenerme, abrí el regulador y me lancé a una subida rápida para alcanzar mayor altitud. Al pasar por encima del edificio y atravesar la avenida que había delante pude ver que

unos veinte guerreros verdes salían de los edificios, escrutando el cielo. El guerrero de guardia les había advertido sobre mi presencia.

Me maldije por mi estupidez al haber corrido un riesgo innecesario por el simple placer de satisfacer mi curiosidad. Al instante inicié un vuelo en zigzag ascendente. Elevándome a la mayor velocidad que me fue posible, mientras el grito de guerra salvaje de los de abajo llegaba con claridad a mis oídos. Vi largos y amenazadores rifles que me apuntaban y oí el silbido de los proyectiles que pasaban a mi alrededor, pero aunque la primera descarga me pasó cerca, ni una sola bala alcanzó mi nave. En unos momentos estaría fuera de su alcance y seguro, aunque rogué a mis antepasados que me protegieran durante los breves instantes que se precisaban para situarme en lugar totalmente seguro. Pensé que lo había logrado, y estaba a punto de felicitarme por mi buena suerte cuando escuché el golpe sordo de un proyectil contra el metal de mi nave y, casi simultáneamente, la explosión del proyectil y me encontré fuera de alcance.

Airados gritos de desencanto llegaban claramente a mis oídos mientras volaba a toda velocidad en dirección sudoeste, aliviado por haber sido tan afortunado como para escapar sin sufrir daño alguno.

Ya había volado alrededor de setenta karads<sup>5</sup> desde que salí de Helium, pero era consciente de que Jahar podía estar todavía a entre cincuenta y setenta y cinco karads de distancia y me hice el propósito de no correr más riesgos como aquél del que había escapado con tanta fortuna.

Me estaba desplazando de nuevo a gran velocidad y apenas acababa de congratularme por mi buena suerte cuando, repentinamente, me di cuenta de que tenía dificultades para mantener la altitud. Mi aeronave perdía flotabilidad y casi al instante adiviné, como me lo confirmó luego una investigación, que uno de mis tanques de flotación había sido agujereado por el proyectil explosivo de los guerreros verdes.

Reprocharme mi descuido parecía una inútil pérdida de energía mental, aunque puedo asegurarles que era plenamente consciente de mi falta y de su posible consecuencia sobre la suerte de Sanoma Tora, ya que yo podía estar ahora totalmente eliminado de la continuación activa de su rescate. Los resultados que me afectaban no me abatieron tanto como pensar en el incuestionable peligro en el que tenía que encontrarse Sanoma Tora; mi obsesión por rescatarla había hecho que no entrara en mis consideraciones la menor posibilidad de fallo.

El percance suponía un grave golpe a mis esperanzas, pero no llegó a echarlas por tierra por completo ya que mi constitución es tal que nunca pierdo la esperanza de éxito en cualquier asunto, mientras me quede un hálito de vida.

Cuánto tiempo se mantendría a flote mi aeronave era algo difícil de precisar y como carecía de las herramientas necesarias para hacer reparaciones que conservaran lo que quedara en el depósito agujereado, lo mejor que podía hacer era aumentar mi velocidad de manera que pudiera cubrir la mayor distancia posible antes de verme obligado a aterrizar. La construcción de mi aeronave era tal que a elevadas velocidades tendía a mantenerse por sí sola en el aire con el mínimo de Octavo Rayo en sus depósitos de flotabilidad; pero yo sabía que no estaba lejos el momento en que tendría que aterrizar en estas tierras monótonas y desoladas.

Había cubierto ya alrededor de las dos mil haads desde que me tirotearon sobre Torquas, cruzando lo que había sido un extenso golfo cuando las aguas del océano inundaban las vastas planicies que ahora veía por debajo de mí, áridas y cubiertas de musgo. Podía ver, allá a lo lejos, unas colinas bajas que debieron marcar la línea costera sudoeste del golfo. El fondo del mar muerto se extendía hacia el noroeste hasta donde alcanzaba la vista, pero no era esa la dirección que yo quería tomar, por lo que aceleré para pasar por encima de las colinas confiando en que podría mantener la suficiente

---

<sup>5</sup> Una karad equivale a un grado de longitud.

altitud para cruzarlas, pero a medida que se acercaban rápidamente esa esperanza se extinguió en mi pecho y me di cuenta de que el fin de mi vuelo era cuestión de segundos. Fue en ese instante que vi las ruinas de una ciudad fantasma al pie de las colinas; no era una visión despreciable ya que casi siempre se encuentra agua en los pozos de estas ciudades antiguas, que han sido mantenidos por los nómadas verdes de las planicies.

Para ese momento ya me encontraba planeando a unos pocos ads<sup>6</sup> por encima de la superficie. Había reducido la velocidad todo lo que pude para evitarme un accidente grave al aterrizar, lo que aceleró el final ya que en aquel momento había aterrizado sobre la vegetación ocre a un haad escaso de la zona de pozos de la ciudad abandonada.

### CAPÍTULO III - Arrinconado

Mi aterrizaje fue muy desafortunado ya que me dejó al descubierto de quien estuviera en la ciudad, sin lugar alguno donde ocultarme si se daba la circunstancia de que las ruinas estuvieran ocupadas por una de las numerosas tribus de hombres verdes que infestan los fondos muertos del mar de Barsoom, instalando con frecuencia sus cuarteles generales en una u otra de las ciudades abandonadas que se extienden a lo largo de la antigua costa.

El hecho de que por lo general solían escoger habitar en el más grande y magnífico de los palacios antiguos y el que éstos estuvieran a cierta distancia de los pozos hacía bastante posible que, aun en el caso de que hubiera hombres verdes en la ciudad, pudiera alcanzar la seguridad de un refugio en alguno de los edificios más próximos, antes de que me descubrieran.

Mi aeronave estaba inutilizada y nada podía hacer más que abandonarla, de modo que me dirigí rápidamente hacia la antigua costa llevando conmigo solamente mis armas, municiones y unas cuantas raciones de alimentos concentradas. No pude determinar si llegué a los edificios sin ser observado o no; en cualquier caso, los alcancé sin ver señal alguna de criaturas vivientes.

Partes de muchas de estas ciudades antiguas están habitadas por los grandes simios blancos de Barsoom a los que, en muchos sentidos, hay que temer más que a los mismos guerreros verdes porque estas criaturas de aspecto humano no sólo están dotadas de una enorme fuerza y se caracterizan por su extremada ferocidad, sino que son, además, voraces comedores de hombres. Tan terribles que se dice que son las únicas criaturas vivas que pueden inspirar miedo en los pechos de los hombres verdes de Barsoom.

Conociendo los posibles peligros que se podían esconder dentro de las murallas de esta ruina, uno podía preguntarse por qué me dirigí a ellas, pero lo cierto es que no tenía otra alternativa segura. Allá fuera, en medio de la monotonía muerta del musgo ocre del fondo del mar no hubiera tardado en descubrirme el primer simio blanco o marciano verde que se dirigiera a la ciudad desde aquella dirección o que por casualidad surgiera del interior de las ruinas para dirigirse a los pozos. Por tanto, era necesario buscar abrigo hasta que cayera la noche, ya que sólo de noche podría viajar con seguridad por el fondo muerto del mar y, como la ciudad no me ofrecía ningún otro escondite cercano, no tuve más remedio que entrar en él. Puedo asegurarles que no estaba desprovisto de una extrema preocupación cuando trepé a la superficie de la amplia avenida que antaño rodeaba la playa de un activo puerto. A todo lo largo y ancho de su enorme espacio se elevaban las ruinas de lo que habían sido tiendas y almacenes, pero aquellas ventanas sin ojos todo lo que tenían delante era una escena de desolación. ¡Habían desaparecido los grandes navíos! ¡Ya no existía la ajetreada muchedumbre! ¡Ni el océano!

---

<sup>6</sup> Un ad mide alrededor de 9,75 pies de la Tierra.

Crucé la avenida y penetré en uno de los edificios más altos que, como observé, estaba coronado por una elevada torre. Toda la estructura, incluyendo la torre, parecía estar en excelente estado de conservación y se me ocurrió que si pudiera subir a la torre podría tener una excelente perspectiva de la ciudad y del territorio que estaba mas allá de ella, hacia el sudoeste, que era la dirección en la que pretendía seguir la búsqueda de Jahar. Llegué al edificio, aparentemente sin que nadie me viera, y cuando entré me encontré en un gran salón cuya naturaleza y finalidad ya no era posible discernir ya que habían desaparecido las decoraciones que podían haber adornado sus paredes en el pasado cualquier mueble que pudiera haber contenido, y que hubiera dado una pista sobre su identidad, había sido retirado largo tiempo atrás. Había una enorme chimenea en el extremo opuesto del salón y a un lado de la misma una rampa que conducía hacia abajo y otra que conducía hacia arriba en el lado contrario.

Agucé el oído durante un momento, pero no escuché sonido alguno ni dentro ni fuera del edificio, por lo que empecé a ascender la rampa confiado.

Y seguí subiendo un piso tras otro, cada uno de ellos formado por un solo salón grande, un hecho que terminó por convencerme de que el edificio había sido un almacén de mercancías que pasaban por este antiguo puerto.

Desde el piso superior una escalera de madera subía por el centro de la torre. Su armazón era sólido, de skeel macizo, prácticamente indestructible, de manera que aunque sabía que podía tener de quinientos mil a un millón de años de antigüedad no dudé un instante en confiar en ella.

El núcleo interior circular de la torre, por el que pasaba la escalera, estaba bastante oscuro. En cada descansillo había una abertura sobre el salón de la torre, pero como muchas de estas aberturas estaban cerradas, sólo llegaba al núcleo central una luz difusa.

Había ascendido hasta el segundo nivel de la torre cuando me pareció escuchar un sonido extraño debajo de mí.

No era más que un rumor, pero sobre la ciudad fantasma reinaba un silencio tan extremado que hubiera oído hasta el sonido más débil.

Haciendo una pausa en mi ascenso, miré abajo y presté oído, pero el sonido que no pude identificar no se repitió y seguí subiendo.

Teniendo la intención de subir hasta lo más alto de la torre que me fuera posible, no me detuve a examinar ninguno de los pisos por los que iba pasando.

Siguiendo mi ascenso hasta una distancia considerable, mi avance quedó finalmente bloqueado por un entablado de gruesos tablones que parecían formar el techo del pozo. A unos ocho o diez pies por debajo de mí había una puertecita que tal vez condujera a los niveles superiores de la torre, y no pude por menos que preguntarme por qué seguía subiendo la escalera por encima de esta puerta ya que si terminaba en el techo no tenía finalidad práctica alguna. Tanteando con los dedos por encima seguí el contorno de lo que parecía ser una trampilla. Afirmando mis pies sobre la escalera al máximo que pude subir, apliqué el hombro contra la barrera. En esta posición podía ejercer una considerable presión hacia arriba, hasta el extremo de que notaba que el entablado se levantaba y un momento más tarde, con el acompañamiento de unos crujidos suaves la trampilla se abrió hacia arriba, sobre sus antiguas bisagras de madera que no se usaban desde hacía tanto tiempo. Trepando al apartamento que había encima, me encontré en el nivel superior de la torre, que se elevaba unos doscientos pies por encima de la avenida. Ante mí estaban los restos podridos de un viejo y largo tiempo anticuado faro, como el que usaban los antiguos antes del descubrimiento del radio y de su práctica y científica aplicación a las necesidades de iluminación de la moderna civilización de Barsoom. Estas antiguas lámparas funcionaban con costosas máquinas que generaban electricidad y ésta, sin lugar a dudas, se usaba como faro para guiar a buen puerto a los antiguos marinos, por las aguas que antaño formaban oleaje al pie de la torre.

Este nivel superior de la torre me permitió disfrutar de una excelente vista en todas direcciones. Al norte y noreste se extendía un terreno inmenso. Hacia el sur había una cadena montañosa baja que se desviaba ligeramente hacia el noreste, lo que formaba en días pasados la línea meridional de la costa de lo que todavía se conoce como Golfo de Torquas. Pude ver, hacia el oeste, las ruinas de una gran ciudad que se extendía hasta las colinas, por cuyos costados había trepado al extenderse desde la orilla del mar. Allá, en la distancia, todavía podía discernir las antiguas casas de campo de los ricos, mientras que en primer plano había enormes edificios públicos, los más pretenciosos de los cuales habían sido construidos en los cuatro costados de un enorme cuadrángulo que podía ver fácilmente a escasa distancia de la costa. Allí, sin duda, estaba el palacio oficial del jeddak que un día gobernó este rico país del que la ciudad era la capital y puerto más importante, donde hoy sólo reina el silencio. Desde luego, era una vista deprimente cargada de amenazadoras profecías para nosotros, los que vivimos en el Barsoom de hoy.

Donde ellos lucharon valiente, pero fútilmente, contra la amenaza de una reservas de agua en continuo descenso, nosotros nos vemos enfrentados a un problema que supera con mucho al de ellos en la importancia que tiene sobre el mantenimiento de la vida en nuestro planeta. A lo largo de los últimos miles de años, sólo el valor, los recursos y la riqueza de los hombres rojos de Barsoom han hecho posible que la vida siga existiendo en nuestro planeta moribundo, pues de no haber sido por las enormes fábricas de atmósfera, concebidas, construidas y mantenidas por la raza roja de Barsoom, todas las formas de criaturas que respiran aire se hubieran extinguido hace miles de años.

Al observar la ciudad, mi mente estaba ocupada con estos sombríos pensamientos y, en aquel momento, fui consciente de que llegaba un sonido desde el interior de la torre en dirección a mí; me dirigí a la trampilla abierta, miré al pozo y allí, directamente por debajo de mí, vi lo que muy bien podía ser el más aterrador espectáculo para el más firme corazón barsoomiano, el horroroso rostro de un enorme simio blanco de Barsoom.

Cuando nuestros ojos se encontraron, la criatura lanzó un enojado rugido y, abandonando su avance cauto, corrió rápidamente escalera arriba. Actuando de forma casi mecánica hice la única cosa que podía detener, siquiera fuera temporalmente, su carrera hacia mí; cerré de golpe la pesada trampilla sobre su cabeza y, al hacerlo, vi por primera vez que la trampilla estaba equipada con un grueso travesaño de madera, y, pueden creerme, no perdí un instante en fijarlo, con lo que cerré de forma eficaz el paso al ascenso de la criatura por este camino hasta el callejón sin salida en el que me había situado a mí mismo.

Ni que decir tiene que me encontraba en un bonito apuro, a doscientos pies por encima de la ciudad, con mi única vía de escape bloqueada por una de las bestias salvajes más temidas de Barsoom.

Yo había cazado estas criaturas en Thank, siendo huésped, del gran jeddak verde Tars Tarkas, y sabía algo sobre su astucia y sus recursos, así como sobre su ferocidad. De constitución extremadamente semejante a la del hombre, también se asemejan a éste, más que otros órdenes menores, en el tamaño y desarrollo de su cerebro. En ocasiones, se capturan criaturas de estas cuando son jóvenes, y se les domestica para representar y son tan inteligentes que se les puede enseñar a hacer casi todo lo que hace el hombre y que esté dentro del alcance de su limitada capacidad de raciocinio. Sin embargo, el hombre nunca ha podido someter a esta feroz criatura y son siempre los animales más difíciles de manejar, lo que probablemente explica, más incluso que su inteligencia, el interés desplegado por los nutridos espectadores que indefectiblemente atraen.

En Haston he pagado a buen precio poder ver a una de estas criaturas y ahora me encontraba en una posición en la que hubiera pagado con gusto mucho más por no ver a una, pero a juzgar por el ruido que hacía en el pozo debajo de mí me dio la impresión de que estaba decidida a darme un espectáculo gratis y darme una comida gratis. Empujaba

con todas sus fuerzas contra la trampilla, sobre la que me encontraba yo con cierto recelo que se calmó no poco cuando me di cuenta de que ni siquiera el enorme poderío de un simio blanco le servía contra el firme y fortísimo skeel de la vieja puerta.

Convencido por fin de que no podía llegar hasta mí por ese camino, me puse a considerar cuál era mi situación. Andando en círculo por la torre, examiné su estructura externa por el sencillo procedimiento de inclinarme hacia fuera por los cuatro costados. Tres de ellos terminaban en el tejado del edificio a unos ciento cincuenta pies más abajo, mientras que el cuarto se extendía hasta el pavimento del patio, que estaba a doscientos pies. Como gran parte de la arquitectura de la antigua Barsoom, la superficie de la torre estaba tallada de arriba abajo y en cada piso había alféizares de ventana, algunos de ellos con balconillos de piedra. La regla general era de una ventana por piso y, como la ventana del situado inmediatamente debajo no se abría en ningún caso al mismo lado de la torre que la del piso de encima, había siempre una distancia de treinta a cuarenta pies entre una y otra de la misma fachada. Al examinar el exterior de la torre con vistas a averiguar si me ofrecía una salida de urgencia, este punto cobró gran importancia para mí ya que una serie de antepechos situados uno debajo de otro hubiera sido algo que un hombre en mi situación hubiera deseado fervientemente.

Para cuando terminé de examinar el exterior de la torre no me cabía duda de que el simio habría llegado a la conclusión de que no podía derribar la barrera que me mantenía fuera de su alcance, y tenía la esperanza de que abandonara la idea del todo y se largara. Pero cuando me arrodillé y apliqué el oído pude oír claramente cómo cambiaba de postura en la escalerita situada justo debajo de mí. No sabía hasta qué punto habían desarrollado estas criaturas la obstinación, pero confiaba en que se cansara pronto de su guardia y que sus pensamientos le llevaran por algún otro lado. Sin embargo, a medida que caía la tarde, esta posibilidad parecía cada vez más remota, hasta que me convencí de que la criatura estaba decidida a mantener el asedio hasta que el hambre o la desesperación me obligaran a rendirme.

¡Con cuánto anhelo contemplé las suaves colinas, más allá de la ciudad, donde estaba mi ruta hacia el sudeste, hacia la fabulosa Jahar!

El sol había descendido por poniente y pronto llegaría el súbito cambio de la luz diurna a la oscuridad, ¿y entonces, qué? Quizá la criatura abandonaría su guardia, quizá el hambre o la sed le hicieran irse a otro lado, ¿pero cómo podía saberlo? ¡Qué fácil le sería descender hasta el piso bajo de la torre y esperarme allí, confiando en que más pronto o más tarde tendría que bajar.

Quien no conociera los rasgos de estas criaturas salvajes podía preguntarse por qué, armado como estaba con mi espada y mi pistola, no levantaba la trampilla y presentaba batalla a mi carcelero. Si hubiera sabido que era el único simio de las inmediaciones no hubiera dudado en hacerlo, pero la experiencia me había enseñado que toda la manada tenía que estar, sin duda, merodeando por la ciudad en ruinas. Tan escasa es la carne que consiguen encontrar que normalmente cazan en solitario, de manera que tengan la certeza de que si consiguen una presa la pueden guardar para sí, pero si le atacara formaría tal escándalo, sin lugar a dudas, que atraería a sus compañeros, en cuyo caso mis oportunidades de escapar se habrían reducido a cero.

Un solo disparo de mi pistola podía acabar con él, pero también podía ser que no lo lograra ya que estos grandes simios blancos de Barsoom son criaturas enormes, dotadas de una vitalidad casi increíble. Muchos de ellos tienen una estatura de cuatro metros y medio y la naturaleza les ha dado una tremenda fuerza. Su aspecto mismo es desmoralizador para su enemigo: sus cuerpos blancos lampiños son, en sí mismos, repulsivos para el hombre rojo; las grandes greñas blancas que se alzan en su coronilla acentúan la brutalidad de su aspecto, mientras que sus extremidades intermedias, que utilizan como brazos o como piernas según les convenga o les sugiera la necesidad, les convierten en los más formidables antagonistas. Por lo general suelen portar una maza,

en cuyo manejo muestran una terrible eficiencia. Uno de ellos, por tanto, parece ser una amenaza suficiente en sí mismo, de manera que no sentí el menor deseo de atraerme a otros congéneres, aunque tenía plena conciencia de que llegado el momento me vería obligado a entrar en combate con él.

Se estaba el sol poniendo, justamente, cuando algo llamó mi atención hacia la parte de la costa, por donde se extendían ya las largas sombras de la ciudad que se internaban en el fondo muerto del mar. Por las suaves laderas que conducían a la ciudad cabalgaba un grupo de guerreros verdes montados en sus grandes thoats salvajes. Calculé que serían unos veinte, que se desplazaban silenciosamente atravesando el musgo blando que alfombraba el fondo del antiguo puerto, mientras las patas almohadilladas de sus monturas no hacían el menor ruido. Se movían como espectros en las sombras del día que acababa, lo que me dio una prueba más de que el destino me había llevado a un lugar muy poco hospitalario, y, entonces, como para completar la trilogía de aterradoras amenazas barsoomianas, el rugido de un banth bajó por las colinas situadas detrás de la ciudad.

Seguro de que no me veían, escondido en la alta torre por encima de ellos, observé cómo el grupo surgía del fondo poco profundo del puerto y cabalgaba por la avenida situada debajo de mí y fue entonces cuando por primera vez observé una pequeña figura sentada delante de uno de los guerreros. La oscuridad lo invadía todo rápidamente, pero antes de que la pequeña tropa se ocultara a mi vista tras la esquina del edificio, para entrar en otra avenida que conducía al centro de la ciudad, pensé que reconocía la pequeña figura: era una mujer de mi propia raza. Que era una cautiva era una conclusión lógica y no pude por menos que estremecerme al considerar la suerte que le esperaba. Quizá mi propia Sanoma Tora estuviera en un peligro semejante. Quizá..., pero, no, eso no era posible, ¿cómo podía Sanoma Tora haber caído en las garras de los guerreros de la feroz horda de Torquas?

No podía ser ella, No, era imposible. Pero se mantenía el hecho de que la cautiva era una mujer roja y tanto si era Sanoma Tora como otra, tanto si era de Helium o de Jahar, mi corazón sintió piedad de ella y olvidé mi propio peligro como si algo dentro de mí me empujara a perseguir a sus captores y tratar de arrebatársela, pero, ¡ay de mí!, qué absurda parecía mi fantasía. ¿Cómo podría yo, que ni siquiera podía salvarme a mí mismo, aspirar a rescatarla de brazos de otros?

El pensamiento me irritó, sentí mi orgullo herido y decidí inmediatamente que si no me arriesgaba a morir por salvarme a mí mismo, lo menos que podía hacer era correr el riesgo por una mujer de mi propia raza; en todo momento tuve presente el pensamiento de que el objeto de mi preocupación podía, desde luego, ser la mujer a la que amaba.

Había caído la oscuridad cuando apliqué el oído de nuevo a la trampa. Allí abajo todo estaba en silencio, por lo que llegué al convencimiento de que la fiera se había marchado. Pero quizá me estaba esperando más abajo; bueno ¿y qué? Tarde o temprano tendría que enfrentarme a ella si había decidido esperar. Aflojé la pistolera y estaba a punto de apartar la barra que bloqueaba la trampa cuando oí claramente a la bestia: seguía debajo de mí.

Hice una ligera pausa. ¿De qué servía? Levantar la trampa era la muerte segura y, entonces, ¿qué provecho podía sacar, la pobre cautiva o yo mismo, si daba mi vida de esa forma tan absurda? Y, sin embargo había una alternativa, que había proyectado adoptar en caso de necesidad desde el momento en que me asomé a examinar la construcción exterior de la torre. Me ofrecía una ligerísima posibilidad de escapar de mi terrible situación, pero incluso una ligera oportunidad era mejor que lo que tendría que afrontar si levantaba la trampa.

Me incliné sobre una de las ventanas de la torre y contemplé la ciudad que se extendía por debajo de mí. No había luna y nada pude ver. Oí, hacia el centro de la ciudad, los gruñidos de los thoats. Quizá hubiera allí un campamento de hombres verdes. Así, los

gruñidos de las terribles monturas me guiarían. Rugió de nuevo el banth cazador de las colinas. Me senté en el alféizar, moví las piernas y entonces, girando sobre la barriga me deslicé silenciosamente hasta quedar colgado de las manos. Tanteando con las puntas de los dedos de los pies, calzados con sandalias, noté que había apoyo en las tallas, profundamente grabadas, de la fachada de la torre. Por encima de mí no había más que un espacio negro azulado lleno de estrellas. Por debajo, un vacío oscuro. Podía estar a mil sofads del tejado de abajo, o podía estar a sólo uno; pero, aunque nada podía ver sabía que estaba a ciento cincuenta pies de altura y que la muerte me esperaba allá abajo si se me resbalaba un pie o una mano.

A la luz del día, las tallas parecían grandes, profundas, osadas, ¡pero qué distintas eran de noche! Parecía como si mis dedos de los pies sólo encontraran huequecitos superficiales en una superficie lisa de piedra pulimentada. Se me estaban cansando los brazos y los dedos. Tenía que encontrar donde apoyar el pie, o caer; y fue entonces, cuando toda esperanza parecía perdida, que mi pie derecho se introdujo en un surco horizontal y un instante después el izquierdo también encontró un apoyo.

Permanecí aplastado contra la escarpada pared de la torre dando descanso durante un momento a mis martirizados dedos y brazos y cuando pensé que podrían soportar de nuevo mi peso busqué otra vez asideros para las manos. Y así, dolorosa, peligrosa, monótonamente fui descendiendo centímetro a centímetro, evitando las ventanas que, naturalmente, aumentaban en gran manera la dificultad y el riesgo de mi descenso; sin embargo, me preocupé por no pasar directamente por delante de ellas, por miedo a que, por casualidad, el simio hubiera descendido desde la cumbre de la escalera y pudiera verme.

No puedo recordar ningún otro momento en mi vida en que me haya sentido más solo que aquella noche en que descendía de la antigua torre faro de aquella ciudad fantasma; ni siquiera me acompañaba la esperanza. Tan precaria era mi sujeción en la basta piedra que mis dedos se quedaron pronto insensibles y exhaustos.

Cómo lograban agarrarse a aquellos cortes tan poco profundos, es algo que no sé. Lo único agradable en aquel descenso era la oscuridad, y di las gracias más de cien veces a mis primeros antepasados por no poder ver el abismo que había debajo de mí, pero, por otra parte, estaba tan oscuro que no podía decir cuánto había descendido; tampoco me atrevía a mirar hacia arriba, a la cima de la torre que tenía que estar silueteada contra el cielo estrellado, por temor de que al hacerlo podría perder el equilibrio y precipitarme al patio o tejado que tuviera debajo. El aire de Barsoom es enrarecido; apenas difunde la luz de las estrellas y, por tanto, aunque el cielo por encima estuviera tachonado de brillantes puntos de luz, el suelo estaba borrado por la oscuridad.

Sin embargo, tenía que estar más cerca del tejado de lo que había pensado cuando sucedió algo que me había preocupado por evitar: la vaina de mi larga espada golpeó ruidosamente contra la fachada de la torre. En la oscuridad y el silencio sonó como un auténtico estruendo, pero, por muy exagerado que me pareciera, yo sabía que era suficiente para llegar a los oídos del gran simio de la torre. Si le llevaría alguna idea, es algo que no podía adivinar, lo único que podía hacer era confiar en que fuera demasiado bruto para relacionarlo con mi huida.

Pero no me iba a quedar largo tiempo con la duda, ya que casi inmediatamente después llegó un ruido desde el interior de la torre que rebotó sobre mis nervios tensadísimos como el de un cuerpo pesado que bajara rápidamente por una escalera. Me doy cuenta ahora de que la imaginación podía haber interpretado un silencio extremado como un sonido, ya que había estado escuchando con tanta atención aquello, precisamente, que quizá me había metido en un estado de aprensión nerviosa en la que casi cualquier alucinación es posible.

Con redoblada velocidad y con un cierto descuido que era casi suicida, me apresuré a descender y un instante después sentí el sólido tejado debajo de mis pies.

Exhalé un suspiro de alivio, pero estaban destinados a ser muy corto el suspiro y muy breve el alivio, porque casi al instante me di cuenta de que el sonido del interior de la torre no había sido una alucinación cuando el enorme bulto de un gran simio blanco surgió repentinamente de la puerta situada a una docena de pasos de mí.

No hizo el menor sonido al lanzarse al ataque. Era evidente que no había hecho guardia tanto tiempo para compartir su festín con otros. Me mataría en silencio y, con una intención similar saqué yo mi larga espada, en vez de la pistola, para hacer frente a su salvaje ataque.

¡Qué cosita más canija y fútil debí parecer enfrentado a esa montaña inmensa de ferocidad bestial!

Gracias a mil antepasados guerreros yo manejaba la larga espada con rapidez y fuerza, de otro modo hubiera caído en el salvaje abrazo de la bestia a la primera oportunidad que cargó contra mí. Cuatro poderosas garras se adelantaron para cogerme, pero yo moví mi larga espada con terroríficos golpes cortantes que desprendieron una de ellas limpiamente de la muñeca, al tiempo que yo saltaba raudo de costado y cuando la bestia pasaba a todo correr a mi lado, empujada por la inercia de su impulso, le hundí la espada en el cuerpo. Con un salvaje rugido de ira y dolor trató de volverse contra mí, pero su pie resbaló al pisar su mano desmembrada y trastabilló de un lado a otro tratando de recuperar el equilibrio, cosa que no logró y, agitándose grotescamente, cayó por el borde del tejado hasta el patio de abajo.

Temiendo que el rugido de la bestia podía atraer la atención de otros congéneres hacia el tejado, corrí rápidamente al borde norte del edificio, donde aquella tarde había observado desde la torre que había una serie de edificios más pequeños por cuyos tejados podría llegar al nivel de la calle.

La fría Cluros se alzaba ya sobre el lejano horizonte arrojando su pálida luz sobre la ciudad, cuyos tejados veía ya claramente por debajo de mí mientras descendía por el ángulo septentrional del edificio. Era una caída desde bastante altura, pero no tenía otra alternativa segura ya que era más que probable que si trataba de bajar por el interior del edificio me encontraría con otros miembros de la manada de simios que hubieran sido atraídos por el alarido de su congénere.

Deslizándome por el ángulo del tejado me colgué un instante de las manos y me dejé caer. La distancia hasta el siguiente tejado era de unos dos ads, pero puse pie con seguridad y sin daño. Supongo que en el planeta del lector, con su volumen y gravedad mayores que los del mío, una caída desde esa distancia podía haber implicado graves riesgos, pero no necesariamente en Barsoom.

Desde este tejado hasta el siguiente no había más que un saltito y desde éste me dejé caer a una pared de poca altura para alcanzar luego el suelo.

De no haber sido por la visión pasajera de la muchacha cautiva que había captado al ponerse el sol, me hubiera dirigido en línea recta hacia las colinas al oeste de la ciudad, con o sin banth, pero ahora me sentía cada vez más fuertemente poseído por cierta obligación moral de hacer cuanto estuviera en mi mano por socorrer a la infortunada joven que había caído en las garras de estas criaturas de una crueldad extrema.

Manteniéndome al cobijo de las sombras de los edificios me dirigí sigilosamente hacia la plaza central de la ciudad, dirección de donde me habían llegado los relinchos de los thoats.

La plaza esta llena de haads de la zona costera y me vi obligado a cruzar por varias avenidas diagonales mientras avanzaba cautamente hacia ellos, guiado por algún relincho ocasional de los thoats que estaban en la corraliza de algún lugar desierto.

Llegué a la plaza sin problemas, confiando en que no hubieran advertido mi presencia.

En el lado opuesto vi luz dentro de uno de los grandes edificios que se abrían a ella, pero no me atreví a atravesar el espacio abierto bajo la luz lunar, por lo que guarecido en las sombras me desplazé hasta el extremo más alejado donde Cluros proyectaba las

sombras más densas y, así, finalmente, alcancé el edificio donde se alojaban los hombres verdes. Justo enfrente de mí había una ventana baja que sin duda daba acceso a la habitación contigua a la sala donde estaban reunidos los guerreros. Escuchando atentamente no pude oír ruido alguno dentro de la habitación por lo que penetré en el interior con el máximo sigilo pasando las piernas por encima del alféizar.

Atravesé la habitación de puntillas buscando una puerta por la que pudiera observar la cámara contigua, pero me quedé repentinamente rígido cuando toqué con el pie un cuerpo suave; me quedé en una rigidez congelada, con la mano en la empuñadura de mi espada larga, cuando el cuerpo se movió.

#### CAPÍTULO IV - Tavia

Hay ocasiones en la vida de todo hombre en que siente la impresión de la existencia de un extraño poder que guía todos sus actos, algo que se suele describir como la mano del destino, o que se explica con la hipótesis de un sexto sentido que nos traslada a la parte del cerebro que controla nuestras acciones, de cuyas percepciones no somos objetivamente conscientes; sin embargo, sea como sea queda el hecho de que yo estaba allí, aquella noche, en la cámara oscura del antiguo palacio de una ciudad fantasma dudando si clavar mi espada en el cuerpo blando que se movía a mis pies. Después de todo, éste podía haber sido el curso más razonable y lógico a seguir. En vez de eso, apreté con firmeza la punta de mi espada contra la carne, que cedió bajo la presión, y musité una sola palabra: *¡Silencio!*

Desde entonces, más de mil veces he dado las gracias a mis primeros antepasados por no haber seguido mi impulso natural, ya que, en respuesta a mi orden, una voz femenina murmuró: "No me claves la espada, hombre rojo. Soy de tu propia raza y estoy prisionera".

Aparté la espada al instante y me arrodillé a su lado.

—Si has venido a ayudarme, corta las cuerdas —me dijo la muchacha—, pero date prisa porque volverán pronto a por mí.

Palpando su cuerpo con rapidez comprobé que tenía las muñecas y los tobillos sujetos con tiras de cuero. Saqué mi puñal y las corté rápidamente.

—¿Estás sola? —pregunté a la joven mientras la ayudaba a ponerse en pie.

—Sí —contestó—. En la habitación de al lado se están jugando a quién perteneceré.

En ese momento oímos el entrechocar de las armas en la habitación contigua.

—Ya vienen —dijo ella—. No te deben encontrar aquí.

Tomándola de la mano me dirigí a la ventana por la que había entrado al apartamento, pero tuve la precaución de atisbar el exterior antes de salir a la avenida, y en buena hora lo hice, porque al mirar a la derecha, siguiendo la fachada del edificio, vi a un guerrero verde marciano que salía por la puerta principal. Era evidente que lo que oímos fue el entrechocar de sus armas cuando cruzó la habitación de al lado al salir.

—¿Tiene alguna otra salida esta habitación? —pregunté en un susurro.

—Sí —respondió ella—. Al otro lado de la ventana hay una puerta que conduce a un pasillo. Estaba abierta cuando me trajeron, pero la han cerrado.

—Más valdrá que, por el momento, nos quedemos en el edificio, en vez de salir al exterior —dije—. ¡Ven!

Cruzamos juntos el apartamento y tanteando la pared localizamos la puerta inmediatamente. La entreabrí poniendo el máximo cuidado, temiendo que las viejas bisagras nos delatarían con sus chirridos. Más allá de la puerta se abría un pasillo tan oscuro como las profundidades de Omean, al que entré tirando de la muchacha y cerrando silenciosamente la puerta a nuestras espaldas. Avanzando a tientas hacia la derecha, alejándonos de la habitación ocupada por los guerreros verdes, nos

desplazamos silenciosamente por el oscuro vacío hasta que vi delante de nosotros una débil luz que, al investigarla, resultó ser procedente de la puerta abierta de un apartamento que daba al patio central del edificio. A punto estaba de atravesarla para buscar un escondrijo dentro del remoto interior de la casa cuando atrajo mi atención el relincho de un thoot en el patio situado más adelante.

Desde mis primeros años infantiles he ido acumulando una gran experiencia con los pequeños thoots que los hombres de mi raza usan como animales de silla, y mientras visitaba a Tars Tarkas de Thark me familiaricé a fondo con los métodos que utilizaban los hombres verdes para controlar sus enormes, espantosas bestias.

Para viajar por la superficie del terreno, el thoot es comparable a cualquier otro método de transporte terrestre en la misma forma que el aparato explorador monoplanea en relación con todas las demás naves de transporte aéreo. Es, al mismo tiempo, el más rápido y el más peligroso, de manera que, enfrentado como me encontraba con el problema del transporte terrestre, lo más natural era que el relincho de los thoots llevara un plan a mi mente.

—¿Por qué vacilas? —me preguntó la joven— No podemos escapar en esa dirección ya que no podemos cruzar el patio.

—Todo lo contrario —contesté—, creo que es en esa dirección donde está nuestra vía de escape más segura.

—Pero sus thoots están en el patio —replicó— y los guerreros verdes no se apartan nunca de sus thoots.

—Es precisamente porque los thoots están allí por lo que deseo investigar el patio —contesté.

—En el mismo instante en que nos huelan —dijo— van a formar una escandalera que atraerá la atención de sus amos, y nos descubrirán y capturarán inmediatamente.

—Quizá —dije—, pero si mi plan tiene éxito valdrá la pena arriesgarse, ahora, si tienes mucho miedo, lo dejamos.

—No —respondió la muchacha—, no soy yo quien puede elegir o dirigir. Tú has sido tan generoso como para ayudarme y lo único que puedo hacer es seguirte, pero quizá si me dieras a conocer tus planes te podría seguir de forma más inteligente.

—Desde luego —respondí—, no puede ser más sencillo. Ahí hay thoots. Cogemos uno y nos largaremos montados en él. Será mucho más fácil que ir andando y nuestras posibilidades de escape serán considerablemente mayores; al marcharnos dejaremos la puerta del patio abierta; esperemos que los restantes thoots nos sigan, dejando a sus amos sin medios para perseguirnos.

—Pero ese plan es una locura —exclamó la muchacha—, aunque sea muy valiente. Si nos descubren habrá lucha, y yo estoy desarmada Dame tu espada corta, guerrero, a fin de que, por lo menos, podamos defendernos hasta donde nos sea posible.

Solté el fijador de la vaina de mi espada corta para quitármela del correa y lo ceñí en la cadera izquierda del de la muchacha; al tocar su cuerpo en esta operación, no pude por menos de notar que no había en ella el menor temblor que cabría esperar de quien estaba afectada por el miedo o la excitación. Ella parecía estar perfectamente calmada y reconcentrada y su tono de voz supuso un alivio para mí. Que no era Sanoma Tora lo supe desde que dijo la primera palabra en la oscuridad de la habitación en la que tropecé con ella y, aunque ello me decepcionó terriblemente, seguía estando dispuesto a hacer cuanto pudiera para que aquella mujer lograra escapar, aunque estaba convencido de que su presencia me retrasaría y obstruiría enormemente al tiempo que me sometería a un peligro muchísimo mayor que el que hubiera recaído sobre un guerrero que viajaba solo. Por tanto, fue muy gratificante comprobar que mi indeseada compañera no resultaría totalmente inerte.

—Confío en que no tendrás que usarla —dije mientras terminaba de enganchar la espada corta en su correa.

—Si se presenta el caso, podrán comprobar que sé cómo usarla.

—Bien —dije—, ahora sígueme y no te separes de mí.

Un cuidadoso vistazo al patio desde la ventana de la cámara que se abría al mismo me reveló la presencia de unos veinte enormes thoats, pero ningún guerrero verde, lo que probaba que se sentían perfectamente seguros ante sus enemigos.

Los thoats estaban agrupados en el extremo opuesto del patio; unos cuantos se habían echado a dormir, pero los demás se movían sin descanso, como de costumbre. Al otro lado del patio y en el mismo extremo se alzaba un par de enormes portones. Hasta donde pude establecer, cerraban la única salida al patio lo bastante grande para dejar paso a un thoot y di por supuesto que al otro lado había un pasillo que conducía a una de las avenidas cercanas.

Llegar a las puertas sin que los thoats advirtieran nuestra presencia era el primer paso de mi plan y la mejor forma de hacerlo era la de buscar una habitación que estuviera cerca de la puerta, ya que a cada lado había unas ventanas similares a aquella desde la que estábamos mirando. Por tanto, haciendo señas a mi compañera para que me siguiera, regresé al pasillo y, de nuevo a tientas en la oscuridad, avanzamos por él. En la tercera habitación que exploré encontré una ventana que daba al patio y que estaba situada al lado de la puerta. Y en la pared que formaba ángulo recto con aquella en la que estaba la ventana vi una puerta que se abría a un gran corredor abovedado que estaba al lado opuesto de la puerta. Este descubrimiento me estimuló extraordinariamente ya que armonizaba a la perfección con el plan que había concebido, al tiempo que reducía el riesgo que mi compañera tenía que correr en el intento por escapar.

—¡Quédate aquí! —le dije colocándola justo detrás de la puerta— Si mi plan tiene éxito, entraré en este pasillo montado en uno de los thoats y, cuando lo haga, debes estar preparada para agarrar mi mano y montarte a la grupa. Si me descubren y fallo, gritaré "¡Por Helium!" y esa será la señal para que escapes como mejor puedas.

Ella puso una mano en mi brazo.

—Déjame ir al patio contigo —suplicó—. Dos espadas son mejor que una.

—No —respondí—, estando solo tengo más posibilidades de manejar los thoats que si otra persona distrae su atención.

—Muy bien —respondió.

Me marché entonces y volví a entrar en la habitación, me dirigí a la ventana y por un momento observé el interior del patio y, como comprobé que las condiciones no habían cambiado, me deslicé a hurtadillas por la ventana y me dirigí lentamente a la puerta. Examiné cuidadosamente el pestillo y comprobé que era muy fácil de manipular, por lo que no tardé en hacer que una de las hojas de la puerta girara sobre sus goznes. Cuando se abrió lo bastante para permitir el paso de un thoot, me dirigí a las bestias que había en el patio. Estas criaturas salvajes, prácticamente sin domar, lo son casi tanto como las que andan en libertad por los remotos fondos de los mares y, como sólo se les puede controlar por medios telepáticos, únicamente obedecen las órdenes de las mentes más poderosas de sus amos, pero, incluso así, se requiere una considerable habilidad para dominarlas.

Yo aprendí el método del propio Tars Tarkas y había conseguido una considerable eficiencia, por lo que afronté la prueba crucial de mi poder a sabiendas de que éste era un requisito imprescindible para tener éxito.

Situándome detrás de la puerta, concentré todas las facultades de mi mente en la dirección de mi voluntad, telepáticamente, hasta el cerebro del thoot que había elegido para mi propósito, selección que fue determinada exclusivamente por el hecho de ser el que estaba más cerca. El efecto de mi esfuerzo se evidenció de inmediato. La bestia, que había estado olisqueando las grietas de las losas de piedra del patio en busca de macizos de musgo, levantó la cabeza y miró hacia donde yo estaba. Se puso muy inquieto, pero no emitió sonido alguno ya que mi voluntad le impuso silencio. Ahora sus ojos se

detuvieron en mi persona y entonces, lentamente, se fue acercando. Avanzaba con mucha lentitud porque, sin lugar a dudas, se daba cuenta de que yo no era su amo, pero siguió avanzando. En una ocasión, ya cerca de mí, se detuvo y gruñó airado. Debió ser cuando captó mi olor y comprendió que yo no era, siquiera, ni de la misma raza a la que estaba acostumbrado. Fue entonces cuando ejercí al máximo cada poder de mi mente. El animal se detuvo moviendo su fea cabeza, con los labios ocultando sus grandes colmillos. Puede ver que, detrás de él, los demás thoats habían sido atraídos por su actitud. Miraban hacia donde yo estaba y se movían inquietos, cada vez más cerca de mí. Yo sabía que si me descubrían y empezaban a relinchar, que es siempre la primera señal, siempre dispuesta, de su ira que se despierta con prontitud, sus jinetes caerían sobre mí sin pérdida de tiempo, ya que dado su nerviosismo y su naturaleza irritable, el thoat es el perro guardián, al tiempo que la bestia de carga, de los barsoomianos verdes.

Por un momento, la bestia que había elegido vaciló ante mí como si no hubiera decidido si debía retirarse o atacar, pero no hizo ni lo uno ni lo otro, por el contrario, vino lentamente hacia mí y, cuando me metí al pasillo situado detrás de la puerta, me siguió. Aquello era más que lo que yo había deseado, porque me permitía ordenarle que se tumbara para que la muchacha pudiera montar con facilidad.

Delante de nosotros se abría un largo pasillo abovedado en cuyo extremo puede adivinar una arcada bañada por la luz lunar, por la que salimos a la ancha avenida.

Las colinas estaban hacia la izquierda y, dirigiéndome hacia ellas, aguijoneé al animal a lo largo de las desiertas calles en medio de hileras de majestuosas ruinas que conducían al oeste; donde la avenida daba la vuelta para dirigirse a las colinas eché un vistazo atrás y, para mi sorpresa e irrefrenable alegría, vi a la luz de la luna que nos seguía una fila de enormes thoats y yo tenía la confianza de que sabrían que hacer cuando estrenaran libertad.

—Tus captores no podrán perseguirnos mucho tiempo —dije a la muchacha señalando los thoats con un gesto de la cabeza.

—Nuestros antepasados nos acompañan esta noche —dijo—. Roguemos que no nos abandonen.

Fue entonces cuando, por primera vez, gracias a que Cluros y Thuria brillaban en el cielo y había buena luminosidad, tuve la ocasión de ver claramente a mi compañera. Si no supe disimular mi sorpresa, no es algo reprochable, ya que en la oscuridad, con solamente la voz de mi compañera como guía, yo tenía la absoluta certeza de estar prestando ayuda a una mujer, pero ahora, al ver su cabello corto y su cara andrógina no supe qué pensar: tampoco el corraje de mi compañera me sirvió de ayuda para justificar mi primera conclusión, ya que evidentemente era de hombre.

—¡Pensé que eras una muchacha! —balbucí.

Su fina boca se distendió en una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes blancos y fuertes.

—Lo soy —respondió.

—Pero tu cabello... tu corraje... incluso tu figura desmienten tu afirmación.

Ella se echó a reír alegremente. Más adelante descubriría que aquél era uno de sus encantos principales, poderse reír tan fácilmente, pero sin herir.

—Me delató la voz —dijo— y eso es muy malo.

—¿Por qué es tan malo?

—Porque te hubieras sentido mejor con un luchador a tu lado, mientras que ahora piensas que te ha caído una pesada carga.

—Una carga ligera —contesté, recordando lo fácil que había sido izarla a lomos del thoat—. Pero dime quién eres y por qué te disfrazas de muchacho.

—Soy una esclava —contestó—, sólo una esclava que ha huido de su amo. Quizá eso suponga alguna diferencia —añadió con tristeza—. Quizá te arrepientas de tener que defender a una simple esclava.

—No —dije—, no hay diferencia alguna. También yo soy un pobre padwar, no lo bastante rico para permitirme tener una esclava. Tal vez seas tú la que se lamenta de no haber sido rescatada por un hombre rico.

—Yo me escapé del hombre más rico del mundo —contestó ella echándose a reír—. Cuando menos, pienso que tiene que ser el hombre más rico del mundo, porque quién puede ser más rico que Tul Axtar, jeddak de Jahar?

—¿Pertenece a Tul Axtar, jeddak de Jahar? —exclamé.

—Sí —dijo ella—. Me raptaron cuando era muy joven en una ciudad llamada Tjanath y desde entonces he vivido en el palacio Tul Axtar. Tiene muchas mujeres, miles de mujeres. Algunas veces se pasan la vida entera en el palacio, pero nunca le ven —Se estremeció—. Es un hombre terrible. Yo me sentía desgraciada porque no había conocido a mi madre; ella murió siendo yo muy niña y mi padre no es más que un vago recuerdo. Porque yo era muy joven, mucho, cuando los emisarios de Tul Axtar me robaron de mi casa de Tjanath. Me hice amiga de todos los que estaban en el palacio de Tul Axtar. Todos me querían, las esclavas y los guerreros, y los jefes, y como tenía aspecto de niño les encantaba estrenarme en el uso de las armas e incluso a navegar con las pequeñas naves; pero, un día mi felicidad se terminó: Tul Axtar me vio y mandó a buscarme. Fingí estar enferma y no fui y cuando llegó la noche fui al dormitorio de un soldado que sabía que estaba de guardia, le robé un corraje, me corté el cabello, que tenía largo, y me pinté la cara para tener aspecto de hombre. Entonces fui a los hangares del tejado del palacios, engañé a los guardias con un ardid y robé un monoplaza.

«Pensé —prosiguió— que si me buscaban lo harían en dirección a Tjanath, por lo que volé en dirección opuesta, hacia el noreste, con la intención de describir un gran círculo hacia el norte y volver entonces hacia Tjanath. Después de volar por encima de Xanator, descubrí un gran macizo de mantalia en el fondo muerto del mar e inmediatamente descendí para tomar leche de estas plantas ya que me había ido del palacio con tanta prisa que no tuve la oportunidad de aprovisionarme. La plantación de mantalia era anormalmente grande y las plantas crecían hasta una altura de ocho a doce sofads, por lo que ofrecía una excelente protección para no ser vista. No tuve dificultad para hallar un lugar donde aterrizar dentro de sus límites. Para evitar que me pudieran localizar desde arriba, me metí con el aparato entre dos mantalias gigantescas que formaban un arco de follaje, y me puse a coger leche. Como los objetos vistos de cerca nunca parecen tan atractivos como cuando se contemplan de lejos, estuve deambulando un rato, alejándome del aparato, hasta que encontré las plantas que parecían ofrecer más cantidad de rica leche.

—Un grupo de guerreros verdes había entrado en el sembrado para coger leche y yo estaba golpeando el árbol que había elegido cuando uno de ellos me descubrió, y un instante después me habían capturado. Por lo que me preguntaron, tuve la seguridad de que no me habían visto entrar en el bosquecillo y que desconocían la presencia de mi aparato. Tenían que haber estado, cuando yo aterrizaba, en algún sitio donde el follaje fuera especialmente denso; pero, fuera como fuera, no conocían la presencia de mi avión y yo decidí dejarles en la ignorancia. Luego, cuando recogieron toda la leche que necesitaban, volvieron a Xanator, llevándome con ellos. El resto ya lo conoces.

—¿Es esto Xanator? —pregunté.

—Sí —respondió.

—¿Cómo te llamas?

—Tavia —contestó—. ¿Y tú?

—Tan Hadron de Hastor.

—Es un bonito nombre —dijo.

Había cierta franqueza juvenil en la forma en que lo dijo que tuve la seguridad de que me hubiera dicho que no le gustaba mi nombre con idéntica claridad. No había en su tono el menor halago y no tardaría en aprender que la honradez y el candor eran dos de sus

características más marcadas. Sin embargo, por el momento, no pensaba en estas cosas ya que mi mente estaba ocupada en una parte de su relato que me había sugerido un método rápido y fácil para escapar a nuestra peligrosa situación.

—¿Crees —pregunté— que podrías encontrar el bosquecillo de mantalia donde escondiste el aparato?

—Sin la menor duda —respondió.

—¿Podrá el avión llevarnos a los dos?

—Es monoplaza —contestó ella—, pero nos llevará a los dos, aunque se reducirán la velocidad y la altitud.

Me dijo que el macizo estaba hacia el sudeste de Xanator, por lo que volví la cabeza del *thoat* hacia el este. Una vez que nos encontramos bien lejos de los límites de la ciudad, nos dirigimos hacia el sudeste, siguiendo las colinas hacia el fondo muerto del mar.

Thuria seguía su rápido camino por el cielo, arrojando extrañas sombras móviles sobre el musgo ocre que cubría el suelo, mientras que allá en lo alto, Cluros emprendía su camino lento y majestuoso. La luz de ambas lunas iluminaban claramente el paisaje y yo tenía la seguridad de que unos ojos alertas nos podrían detectar fácilmente desde las ruinas de Xanator, aunque las sombras en rápido movimiento proyectadas por Thuria eran una gran ayuda para nosotros ya que las sombras de los arbustos, de los árboles secos producían un movimiento tan complejo sobre la superficie del fondo del mar que hacían menos perceptible nuestras propias sombras, pero el pensamiento que más me confortaba era el de que todos los *thoats* habían seguido al nuestro desde el patio y que los guerreros verdes marcianos se habían quedado sin monturas, por lo que no podían alcanzarnos.

La enorme bestia que nos llevaba se movía rápida y silenciosamente, por lo que no pasó mucho tiempo antes de que viéramos el sombreado follaje de la plantación de mantalias, en cuyos oscuros confines entramos poco después. Nos costó trabajo encontrar el avión de Tavia y nos sentimos muy satisfechos cuando comprobamos que estaba en buenas condiciones, porque habíamos percibido más de una forma sombría que pasaba por entre las plantas y yo sabía que a los feroces animales de las estériles colinas y a los grandes simios blancos, por igual, les encantaba la leche de mantalia y que seríamos muy afortunados si escapábamos sin ser vistos.

Cabalgué hasta lo más cerca del aparato que me fue posible y, dejando a Tavia montada en el *thoat*, me deslicé rápidamente a tierra y arrastré al pequeño aparato para sacarlo a espacio abierto. Un examen de los mandos me demostró que no habían sido manipulados, lo que supuso un gran alivio porque había temido que el avión pudiera haber sufrido daños de los grandes simios, que suelen ser tanto inquisitivos como destructivos.

Convencido de que todo estaba bien, ayudé a Tavia a saltar al suelo y un instante después estábamos en la carlinga del aparato, que respondió a los mandos satisfactoriamente, aunque un tanto lento, e inmediatamente estuvimos subiendo suavemente hacia la seguridad temporal de una noche *barsoomiana*.

El aparato, que era de un modelo casi anticuado ya en Helium, no estaba equipado con la brújula de control del destino, por lo que el piloto se veía precisado a estar constantemente con los mandos en la mano. El espacio en la estrecha cabina nos hacía estar enormemente apretados y yo preveía que teníamos por delante un viaje de lo más incómodo. Sujetamos nuestros cinturones de seguridad a la misma argolla ya que estábamos tumbados tocándonos uno a otro sobre la dura madera de *skeel*. El parabrisas que protegía nuestros rostros del viento generado a pesar de la baja velocidad que llevábamos, no era lo bastante alto como para permitirnos cambiar de posición aunque sólo fuera un poco, aunque en ocasiones encontrábamos alivio sentándonos con la espalda hacia proa, aliviando así el tedio de tener que estar siempre en decúbito prono.

Cada vez que yo descansaba mis agarrotados músculos, Tavia pilotaba el avión, pero el frío viento de la noche barsoomiana me obligaba a cada instante a buscar cobijo detrás del parabrisas.

Por mutuo acuerdo viajábamos en dirección sudoeste mientras charlábamos sobre nuestro posible destino.

Yo había dicho a Tavia que mi deseo era ir a Jahar, y le expliqué la razón. La muchacha pareció muy interesada en el relato del secuestro de Sanoma Tora y, basándose en lo que sabía de Tul Axtar y de las costumbres de Jahar, pensaba que lo más probable era que la muchacha estuviera allí, pero la posibilidad de rescatarla era algo muy distinto en relación con el cual agitó la cabeza dubitativa.

Era evidente que Tavia no quería regresar a Jahar, aunque no puso obstáculos en mi búsqueda de mi gran objetivo; en realidad, me indicó la posición de Jahar y fue ella misma la que dirigió la proa del avión para situarlo en el curso apropiado.

—¿Estarás en gran peligro si regresas a Jahar? —le pregunté.

—El riesgo será muy grande —respondió—, pero allí donde va el amo debe seguirle la esclava.

—No soy tu amo —le dije— y tú no eres mi esclava. Debemos considerarnos compañeros de armas.

—Eso será muy agradable —respondió ella simplemente y luego, tras una pausa, prosiguió—: Si vamos a ser camaradas, permíteme que te prevenga del peligro de ir directamente a Jahar. Reconocerían este avión de inmediato. Tu correa te señalaría como un forastero y lo único que lograrías, en vez de rescatar a tu Sanoma Tora, será ir a las mazmorras de Tul Axtar y, más tarde o más temprano, al gran circo para participar en los juegos, en los que, llegado el momento, te matarán.

—¿Y qué me sugieres? —pregunté.

—Más allá de Jahar, al sudoeste, se encuentra Tjanath, la ciudad donde nací. De todas las ciudades de Barsoom es la única donde abrigo la esperanza de que me reciban amistosamente y, si me reciben a mí, te recibirán a ti. Allí podrás preparar mejor tu entrada en Jahar, lo que solamente conseguirás disfrazándote de jahariano, ya que Tul Axtar no permite más extranjeros dentro de los límites de su imperio que los que ha llevado como prisioneros de guerra y esclavos. En Tjanath puedes obtener un correa y una insignia de Jahar, y allí te podrán instruir sobre las costumbres y modos del imperio de Tul Axtar de manera que en breve tiempo podrás entrar en él con cierta razonable seguridad, aunque sea muy ligera, de que podrás engañarles en cuanto a tu identidad. Entrar sin esa preparación sería fatal.

Comprendí lo sensato de su consejo y, en consecuencia, cambiamos de rumbo para pasar al sur de Jahar y dirigirnos directamente a Tjanath, seis mil haads más lejos.

Viajamos sin descanso el resto de la noche a razón de unos seiscientos haads por zode —una velocidad lenta en comparación con la del buen monoplaza que me había traído de Helium.

Al salir el sol, lo primero que me llamó la atención fue el horroroso color azul del aparato.

—¡Qué color para un avión! —exclamé.

Tavia me miró.

—Pero hay una excelente razón para ello —dijo—, una razón que debes entender plenamente antes de entrar en Jahar.

## CAPÍTULO V - Hacia los Fosos

Allá abajo, a la luz siempre cambiante de las dos lunas, se extendía el extraño paisaje de la noche barsoomiana, mientras nuestro pequeño aparato, demasiado recargado, se

alejaba lentamente de Xanator por encima de las bajas colinas que marcan el límite sudoeste de las fieras hordas verdes de Torquas. Con la llegada del nuevo debatimos si era aconsejable aterrizar y esperar hasta la noche antes de ponernos en marcha, ya que comprendíamos que si nos avistaba algún avión enemigo no tendríamos la menor esperanza de escapar.

—Por esta parte pasan muy pocos aviones —dijo Tavia— y si nos mantenemos alertas creo que podremos estar tan seguros en el aire como en tierra, porque aunque hemos superado los límites de Torquas, todavía existe el peligro de sus incursiones, que suelen internarse mucho en el territorio.

Mientras avanzábamos lentamente en dirección a Tjanath, nuestros ojos exploraban continuamente el cielo en todas direcciones.

La monotonía del paisaje, combinada con nuestro lento avance, hubiera convertido el viaje en insoportable para mí, pero ante mi sorpresa el tiempo transcurrió rápidamente, un hecho que atribuí, exclusivamente, al ingenio e inteligencia de mi compañera, porque ocioso es decir que Tavia era una excelente acompañante. Creo que hablamos de todo sobre Barsoom y, naturalmente, gran parte de la conversación giró en torno a nuestras propias experiencias y personalidades, de manera que bastante antes de llegar a Tjanath pensaba que conocía a Tavia mejor que a ninguna otra mujer antes, y estaba completamente seguro de que nunca había confiado tan plenamente en ninguna otra persona.

Tavia tenía algo que parecía incitar a hacer confidencias de manera que, ante mi sorpresa, me encontré charlando con ella sobre los más íntimos detalles de mi vida pasada, mis esperanzas, ambiciones y aspiraciones, así como mis temores y dudas, los mismos que, supongo, asaltan la mete de cualquier hombre joven.

Cuando me di cuenta de hasta qué extremo me había desnudado ante esta muchachita esclava experimenté una clara sensación de embarazo, pero la sinceridad del interés de Tavia disolvió este pensamiento, igual que me hizo comprender que ella se había comportado conmigo con la misma sinceridad.

Viajamos durante dos noches y un día cubriendo la distancia entre Xanator y Tjanath y cuando aparecieron las torres y las rampas de aterrizaje de nuestro destino allá por el horizonte cuando nos acercábamos al primer zode de nuestro segundo día, me di cuenta de que las horas que habíamos dejado atrás desde Xanator eran, por alguna razón que no era capaz de explicar, uno de los períodos más felices que había vivido.

Ya había pasado. Tjanath estaba ante nuestros ojos y, al darme cuenta de ello, experimenté el claro disgusto de que Tjanath no estuviera en el lado opuesto de Barsoom.

Con la excepción de Sanoma Tora, nunca me había sentido particularmente inclinado a la compañía femenina. No quiero causar la impresión de que no me gustan, porque no es así. Su compañía ocasional suponía una diversión que disfrutaba y de la que me aprovechaba, pero me parecía sencillamente imposible que pudiera pasarme horas en la exclusiva compañía de una mujer a la que no amara, disfrutando cada minuto. Pues, pese a todo esto, me encontré preguntándome si Tavia había compartido mi disfrute de la aventura.

—Eso debe ser Tjanath —dije indicando con un movimiento de cabeza la lejana ciudad.

—Sí.

—Estarás contenta de que el viaje haya terminado —aventuré.

Ella me miró rápidamente, con las cejas fruncidas por sus pensamientos.

—Quizá debería estarlo —contestó enigmáticamente.

—Es tu hogar —le recordé.

—Yo no tengo hogar —replicó.

—Pero tus amigos están aquí —insistí.

—No tengo amigos.

—Te olvidas de Hadron de Hastor —le recordé.

—No —dijo—, no olvido que has sido amable conmigo, pero recuerda que yo soy sólo un incidente en tu búsqueda de Sanoma Tora. Mañana quizá te habrás ido y no volveremos a vernos jamás.

No lo había pensado y descubrí que no me gustaba pensarlo y, sin embargo, sabía que era cierto.

—No tardarás en hacer amigos aquí —le dije.

—Eso espero —contestó—, pero he estado fuera mucho tiempo y era muy joven cuando me raptaron, tanto que no tengo más que algún ligero recuerdo de mi vida en Tjanath. Tjanath no significa, realmente, nada para mí. Podría ser tan feliz aquí como en cualquier otro lugar de Barsoom si tuviera... si tuviera un amigo.

Ya estábamos cerca de las murallas exteriores de la ciudad y nuestra conversación fue interrumpida al aparecer una aeronave, evidentemente una patrulla, que descendía hacia nosotros. Hacía sonar la alarma y el penetrante aullido de su bocina rompía en pedazos el silencio del amanecer. Casi al instante, sirenas y gongs recogieron el aviso por toda la ciudad. La nave patrulla varió su rumbo y se elevó rápidamente por encima de nosotros, al tiempo que de las rampas de lanzamiento partieron decenas de aviones de combate que nos rodearon por completo.

Intenté saludar al que estaba más cerca, pero el infernal pandemonio de las señales de alerta ahogaron mi voz. Estábamos cubiertos por cientos de fusiles, con sus servidores listos para lanzar la destrucción sobre nosotros.

—¿Siempre recibe Tjanath a sus visitantes de una forma tan hostil? —pregunté a Tavia.

Ella agitó la cabeza.

—No lo sé —contestó—. Si nos hubiéramos aproximado en un avión de combate extranjero, podría entenderlo, pero cuál es la razón para que un aparato explorador atraiga a la mitad de la armada de Tjanath es algo que... ¡Aguarda! —gritó repentinamente— El diseño y el color de nuestro aparato delata que es de Jahar. La gente de Tjanath ha visto este color antes y le tiene miedo; pero, si es así, ¿por qué no nos han disparado?

—No sé por qué no nos dispararon antes —contesté—, pero es evidente por qué no lo hacen ahora. Estamos tan rodeados de sus aviones que no pueden dispararnos sin poner en peligro algunos de ellos y sus tripulaciones.

—¿No puedes hacerles entender que somos amigos? —preguntó la muchacha.

Procedí a hacer señas amistosas y de rendición, pero parecía que a los aviadores les daba miedo acercarse. Las alarmas habían cesado y las naves nos rodeaban en silencio.

Saludó de nuevo a la más cercana.

—No disparen —grité—, somos amigos.

—Los amigos no vienen a Tjanath en las naves de muerte azules de Jahar —me respondió un oficial de la nave a la que saludé.

—Ponte a nuestro costado —insistí— y podré demostrarte, por lo menos, que no somos peligrosos.

—No te acercarás a mi nave —contestó—, pero si sois amigos lo podéis demostrar haciendo lo que os diga.

—¿Qué deseas? —pregunté.

—Lleva tu avión más allá de los muros de la ciudad. Aterrizas a un haad, por lo menos, más allá de la puerta este y entonces, con tu compañero, dirigiós andando a la ciudad.

—¿Me prometes que seremos bien recibidos? —pregunté.

—Te interrogaremos —contestó— y si todo está bien no tenéis nada que temer.

—Muy bien —contesté—, haremos como dices. Haz señales a las otras naves para que nos abran camino y entonces, por el pasillo que nos abran, volaremos lentamente por encima de los muros de Tjanath y aterrizaremos a un haad de distancia de la puerta este.

Al acercarnos a la ciudad, las puertas se abrieron de repente y un destacamento de guerreros salió a nuestro encuentro. Era evidente que eran muy desconfiados y que nos tenían miedo. El padwar al mando les dio la voz de alto mientras todavía mediaban entre nosotros un ciento de sofads.

—Arrojad vuestras armas —ordenó— y avanzad hacia nosotros.

—Pero no somos enemigos —contesté—. ¿La gente de Tjanath no sabe recibir a sus amigos?

—Haced lo que os digo u os destruiré a los dos —fue su única respuesta. No pude evitar un gesto de disgusto al tener que prescindir de mis armas, al tiempo que Tavia hacía entrega de la espada corta que le había prestado. Avanzamos desarmados hacia los guerreros, pero ni siquiera entonces se dio el padwar por satisfecho y ordenó que nos registraran el corraje con cuidado antes de conducirnos al interior de la ciudad bien rodeados por los guerreros.

Cuando la puerta este de Tjanath se cerró detrás de nosotros, me di cuenta de que éramos prisioneros, no los huéspedes que deseábamos ser, pero Tavia trató de tranquilizarme insistiendo en que cuando oyeran nuestro relato nos dejarían en libertad y nos concederían la hospitalidad que, según insistía, nos debían.

Nuestros guardas nos condujeron hasta un edificio del lado opuesto de la avenida, de cara a la puerta este y en ese momento nos encontramos en una gran pista de aterrizaje del tejado del edificio. Un avión patrulla nos esperaba y el padwar nos entregó al oficial al mando, cuya actitud hacia nosotros era de odio y desconfianza mal disimulados.

Tan pronto como nos recibió a bordo, el avión patrulla se elevó y se dirigió al centro de la ciudad.

Debajo de nosotros estaba Tjanath, que daba la impresión de ser una ciudad que no estaba al día de las mejoras alcanzadas. Había señales de antigüedad por todas partes: los edificios reflejaban la arquitectura antigua y muchos de ellos estaban en un estado desesperado, si bien gran parte de la fealdad de la ciudad estaba oculta o atemperada al menos por el follaje de los grandes árboles y parras trepadoras por lo que su aspecto, en conjunto, era bastante más agradable que si no los hubiera tenido. Hacia el centro de la ciudad había una gran plaza, totalmente rodeada por impresionantes edificios públicos, incluyendo el palacio del jed, y fue sobre el tejado de uno de éstos donde aterrizamos.

Rodeados por una fuerte guardia fuimos conducidos al interior del edificio y tras breve espera se nos llevó a presencia de algún oficial de alta graduación. Era evidente que ya estaba informado de las circunstancias que rodearon nuestra llegada a Tjanath, pues parecía esperarnos y estar familiarizado con lo sucedido hasta el momento.

—¿Qué haces en Tjanath, jahariano? —preguntó.

—No soy de Jahar —respondí—, mira mi emblema.

—Cualquier guerrero puede cambiar de emblema —replicó molesto.

—Este hombre no ha cambiado de emblema —dijo Tavia—. No es de Jahar; es de Hastor, una de las ciudades de Helium. Yo soy de Jahar.

El oficial la miró sorprendido.

—¡Así que lo admites! —gritó.

—Pero antes fui de Tianath —añadió la muchacha. —¿Qué significa eso? —preguntó.

—Cuando era niña en Tjanath me raptaron —contestó Tavia— y, desde entonces, toda mi vida he sido esclava en el palacio de Tul Axtar, jeddak de Jahar. Hace poco conseguí escaparme en un avión con el que llegué a Tjanath. Aterricé cerca de la ciudad fantasma de Xanator y fui capturada por los hombres verdes de Torquas. Este guerrero, Hadron de Hastor, me rescató y hemos venido juntos a Tjanath, esperando ser recibidos como amigos.

—¿De qué familia de Tjanath eres? —preguntó el oficial.

—No lo sé —contestó Tavia—. Era muy joven y prácticamente no guardo ningún recuerdo de mi vida en Tjanath.

—¿Cómo te llamas?

—Tavia.

El interés del hombre por su relato, que había resultado bastante somero, pareció alterado y galvanizado repentinamente.

—¿No sabes nada de tus padres o tu familia? —preguntó.

—Nada —respondió Tavia.

El oficial se volvió entonces al padwar que mandaba nuestra escolta.

—Retenles aquí hasta que vuelva —dijo. Se levantó y salió de la habitación.

—Parece que te ha reconocido por tu nombre —dije a Tavia.

—¿Y cómo?

—Quizá conoció a tu familia —sugerí—, cuando menos, su comportamiento parece sugerir que no nos van a ignorar.

—¡Ojalá! —dijo ella.

—Me da la sensación de que nuestros problemas están a punto de terminar —la tranquilicé— y ello me hará muy feliz por lo que significa para ti.

—Y tú, supongo, tratarás de buscar ayuda para seguir la pista de Sanoma Tora.

—Naturalmente —contesté—. ¿Qué menos se puede esperar de mí?

—Claro —admitió ella en un murmullo.

A pesar del hecho de que algo en el comportamiento del oficial que nos había interrogado elevaba mi confianza en el futuro, seguía siendo consciente de una sensación deprimida a medida que nuestra conversación subrayaba que estábamos cerca de la separación. Parecía como si conociera a Tavia de toda la vida, pues los pocos días que llevábamos juntos nos habían hecho íntimos. Sabía que echaría de menos su chispeante ingenio, su simpatía instantánea y la tranquila compañía de sus silencios, y entonces las bellas facciones de Sanoma Tora aparecían en la pantalla de mi memoria y, sabedor de dónde estaba mi deber, dejaba a un lado los vanos lamentos ya que el amor, lo sabía, era más fuerte que la amistad y yo estaba enamorado de Sanoma Tora.

El oficial regresó largo rato después. Busqué en su rostro alguna señal de buena noticia pues su expresión era inescrutable; pero sus primeras palabras, dirigidas al padwar, resultaron de una claridad meridiana.

—Encerrad a la mujer en la Torre Este —dijo— y mandad al hombre a los fosos.

Fue todo. Como un puñetazo en el rostro. Miré a Tavia y vi que contemplaba al oficial con los ojos desorbitados.

—¿Quieres decir que somos prisioneros? —preguntó— ¿Yo, hija de Tjanath y este guerrero que vino de una nación amiga buscando vuestra ayuda y protección?

—Compareceréis ante el jed más adelante —respondió el oficial con acento cortante—. He hablado. Lleváoslos.

Unos guerreros me cogieron rudamente por los brazos. Tavia daba la espalda al oficial y se me quedó mirando.

—Adiós, Hadron de Hastor —dijo—. Es culpa mía que estés aquí. ¡Que mis antepasados me perdonen!

—No te hagas reproches, Tavia —le rogué—, porque nadie podía prever una recepción tan estúpida.

Nos sacaron de la habitación por distintas puertas, nos volvimos a mirarnos y vi que había lágrimas en los ojos de Tavia; y en mi corazón.

Los fosos de Tjanath, a los que fui conducido inmediatamente, son deprimentes, pero no están envueltos en una oscuridad impenetrable como las mazmorras de la mayoría de las ciudades barsoomianas. Poca luz se filtraba a través de la reja de hierro desde el corredor donde algunas antiguas bombillas de radio brillaban débilmente. Pero alguna luz había y yo di gracias por ello, porque siempre creí que me encerrarían en la más absoluta oscuridad.

Me cargaron con cadenas, innecesariamente a mi parecer, porque las sujetaron a una enorme anilla de hierro profundamente embutida en el muro de mampostería de mi celda y luego cerraron la enorme reja de hierro de la puerta.

A medida que se apagaban los pasos de los guerreros hacia la nada en la distancia llegó a mis oídos un débil sonido que parecía venir de la mazmorra misma. ¿Qué podría ser? Traté de taladrar la tenue oscuridad con los ojos.

Un momento después, con los ojos acostumbrados a la débil luz de la celda, vi la figura de un hombre acurrucado contra la pared, cerca de mí. De nuevo escuché el ruido al moverse, acompañado esta vez por el tintineo de la cadena y vi entonces un rostro que se volvía hacia mí, pero no pude distinguir sus facciones.

—Otro huésped que viene a compartir la hospitalidad de Tjanath —dijo una voz que llegaba desde la borrosa figura situada a mi lado. Una voz clara, de hombre y había algo en su tono que me agradó.

—¿Tienen nuestros anfitriones muchos huéspedes como nosotros? — pregunté.

—En esta celda sólo estaba yo —contestó—, pero ahora somos dos. ¿Eres de Tjanath o de otro sitio?

—Soy de Hastor, ciudad del imperio de Tardos Mors, jeddak de Helium.

—Estás muy lejos de casa —dijo.

—Así es —contesté—. ¿Y tú?

—Yo soy de Jahar. Me llamo Nur An.

—Y yo Hadron —contesté— ¿Por qué estás aquí?

—Soy prisionero por ser de Jahar —contestó—. ¿Qué crimen has cometido?

—Creen que soy de Jahar —le dije.

—¿Y por qué lo creen? ¿Es que llevas el emblema de Jahar?

—No, llevo el emblema de Helium, pero da la casualidad de que llegué a Tjanath a bordo de un avión jahariano.

Emitió un silbido.

—Eso será difícil de explicar —dijo.

—Eso creo —admití—. No creerían ni una palabra, mía ni de mi acompañante.

—Tenías un compañero —dijo— ¿Quién es?

—Era una mujer, nacida en Tjanath pero esclava durante muchos años en Jahar. Quizá más adelante crean mi historia, pero por el momento ambos somos prisioneros. Oí que la mandaban a la Torre Este, mientras a mí me mandaban a esta mazmorra.

—Y aquí te quedarás hasta que te pudras, a menos que tengas la suerte de que te elijan para los juegos, o lo bastante desgraciado como para que te condenen a ir a La Muerte.

—¿Qué quiere decir ir a La Muerte? —pregunté, picado en mi curiosidad por el hincapié que puso en sus palabras.

—No lo sé —contestó—. Los guerreros que vienen aquí suelen hablar de ella como si fuera algo horrible. Quizá lo hagan para asustarme, pero si es así obtienen muy pocas satisfacciones, porque, asustado o no, no les dejo que se enteren.

—Confiemos, entonces, en los juegos —dije.

—La gente de aquí, de Tjanath, es bruta y estúpida —dijo mi compañero—. Los guerreros me han dicho que en ocasiones pasan muchos años de unos juegos a otros en el estadio, pero no cabe duda de que es mejor morir allí, con una espada larga en la mano, antes que dejar que te pudras aquí en la oscuridad, o que te entreguen a La Muerte, lo que quiera que esto sea.

—Tienes razón —respondí—. Vamos a suplicar a nuestros antepasados que el jed de Tjanath decrete los juegos en un futuro próximo.

—Así es que eres de Hastor —dijo, meditativo, tras un momento de silencio—. Eso está muy lejos de Tjanath. ¡Muy apremiante ha tenido que ser el servicio que te trajo hasta aquí!

—Estaba buscando Jahar —contesté.

—Quizá hayas tenido la suerte de encontrar Tjanath primero —respondió— porque aunque soy jahariano, no puedo presumir de la hospitalidad de Jahar.

—¿Crees, entonces, que no me hubiera recibido cordialmente allí? —pregunté.

—¡Por mi primer antepasado, no! —exclamó enfático— Tul Axtar te hubiera lanzado a las mazmorras antes, incluso, de preguntarte cómo te llamas. Y las mazmorras de Jahar no tienen tanta luz ni son tan agradables como éstas.

—No pretendía que Tul Axtar supiera que estoy de visita aquí —dije.

—¿Eres un espía?

—No —respondí—. La hija del comandante del umak en el que yo estaba destinado fue raptada por jaharianos y tengo razones para pensar que por orden del propio Tul Axtar. El motivo de mi viaje fue intentar rescatarla.

—¿Y le dices eso aun jahariano?—preguntó como sin darle importancia.

—Con absoluta impunidad —contesté—. En primer lugar. He leído en tus palabras y el tono de tu voz que no eres amigo de Tul Axtar, jeddak de Jahar y, en segundo, evidentemente hay muy pocas posibilidades de que pueda volver a Jahar.

—Tienes razón en ambas suposiciones —dijo—. No dudes de que no siento el menor afecto por Tul Axtar. Es una bestia al que todos los hombres decentes odiamos. La causa de mi odio hacia él se parece tanto a las razones que tú tienes para odiarle que, en realidad, tú y yo estamos en el mismo bote.

—¿Pues? —pregunté.

—Toda mi vida no he sentido otra cosa que desprecio por Tul Axtar, jeddak de Jahar, pero este desprecio no se trocó en odio hasta que robó una mujer, y fue el robo de una mujer, igualmente, el que dirigió su veneno hacia mí.

—¿Una mujer de tu familia? —inquirí.

—Mi prometida, la mujer con la que iba a casarme —contestó Nur An—. Pertenezco a la nobleza. Mi familia es de antiguo linaje y una gran riqueza. Por estas razones, Tul Axtar sabía que tenía buenas razones para temerme e, impulsado por este miedo, confiscó mis propiedades y me condenó a muerte, pero tengo amigos en Jahar y uno de ellos, un simple guerrero de su guardia, arregló mi huida después de haber estado prisionero en las mazmorras. Logré llegar a Tjanath y relaté mi historia a Haj Osis, el jed, y depositando mi espada en el suelo, a sus pies, me ofrecí a su servicio. Pero Haj Osis es un viejo desconfiado y sólo vio en mí a un espía de Jahar. Ordenó que me encerraran en las mazmorras y aquí estoy desde hace largo tiempo.

—No cabe duda de que Jahar tiene que ser un país desgraciado —dije—, bajo las órdenes de un hombre como Tul Axtar. Ultimamente he oído hablar mucho de él, pero hasta el momento nunca he oído que le achaquen una sola virtud.

—Ni una tiene —dijo Nur An—. Es un tirano cruel, podrido por la corrupción y el vicio. Si cualquiera de los grandes de Barsoom hubiera adivinado lo que pensaba, Jahar hubiera sido reducida hace largo tiempo y Tul Axtar destruido.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Durante doscientos años, por lo menos, Tul Axtar ha alimentado un magnífico sueño: la conquista de todo Barsoom. Durante todo este tiempo ha ido convirtiendo la mano de obra en su fetiche; estaba prohibido destruir los huevos, ni uno sólo, y cada mujer estaba obligada a conservar los que pusiera<sup>7</sup>. Todo un ejército de funcionarios e inspectores se dedicó a registrar la producción de cada mujer. Se recompensaba a las que tenían mayor número de varones; se destruía a las improductivas. Cuando se descubrió que el matrimonio tendía a reducir la productividad de las mujeres de Jahar, fue proscrito, por edicto imperial, entre las clases que no fueran nobles.

---

<sup>7</sup> Los marcianos son ovíparos.

—El resultado prosiguió— ha sido un sorprendente aumento de la población hasta el extremo de que muchas provincias de Jahar ya no pueden alimentar al incalculable número que las invade, como las hormigas de una colina. Ni los terrenos agrícolas más ricos de Barsoom podrían mantener a semejante número; se han agotado todos los recursos naturales; hay millones de indigentes y en los grandes distritos prevalece el canibalismo. A lo largo de todo este tiempo, los oficiales de Tul Axtar han estado instruyendo a los hombres para la guerra. Desde que tienen uso de razón se implanta el pensamiento de la guerra en sus cerebros. La guerra, solamente la guerra, es, para ellos, el alivio de las terribles condiciones que les oprimen; en la actualidad son incontables los millones que claman por la guerra, comprendiendo que la victoria significa pillaje y que el pillaje significa alimento y riquezas. Tul Axtar manda ya un ejército de tan vastas proporciones que la suerte de Barsoom estaría prácticamente en su mano, de no ser por un solo obstáculo.

—¿Cuál es?

—Tul Axtar es un cobarde —contestó Nur An—. Una vez alcanzado su sueño de apoderarse de la mano de obra, le da miedo usarla por si, accidentalmente, fallaran sus planes militares y sus tropas fueran vencidas. Por tanto, ha preferido esperar mientras empujaba a los científicos de Jahar a producir un arma que tuviera una potencia destructora muy superior a la de cualquier otra nación de Barsoom, haciendo a su ejército invencible. Durante años, los mejores cerebros de Jahar han estado dando vueltas al problema hasta que uno de nuestros científicos más eminentes, un anciano llamado Phor Tak, desarrolló un fusil que tiene unas propiedades sorprendentes. El éxito de Phor Tak excitó la envidia de otros científicos, y aunque Tul Axtar había obtenido lo que buscaba, el tirano no mostró gratitud alguna y Phor Tak fue objeto de tales indignidades y opresiones que terminó por huir de Jahar.

«Eso no importa, sin embargo —prosiguió—, pues todo lo que Phor Tak podía hacer por Tul Axtar ya lo había hecho y teniendo el nuevo fusil en su poder, al jeddak le satisfizo deshacerse del viejo científico.

Ni que decir que yo estaba muy interesado en los que Nur An había dicho sobre el fusil y confiaba en que siguiera dándome una descripción más detallada del arma, pero no me atreví a insinuárselo por temor a que la lealtad natural que todo hombre siente por el país donde ha nacido pudiera coartarle de divulgar sus secretos militares a un extranjero. Sin embargo, pronto aprendería que esos elevados sentimientos de patriotismo que son parte de cada hombre de Helium, eran inducidos tanto por el amor y el respeto que sentimos por nuestros jeddaks como por nuestro afecto natural a la tierra que nos vio nacer; aunque, por otra parte, los jaharianos sólo consideraban con desprecio y desdén a su jefe de estado y no sentían lealtad hacia él, que era en efecto el Estado, consideraban el patriotismo como una muletilla, una palabra sin sentido, que un amo indigno había utilizado para sus propios fines hasta despojarla de significado y así, aunque por el momento me sentí sorprendido, no tardé en comprender porqué Nur An me explicó voluntariamente todo lo que sabía sobre la nueva y extraña arma de Jahar y los medios de defensa contra ella.

—Este nuevo fusil —prosiguió tras un instante de silencio— dejará impotentes a todos los ejércitos y armadas de Barsoom frente a nosotros. Lanza un rayo invisible cuyas vibraciones provocan tal cambio en la constitución de los metales que los desintegra. No soy científico y no entiendo por completo la explicación exacta del fenómeno, pero por lo que pude colegir cuando se discutía sobre la nueva arma en Jahar tengo la impresión de que los rayos cambian la polaridad de los protones de las sustancias metálicas, liberando toda la masa como electrones libres. También he oído la teoría de que Phor Tak descubrió en el curso de su investigación que el principio fundamental en el que se basan el tiempo, la materia y el espacio es el mismo y que lo que realmente hacen los rayos

lanzados por este fusil es convertir cualquier masa de metal a la que sean dirigidos en sus constituyentes de espacio más elementales.

«Sea como sea —continuó—, Tul Axtar tenía los hombres y el arma, pero dudó. Estaba asustado y buscó alguna otra excusa para retrasar la guerra de conquista y rapiña que sus millones de súbditos exigían ahora, y para ello insistió en el plan de encontrar algún medio de defensa contra el nuevo fusil, basando su exigencia en la posibilidad de que alguna otra potencia pudiera descubrir un arma similar o llegara, mediante el empleo de espías y soplones, a conocer el secreto de Jahar. Probablemente muy para su sorpresa y sin duda para su vergüenza, un hombre, que había sido ayudante en el laboratorio de Phor Tak logró desarrollar una sustancia que disipaba los rayos de la nueva arma, con lo que la convertía en inocua. Con esta sustancia, que tiene un color azulado, es con la que se pintan ahora las partes metálicas de los buques, armas y correaes de Jahar.

Abrió una pausa.

—Pese a todo, Tul Axtar pospuso la guerra una vez más, insistiendo en la producción de un número enorme de fusiles del nuevo modelo y una poderosa flota de buques de guerra en los que montarlos y entonces, como él dice, salir a conquistar Barsoom.

Ahora estaba totalmente clara para mí la destrucción de un barco patrulla sobre Helium la noche en que Sanoma Tora fue raptada. Y cuando Nur An me contó, más adelante, que Tul Axtar había enviado aviones experimentales a atacar Tjanath, comprendí que el aparato azul en el que Tavia y yo habíamos llegado había causado gran preocupación, pero el pensamiento que tenía alterada mi mente, al extremo de olvidarme de las vicisitudes de Sanoma Tora, era que en algún lugar en el aire viciado del moribundo Barsoom una gran flota heliuménica se disponía a atacar Jahar; eso, al menos, era lo que yo suponía ya que no tenía razones para dudar de que el mensaje que entregué al mayordomo del palacio de Tor Hatan no hubiera sido entregado al Señor de la Guerra. Encontrarme así, cargado con cadenas en las mazmorras de Tjanath mientras la gran flota de Helium se dirigía a su destrucción me llenó de horror. Había visto con mis propios ojos los efectos de esta nueva arma y sabía que no era un sueño de Nur An cuando dijo que con ella Tul Axtar conquistaría el mundo. Pero había defensa contra ella. Si no podía recobrar la libertad no conseguiría alertar a las naves de Helium y salvarlas de su inevitable sino, pero, también en relación con mi búsqueda de Sanoma Tora en la ciudad de Jahar, podría descubrir el secreto de la defensa contra el arma desarrollada por los jaharianos.

¡Libertad! Antes me había parecido lo más deseable del mundo; ahora se había hecho imprescindible.

## CAPÍTULO VI - Condenado a muerte

No estuve mucho tiempo en las mazmorras de Tjanath antes de que llegaran los guerreros, y me quitaran los grilletes para sacarme del calabozo. Sólo eran dos y no pude por menos que darme cuenta de su descuido y de la laxitud de su disciplina mientras me escoltaban hasta el piso superior del palacio, pero, al mismo tiempo, pensé que esto sólo significaba que la actitud de los oficiales había cambiado y que me iban a poner en libertad.

Nada había digno de destacar en el palacio de jed de Tjanath. Era un lugar pobre, en comparación con los palacios de algunos de los grandes nobles de Helium, pero nunca antes, imagino, había considerado con mayor interés los detalles arquitectónicos, cada pasillo, cada puerta, o los modales, correaes y condecoraciones de las personas con quienes nos cruzábamos ya que, aunque abrigaba la esperanza de que me pondrían pronto en libertad, seguía considerando este lugar como mi prisión y esta gente como mis

carceleros y, como mi objetivo principal en la vida era escapar, estaba determinado a que no se me escapara ningún detalle que pudiera ayudarme en alguna forma si llegaba el momento en que tuviera que buscar mi libertad.

Esos eran los pensamientos que ocupaban mi mente mientras me conducían por las elevadas puertas a presencia de un guerrero enjoyado.

Apenas posé los ojos en él supe que estaba en presencia de Haj Osis, jed de Tjanath.

Cuando mi guardián me detuvo delante de él, el jed escrutó mi rostro atentamente con el aire de desconfianza que es su característica más distinguida.

—Tu nombre y país —exigió.

—Soy Hadron de Hastor, padwar de la armada de Helium —contesté. —Eres de Jahar—me acusó—. Has venido desde Jahar con una mujer de Jahar en un avión de Jahar. ¿Puedes negarlo?

Explicué en detalle a Haj Osis todo lo que había sucedido hasta que llegué a Tjanath. También le conté la historia de Tavia y debo decir en su favor que me escuchó pacientemente, aunque no pude reprimir la constante impresión de que mi defensa estaba dirigida a una mente ya tan predispuesta en mi contra que nada de lo que pudiera decir alteraría sus convicciones.

Los jefes y cortesanos que rodeaban al jed daban muestras, con sus modales, de un claro escepticismo, hasta que me convencí de que el miedo a Tul Axtar les obsesionaba hasta el punto de no ser capaces de considerar de forma inteligente ningún asunto relacionado con el jeddak de Jahar. El terror les hacía desconfiados y quien desconfía lo ve todo a través de una lente deformada.

Cuando terminé mi relato, Haj Osis ordenó que me sacaran de la habitación y me llevaron a una pequeña antecámara donde me retuvieron algún tiempo, me imagino que mientras debatía mi caso con sus asesores.

Cuando me llevaron de nuevo a su presencia, tuve la sensación de que la atmósfera estaba cargada de antagonismo al detenerme delante del dais en el que el jed estaba sentado en su trono tallado.

—Las leyes de Tjanath son justas —proclamó Haj Osis mirándome fijamente— y el jed de Tjanath es misericordioso. Los enemigos de Tjanath recibirán justicia, pero no pueden esperar merced. Tú, que dices llamarte Hadron de Hastor, has sido considerado espía de nuestro enemigo más maligno, Tul Axtar de Jahar y, como tal, yo, Haj Osis, jed de Tjanath, te condeno a morir en La Muerte. He dicho.

Con un gesto imperioso ordenó a los guardias que me retiraran. No había apelación, mi suerte estaba echada. Me volví en silencio y salí de la cámara escoltado por una guardia de guerreros, pero por el honor de Helium puedo decir que mi paso era firme y que llevaba la cabeza alta.

De regreso a las mazmorras pregunté al padwar jefe de mi escolta si sabía algo de Tavia, pero si había oído algo sobre ella se negó a decírmelo, y un instante después tenía puestos los grilletes en el sombrío calabozo al lado de Nur An de Jahar.

—¿Y bien? —me preguntó.

—La Muerte —le respondí.

Extendió la mano encadenada en la oscuridad y la puso sobre una de las mías.

—Lo lamento, amigo —dijo.

—El hombre sólo tiene una vida —contesté— y si se le permite entregarla por una buena causa, no se debe quejar.

—Mueres por una mujer —afirmó.

—Muero por una mujer de Helium —le corregí.

—Quizá debamos morir juntos —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Mientras estuviste fuera llegó un mensajero del mayordomo del palacio para decirme que me pusiera a bien con mis antepasados porque debía ir a La Muerte en un breve plazo.

—Me pregunto cómo será La Muerte —dije.

—No lo sé —respondió Nur An—, pero a juzgar por el miedo con que la mencionan me imagino que debe ser algo más que terrible.

—¿Quizá torturas? —pregunté —Quizá —contestó.

—Pues van a ver que los hombres de Helium que saben vivir tan bien, saben también cómo morir —dije.

—Por mi parte, también confío en dar buena cuenta de mí mismo —dijo Nur An—. No voy a darles la satisfacción de verme sufrir. Pero desearía saber de antemano qué es lo que me van a hacer, para prepararme mejor para afrontarlo.

—No deprimamos nuestros pensamientos dándole vueltas —sugerí—. Vamos, más bien, a desempeñar nuestros papeles de hombres y considerar sólo los planes que nos permitan engañar a nuestros enemigos y escapar.

—Pienso que es inútil —dijo.

—A eso puedo contestar —dije— con las famosas palabras de John Carter: "¡Sigo estando vivo!"

—La filosofía ciega del valor absoluto —dijo admirado—, pero inútil.

—Pues me ha dado resultado muchas veces —insistí—, porque me infunde la voluntad para intentar lo imposible y salir airoso. Seguimos estando vivos, Nur An, no lo olvides. ¡Seguimos estando vivos!

—Aprovéchate de ello mientras puedas —dijo una voz hosca que venía del pasillo—, porque no va a ser verdad mucho tiempo.

Entró en la mazmorra un guerrero de la guardia, al que acompañaba una persona. Me pregunté hasta dónde nos habían oído, pero no tardé en tranquilizarme ya que las primeras palabras del guerrero que había hablado revelaron el hecho de que nada había oído, salvo que dije que seguíamos vivos.

—¿Qué querías decir con *no lo olvides, Nur An, seguimos estando vivos*?

Hice como si no hubiera oído su pregunta y no la repitió, sino que avanzó directamente hacia mí y me soltó los grilletes. Al darse la vuelta para soltar a Nur An se quedó de espaldas a mí, y no pude por menos que darme cuenta de su imperdonable descuido. Su compañero estaba distraído en la puerta mientras el primer guerrero se inclinaba sobre los candados que sujetaban los grilletes de Nur An.

Mis antepasados se portaron bien conmigo: no podía soñar con que se me presentaría una oportunidad como ésta, pero aguardé: como un gran banth listo para saltar, aguardé hasta que soltó a Nur An. Entonces, cuando todos los grilletes de mi compañero cayeron al suelo salté a la espalda del guerrero. Cayó de boca contra el suelo de piedra, empujado por mi peso y mi impulso y entonces extraje su puñal de la vaina y se lo clavé entre los omóplatos. Murió con un solo grito, pero no temí que su eco llegara muy lejos de los sombríos calabozos de Tjanath como para prevenir a sus compañeros del piso superior.

Pero el compañero del muerto había visto y oído. Atravesó el calabozo de un salto con la espada larga en la mano, y ahora me llegó la ocasión de ver de qué barro estaba hecho Nur An.

Todo había sucedido tan rápidamente, como un relámpago en el cielo despejado y cualquier hombre hubiera sido perdonado por haberse quedado momentáneamente atónito e inactivo a causa de mi acción, pero Nur An no incurrió en demora fatal alguna. Como si lo hubiéramos planeado juntos, pareció que saltaba en el mismo instante en que lo hice yo sobre el guerrero, para salir al paso del compañero de éste. A manos limpias se enfrentó a la larga espada de su antagonista.

La penumbra de la mazmorra redujo las ventajas del armado. Vio que una figura saltaba a oponérsele, pero en la excitación del momento y la oscuridad de la celda no se

dio cuenta de que Nur An estaba desarmado. Dudó, hizo una pausa y retrocedió al recibir el impetuoso ataque que le llegaba de la oscuridad y, para entonces, yo había sacado la espada larga de la vaina del guerrero muerto y cargué contra él desde un ángulo distinto del de Nur An.

Un instante después estábamos luchando y pude comprobar que el individuo en cuestión no era un mal espadachín, pero desde el momento en que cruzamos nuestras espadas comprendí que le superaba y él debió darse inmediata cuenta de ello porque retrocedió, completamente a la defensiva y pensando, sin duda, en huir al corredor. Pero yo estaba dispuesto a que no lo lograra, por lo que le presioné más a fondo para que no se atreviera a dar la vuelta y echar a correr; no pidió ayuda, lo que me hace suponer que se dio cuenta de lo inútil que sería.

Nur An y yo luchábamos por nuestras vidas con la desesperación de los animales enjaulados. Aquí no entraban para nada las consideraciones sobre el escrupuloso respeto de las leyes de la esgrima. Era su vida o la nuestra. Nur An lo comprendió y sacó la espada corta del cadáver del guerrero caído y un instante después el segundo hombre estaba en el suelo en medio de un charco de sangre, de su propia sangre.

—¿Y, ahora, qué? —preguntó Nur An.

—¿Conoces el palacio?

—No.

—Entonces dependemos de lo poco que pude ver —dije—. Vamos a ponernos inmediatamente los corrajes de éstos. Quizá serán un disfraz suficiente para permitirnos llegar a los pisos superiores, porque sin tener un conocimiento a fondo de las mazmorras es inútil tratar de escapar por los subterráneos.

—Tienes razón —dijo.

Un momento después salieron al corredor, con toda intención y propósito, dos guerreros de la guardia de Haj Osis, jed de Tjanath. Pensando que, hasta cierto punto, un tanto de osadía en el comportamiento sería la mejor salvaguardia contra nuestra detección, abrí la marcha hacia el piso bajo del palacio, sin intentar en forma alguna hacerlo a hurtadillas o en secreto.

—Hay muchos guerreros en la entrada principal del palacio —dije a Nur An— y sin saber algo sobre las normas que regulan la entrada y salida en el edificio, sería suicida que intentáramos alcanzar por ese camino la avenida que hay detrás del palacio.

—¿Y qué sugieres? —preguntó.

—El piso bajo del palacio es un lugar muy concurrido, con la gente deambulando de un lado a otro por los pasillos. No cabe duda de que algunos pisos superiores estarán menos frecuentados. Por tanto, vamos a buscar un escondite allí arriba y desde algún balcón podremos tener una perspectiva y proyectar algún plan factible de escape.

—Bien, abre la marcha —dijo.

—Subiendo por la rampa en caracol desde las mazmorras pasamos por dos pisos, antes de llegar a la planta baja del palacio, sin cruzarnos con una sola persona, pero en el instante mismo en que salimos a la planta baja vimos gente por todas partes: oficiales, cortesanos, guerreros, esclavos y comerciantes iban de un lado para otro con sus obligaciones o para resolver los asuntos que les habían llevado al palacio; el ser tan numerosa la concurrencia, sin embargo, era una salvaguardia para nosotros.

En el lado del corredor opuesto al punto donde entramos hay una puerta en arco que conduce a otra rampa ascendente. Sin dudar un instante, crucé por entre el gentío con Nur An a mi lado, pasé por el arco y accedí a la rampa.

Apenas habíamos empezado a subirla cuando nos encontramos con un joven oficial que bajaba. Apenas nos dirigió una mirada al pasar y respiré tranquilo al ver que nuestros disfraces, de hecho, nos disfrazaban.

En el segundo nivel del palacio había menos gente, pero seguían siendo demasiadas las personas como para que nos conviniera, de forma que seguimos ascendiendo hasta el tercer nivel; los pasillos aquí estaban casi desiertos.

Cerca de la entrada de la rampa confluían dos pasillos principales. Aquí vacilamos un instante para echar un vistazo. Varias personas se acercaban desde ambas direcciones hasta el lugar por donde habíamos salido, pero uno de los corredores transversales parecía desierto y nos apresuramos a entrar en él. Era un pasillo muy largo que, al parecer, se extendía por toda la longitud del palacio. Estaba flanqueado a intervalos por puertas que se abrían a ambos lados, varias cerradas o entreabiertas. Por una de las puertas abiertas vimos a varias personas, mientras que otros cuartos estaban vacíos. Mientras avanzábamos lentamente, tomamos cuidadosa nota del emplazamiento de estos, observando con sumo cuidado cada detalle que pudiera sernos de valor más adelante.

Habríamos recorrido dos tercios del largo pasillo cuando un hombre entró por una puerta situada a unos cincuenta metros más adelante. Era un oficial, aparentemente un padwar de la guardia. Se detuvo en el centro del pasillo en el momento en que una fila de guerreros salía por la misma puerta. Formaron en columna de a dos y marcharon en nuestra dirección con el oficial cerrando la marcha.

Era una prueba para nuestros disfraces, pero no quise correr el riesgo. Había una puerta abierta a nuestra izquierda y no había persona alguna al otro lado.

—Ven —dije a Nur An y, sin acelerar el paso, nos dirigimos despreocupadamente a la habitación. Cerré la puerta a espaldas de Nur An y, al hacerlo, vi que una joven estaba de pie en el lado opuesto de la cámara, mirándonos fijamente.

—¿Qué hacéis aquí, guerreros? —preguntó.

Una situación embarazosa, sin duda. Pude oír en el pasillo la marcha acompasada de los guerreros que se acercaban y sabía que la muchacha los oía también. Si llegaba a despertar sus sospechas no tardaría en pedir ayuda, pero cómo podía evitar que sospechara si no tenía ni la más mínima idea de cuál sería una excusa válida que explicara la presencia de dos guerreros en aquella habitación en particular que, por lo que imaginaba, podía ser el gineceo de una princesa de la casa real en el que entrar sin permiso podía fácilmente significar la muerte de un guerrero ordinario. Pensaba rápidamente, o quizá no pensaba en absoluto; con frecuencia solemos actuar por impulso y achacarlo a ser superinteligentes.

—Hemos venido a por la muchacha —dije bruscamente— ¿Dónde está?

—¿Qué muchacha? —preguntó la joven sorprendida.

—La prisionera, naturalmente —respondí.

—¿La prisionera? —parecía más sorprendida aún.

—¡Pues claro! —exclamó Nur An—, ¡la prisionera! ¿Dónde está?

No pude por menos que sonreír porque sabía que Nur An no tenía ni la menor idea de lo que yo pensaba.

—No hay ninguna prisionera aquí —dijo la joven—. Éstos son los apartamentos del hijo pequeño de Haj Osis.

—El muy imbécil nos dio la dirección equivocada —dije—. Lamento haberle interrumpido. Nos enviaron a buscar a una muchacha, Tavia, que está prisionera aquí, en el palacio.

Era un flecha lanzada al aire. Yo no sabía si Tavia estaba prisionera, pero después del trato que me habían dando supuse que así era.

—Pues no está aquí —respondió la muchacha— y en cuanto a ustedes, mejor será que salgan de estos apartamentos inmediatamente, porque si les descubren aquí lo pasarán mal.

Nur An, que estaba de pie a mi lado, mirando fijamente a la joven, dio un paso y se acercó a ella.

—¡Por mi primer antepasado! —exclamó sin alzar la voz—, ¡eres Phao!

La chica retrocedió unos pasos, con los ojos desorbitados por la sorpresa y luego, lentamente, se dio cuenta de quién hablaba.

—¡Nur An! —exclamó.

El aludido se acercó a la muchacha y cogió su mano.

—Todos estos años, Phao, creí que habías muerto —dijo—. Cuando el barco volvió, el capitán informó que tú y varios más habíais muerto.

—Mintió —dijo ella—, nos vendió como esclavos aquí, en Tjanath; ¿pero qué haces tú, Nur An, con el correa de Tjanath?

—Estoy prisionero contestó mi acompañante—, igual que este guerrero. Nos han encerrado en las mazmorras del palacio y hoy nos iban a enviar a La Muerte, pero hemos matado a los dos guerreros que mandaron a buscarnos y ahora estamos intentando salir del palacio.

—Entonces, ¿no estáis buscando a la muchacha llamada Tavia? —preguntó ella.

—Sí —respondí—, también la estamos buscando. La hicieron prisionera al mismo tiempo que a mí.

—Tal vez pueda ayudaros —dijo Phao—. Quizá —añadió melancólica— yo pueda escaparme con vosotros. Todos juntos.

—No me escaparé sin ti, Phao —dijo Nur An.

—Mis antepasados han sido, por fin, generosos conmigo —dijo la muchacha.

—¿Dónde está Tavia? —pregunté.

—Está en la Torre Este —contestó Phao.

—¿Nos puedes llevar allí, o decirnos cómo podemos llegar hasta ella? —pregunté.

—De nada valdrá que os conduzca hasta ella —contestó la joven— ya que la puerta está cerrada con llave y hay guardias delante. Pero hay otro modo.

—¿Y?

—Sé dónde están las llaves —contestó— y sé otras cosas que podrán sernos útiles.

—Que nuestros antepasados te protejan y recompensen, Phao —dije—. Dime dónde encontraré las llaves.

—Tendré que llevaros personalmente —contestó—, pero tendríamos más oportunidades de éxito si no fuéramos demasiados. Sugiero, por tanto, que Nur An se quede aquí. Le esconderé de forma que no le encuentren. Y te conduciré hasta la prisionera y, con un poco de suerte, podremos regresar a estas habitaciones. Yo soy la encargada. Sólo en horas normales, dos veces al día, por la noche y por la mañana, alguien visita las habitaciones del principito. Aquí te puedes esconder y alimentarte largo tiempo y quizá, llegado el momento, podamos desarrollar algún plan factible para escapar.

—Estamos en tus manos, Phao —dijo Nur An—. Si va a haber lucha, sin embargo, quisiera acompañar a Hadron.

—Si tenemos suerte, no habrá lucha —respondió la muchacha. Se dirigió rápidamente a la puerta y la abrió, revelando un armario de grandes dimensiones—. Aquí, Nur An, es donde debes estar hasta que volvamos. No hay razón para que nadie abra esta puerta y, hasta donde yo sé, nadie, excepto yo, la ha abierto desde que ocupo estas habitaciones.

—No me gusta la idea de esconderme —dijo Nur An haciendo una mueca—, pero últimamente he tenido que hacer muchas cosas que no me gustaban.

Sin añadir palabra, cruzó la habitación y entró en el armario. Sus ojos se cruzaron un instante con los de Phao cuando ella cerró la puerta, y pude leer en ellos algo que me sorprendió al recordar el relato de Nur An sobre la otra mujer que Tul Axtar le había robado. Pero no era asunto de mi incumbencia ni tenía que ver con lo que me traía entre manos.

—Este es mi plan, guerrero —dijo Phao al regresar a mi lado—. Cuando entraste en mis habitaciones dijiste que buscabas a la prisionera Tavia. Aunque ella no estaba allí, te creí. Por tanto, vamos a ir a buscar a Yo Seno, el guardián de las llaves, y le contaremos

la misma historia: que te han enviado a buscar a la prisionera Tavia. Si Yo Seno te cree, todo irá bien, porque será él mismo el que libere a la prisionera y te la entregue.

—¿Y si no me cree? —pregunté.

—Es una bestia —respondió— que mejor está muerta que viva, de modo que ya sabes qué hacer.

—Te entiendo —dije—. Muéstrame el camino.

La oficina de Yo Seno, el guardián de las llaves, estaba en el cuarto nivel del palacio, casi directamente encima de las habitaciones del principito. Phao se detuvo en la puerta y acercando los labios a mi oído musitó sus instrucciones finales.

—Entraré primero —dijo—. Con algún pretexto. Tú entras un instante después, pero no me prestes atención. No tiene que parecer que hemos llegado juntos.

—Entiendo —dije y me alejé un poco por el pasillo para no quedar a la vista cuando se abriera la puerta. Más tarde, ella me contó que había pedido a Yo Seno que le hiciera una llave nueva para una de las numerosas puertas del alojamiento del pequeño príncipe.

Esperé un momento y entré en la habitación. Era oscura, sin ventanas. De sus paredes colgaban llaves de todos los tamaños y formas imaginables. Sentado a una gran mesa estaba un hombre de aspecto basto. Alzó rápidamente la vista molesto por la interrupción al entrar yo.

—¿Bien? —gruñó.

—He venido a por la mujer, Tavia —dije—, la prisionera de Jahar.

—¿Quién te envía? ¿Qué quieres de ella? —preguntó.

—Tengo órdenes de llevarla a Haj Osis —respondí.

Me miró desconfiado.

—Traerás una orden por escrito.

—Desde luego que no —repliqué—. No hace falta. No va a salir del palacio, va simplemente de unas habitaciones a otras.

—¡Tienes que traer una orden por escrito! —gritó.

—Haj Osis se va a disgustar —dije— cuando sepa que te has negado a obedecer sus órdenes.

—No me niego —dijo Yo Seno—. No te atrevas a decir que me niego. Lo que no puedo es entregar un prisionero si no tengo una orden por escrito. Muéstrame la autorización y te daré las llaves.

Comprendí que mi plan había fallado y que debía adoptar otras medidas. Saqué la espada larga.

—¡Aquí está mi autorización! —exclamé saltando hacia él.

Lanzó un juramento y tiró de espada, pero en vez de enfrentarse a mí con ella, saltó rápidamente hacia atrás, al otro lado de la mesa, y golpeó un gong fuertemente con la hoja del arma.

Me lancé hacia él cuando oí el sonido de unos pies que corrían y el golpe de metales en la habitación contigua. Yo Seno, que seguía huyendo, sonrió sardónico. Y entonces las luces se apagaron y la habitación sin ventanas se sumió en la más profunda oscuridad. Unos dedos suaves me agarraron la mano izquierda y una voz musitó en mi oído.

—Ven conmigo.

Tiró de mí hacia un lado y pasamos por una abertura en el preciso instante en que se abría de golpe una puerta al otro lado de la habitación, revelando las siluetas de media docena de guerreros contra la luz que tenían detrás. Entonces la puerta se cerró justo delante de mi cara y me encontré de nuevo en la más absoluta oscuridad. Los dedos de Phao seguían aferrados a mi mano.

—Silencio! —musitó una voz suave.

Desde detrás del tabique me llegaron unas voces airadas y excitadas. Sobre ellas se elevó otra que gritó autoritaria:

—¿Qué pasa aquí?

Oí exclamaciones y juramentos ahogados mientras los hombres chocaban con los muebles y entre sí.

—¡Encended una luz! —gritó una voz y, a poco— ¡Así está mejor!

—¿Dónde está Yo Seno? ¡Oh, ahí estás gordinflón granuja! ¿Qué es todo este lío?

—¡Por Issus, ha desaparecido! —gritó la voz de Yo Seno.

—¿Quién? —exigió la otra voz— ¿Por qué nos llamaste?

—Me atacó un guerrero —explicó Yo Seno— que vino a pedirme la llave de la habitación donde Haj Osis tiene encerrada a la hija de... —no pude oír el resto de la frase.

—Bien, ¿dónde está ese tipo? —preguntó el otro.

—Se ha largado... y se ha llevado la llave. La llave ha desaparecido — la voz de Yo Seno fue un aullido.

—Vamos rápido, entonces, a la habitación donde está encerrada la muchacha —gritó el primero que habló, sin duda el oficial de la guardia, y casi al instante oí cómo salían a todo correr de la habitación.

A mi lado, la muchacha se movió ligeramente y escuché que se reía por lo bajo.

—No encontrarán la llave —dijo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque la tengo yo —respondió.

—De poco nos va a servir —dije pesaroso—, porque van a poner guardia a la puerta y no podremos usar la llave.

Phao se echó a reír de nuevo.

—No necesitamos la llave —dijo—. La cogí para que siguieran una pista falsa. Ellos vigilarán la puerta, mientras nosotros entramos por otro lado.

—No te entiendo —dije.

—Este pasillo conduce, entre tabiques, a la habitación donde tienen a la prisionera. Lo sé porque cuando yo estuve encerrada en esa habitación, Yo Seno venía por aquí a visitarme. Es una bestia. Confió en que no visitara a esta muchacha, lo confío por tu bien, si la amas.

—No la amo —respondí—. No es más que una amiga.

Pero apenas era consciente de lo que estaba diciendo; las palabras me salían mecánicamente ya que era presa de unas emociones que nunca había sentido o soportado. Se había apoderado de mí en el mismo instante en que Phao sugirió que Yo Seno pudo haber visitado a Tavia pasando por este corredor secreto. Experimenté una sensación que se parecía mucho a una convulsión, algo que me había convertido en otro hombre. Antes, hubiera matado a Yo Seno con mi espada y me hubiera alegrado; lo que deseaba ahora era descuartizarle, mutilarle, hacerle sufrir. Jamás en mi vida había experimentado un deseo tan bestial. Era una idea espantosa, pero con la que me regodeaba.

—¿Qué te sucede? —exclamó Phao— Creí notar que temblabas.

—Sí que temblaba —respondí.

—¿Por qué?

—Por Yo Seno —contesté—, pero démonos prisa. Si este pasillo conduce a la habitación donde Tavia está prisionera siento impaciencia por llegar a ella, porque cuando Haj Osis se entere de que han robado la llave, hará que la trasladen a otra prisión.

—No se enterará, si Yo Seno y el padwar de la guardia pueden impedirlo —dijo Phao—, porque si llega a oídos de Haj Osis podría costarles la vida. Esperarán a que llegues para matarte y coger la llave, pero te esperan a la puerta de la prisión y no llegarás por ese camino.

Mientras hablaba, empezó a andar siguiendo el oscuro y estrecho pasillo, llevándome de la mano. Fue una progresión lenta, porque Phao tenía que andar a tientas porque el corredor tenía esquinas en ángulo recto siguiendo la configuración de las habitaciones por

las que pasaba, y había numerosas escaleras que llevaban a las habitaciones superiores y, al final, una escalera de mano hasta el piso superior.

Hizo alto, finalmente.

—Ya estamos aquí —musitó—, pero primero debemos escuchar para asegurarnos de que nadie ha entrado en la habitación donde está la prisionera.

La oscuridad me impedía ver lo más mínimo, sin poder adivinar cómo sabía Phao que habían llegado a su destino.

—Está bien —dijo ella entonces.

Al decirlo, empujó un panel de madera que se abrió ligeramente y por la abertura pude ver una parte de una habitación circular con estrechas ventanas fuertemente enrejadas. En el lado opuesto de la abertura, sobre un montón de sedas y pieles para dormir había una mujer reclinada. Sólo pude distinguir un hombro desnudo, una oreja diminuta y el cabello despeinado. Al primer vistazo comprendí que pertenecían a Tavia.

Phao cerró el panel a nuestras espaldas al entrar en la habitación. Atraída por el ruido de nuestra entrada, por bajo que fuera, Tavia se sentó y nos miró; al reconocermos, se puso en pie de un salto. Sus ojos estaban desorbitados por la sorpresa y había una exclamación en sus labios que silenció con un gesto. Crucé la habitación dirigiéndome a ella, que me salió al encuentro casi corriendo. Al mirarle los ojos, vi en ellos una expresión que nunca había visto antes en los de ninguna otra mujer —al menos no en relación conmigo— y si alguna vez había dudado de la amistad de Tavia, esa duda se desvaneció en aquel instante, pero no había dudado de ello, sino que me sorprendió comprender la profundidad de sus sentimientos. Si Sanoma Tora me hubiera mirado alguna vez de aquel modo, hubiera leído amor en su expresión, pero yo no había hablado de amor a Tavia y sabía que lo que sentía por mí era solamente amistad. Sumido siempre a fondo en mi profesión como para hacer amistades de este tipo, nunca había sentido, hasta ese instante, lo maravillosa que puede ser la amistad.

Al encontrarnos en el centro de la habitación, sus ojos llenos de lágrimas se alzaron hacia los míos.

—Hadron —musitó con voz que la emoción hacía temblar. Rodeé sus suaves hombros con mis brazos y la atraje hacia mí; algo que no hice voluntariamente me impulsó a besar su frente. Instantáneamente se soltó de mi abrazo y temí que hubiera interpretado mal el impulsivo beso amistoso, pero sus siguientes palabras me tranquilizaron.

—Temí no verte más, Hadron de Hastor —dijo—. Temí que te hubieran matado. ¿Cómo es que estás aquí con el uniforme de un guerrero de Tjanath?

Le conté brevemente lo sucedido desde que nos separamos y cómo había conseguido escapar a La Muerte, siquiera temporalmente. Me preguntó qué era La Muerte, pero no supe decírselo.

—Es algo horrible —dijo Phao.

—Pero, ¿qué es? —pregunté.

—No lo sé —respondió la muchacha—, sólo sé que es horrible. Hay un pozo profundo, algunos dicen que sin fondo, debajo de las mazmorras del palacio; de él salen perpetuamente ruidos horribles: gemidos y quejidos y a este pozo arrojan a quienes tienen que afrontar La Muerte, pero lo hacen de forma que la caída no les mate. Tienen que llegar vivos al fondo y soportar todos los horrores de La Muerte que les espera allí. Que la tortura es casi interminable lo evidencia el hecho de que los quejidos y gemidos de las víctimas no cesan jamás, por mucho tiempo que haya pasado entre ejecuciones.

—Y tú has escapado de ella —exclamó Tavia—. Mis oraciones han sido bien acogidas. Días y noches he rogado a mis antepasados que te protegieran. Ojalá ahora pudiéramos escapar de un lugar tan odioso como éste. ¿Tienes algún plan?

—Tenemos un plan que puede tener éxito con la ayuda de esta joven, Phao. Nur An, de quien te hablé, está oculto en un armario de una de las habitaciones del principito.

Vamos a regresar a esa habitación a la primera oportunidad, y Phao nos ocultará a los tres hasta que se presente la oportunidad de huir.

—No debemos perder más tiempo —dijo Phao—. Vamos, debemos irnos ya.

Al volvernos al panel por el que habíamos entrado, vi que estaba entreabierto, aunque tenía la seguridad de que Phao lo había cerrado cuando entramos; además, hubiera jurado que vi un ojo por la estrecha grieta, como de alguien que nos vigilara desde el oscuro interior del pasillo secreto.

Atravesé la habitación de un salto y abrí el panel. Llevaba la espada en la mano, pero no había nadie en el corredor.

## CAPÍTULO VII - La muerte

Con Phao abriendo marcha y Tavia entre los dos, recorrimos el oscuro pasillo de vuelta a la habitación de Yo Seno. Cuando llegamos al panel que marcaba el final de nuestro viaje, Phao hizo alto y escuchamos atentamente durante un rato por si algún ruido delataba la presencia de un ocupante en la habitación. El silencio era sepulcral.

—Creo —dijo Thao— que sería más seguro que Tavia y tú os quedárais aquí hasta la noche. Yo volveré a mi habitación y haré las cosas habituales y, una vez que el palacio esté más tranquilo, estos pisos superiores estarán casi desiertos; entonces vendré y os recogeré con mucho menos riesgo de que nos sorprendan que si fuéramos ahora a la habitación.

Estuvimos de acuerdo en que su plan era bueno, se despidió momentáneamente de nosotros y abrió el panel lo bastante para permitirle inspeccionar la habitación que había detrás. Estaba vacía. Salió del pasillo, cerrando el panel a sus espaldas, y Tavia y yo nos encontramos de nuevo sumidos en la oscuridad.

Las largas horas de espera en el pasillo oscuro pudieron parecer interminables, pero no lo fueron. Nos acomodamos lo mejor que pudimos en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y nos inclinamos uno hacia el otro de manera que pudiéramos conversar musitando. Nos entretuvimos más de lo que hubiera parecido posible, tanto con nuestra conversación como con los largos silencios que la interrumpían, por lo que no pareció haber pasado tanto tiempo cuando se abrió el panel y vimos a Phao a la débil luz de la habitación que tenía detrás. Nos hizo señas de que la siguiéramos y obedecimos en silencio. El pasillo que había al otro lado de la habitación de Yo Seno estaba vacío, igual que la rampa que conducía al piso inferior y al pasillo al que se abría. La fortuna parecía estar con nosotros en cada paso que dábamos y una oración de agradecimiento subía a mis labios cuando Phao abrió la puerta que llevaba a la habitación del príncipe y nos hizo señas para que entráramos.

Pero, en ese mismo momento, el corazón me dio un vuelco: al entrar en la habitación con Tavia vi un grupo de guerreros que estaba a un lado y otro esperándonos. Con un grito de aviso hice que Tavia se situara a mi espalda y nos volvimos rápidamente hacia la puerta, pero entonces escuchamos el ruido de pies que corrían y el choque de armas en el pasillo que había detrás y un vistazo por encima del hombro me descubrió otros guerreros que llegaban corriendo desde la puerta de la habitación en el lado opuesto del pasillo.

Estábamos rodeados y perdidos y mi primer pensamiento fue que Phao nos había traicionado, conduciéndonos a una trampa de la que no había escapatoria. Nos empujaron de vuelta a la habitación y nos rodearon; fue entonces cuando vi a Yo Seno. Allí estaba, con una desagradable sonrisa en sus labios y de no ser porque Tavia me había asegurado que no le había causado daño alguno, hubiera saltado sobre él, aunque una docena de espadas me hubieran herido un instante después.

—Así es que pensaste que yo era tonto, ¿no es así? —gruñó burlón Yo Seno—. A mí no se me engaña tan fácilmente. Adiviné la verdad y os seguí por el pasillo; oí lo que proyectabais cuando hablabas con esa mujer, Tavia. Ya os tenemos a todos —volviéndose a uno de los guerreros, le hizo una indicación señalando el armario al otro lado de la habitación.

—Traed al otro —ordenó.

El tipo aquel cruzó hasta la puerta, la abrió y pudimos ver que Nur An estaba tendido en el suelo, atado y amordazado.

—Corta las cuerdas y quítale la mordaza —ordenó Yo Seno—. Ya no tiene tiempo para estropear mis planes avisando a los demás.

Nur An avanzó hacia nosotros con paso firme, la cabeza erguida y lanzó una mirada de profundo desdén a nuestros captores.

Los cuatro permanecíamos de pie frente a Yo Seno. La sonrisa sardónica había sido sustituida por un brillo de odio en sus ojos.

—Has sido condenado a perecer por La Muerte —dijo—. La muerte de los espías. No se puede imponer un castigo más terrible. Si lo hubiera, lo aplicaríamos a vosotros dos —me miró y luego volvió los ojos hacia Nur An— para que pagarais el asesinato de dos de nuestros camaradas.

Así es que habían encontrado los dos guerreros que me cargué. Bueno, ¿y qué? Era evidente que por eso nuestra situación no iba a ser peor de lo que habría sido de otro modo. Nos llevaban a La Muerte y eso era lo peor que podían hacernos.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó Yo Seno.

—¡Que seguimos estando vivos! —exclamé, y me eché a reír en su cara.

—Dentro de poco estarás suplicando a tus primeros antepasados que te den la muerte —murmuró rencoroso el guardián de las llaves—, pero no morirás demasiado pronto y recuerda que nadie sabe cuánto tiempo lleva parecer con La Muerte. Nada podemos añadir a tu tortura física, pero sí a la mental: déjame recordarte que te enviamos a La Muerte sin dejarte saber qué suerte correrán tus cómplices —concluyó mirando a Tavia y Phao.

Era un punto doloroso para mí, bien escogido. Nada podía haber dicho que me causara una tortura más aguda que esto, pero no iba a darle el gusto de ser testigo de mis auténticas emociones, de modo que me eché a reír de nuevo, en su cara. Su paciencia debió colmarse porque se volvió bruscamente al padwar de la guardia y le ordenó que nos sacara de allí inmediatamente.

Mientras nos sacaban de la habitación, Nur An dedicó un valiente adiós a Phao.

—¡Adiós, Tavia! —grité— ¡Y recuerda que seguimos estando vivos!

—¡Seguimos vivos, Hadron de Hastor! —respondió ella— ¡Seguimos vivos!

Al empujarnos por el pasillo adelante, desapareció de mi vista.

Nos llevaron, bajando una rampa tras otra, hasta las profundidades de las mazmorras del palacio y luego a un gran salón en el que vi a Haj Osis sentado en un trono, rodeado de nuevo por sus jefes y cortesanos, como cuando me interrogó. Enfrente del jed, en el centro de la cámara, colgada una enorme jaula de hierro suspendida de un pesado bloque embutido en el techo. Nos obligaron a empujones a entrar en la jaula, cerraron la puerta y la aseguraron con un gran candado. Me pregunté a qué venía todo aquello y qué tenía esto que ver con La Muerte; mientras me hacía estas preguntas, una docena de hombres empujaron una enorme trampilla debajo de la jaula. Nos envolvió una ráfaga de aire frío y húmedo y experimenté un escalofrío que me llegó hasta la médula de los huesos, como si me encontrara ya en brazos de la muerte. Llegaban a mis oídos una serie de gemidos y quejidos ahogados y entonces comprendí que estábamos justo encima del pozo donde se encontraba La Muerte.

Nadie dijo una palabra dentro de la cámara, pero a una señal de Haj Osis unos hombres poderosos hicieron bajar la jaula lentamente a la boca que se abría debajo de

nosotros. El frío y la humedad eran más acentuados y penetrantes que antes y los fantasmales ruidos parecían redoblar su volumen.

Nos deslizamos hacia abajo, al abismo oscuro. Olvidamos el horror del silencio en la cámara ante el horror del pandemonio de asombrosos sonidos que nos llegaban desde abajo.

Hasta dónde nos bajaron es algo que no puedo ni siquiera adivinar, pero Nur An calculó que serían trescientos metros, por lo menos, cuando empezamos a detectar una ligera luminosidad que nos rodeaba. Los gritos y gemidos se habían vuelto un rumor casi ininterrumpido. A medida que nos acercábamos parecían menos gemidos y quejidos que el sonido del viento y el agua al pasar rauda.

De repente, sin el menor aviso, el fondo de la caja, dotado sin duda de una bisagra a un lado sujeta con un pestillo que se podía soltar desde arriba, se abrió. Fue tan rápido que poco pudimos pensar antes de hundirnos en las turbulentas aguas.

Cuando salí a la superficie descubrí que podía ver. Donde quiera que estuviéramos no estábamos envueltos en una oscuridad impenetrable, sino que había una ligera luminosidad.

Casi al momento, la cabeza de Nur An apareció a una braza de distancia de mí. Nos empujaba una fuerte corriente y me di cuenta, al instante de que estábamos en un gran río subterráneo, uno de aquellos a los que habían retrocedido las aguas que quedaban de la moribunda Barsoom. Divisé en la distancia una ribera escasamente visible en la amortiguada luz y grité a Nur An que me siguiera, nadando hacia ella. El agua estaba fría, pero no lo bastante como para alarmarme y no tenía dudas de que llegaría a la orilla.

Para cuando logramos nuestro objetivo y nos arrastramos por la rocosa orilla, nuestros ojos se habían acostumbrado a la débil luz del interior y ahora, estupefactos, miramos alrededor. ¡Qué inmensa caverna! Allá, muy lejos, por encima de nuestras cabezas, podíamos ver el techo a la luz de diminutas partículas de radio que impregnaba la roca que formaba sus paredes y techo, pero la orilla opuesta de la turbulenta corriente estaba fuera de nuestro campo de visión.

—¡Así que esto es La Muerte! —exclamó Nur An.

—Dudo mucho que ellos sepan qué es esto —contesté—. El fragor del río y el rumor del viento les ha llevado a hacerse una idea de algo horrible.

—Quizá el mayor sufrimiento de la víctima sea soportar la idea de lo que le espera en estas aparentemente horribles profundidades —sugirió Nur An—, mientras que lo peor que le podría suceder es morir ahogado.

—O de inanición —observé.

Nur An asintió con un gesto.

—Sin embargo —dijo—, desearía poder volver el tiempo suficiente para burlarme de ellos y ver la decepción cuando comprendieran que La Muerte no es tan horrible, después de todo.

—¡Qué río más poderoso! —añadió tras un momento de silencio— ¿Será afluente del Iss?

—Quizá sea el mismo Iss —dije.

—En tal caso, nos dirigimos al último y largo peregrinaje hacia el perdido mar de Korus en el valle Dor —dijo Nur An con aspecto fúnebre—. Puede que sea un lugar encantador, pero no quiero ir allí todavía.

—Es un lugar de horror —repliqué.

—¡Calla! —me previno— ¡Eso es sacrilegio!

—No lo es, desde que John Carter y Tars Tarkas alzaron el velo dei secreto del valle Dor y desvelaron el mito de Issus, Diosa de la Vida Eterna.

Pero Nur An siguió mostrándose escéptico, incluso después de que le conté toda la trágica historia de los falsos dioses de Marte, hasta ese punto están tejidas las supersticiones de la religión con las fibras de nuestro ser.

Los dos estábamos muy fatigados después de nuestra lucha con la fuerte corriente del río y, quizá también, por la reacción tras el choque nervioso de la durísima experiencia por la que habíamos pasado. Así, pues, nos quedamos tumbados, descansando sobre la orilla rocosa del río del misterio. En un momento dado, nuestra conversación derivó hacia lo que imperaba en nuestras mentes y que no nos atrevíamos a mencionar la suerte que habrían corrido Tavia y Phao.

—¡Ojalá las condenen también a La Muerte! —dije—. Porque entonces podríamos estar con ellas y protegerlas.

—Me temo que no volveremos a verlas —respondió Nur An con acento lúgubre—. ¡Qué cruel destino encontrar a Phao sólo para perderla de nuevo inevitablemente y de forma tan rápida!

—Desde luego, es una extraña broma del destino que después de que Tul Axtar te la robara, él la perdiera también y tú la encontraras en Tjanath.

Me miró un instante con expresión de asombro, pero luego se aclaró su rostro.

—Phao no es la mujer de la que te hablé en el calabozo de Tjanath —dijo—. A Phao la quise mucho antes; ella fue mi primer amor. Después de perderla pensé que no volvería a interesarme ninguna otra mujer, pero otra entró en mi vida y sabiendo que Phao se había ido para siempre, encontré consuelo en mi nuevo amor, pero ahora me doy cuenta de que no es lo mismo, de que ningún amor puede desplazar al que sentí por Phao.

—La perdiste irremediablemente una vez —le recordé—, pero la encontraste de nuevo; quizá la encuentres una vez más.

—¡Ojalá pudiera compartir tu optimismo! —dijo.

—Tenemos muy poco más para sentirnos optimistas —le recordé.

—Tienes razón —dijo, y se echó a reír mientras añadía—. ¡Seguimos estando vivos!

Ahora, descansados ya, caminamos por la orilla siguiendo la corriente del río, ya que habíamos decidido seguir esa dirección aunque sólo fuera porque era más fácil ir cuesta abajo que arriba. No teníamos ni la más ligera idea de hacia dónde nos llevaría; tal vez a Korus; quizá a Omean, el mar enterrado donde yacían los barcos de los primogénitos.

Trepamos por las grandes piedras caídas y seguimos avanzando por senderos de suave grava, bastante al azar, sin saber a dónde nos dirigíamos ni qué meta tratábamos de alcanzar. Había una vegetación rala y grotesca, casi incolora por escasez de luz solar. Veíamos algunas plantas arbóreas con extrañas ramas angulares que se encogían al menor toque y, lo mismo que los árboles no parecían árboles, había capullos que no semejaban flores. Era un mundo tan distinto del mundo real como las criaturas de la imaginación difieren de la realidad.

Pero cualquier pensamiento que pudiera tener sobre la flora de esta extraña tierra terminó repentinamente al dar la vuelta a un promontorio que se alzaba ante nosotros y nos encontramos cara a cara con el ser más espantoso que habían visto mis ojos. Era un enorme lagarto blanco dotado de unas quijadas tan grandes como para tragarse a un hombre de una sola vez. Al vernos emitió un silbido de ira y avanzó amenazador a nuestro encuentro.

Desarmados y absolutamente a merced de aquella criatura que nos atacaba pusimos en práctica el único plan que nos podía dictar la inteligencia: retirarnos. No me avergüenza confesar que lo hicimos con toda rapidez.

Corriendo con todas nuestras fuerzas, dimos la vuelta al promontorio y nos alejamos rápidamente de la orilla del río. El suelo de la caverna ascendía bruscamente y al trepar dirigí la vista atrás varias veces para ver qué acción emprendía nuestro perseguidor. Ahora estaba plenamente a la vista ya que también había dado la vuelta al promontorio y miraba a un lado y otro como si nos buscara. No parecía vernos, aunque no estábamos lejos y pronto llegué al convencimiento de que le fallaba la vista; pero como no deseaba depender de esto, seguí trepando hasta que llegamos a la cúspide del promontorio; al mirar al otro lado vi una considerable franja de grava suave que se extendía hasta

difuminarse en la distancia siguiendo la orilla del río. Pensé que si lográramos descender por el lado opuesto de la barrera y alcanzar el nivel de la grava podríamos eludir la atención del enorme monstruo. Un vistazo final me demostró que seguía allí, mirando atentamente en una dirección y luego en la otra, como si nos buscara.

Nur An se había pegado a mis talones y nos deslizamos juntos por el borde de la escarpada cresta y aunque las rocas nos produjeron grandes arañazos, logramos alcanzar la grava por la que, tras haber escapado de, nuestra amenaza, corrimos río abajo. Apenas habíamos dado cincuenta pasos cuando Nur An tropezó con un obstáculo y yo me incliné para ayudarlo a levantarse y entonces vi que el objeto que le hizo caer era el correaje casi podrido de un guerrero; un instante después vi que la empuñadura de una espada sobresalía de la grava. La arranqué del suelo. Era una buena espada larga y puedo decirles que la sensación de tenerla en la mano hizo más por restablecer mi autoconfianza que cualquier otra cosa. Al ser de metal no corrosivo, como toda las armas barsoonianas, la espada seguía en tan buenas condiciones como cuando su dueño la abandonó.

—¡Mira! —dijo Nur An.

Seguí su indicación y vi, a poca distancia, otro correaje y otra espada. Esta vez había dos: una corta y una larga, de las que se apoderó Nur An.

Siempre he pensado que pocas cosas hay en Barsoom de las que tengan que huir dos guerreros bien armados.

Mientras seguíamos andando por la franja nivelada de grava tratábamos de solventar el misterio de las armas abandonadas, misterio que se hizo más profundo con el descubrimiento de muchas más. En algunos casos, el correaje se había podrido por completo, sin dejar otra cosa que las partes metálicas, mientras que en otros estaba, comparativamente, en buenas condiciones, casi nuevo. Descubrí un montículo blanco delante de nosotros, pero a la difusa luz de la caverna no pude determinar de qué se trataba. Cuando lo descubrimos nos sentimos poseídos por el horror: el montículo eran huesos y cráneos humanos. Y fue entonces, finalmente, cuando creí haber hallado la solución al misterio de los correajes y armas abandonados. Ésta era la guarida del gigantesco lagarto. Era aquí a donde traía el peaje cobrado a las infelices criaturas que pasaban río abajo, pero la cuestión era cómo habían llegado aquí los hombres armados. A nosotros nos habían arrojado a la caverna sin armas y tenía la seguridad de que igual habría sucedido con todos los prisioneros condenados de Tjanath. ¿De dónde vinieron los otros? No lo sé y, sin duda, nunca lo sabré. Era un misterio de principio a fin y seguiría siéndolo hasta el final.

A medida que avanzábamos íbamos encontrando correajes y armas desperdigados por todas partes, pero los correajes abundaban infinitamente más que las armas.

Yo había añadido una espada corta de calidad a mi equipo, además de una daga, igual que Nur An, y me había inclinado para examinar otra arma que habíamos encontrado, una espada corta con empuñadura y guarda bellamente ornamentadas, cuando Nur An lanzó una exclamación de aviso.

—¡En guardia! —gritó— ¡Hadron, ahí viene!

Me erguí de un salto y di la vuelta, con la espada corta en la mano y vi que el enorme lagarto blanco se lanzaba a considerable velocidad sobre nosotros con las enormes mandíbulas abiertas al tiempo que silbaba atterradoramente. Era una visión horrible, que hubiera hecho que más de un valiente se diera la vuelta y echara a correr, lo que, sin duda, hicieron casi todas sus víctimas; pero aquí había dos que no pensaban en huir. Quizá por estar tan cerca nos dimos cuenta de la futilidad de una huida sin pensarlo bien; fuera lo que fuera, allí nos quedamos: Nur An con su larga espada en la mano, yo con la corta espada curva ornamentada que había estado examinando, aunque me di cuenta instantáneamente de que no era aquella el arma apropiada para defenderme de la enorme bestia.

Pero no podía soportar la idea de desprenderme de un arma que ya empuñaba, sobre todo teniendo en cuenta una proeza mía de la que me sentía muy orgulloso.

En Helium, oficiales y paisanos suelen apostar grandes sumas sobre la precisión con que pueden lanzar dagas y espadas cortas, y he presenciado cómo importantes cantidades de dinero cambian de manos en una hora, pero mi maestría era tal que había elevado considerablemente lo que percibía por mi paga al ganar los torneos, hasta que mi fama se extendió de tal manera que no conseguía encontrar quien estuviera dispuesto a medir su habilidad frente a la mía.

Jamás había lanzado un arma con una plegaria más ardiente por la precisión de mi lanzamiento que ahora, al enviar rápidamente la espada corta contra las fauces abiertas del lagarto que se acercaba. No fue un buen lanzamiento, en Helium hubiera perdido dinero, pero en este caso, creo que salvé mi vida. La espada, en vez de surcar el aire en línea recta, con la punta por delante como debería haber sucedido, giró lentamente hacia arriba hasta que se desplazó en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, con la punta hacia delante y abajo. En esta posición, la punta golpeó justo dentro de la quijada inferior de la bestia, mientras que la pesada empuñadura, arrastrada por el impulso, se alojó en el paladar del monstruo.

Se quedó instantáneamente inerte: la punta de la espada había atravesado la lengua hasta llegar a la sustancia ósea de su mandíbula inferior, al tiempo que la empuñadura se alojaba en el cielo de la boca detrás de los aterradores colmillos. No pudo quitarse la espada, ni adelante ni atrás y por un momento se detuvo con un silbido desmayado; al tiempo, Nur An y yo saltamos a los lados opuestos de su enorme cuerpo blanco. Trató de defenderse con la cola y las garras, pero fuimos más rápidos y en un momento estaba tumbado en un charco de su propia sangre púrpura con la reacción muscular espasmódica final de la muerte.

Había algo particularmente desagradable y repelente en relación con la purpúrea sangre de la bestia, no sólo en su aspecto, sino en su olor casi nauseabundo, por lo que Nur An y yo no tardamos un momento en abandonar el escenario de nuestra victoria. Lavamos en el río nuestras espadas y seguimos nuestra infructuosa búsqueda.

Cuando lavábamos las hojas de las espadas observamos la presencia de peces en el río, por lo que después de poner una distancia aconsejable entre la guarida del lagarto y nosotros, determinamos dedicar nuestras energías, un rato al menos, en llenar las mochilas y satisfacer nuestro apetito.

Ninguno de los dos había pescado nunca ni comido uno de aquellos peces, pero habíamos oído decir que eran comestibles. Siendo espadachines consideramos, naturalmente, que nuestras espadas eran los mejores medios para procurarnos alimento, así es que vadeamos el río blandiendo las espadas largas, dispuestos a matar peces hasta el hartazgo, pero no conseguimos acercarnos a ellos. Podíamos verlos por todas partes, pero no al alcance de nuestras espadas.

—Quizá los peces no sean tan tontos como parecen —dijo Nur An—. Quizá vean que nos acercamos y se pregunten el porqué.

—Creo que tienes razón —contesté—. Supón que intentamos alguna estrategia.

—¿Cuál? —preguntó.

—Ven conmigo y volvamos a la orilla.

Tras una corta búsqueda aguas abajo encontré una roca que sobresalía por encima del agua.

—Nos tumbaremos aquí a ratos, con los ojos fijos en la punta de nuestra espada por encima de la orilla. No podemos hablar ni movernos o asustaremos a los peces. Quizá de este modo consigamos alguno —concluí, dando por terminada la idea de hacer una matanza general.

Para mi satisfacción, el plan dio resultado y no pasó mucho tiempo antes de que cada cual hubiera conseguido un gran pez.

Naturalmente, como el resto de las personas, preferimos los alimentos cocinados, pero siendo guerreros estamos acostumbrados a una u otra cosa, por lo que rompimos nuestro largo ayuno con pescado crudo del río del misterio.

Tanto Nur An como yo nos sentimos recuperados y fortalecidos con nuestra comida, por muy poco sabrosa que hubiera sido. Había pasado algún tiempo desde la última vez que dormimos y aunque no teníamos la menor idea de si sería de noche en el exterior, en la superficie de Barsoom, o si había amanecido ya decidimos que lo mejor sería descabezar un sueñecito, por lo que Nur An se tumbó donde estábamos mientras yo montaba la guardia. Yo ocupé su sitio cuando despertó. Creo que ninguno de los dos durmió más de una zode, pero el descanso nos sentó tan bien como la comida que habíamos ingerido y estoy seguro de que nunca me he sentido tan en buena forma que cuando reanudamos nuestro viaje sin meta fija.

No sé cuánto tiempo estuvimos viajando después de dormir, porque el camino se había hecho muy monótono, con escasas oportunidades para contemplar el apenas iluminado paisaje que nos rodeaba y sólo el incesante murmullo del río y el silbido del viento nos hacían compañía.

Nur An fue el primero en observar un cambio: me cogió del brazo y señaló ante sí. Yo debía haber caminado con los ojos en el suelo delante de mí, pues, de lo contrario, hubiera advertido lo mismo simultáneamente.

—¡Es de día! —exclamé— Es el sol.

—No puede ser ninguna otra cosa —dijo.

Allí, justo delante de nosotros, había una gran arcada iluminada. Eso era todo lo que podíamos ver desde el punto donde la habíamos descubierto, pero ahora nos apresuramos a acercarnos, casi a la carrera, tan ansiosos estábamos de encontrar una solución, tan confiados en que, desde luego, era la luz solar y que de alguna forma inexplicable y misteriosa el río se había abierto camino hasta la superficie de Barsoom. Sabía que no podía ser verdad y también Nur An lo sabía, y éramos conscientes de lo grande que sería nuestro desencanto cuando se nos revelara la verdadera explicación del fenómeno.

Pero cuando nos acercamos al gran parche de luz se hizo más evidente cada vez que el río había salido de su oscura caverna para alcanzar la luz diurna y al llegar a la poderosa arcada vimos una escena que hinchó nuestros corazones con calor y agrado, porque allí, ante nosotros, se extendía un valle —un valle pequeño, ciertamente—, encerrado entre acantilados altísimos, pero un valle, al fin, de vida, fertilidad y belleza bañado por la cálida luz del sol.

—No es el suelo de Barsoom —dijo Nur An—, pero es el mejor sustituto.

—Y tiene que haber una salida —dije—. Tiene que haberla y, si no la hay, abriremos una.

—Tienes razón, Hadron de Hastor —gritó—. Nos abriremos camino, ¡Ven!

Ante nosotros aparecieron las orillas del estruendoso río llenas de lujuriosa vegetación; grandes árboles que alzaban sus ramas llenas de hojas por encima del agua; el brillante césped escarlata estaba bañado por la ondulación del agua y por todas partes surgían preciosas flores y arbustos de todos los tonos y formas. Nunca antes había visto en la superficie de Barsoom la vegetación que se ofrecía ante nosotros. Había formas similares a aquellas con las que estaba familiarizado y otras totalmente desconocidas para mí, pero todas ellas hermosas, aunque algunas eran rarísimas.

Al salir de las oscuras y deprimentes entrañas de la tierra, la escena que veíamos era de una belleza abrumadora y, aunque sin duda mejorada por el contraste, tenía un aspecto que rara vez pueden presenciar los ojos de un barsoomiano. A mí me parecía un pequeño jardín en un mundo agonizante conservado desde los antiguos tiempos en que Barsoom era joven y las condiciones meteorológicas favorecían el crecimiento de la vegetación, algo que ya prácticamente se ha extinguido en la práctica totalidad de la

superficie del planeta. En este profundo valle, rodeado de altas crestas la atmósfera era, sin lugar a dudas, considerablemente más densa que en la superficie del planeta. Los rayos del sol se reflejaban en las escarpadas cimas que debían retener el calor durante los períodos nocturnos más fríos y, por añadidura, había agua abundante para el riego, que la naturaleza podía haber recibido fácilmente mediante filtración de las del río a través y por debajo del suelo del valle.

Durante varios minutos, Nur An y yo permanecemos de pie, hechizados por aquella encantadora visión y luego, al ver la jugosa fruta que colgaba en grandes racimos de algunos árboles y los arbustos cargados de bayas, subordinamos lo estético a lo corpóreo y nos dispusimos a completar nuestro almuerzo de pescado crudo con las tentadoras y exquisitas ofertas que se nos ofrecían.

Al empezar a movernos por entre la vegetación nos dimos cuenta de que unas finas hebras de una sustancia que parecía tela de araña festoneaba los árboles pasando de uno a otro y de un arbusto al siguiente. Era tan fina que resultaba casi invisible, pero tan fuerte como para impedir nuestro avance. Resultaba sorprendentemente difícil romperla y cuando las que se interponían en nuestro camino eran una docena o más, tuvimos que recurrir a nuestras dagas para abrimos camino.

Sólo habíamos avanzado unos pasos penetrando en la vegetación, cortando los hilos de telaraña, cuando nos encontramos con un nuevo y sorprendente obstáculo que impedía nuestro avance: una araña enorme, de aspecto venenoso, que se deslizaba hacia nosotros en posición invertida, aferrándose con una docena de patas a los hilos que le servían tanto de apoyo como de camino. Si su aspecto indicaba el veneno que llevaba dentro, no cabía duda de que era un insecto mortal.

Al avanzar hacia nosotros, al parecer con las más siniestras intenciones, me apresuré a meter la daga en su vaina y sacar mi espada corta, con la que atacué a la aterradora criatura. Cuando descendía el golpe, se retiró presurosa, con lo que la punta de la espada sólo le produjo un ligero arañazo; al recibirlo, abrió su espantosa boca y lanzó un grito terrorífico, tan desproporcionado para el tamaño y la naturaleza de insectos semejantes con los que yo estaba familiarizado que produjo un efecto de lo más aterrador sobre mis nervios. Al momento, el grito fue secundado por un coro infernal de aullidos semejantes que nos rodearon, e inmediatamente una oleada de horribles insectos se lanzó a la carrera sobre nosotros por los hilos de telaraña. Era evidente que aquella constituía su única posición de desplazamiento y sus redes la única vía para hacerlo ya que sus doce patas salían de sus espaldas, lo que les daba un aspecto de lo más grotesco.

Temiendo que las bestias pudieran ser venenosas, Nur An y yo nos retiramos rápidamente de la boca de la caverna, por lo que las arañas no pudieron proseguir su avance más allá del final de los hilos, con lo que pronto estuvimos a cubierto de ellas; los frutos se nos antojaban ahora más apetitosos que nunca, toda vez que nos habían sido negados.

—El camino río abajo está bien guardado —dijo Nur An con una sonrisa triste—, lo que podría indicar una meta de lo más deseable.

—Por el momento, esa fruta es la cosa más deseable del mundo para mí —contesté— y voy a ver si encuentro el medio de hacerme con ella.

Desplazándome a la derecha, alejándome del río, busqué una entrada a la foresta que estuviera desprovista de los hilos de telaraña, hasta que llegué a un punto del que partía un sendero bien marcado de un metro o metro y medio de ancho, aparentemente obra del hombre. En su entrada, sin embargo, colgaban miles de hilos y tocarlos, lo sabíamos bien, sería la señal para atraer miríadas de airadas arañas que nos rodearían. Aunque nuestro mayor temor era, naturalmente, que los insectos pudieran ser venenosos, sus bocas, dotadas de crueles colmillos, también sugerían que, venenosos o no, en gran número podían constituir una auténtica amenaza.

—¿Te das cuenta —dije a Nur An— de que esos hilos parecen estirados en la entrada al sendero solamente? Más allá no veo ninguno aunque, naturalmente, son tan tenues que pueden desafiar nuestra visión, incluso de cerca.

—No veo arañas por aquí —dijo Nur An—. Quizá podamos abrirnos camino sin riesgos en ese lugar.

—Hagamos la prueba —dije, sacando mi espada larga.

Avancé cortando algunos hilos, e inmediatamente surgieron de los árboles y arbustos a cada lado un número incalculable de insectos, cada uno de ellos deslizándose por su propio hilo. Allí donde estaban intactos, las bestias cruzaban el sendero una y otra vez, en uno y otro sentido, mirándonos con sus ojos perlados, aterradores y sus poderosos y deslumbrantes colmillos amenazadoramente adelantados hacia nosotros.

Los hilos cortados flotaban en el aire hasta que los aplastaba el peso de las arañas que avanzaban llegando hasta los extremos cortados, pero no más adelante. Aquí se detenían, con la vista fija en nosotros, o trepaban y descendían excitadas, pero ni una sola se aventuró más allá de su hilo.

Mientras les observaba, sus modales me sugirieron un plan.

—Cuando se les corta el hilo se encuentran desvalidas —dije a Nur An—. Por tanto, si cortamos sus redes no pueden alcanzarnos.

Así dije y, avanzando, agité mi espada larga por encima de la cabeza y corté los hilos restantes. Las bestias aquellas iniciaron instantáneamente un infernal coro de aullidos. Algunas de ellas, arrancadas de sus hilos por el golpe de mi espada, yacían en el suelo sobre sus vientres, agitando las patas en el aire. Parecían extremadamente inermes y aunque gritaban ensordecedoramente y movían las patas con frenesí, era evidente que no podían moverse. Tampoco nos podían alcanzar las que colgaban a uno y otro costado del sendero. Destruí con mi espada las que se oponían a mi paso y entré en el bosque, seguido por Nur An.

No veía redes por delante de nosotros, pero antes de internarme entre los árboles volví los ojos a los inermes insectos para ver qué hacían. Habían dejado de aullar y regresaban lentamente hacia el follaje, evidentemente hacia sus guaridas, y como no parecían ofrecer amenaza alguna, proseguimos nuestro avance. Los árboles y arbustos del sendero estaban horros de frutos o bayas, aunque más allá crecían profusamente, detrás de una barrera de telaraña que tan rápidamente habíamos aprendido a evitar.

—Este camino parece abierto por el hombre —dijo Nur An.

—Pues quienquiera que lo abriera, o cuándo —dije—, no cabe duda de que algunas criaturas lo siguen utilizando. La falta de fruta, por sí sola, lo demuestra fehacientemente.

Avanzamos cautelosamente por el serpenteante sendero, sin saber en qué momento nos podríamos enfrentar a alguna nueva amenaza en forma de hombre o bestia. Ahora vimos algo más allá lo que parecía un claro del bosque, al que llegamos un momento después. Delante de nosotros se alzaba, a una distancia de menos de un haad, probablemente, una elevada construcción de mampostería. Su aspecto era fúnebre y parecía construida en negra roca volcánica. El negro muro se alzaba unos nueve metros por encima del suelo y no tenía más que una sola abertura, una puertecita situada casi directamente frente a nosotros. Esta parte de la estructura parecía un pozo, detrás del cual se alzaban unos edificios de contornos extraños y grotescos, todo ello dominado por una poderosa torre de cuya cima surgía una ligera columna de humo que se rizaba el subir por el aire en calma.

Desde este nuevo punto estratégico se nos ofrecía una vista mejor del valle que la que tuvimos en principio y ahora había indicaciones, más marcadas que nunca, de que aquello era el cráter de algún volcán gigantesco largamente extinguido. Entre nosotros y los edificios, que sugerían una pequeña ciudad amurallada, el claro contenía unos cuantos árboles dispersos, pero la mayor parte del suelo estaba dedicada al cultivo, atravesada por acequias de un tipo arcaico que en la superficie había dejado de utilizarse

hacía muchas eras, siendo sustituido por un sistema de subirrigación cuando las disponibilidades cada vez menores de agua forzaron a adoptar medidas de ahorro.

Convencido de que no lograríamos más información permaneciendo donde estábamos me dirigí osadamente hacia el claro que conducía a la ciudad.

—¿A dónde vas? —preguntó Nur An.

—Voy a averiguar quién vive en este lugar tan sombrío —contesté.

Aquí hay campos de labranza y jardines, por lo que tiene que haber comida que es, después de todo, el único favor que les pediré.

Nur An agitó la cabeza.

—La simple vista de un lugar así, me deprime —dijo, pero se unió a mí, como sabía que haría porque Nur An es un soberbio compañero de cuya lealtad puede uno fiarse siempre.

Habíamos recorrido dos tercios de la distancia a través del claro y en dirección a la ciudad antes de que viéramos señales de vida, cuando aparecieron varias figuras en lo alto del muro sobre la puerta de entrada.

Portaban largas y delgadas bufandas que parecían agitar en señal de bienvenida y cuando estuvimos más cerca pudimos ver que eran muchachas que se inclinaban sobre el pretil y nos sonreían, haciendo señas para que entráramos.

Tan pronto como llegamos a una distancia del muro desde la que nos pudieran oír, hice alto.

—¿Qué ciudad es ésta? —pregunté— ¿y quién es el jed aquí?

—Entrad, guerreros —gritó una de las muchachas— y os conduciremos al jed.

Era bonita y sonreía dulcemente, igual que sus compañeras.

—No es un lugar tan deprimente como pensabas —dije en voz baja a Nur An.

—Estaba equivocado —respondió—. Parece gente amable y hospitalaria. ¿Entramos?

—Venid —exclamó otra muchacha—, detrás de estas sombrías paredes hay alimentos, vino y amor.

¡Comida! Por ella hubiera entrado en un lugar mucho más amenazador que éste.

Mientras Nur An y yo nos dirigíamos a la pequeña puerta, ésta se deslizó suavemente de costado. Detrás de ella, al otro lado de una avenida pavimentada en negro, se elevaban edificios de roca volcánica del mismo color. La avenida parecía desierta cuando entramos. Oímos el apagado ruido de un pestillo al cerrarse cuando la puerta se deslizó a la posición anterior a nuestras espaldas y fui acometido por un súbito presentimiento de peligro que hizo que mi mano derecha buscara la empuñadura de la espada larga.

## CAPÍTULO VIII - La araña de Ghasta

Durante un momento permanecimos indecisos en mitad de la avenida desierta, observando nuestros alrededores, cuando nuestra atención fue atraída hacia una estrecha escalera que subía por el interior del muro, en cuya cumbre habían aparecido las muchachas que nos dieron la bienvenida.

Estaban bajando por ella seis muchachas en total. Sus preciosas caras estaban radiantes con sonrisas felices de bienvenida que inmediatamente disiparon la fealdad del oscuro entorno en la misma medida en que el sol naciente disipa la oscuridad nocturna y sustituye las sombras por luz, calor y felicidad.

Correajes hermosamente labrados, muchos de ellos enriquecidos con deslumbrantes joyas, acentuaban el encanto de aquellas figuras perfectas. A medida que se acercaban, la imagen de Tavia acudió a mi pensamiento. ¡Por muy bellas que fueran estas jóvenes, e incuestionablemente lo eran, Tavia lo era mucho más!

Recuerdo con claridad, incluso ahora, que en el mismo instante y a pesar de todo lo que estaba sucediendo para llamar mi atención, me asaltó repentinamente el asombro de

que fuera el rostro y la figura de Tavia los que veía, en vez de los de Sanoma Tora. Pueden creerme que a partir de entonces fue la imagen de Sanoma Tora la que veía, ello sin deslealtad hacia mi amistad por Tavia —aquella bendita amistad que consideraba uno de mis más orgullosos y valiosos tesoros.

A medida que las muchachas llegaban al pavimento corrían alegremente hacia nosotros.

—¡Bienvenidos, guerreros! —gritó una— a la feliz Ghasta. Debéis estar hambrientos después de tan largo viaje. Venid con nosotros y os alimentaremos, pero, primero, el gran jed quisiera saludaros y daros la bienvenida a la ciudad, porque los visitantes de Ghasta son escasos.

Mientras nos conducían por la avenida, no pude por menos que observar el aspecto desértico de la ciudad. No había señales de vida en ninguno de los edificios por los que pasamos, ni vimos a ningún otro ser humano hasta que llegamos a una plaza despejada en cuyo centro se alzaba un poderoso edificio rodeado de altas torres, el mismo que habíamos visto al salir del bosque. Aquí había varias personas, hombres y mujeres —gente de aspecto triste, abatido, que andaban con los hombros caídos y los ojos hundidos. No había animación en su andar y todo su aspecto era el de la más absoluta desesperanza. ¡Qué contraste tan grande con las muchachas alegres y felices que nos conducían tan gozosamente hacia la entrada principal del que di por supuesto que sería el palacio del jed. Unos fornidos guerreros montaban la guardia; eran unos tipos gordos, grasientos cuyo aspecto me disgustó. Al acercarnos salió un oficial del interior del edificio. Más gordo y grasiento, si ello era posible, que sus hombres, sonrió e inclinó la cabeza al darnos la bienvenida.

—Saludos —exclamó—. Que la paz de Ghasta caiga sobre los extranjeros que atraviesan sus puertas.

—Envía un mensaje a Ghron, el gran jed —le instruyó una de las muchachas— de que traemos dos guerreros extranjeros que desean honrarle antes de participar en la hospitalidad de Ghasta.

Mientras el oficial enviaba un guerrero a notificar al jed nuestra llegada, nos escoltaron al interior del palacio. Los muebles eran sorprendentes, pero extremadamente fantásticos en su diseño y ejecución. Habían utilizado con gran maestría la madera de los bosques nativos para la construcción de numerosas piezas de muebles tallados, con la veta de la madera mostrándose brillante en sus diversos colores naturales cuya belleza acentuaba el delicado teñido y el alto pulimento, aunque quizá la característica más sorprendente de la decoración interior eran las telas, ricamente pintadas, que cubrían paredes y techos. Era un tejido de una ligereza increíble que daba la impresión de ser plata hilada. La trama era tan densa que, como sabría más tarde, era capaz de retener el agua, y tenía tal fortaleza que era casi imposible desgarrar la tela.

Lucían, pintados en brillantes colores, las más fantásticas escenas que pueda concebir la imaginación. Había arañas con cabezas de preciosas mujeres y mujeres con cabezas de arañas. Había flores y árboles que danzaban bajo un gran sol rojizo, y grandes lagartos, como aquel con el que nos habíamos topado en la oscura caverna en nuestro viaje hacia Tjanath. En conjunto, las figuras allí representadas en nada se parecían a las que la naturaleza había creado. Era como si la mente de un loco hubiera concebido el conjunto.

Mientras aguardábamos en el gran vestíbulo del palacio del jed, cuatro muchachas danzaron para divertirnos —una extraña danza como nunca antes habíamos visto en Barsoom. Sus pasos y movimientos eran tan extraños y fantásticos como las decoraciones murales del salón en el que los practicaron; sin embargo, había cierto ritmo y sugestión en las ondulaciones de los ágiles cuerpos que nos infundían una sensación de bienestar y satisfacción.

El gordo y grasiento padwar de la guardia se humedeció los abultados labios mientras las contemplaba y aunque sin duda las había visto bailar en muchas ocasiones, pareció estar mucho más afectado que nosotros, pero quizá no tenía Phao o Sanoma Tora que ocupara sus pensamientos.

¡Sanoma Tora! La belleza cincelada de su noble rostro se mantuvo claramente en la pantalla de mi memoria durante breves momentos; luego empezó a desvanecerse. Traté de traerla de nuevo a mi pensamiento para ver de nuevo el breve y arrogante labio y la fría mirada, pero retrocedió perdiéndose en una bruma de la que emergió entonces un par de maravillosos ojos, húmedos por las lágrimas, un rostro perfecto y una cabeza con el cabello revuelto.

Fue entonces cuando el guerrero regresó para informar que Ghron, el jed, nos recibiría inmediatamente. Sólo las muchachas nos acompañaron; el gordo padwar se quedó atrás, aunque podría jurar que no lo hizo voluntariamente.

El salón donde nos recibió el jed estaba en el segundo piso del palacio. Era una sala grande, más grotescamente decorada, si cabe, que aquellas por las que habíamos pasado. Los muebles tenían formas y tamaños extraños, nada armonizaba con nada y, sin embargo, el resultado era de una armonía discordante que no resultaba desagradable, en absoluto.

El jed estaba sentado en un trono absolutamente enorme de vidrio volcánico. Era, quizá, el mueble más ornado y asombroso que había visto jamás, el más sorprendente espécimen de artesanía en toda la ciudad de Ghasta, pero si atrajo mi atención en tal momento fue por un solo instante, ya que nada podía distraer mucho rato la atención de nadie sobre el jed propiamente dicho. A primera vista, más parecía un simio peludo que un hombre. De construcción robusta, con grandes, pesados hombros inclinados y largos brazos cubiertos de pelo negro desgredado, quizá lo más sorprendente ya que en Barsoom no existe ninguna raza de hombres peludos. Tenía la cara ancha y plana y sus ojos estaban tan separados que parecían estar literalmente en los ángulos de su rostro. Cuando nos situamos delante de él frunció la boca en lo que entonces supuse que sería una sonrisa, aunque sólo logró hacer su expresión más horrible que antes.

Como se acostumbra, depositamos nuestras espadas a sus pies y dijimos en voz alta nuestros nombres y nuestras ciudades.

—Hadron de Hastor, Nur An de Jahar —repitió—. Ghron, el jed, os da la bienvenida a Ghasta. Pocos son los visitantes que consiguen abrirse camino hasta nuestra hermosa ciudad. Es, por tanto, un acontecimiento, que dos guerreros tan ilustres nos visiten. Rara vez recibimos noticias del mundo exterior. Contadnos, pues, vuestro viaje y qué es lo que sucede en Barsoom, allá encima de nosotros.

Sus palabras y sus modales eran los del anfitrión más solícito dando la bienvenida apropiada y cordial a unos extranjeros, pero no pude desprenderme de la sugerencia que me producía su repulsivo aspecto, aunque no pude por menos que interpretar el papel de un invitado agradecido y apreciativo.

Le contamos nuestras historias y le facilitamos muchas noticias sobre las partes de Barsoom con las que cada uno estábamos más familiarizados y, mientras Nur An hablaba, yo miraba alrededor contemplando la decoración de la gran cámara. Casi todos los presentes eran mujeres, muchas de ellas jóvenes y hermosas. Los hombres, en su mayoría, eran grandotes, gordos y grasientos y había ciertas líneas de crueldad en sus ojos y bocas que no se me escaparon, aunque intenté atribuirles a la primera y deprimente impresión que los sombríos edificios negros de las avenidas desiertas habían traído a mi pensamiento.

Cuando terminamos nuestros relatos, Ghron anunció que se había preparado un banquete en nuestro honor y abrió en persona la comitiva desde el salón del trono, por un largo pasillo hasta un imponente salón de banquetes en cuyo centro se alzaba una enorme mesa, cuya longitud total estaba cubierta con una decoración a base de frutas y

flores del bosque por el que habíamos pasado. En la cabecera de la mesa estaba el trono del jed y en el otro extremo había tronos más pequeños, uno para Nur An y otro para mí. A nuestros costados se sentaron las muchachas que nos habían dado la bienvenida a la ciudad y cuya misión, al parecer, era entretenernos.

El diseño de los platos colocados en la mesa estaba a la altura de los restantes diseños enloquecidos del palacio de Ghron. No había dos platos, copas o fuentes del mismo tamaño, forma o diseño y nada parecía apropiado para el fin al que estaba destinado. Me sirvieron vino en una taza de forma triangular y poca profundidad, mientras que la carne me la ofrecieron en una copa de alto y delgado tallo. Sin embargo, yo tenía mucha hambre como para ser detallista y confiaba en conversar con educada amenidad, como se exige en sociedad, para ocultar el asombro que sentía.

Aquí, como en otros lugares del palacio, las cubiertas de las paredes eran del tejido de plata semejante a telas de araña que llamó mi atención y atrajo mi admiración en el momento de entrar en el edificio. Tan fascinado estaba que no pude reprimir mencionarlo a la muchacha sentada a mi derecha.

—No hay tejidos de este tipo en ningún otro lugar de Barsoom —dijo—. Se fabrica aquí, solamente.

—Es precioso —dije—. Otros países lo pagarían bien.

—Si se lo pudiéramos mandar —replicó ella—, pero no tenemos relaciones con el mundo situado encima de nosotros.

—¿Con qué está tejido? —pregunté.

—Ustedes entraron por el valle Hohn —respondió— y vieron el hermoso bosque a orillas del río Syl. Sin duda vieron la fruta del bosque y, estando hambrientos, tratarían de coger alguna, pero se lo impidieron unas enormes arañas que descendieron presurosas por los hilos de plata, más finos que el cabello femenino.

—Así, precisamente, sucedió, en efecto —dije.

—Pues es con esta red tejida por las terribles arañas con la que hacemos nuestros tejidos. Es tan fuerte como el cuero y tan resistente como las rocas con las que está construida Ghasta.

—¿Son las mujeres de Ghasta las que hilan este maravilloso tejido? —pregunté.

—Los esclavos, hombres y mujeres —dijo ella.

—¿Y de dónde proceden sus esclavos —inquirí—, si no tienen relaciones con el mundo superior?

—Muchos de ellos bajaron por el río desde Tjanath, donde habían sido sometidos a La Muerte, y hay otros que llegaron desde más arriba del río, pero por qué o de dónde vinieron es algo que no sé. Son gente silenciosa que no quiere hablar; también vienen a veces de aguas abajo del río, pero son pocos y, por lo general, tan enloquecidos por los horrores de su viaje que no se les puede sacar ninguna información.

—¿Y alguien se ha ido alguna vez río abajo desde Ghasta —pregunté, porque era en esa dirección en la que Nur An y yo habíamos confiando en seguir nuestro camino en busca de la libertad, porque en el fondo de mi corazón alimentaba la esperanza de que podríamos alcanzar el valle Dor y el mar perdido de Korus, desde el que tenía el convencimiento de que podría escapar, como hicieron John Carter y Tars Tarkas.

—Quizá unos pocos —respondió—, pero no sabemos qué es de ellos, porque ninguno regresa.

—¿Sois felices aquí?

Ella forzó una sonrisa en sus preciosos labios, pero pensé que un escalofrío había recorrido su cuerpo.

El banquete era minucioso y los alimentos deliciosos. En el extremo de la mesa donde se sentaba el jed se reía mucho, porque los que le rodeaban estallaban en carcajadas cuando él se reía de sus propias bromas.

Estaba ya la comida en sus últimos instantes cuando un grupo de danzantes apareció en el salón. Mi primera visión casi me dejó sin aliento porque, con una sola excepción, todos ellos eran horriblemente deformes. La excepción citada era la muchacha más bella que había visto jamás, con la cara más triste que había presenciado en mi vida. Danzaba divinamente y a su alrededor se arrastraban y contorsionaban las pobres y desgraciadas criaturas cuyas tristes aflicciones les hubieran convertido en objetos de simpatía antes que de ridículo y, sin embargo, era evidente que habían sido elegidos con el exclusivo propósito de dar a los espectadores la oportunidad de vejarles. Su vista pareció incitar a Ghron a un extremo inconcebible de alegría y para aumentar su propio placer y la incomodidad de los pobres y patéticos danzarines, les arrojaba comida y platos mientras bailaban alrededor de la mesa del banquete.

Intenté no mirarles, pero había una fascinación en sus deformidades que atraía mi vista y ahora se evidenció que la mayoría estaba artificialmente deformada, que habían sido rotos y doblados por el capricho de una mente maligna y, al mirar al otro lado de la larga mesa la horrible cara de Ghron, deformada por una risa maníaca, no pude por menos que pensar que era el autor de aquellas desfiguraciones.

Cuando, finalmente, se fueron un esclavo trajo a la mesa tres enormes copas de vino; dos de las copas eran rojas y una negra. Colocaron la copa negra delante de Ghron y las rojas ante Nur An y yo. Entonces, Ghron se levantó y toda la compañía siguió su ejemplo.

—Ghron, el jed, bebe a la felicidad de sus honrados huéspedes —anunció el gobernante y, alcanzado la copa a sus labios la vació de un trago.

Parecía evidente que esta pequeña ceremonia ponía fin al banquete y que se pretendía que Nur An y yo bebiéramos a la salud de nuestro anfitrión. Por tanto, alcé mi copa. Era la primera vez que me habían servido algo en el recipiente adecuado y me alegraba de poder beber sin incurrir en el riesgo de derramar la mayor parte del contenido del recipiente sobre mi regazo.

—A la salud y el poder del gran jed Ghron —ofrecí y, siguiendo el ejemplo de mi anfitrión, vacié el contenido de la copa.

Mientras Nur An seguía mi ejemplo con algunas palabras apropiadas, sentí que un súbito letargo se cernía sobre mí y en el instante anterior a perder la consciencia, comprendí que el vino estaba drogado.

Cuando recobré el conocimiento me encontré tumbado sobre el suelo desnudo de una habitación con una forma tan peculiar que sugería que era parte del arco de un círculo situado en las periferias de dos círculos concéntricos. El extremo estrecho de la habitación se curvaba hacia dentro, con el extremo más ancho hacia fuera. En este último había una sola ventana enrejada, sin puerta ni abertura alguna en ninguna de las paredes, cubiertas con el mismo tejido de plata que había visto en las paredes y techos del palacio del jed. Cerca de mí estaba tumbado Nur An, evidentemente todavía bajo la influencia de la droga que nos habían administrado con el vino.

Miré otra vez en torno. Me levanté para acercarme a la ventana. Vi, allá abajo, los tejados de la ciudad. No cabía duda: estábamos prisioneros en la elevada torre que se alzaba en el centro del palacio del jed, ¿pero cómo nos habían dejado en la habitación? No a través de la ventana, evidentemente, que debía alzarse a más de sesenta metros por encima de la ciudad. Mientras consideraba este problema, al parecer insoluble, Nur An recobró el conocimiento; al principio permaneció callado, mirándome con una sonrisa compungida.

—¿Y bien? —pregunté.

Nur An agitó la cabeza.

—Seguimos vivos —dijo en tono sombrío—, pero eso es lo máximo que se puede decir.

—Estamos en el palacio de un maníaco, Nur An —respondí—. No me cabe la menor duda. Todo el mundo vive aquí constantemente aterrorizado por Ghron y, a juzgar por lo que he visto hoy, tienen razón para sentirse aterrorizados.

—Sin embargo, yo creo que hemos visto muy poco, prácticamente nada —dijo Nur An.

—Yo he visto bastante —repliqué.

—Esas muchachas eran tan preciosas —dijo él después de un momento de silencio— que me cuesta creer que puedan existir juntas tanta belleza y tanta falsedad.

—Quizá no sean más que las herramientas involuntarias de su cruel amo —sugerí.

—Me gustaría creerlo —respondió.

Pasó el día y cayó la noche; nadie se acercó a nosotros, pero, en el ínterin, descubrí algo: al apoyarme accidentalmente contra la pared del extremo más estrecho de la habitación me di cuenta de que estaba bastante caliente, mucho, en realidad, por lo que deduje que el cañón de la chimenea por la que vimos salir humo del centro de la torre y la pared de la misma formaban la pared trasera de la habitación. Fue un descubrimiento, pero, por el momento, no tenía significado alguno para nosotros.

No había luz en la habitación y como en el cielo sólo brillaba Cluros en el lado opuesto de la torre, nuestra prisión estaba sumida en una oscuridad casi total. Estábamos sentados, contemplando tristemente nuestra situación, cada uno envuelto en sus propios y tristes pensamientos, cuando oímos unos pasos que, al parecer, llegaban desde abajo. Se fueron acercando más y más hasta que, finalmente, sonaron en otra habitación, al parecer contigua a la nuestra. Un momento más tarde se produjo el sonido de un roce y una línea de luz apareció en la parte baja de una de las paredes laterales. Se fue haciendo más ancha hasta que, finalmente, me di cuenta de que el tabique completo se estaba levantando. Por la abertura vimos, primero, los pies calzados con sandalias de unos guerreros cuyos cuerpos fueron quedando a la vista poco a poco —dos hombres leales, musculosos, fuertemente armados.

Llevaban unos grilletes con los que nos ataron las muñecas a la espalda. No dijeron una palabra, pero uno de ellos nos indicó por gestos que les siguiéramos y, al salir de la habitación, el segundo guerrero se colocó detrás. Entramos en silencio en una pinta rampa en espiral que descendía hasta el cuerpo principal del palacio, pero nuestros guardianes nos condujeron más abajo aún, hasta que comprendí que nos encontrábamos en las mazmorras situadas debajo del palacio.

¡Las mazmorras! Me acometió un temblor interno; prefería muchísimo más la torre porque desde siempre había sentido un horror innato por las mazmorras. Quizá éstas serían oscuras al máximo y sin duda pobladas de ratas y lagartos.

La rampa terminaba en una habitación lujosamente decorada en la que estaba reunido el mismo grupo de hombres y mujeres que habían participado en el banquete con nosotros horas antes. También estaba Ghron, sentado en el trono. Esta vez no sonrió al entrar nosotros en el salón. No pareció darse cuenta de nuestra presencia. Permanecía sentado, inclinado hacia delante, con los ojos fijos en algo que estaba en el extremo opuesto del salón sobre el que se cernía un denso silencio súbitamente roto por un penetrante grito de agonía, preludio de toda una serie de aullidos similares.

Miré en dirección a los gritos, la dirección en la que estaba clavada la mirada de Ghron y vi a una mujer desnuda, encadenada a una parrilla situada delante de un fuego vivo. Era evidente que la acababan de colocar allí al entrar nosotros en el salón y que fue suyo el primer grito de agonía que atrajo mi atención.

Al volver mis ojos a los presentes vi que la mayoría de las jóvenes sentadas allí miraban al frente, con los ojos fijos llenos de horror en la terrible escena. No creo que disfrutaran con ella; sabía que no. También ellas eran víctimas indefensas de las crueles fantasías de la mente enferma de Ghron, pero, igual que la pobre criatura sujeta a la parrilla, estaban indefensas.

Además de la tortura propiamente dicha, la más diabólica concepción de la mente que la había ordenado, estaba el profundo silencio de todos los espectadores que hacía resaltar aún más los gritos y lamentos de la víctima torturada que, evidentemente, alcanzaban su máxima eficacia en el enloquecido cerebro del jed.

El espectáculo hacía enfermar. Desvié la vista y, en ese momento, uno de los guerreros que nos habían escoltado me tocó en el brazo y me hizo señas de que le siguiera.

Me condujo a otra habitación en la que fui testigo de una escena infinitamente más terrible que el asado de una víctima humana. No puedo describirla; el mero hecho de pensar en ella es una tortura para mi memoria. Mucho antes de llegar a la habitación oí los gritos y juramentos de quienes en ella se encontraban. Sin pronunciar una sola palabra, el guardián nos empujó al interior. Era la cámara de los horrores, donde el jed de Ghasta estaba creando deformidades anormales para su cruel baile de tullidos.

Siempre en silencio, nos condujeron de este horrible lugar a una habitación lujosamente amueblada de la planta superior. Tendidas en los divanes estaban dos de las hermosas muchachas que nos habían dado la bienvenida a Ghasta.

Por primera vez desde que salimos de nuestra habitación en la torre, uno de nuestros escoltas rompió el silencio.

—Ellas te explicarán —dijo señalando a las muchachas—. No intentes escapar. Esta es la única salida de esta habitación y estaremos de guardia fuera.

Entonces nos quitó los grilletes y salió de la habitación con su compañero, cerrando la puerta a sus espaldas.

Una de las ocupantes de la habitación era la muchacha que se sentó a mi derecha durante el banquete. La encontraba graciosa e inteligente en grado sumo y a ella me volví ahora.

—¿Qué significa todo esto? —pregunté— ¿Por qué nos han hecho prisioneros? ¿Por qué nos han traído aquí?

Me hizo señas para que me acercara al diván donde estaba reclinada y me hizo sitio para que me sentara a su lado.

—Lo que has visto esta noche —dijo— representan los tres destinos que guardan para ti. Le has gustado a Ghron y te da a elegir.

—No acabo de entenderlo —dije.

—¿Has visto a la víctima de la parrilla? —preguntó.

—Sí.

—¿Te gustaría sufrir eso mismo?

—Lo dudo.

—¿Viste los desgraciados doblados y rotos para la danza de los tullidos? —siguió.

—Los vi —contesté.

—Y ahora estás viendo esta habitación tan lujosa, y a mí. ¿Qué eliges?

—No puedo creer que la alternativa final sea sin condiciones —repliqué— lo que podría hacer que pareciera menos atractiva de lo que parece ahora ya que, de lo contrario, no habría discusión sobre lo que se puede elegir.

—Estás en lo cierto —dijo ella—. Hay ciertas condiciones.

—¿Cuáles son? —pregunté.

—Te nombrarán oficial del palacio del jed y, como tal, tendrás que realizar torturas semejantes a las que viste en las mazmorras del palacio. Tendrás que satisfacer cualquier capricho que tenga tu amo.

Me erguí cuanto pude.

—Elijo el fuego —repliqué.

—Sabía que lo harías —dijo ella con tristeza—, aunque tenía la esperanza de que no fuera así.

—No es por ti —me apresuré a aclarar—, es por las otras condiciones, que un hombre de honor no podría aceptar.

—Lo sé —afirmó ella— y si las hubieras aceptado, te hubiera despreciado en su momento, como hice con los demás.

—¿Eres desgraciada aquí? —pregunté.

—Desde luego —respondió—. ¿Quién, de no ser un maníaco, podría ser feliz en este horrible lugar? Hay unas seiscientas personas en la ciudad y ni una de ellas conoce la felicidad. Un centenar formamos la corte del jed; los demás son esclavos. En realidad, todos somos esclavos, sujetos a los deseos malignos o caprichos del maníaco que es nuestro amo.

—¿Y no hay forma de escapar?

—Ninguna.

—Yo me escaparé —dije.

—¿Cómo?

—El fuego —contesté.

Ella se estremeció.

—No sé por qué me preocupa tanto —musitó—, como no sea porque me gustaste desde el principio. Incluso estaba ayudando a tenderte el anzuelo para que entraras en la ciudad de la araña humana de Ghasta, deseaba poder avisarte para que no lo hicieras, pero estaba asustada, como estoy asustada de morir. Desearía tener tu valor para escapar a través del fuego.

Me volví a Nur An, quien había estado escuchando nuestra conversación.

—¿Has decidido algo? —pregunté.

—Desde luego —respondió—. No hay más que una decisión para un hombre de honor.

—¡Bien! —exclamé, y me volví a la joven— ¿Informarás a Ghron de nuestra decisión? —le pregunté.

—Espera —dijo ella—, solicita tiempo para considerar el asunto. Sé que al final seguirás pensando igual, pero... ¡Oh! sigue habiendo dentro de mí un germen de esperanza que ni siquiera la máxima desesperanza puede destruir.

—Tienes razón —convine—, la esperanza siempre queda. Dejémosle pensar que casi me has convencido para aceptar la vida de lujo y facilidades que me ha ofrecido como alternativa a la muerte o la tortura y que si te concede más tiempo podrás tener éxito. Entretanto, podemos elaborar algún plan de escape.

—Nunca —dijo ella.

## CAPÍTULO IX - Phor Tak de Jhama

De vuelta a nuestro alojamiento en la torre de la chimenea, Nur An y yo discutimos los planes de fuga más alocados que tenían cabida en nuestras mentes. Por alguna razón, no nos habían vuelto a poner los grilletes, lo que nos daba, cuando menos, tanta libertad de acción como la que nos permitía la habitación y pueden estar seguros de que la aprovechamos al máximo, examinando minuciosamente cada centímetro cuadrado del suelo y las paredes hasta donde podíamos alcanzar; sin embargo, nuestros esfuerzos combinados no sirvieron para revelar cualquier medio de elevación del tabique que cerraba la única vía de escape de nuestra prisión, con la excepción de la ventana que, pese a estar fuertemente enrejada y a unos sesenta metros por encima del suelo no había sido eliminada, en absoluto, de nuestros planes.

Las gruesas barras verticales que protegían la ventana soportaron nuestros esfuerzos combinados para tratar de doblarlas, pese a que Nur An era un hombre poderoso y yo siempre he sido alabado por mi desarrollo muscular. Las barras estaban demasiado

próximas entre sí como para permitir el paso de un cuerpo humano, pero si consiguiéramos quitar una quedaría una abertura de gran tamaño; sin embargo, ¿qué finalidad perseguíamos? Quizá en la mente de Nur An había la misma respuesta que en la mía: que abandonada toda esperanza y sin más alternativa que el fuego en la parrilla, cuando menos podríamos defraudar a Ghron lanzándonos por la ventana al exterior, allá abajo.

Pero, fuera cual fuera el final que cada uno contemplábamos, él se guardó el suyo y cuando empecé a escarbar con la punta de la hebilla de mi correa en el cemento que sostenía por abajo una de las barras, Nur Am, sin hacer preguntas, se puso a trabajar de igual modo en la parte alta de la misma barra. Trabajamos en silencio y con escaso miedo a que nos descubrieran, ya que nadie había entrado en la prisión desde que nos encarcelaron en ella. Una vez al día elevaban el tabique unos centímetros y nos deslizaban la comida por la abertura, pero nunca vimos a la persona que la traía ni nadie se comunicó con nosotros desde el momento en que los guardias nos condujeron al palacio la primera noche hasta el momento en que, finalmente, logramos desencajar la barra que ahora podía retirar fácilmente de su lugar.

Nunca olvidaré la impaciencia con la que aguardamos a que llegara la noche para sacar la barra e investigar la superficie del exterior de la torre, porque se me había ocurrido que podía ofrecer un medio para descender hasta la calle, o quizá hasta el tejado del edificio sobre el que se elevaba, desde donde podríamos confiar en abrirnos camino, sin ser descubiertos, hasta la cima de la muralla que rodeaba la ciudad. En vista de cuya posibilidad, ya había proyectado hacer tiras con el tejido que cubría las paredes de nuestra celda para fabricar una cuerda por la que pudiéramos descender al suelo, más allá de las murallas.

A medida que iba oscureciendo empecé a darme cuenta de lo alto que había llegado en mis esperanzas sobre la idea concebida. Ya me parecía tan buena que la habíamos realizado, sobre todo cuando utilicé la cuerda al máximo de su alcance, lo que incluía hacerla lo bastante larga para que alcanzara desde nuestra ventana hasta el pie de la torre. De este modo se superaría cualquier obstáculo. Y fue entonces, justo al anochecer, cuando expliqué mi plan a Nur An.

—¡Estupendo! —exclamó— Vamos a empezar a fabricar la cuerda ahora mismo. Ya sabemos lo fuerte que es el tejido y que un solo hilo sería capaz de soportar nuestro peso. En una sola pared hay bastante para hacer la cuerda que precisamos.

El éxito parecía casi asegurado cuando empezamos a descolgar la tela de una de las paredes más grandes, pero aquí nos topamos con el primer obstáculo. El tejido estaba sujeto, por arriba y por abajo, con clavos de grandes cabezas colocados muy próximos entre sí y que soportaron cuantos esfuerzos hicimos por soltarlos. La sorprendente tela, sutil y ligera de peso, parecía totalmente indestructible y ya estábamos al límite de nuestras fuerzas cuando tuvimos que admitir la derrota.

Había caído ya la rápida noche barsoomiana y ahora podíamos, con comparativa seguridad, retirar la barra de la ventana y hacer un reconocimiento, por primera vez, más allá de los límites restringidos de nuestra celda, pero ahora la esperanza que teníamos era escasa y fue con poca confianza en mejorarla que me alcé sobre el alféizar y saqué la cabeza y los hombros por la abertura.

Allá abajo estaba, sombría, la deprimente ciudad, con su negrura apenas subrayada por unas pocas luces débiles, la mayoría de las cuales brillaban en las ventanas del palacio. Pasé la palma de la mano por la superficie de la torre hasta donde alcanzaba con el brazo y el corazón se hundió aún más en mi pecho. La superficie era de roca volcánica pulimentada, lisa como un espejo, perfectamente tallada y encajada y no ofrecía el menor asidero —en realidad, hasta un insecto hubiera tenido dificultades para posarse en ella.

—No hay nada que hacer—dije volviendo a la habitación—. La torre está más lisa que un seno femenino.

—¿Y qué hay arriba? —preguntó Nur An.

Me incliné de nuevo al exterior, esta vez mirando hacia arriba. Justo por encima de mí estaban los aleros de la torre —nuestra celda estaba en lo más alto del edificio. Algo me impulsó a investigar en aquella dirección: quizá un impulso alocado, hijo de la desesperación.

—Sujétame por los tobillos, Nur An —dije— y, en nombre de mi primer antepasado, ¡no me sueltes!

Agarrándome a dos de las barras que quedaban me elevé hasta quedar de pie en el alféizar de la ventana, con Nur An fuertemente aferrado a mis tobillos. Podía alcanzar la parte alta de los aleros extendiendo los dedos. Bajando de nuevo al alféizar musité a Nur An:

—Voy a tratar de alcanzar el tejado de la torre.

—¿Por qué?

—No lo sé —admití, echándome a reír—, pero algo en mi subconsciente parece insistir en que lo haga.

—Si te caes, te habrás escapado del fuego —dijo él— y yo te seguiré. ¡Buena suerte, amigo mío de Hastor!

Me alcé de nuevo a mi posición de pie en el alféizar y alcé los brazos hasta que mis dedos engarfiados se aferraron por encima del alero del elevado tejado. Lentamente me fui izando; por debajo de mí, a más de sesenta metros, estaban el tejado del palacio... y la muerte. Soy muy fuerte; sólo un hombre muy fuerte podía confiar en tener éxito porque, en el mejor de los casos, mi asidero al tejado plano por encima de mí era precario, pero, por fin, conseguí pasar el brazo por encima hasta que, finalmente, me quedé tendido, con la respiración entrecortada, sobre el resalte de basalto que coronaba la esbelta torre.

Descansé unos instantes y me puse de pie. La loca y apasionada Thuria corría por el cielo sin nubes; Cluros, su frío cónyuge, describía su círculo a distancia, espléndidamente aislado; allá abajo estaba el valle de Hohn como si fuera un país encantado de los antiguos romances; por encima de mí se alzaba la oscura escollera que encerraba este mundo de locos.

Repentinamente me golpeó el rostro un soplo de aire caliente, lo que trajo a mi mente la imagen de lo que estaba sucediendo allá abajo, en las mazmorras de Ghasta: una orgía de torturas. De la negra boca de la chimenea que había detrás de mí me llegó, atenuado, un aullido de terror. Me estremecí, pero mi atención estaba centrada en la abertura a la que me estaba acercando. Unas olas de calor casi insoportables ascendían de la boca de la chimenea. Había poco humo, tan perfecta era la combustión, pero el que salía se dispersaba en el aire a una velocidad terrorífica. Daba la sensación de que si me arrojara a él sería transportado a larga distancia.

Y entonces concebí una idea —una idea alocada, imposible, al parecer, pero que se aferraba a mí mientras descendía cautelosamente por el borde exterior de la torre hasta que alcancé la mayor seguridad de la celda.

Estaba a punto de explicar mi loco plan a Nur An cuando me interrumpieron unos ruidos en la cámara contigua y un instante después empezó a elevarse el tabique. Pensé que nos traían alimentos, una vez más, pero el tabique se fue elevando más de lo que era necesario para pasar los cacharros con la comida por debajo, y un instante después vimos los tobillos y las piernas de una mujer. Seguidamente, ella se inclinó y penetró en nuestra celda. La luz de la habitación contigua me permitió reconocerla: era la que había sido elegida por Ghron para doblegarme a su voluntad. Se llamaba Sharu.

Nur An había colocado rápidamente la barra en la ventana y cuando entró la muchacha nada había que indicara que estaba suelta o que uno de nosotros había estado recientemente fuera de la celda. El tabique siguió alzado a medias permitiendo que la luz entrara en la habitación y la muchacha, que me miraba, debió advertir que mis ojos examinaban la sala contigua.

—No dejes crecer tu esperanza —me dijo con triste sonrisa—. Hay guardias que esperan en el piso de abajo.

—¿Por qué has venido, Sharu? —pregunté.

—Ghron me ha enviado —contestó—. Está impaciente por conocer tu decisión.

Puse mi cerebro a pensar rápidamente. Nuestra única esperanza estaba en la simpatía de esta muchacha cuya actitud, anterior, había demostrado, cuando menos, su actitud amistosa.

—Si tuviéramos una daga y una aguja —dije en un suspiro—, podríamos dar a Ghron su respuesta pasado mañana por la mañana.

—¿Y qué razón puedo darle para este nuevo aplazamiento? —preguntó la muchacha tras pensar un momento.

—Dile —exclamó Nur An— que estamos comunicando con nuestros antepasados y que nuestra decisión dependerá de lo que nos aconsejen.

Sharu sonrió. Extrajo la daga de la funda que llevaba al costado y la dejó en el suelo y de un bolsillo que llevaba unido al correa sacó una aguja, que colocó al lado de la daga.

—Convenceré a Ghron de que es mejor esperar —dijo—. Mi corazón había confiado, Hadrom de Hastor, en que decidirías permanecer a mi lado, pero me alegra comprobar que no me equivoqué al juzgar tu carácter. Morirás, guerrero mío, pero al menos morirás como corresponde a un valiente. ¡Adiós! Te miro vivo por última vez, pero hasta que me reúna con mis antepasados, tu imagen tendrá siempre un trono en mi corazón.

Salió y el tabique descendió, dejándonos de nuevo en la semipenumbra de la noche con luna, pero ahora tenía las dos cosas que deseaba más: la daga y una aguja.

—¿Qué utilidad tienen? —me preguntó Nur An cuando cogí los dos objetos del suelo.

—Ya lo verás —respondí e, inmediatamente, puse mano a la tarea de cortar la tela de las paredes de nuestra celda y, luego, de pie sobre los hombros de Nur An, quité también la que cubría el techo. Trabajé rápidamente, sabedor de que no teníamos mucho tiempo para hacer lo que deseaba. Era un plan enloquecido, pero dentro de las posibilidades de hacerlo.

Trabajando en la oscuridad, más con el sentido del tacto que con el de la vista, debí sentirme inspirado por algún elevado poder para llevar a cabo, con cierto grado de perfección, la tarea que había emprendido.

El resto de la noche y todo el día siguiente, lo dedicamos Nur An y yo a trabajar sin descanso confeccionando una enorme bolsa con la tela que había cubierto las paredes y techo de nuestra celda y con los retales que sobraron hicimos largas cuerdas, de manera que al caer de nuevo la noche nuestra tarea estaba terminada.

—¡Ojalá tengamos suerte! —dije.

—El plan es digno del cerebro enloquecido del propio Ghron —dijo Nur An—, pero, dentro de lo que cabe, puede que tenga éxito.

—Ya es de noche —dije— y no hay razón para dejar pasar más tiempo. Hay algo, sin embargo, de lo que podemos estar seguros: tengamos éxito o no, habremos escapado al fuego y, en cualquier caso, quizá nuestros antepasados muestren amor y compasión por Sharu, cuya amistad ha hecho posible nuestra intentona.

—Cuyo amor —corrigió Nur An.

Realicé una vez más la peligrosa ascensión al tejado, llevando conmigo una de nuestras cuerdas recién hechas. Entonces, desde arriba, la dejé caer para que la cogiera Nur An, quien ató a ella la gran bolsa, tras lo cual yo tiré cuidadosamente del fruto de nuestro trabajo hasta depositarlo en el tejado, junto a mí. Era ligera como una pluma, pero tan fuerte como el cuero bien curtido de un zitidar. A continuación, descolgué la cuerda de nuevo y ayudé a Nur An a situarse a mi lado, pero no antes de reponer en posición la barra que habíamos quitado de la ventana.

Sujetos al fondo de la bolsa, que estaba abierta, había varios cordones terminados en lazadas. Pasamos por éstas la cuerda más larga que habíamos fabricado, una cuerda tan

larga que daba la vuelta completa a la torre y la bajamos más allá del saliente alero. La atamos allí, pero con un nudo deslizante que soltaríamos fácilmente con un simple tirón.

A continuación, deslizamos las lazadas por el extremo de las cuerdas sujetas al fondo de la bolsa junto con la cuerda que rodeaba la torre por debajo del alero, hasta que conseguimos situar la abertura de la bolsa directamente encima de la chimenea que llevaba al horno de la muerte en las mazmorras de Ghasta. De pie a cada lado de la chimenea, Nur An y yo elevamos la bolsa hasta que se empezó a llenar con el aire ardiente que salía de la chimenea. Cuando ya estaba lo bastante inflada para mantenerse en posición erecta, con lo que, dejando que Nur An la situara en posición, moví los lazos hasta que estuvieron a igual distancia uno de otro, con lo que anclé la bolsa justo en el centro de la chimenea. Luego, pasé otra cuerda por los lazos, sin apretar y uní sus extremos y Nur An y yo colocamos en los extremos opuestos de esta cuerda los ganchos de abordaje que forman parte del correaje de cualquier guerrero barsoomiano, cuya principal finalidad es bajar a los asaltantes de la cubierta de un buque a la de otro situado directamente debajo, pero que en la práctica se utilizan de innumerables maneras y en numerosísimos casos.

Esperamos, con Nur An preparado para deshacer el nudo que mantenía la cuerda alrededor de la torre por debajo del alero y yo, en el lado opuesto, con la afilada daga de Sharu preparada para cortar la cuerda que tenía cerca.

Vi que la gran bolsa que habíamos fabricado se llenaba de aire caliente. Empezó por inflarse un poco y cabeceó de un lado a otro, pero, ahora, con los lados tensos, estaba en posición elevada y quieta. El tejido se estiró hasta el extremo de que parecía que iba a reventar y, mientras yo esperaba, daba tirones de las cuerdas que la retenían.

En el valle de Hohr, allá abajo, casi no había viento, lo que facilitaba en gran medida el desarrollo de nuestro osado plan.

La enorme bolsa, casi tan grande como la habitación en la que habíamos estado encerrados, se hinchaba por encima de nosotros. Estaba quieta, con las cuerdas tensas, en su impaciencia por volar, hasta que comprendí que nos sostendría y di la orden.

Nur An y yo soltamos simultáneamente la cuerda por cada lado. Libre de su anclaje, la gigantesca bolsa se elevó arrastrándonos tras su estela. Subió a una velocidad sorprendente hasta que el valle de Hohr no fue más que un pequeño agujero abierto en la superficie del gran mundo que teníamos debajo.

En este momento nos cogió una ráfaga de aire y pueden estar seguros de que dimos las gracias a nuestros antepasados al darnos cuenta de que, finalmente, nos alejábamos por encima de la cruel ciudad de Ghasta. El viento se hizo más fuerte hasta soplar rápidamente en dirección noreste, aunque a nosotros nos preocupaba poco la dirección, con tal de que nos alejara del río Syl y del valle de Hohr.

Una vez que hubimos pasado del cráter del antiguo volcán, que formaba la superficie del valle donde se alzaba la sombría Ghasta, vimos bajo nosotros, a la luz de la luna, un irregular paisaje volcánico que daba una extraña e impresionante impresión de irrealidad; profundas simas y montones de roca basáltica parecían presentar una barrera infranqueable para el hombre, lo que por sí sólo explica por qué en esta remota y desolada esquina de Barsoom el valle de Hohr había permanecido oculto incontables eras.

Aumentó la velocidad del viento. Flotando a gran altitud nos arrastró a una velocidad considerable, aun cuando podía ver que descendíamos a medida que se enfriaba el aire contenido en la bolsa. Cuánto tiempo seguiríamos volando no podía adivinarlo, pero confiaba en que el viento nos arrastrara, por lo menos, hasta más allá del hostil territorio que sobrevolábamos.

La llegada del amanecer nos encontró flotando a unos centenares de metros del suelo; el país volcánico había quedado atrás, lejos, y lo que veíamos ahora eran suaves colinas

encantadoras apenas pobladas con skeel, el árbol resistente a la sequía sobre el que, según la leyenda, se había construido la civilización de Barsoom.

Al sobrevolar una colina de poca altura, pasando sobre ella a apenas cincuenta metros, vemos unas construcciones blancas brillantes. Como todas las ciudades y edificios aislados de Barsoom estaban rodeadas por un elevado muro, pero en todo lo demás diferían materialmente del tipo normal de arquitectura barsoonianiana. El conjunto formado por una serie de edificaciones, con las torres, cúpulas y minaretes de costumbre que marcan todas las ciudades barsoonianas y que sólo en épocas recientes han dado paso lentamente a los lisos planos de aterrizaje de un mundo aéreo. La estructura que teníamos debajo estaba compuesta por varios edificios con azotea de diversas alturas, ninguno de los cuales, sin embargo, parecía tener más de cuatro pisos. Entre los edificios y los muros exteriores y en varios patios abiertos entre edificios había una profusión de árboles y macizos de arbustos con césped escarlata y paseos bien conservados. Realmente era un espectáculo sorprendente y hermoso, pero habiendo escapado tan recientemente de la casi destrucción por las bellezas de Hohr y las seducciones de sus hermosas mujeres, no pensábamos dejarnos engañar de nuevo por las apariencias externas. Flotaríamos sobre el palacio encantador y aprovecharíamos nuestras oportunidades en el campo abierto situado más allá.

Pero el destino había dispuesto otra cosa. El viento había dejado de soplar y descendíamos rápidamente. Vimos, allá abajo, algunas personas en el edificio y nos dimos cuenta de que, al descubrirnos, se sintieron consternados. Se dirigieron rápidamente a las puertas más cercanas y en un momento no había ningún ser humano a la vista cuando, finalmente, aterrizamos en la azotea de una de las secciones más altas del conjunto.

Mientras nos soltábamos de los lazos en los que habíamos estado sentados, la gran bolsa, libre de nuestro peso, se elevó rápidamente en el aire hasta una corta distancia, se dio la vuelta por completo y cayó al suelo justo más allá del muro exterior. Nos había servido bien y ahora parecía un ser vivo que hubiera dado su existencia por nuestra salvación.

Sin embargo, íbamos a tener muy poco tiempo para lamentos sentimentales, ya que, casi inmediatamente, una cabeza apareció por una pequeña abertura de la azotea en la que estábamos. A la cabeza siguió el cuerpo de un hombre, cuyo correaje era tan escaso que casi parecía desnudo. Era viejo, tenía una cabeza finamente formada cubierta con escasos mechones grises.

La aparente edad física avanzada es tan rara en Barsoom que siempre atrae inmediatamente la atención. En nuestra vida natural solemos vivir miles de años, pero durante ese largo período nuestra apariencia sólo cambia un poco. Es cierto que la mayoría de nosotros encuentra una muerte violenta muchísimo antes de alcanzar una edad avanzada, pero hay algunos que superan el plazo de vida concedido y otros que no se cuidan bien de sí mismos, y estos pocos constituyen los físicamente viejos entre nosotros; a éstos, evidentemente, pertenecía el viejo que se enfrentó a nosotros.

Tan pronto le vio, Nur An dejó escapar una exclamación de agradable sorpresa.

—¡Phor Tak! —gritó.

—¡Hola! —rió el viejo con un tono elevado de falsete— ¿Quién llega de los altos cielos y conoce al pobre Phor Tak?

—¡Soy yo... Nur An! —exclamó mi amigo.

—¡Hola! —exclamó Phor Tak— ¡Nur An, uno de los favoritos de Tul Axtar!

—Como antes lo fuiste tú, Phor Tak.

—Pero no ahora, no ahora—casi gritó el viejo—. El tirano me exprimió como si fuera una fruta jugosa y luego tiró la cáscara a la basura. ¡Hola! Pensó que ya no quedaba zumo, pero yo rezo todos los días a todos mis antepasados para que viva lo bastante como para comprender que estaba equivocado. Te lo puedo decir con seguridad, Nur An,

porque te tengo en mi poder y te prometo que nunca vivirás para llevar a Tul Axtar noticias sobre mi paradero.

—No temas, Phor Tak —dijo Nur An—. También yo he sufrido la villanía del jeddak de Jahar. A ti te permitieron salir de la capital en paz, pero a mí me confiscaron todas mis propiedades y me condenaron a muerte.

—¡Hola! ¡Entonces tú también le odias! —exclamó el viejo.

—Odio es una palabra débil para expresar lo que siento por Tul Axtar —respondió mi amigo.

—Eso está bien —dijo Phor Tak—. Cuando os vi descender del cielo pensé que mis antepasados os habían enviado a ayudarme y sé que era cierto. ¿Éste es otro guerrero de Jahar? —añadió señalándome con un gesto de su vieja cabeza.

—No, Phor Tak —respondió Nur An—. Éste es Hadron de Hastor, un noble de Helium, pero también a él le ha perjudicado Jahar.

—¡Bien! —exclamó el anciano— Ya somos tres. Hasta ahora sólo contaba con esclavos y mujeres para ayudarme, pero ahora, con dos guerreros bien entrenados, jóvenes y fuertes, la meta de mi triunfo parece estar a la vista.

Mientras los dos hombres charlaban yo había recordado parte de la historia que Nur An me había contado en las mazmorras de Tjanath, referida a Phor tak y su invención del fusil que disparaba rayos desintegradores y que tan mortal había resultado para la patrulla a bordo de la nave que sobrevoló Helium la noche en que Sanoma Tora fue raptada. Era extraño, desde luego, que la suerte me hubiera traído al palacio del hombre que guardaba el secreto que tanto podía significar para Helium y para todo Barsoom. Extraño, igualmente, además de tortuoso, había sido el camino que la suerte me hizo recorrer, aunque sabía que eran mis antepasados quienes me guiaban y que todo estaría dispuesto para que tuviera un final feliz.

Cuando Phor Tak oyó sólo una parte de nuestro relato insistió en que estábamos agotados y hambrientos y, como el buen anfitrión que demostró ser, nos llevó al interior del palacio y, llamando a los esclavos, les ordenó que nos bañaran y alimentaran y que permitieran que nos retiráramos hasta que descansáramos. Le dimos las gracias por su amabilidad y su consideración, de las que nos aprovechábamos con todo gusto.

Los días que siguieron fueron, a un tiempo, interesantes y beneficiosos. Phor Tak, en compañía solamente de unos cuantos esclavos fieles que le habían seguido al exilio, estaba encantado con nuestra compañía y con la ayuda que pudiéramos darle en su experimento que, una vez seguro de nuestra lealtad, nos explicó en detalle.

Nos explicó en detalle sus andanzas después de salir de Jahar y de cómo había dado por casualidad con este castillo, largo tiempo abandonado, cuyo constructor y ocupantes no habían dejado más rastros que sus huesos. Nos dijo que cuando descubrió sus esqueletos éstos estaban esparcidos por el patio y que en la entrada principal había un montón de huesos de una veintena de guerreros, lo que atestiguaba la fiera defensa que los ocupantes habían librado contra algún enemigo desconocido, al tiempo que en otras habitaciones superiores encontró otros esqueletos, de mujeres y niños.

—Creo —dijo— que el lugar fue sitiado por miembros de alguna horda salvaje de guerreros verdes que no dejaron un solo superviviente. Los patios y jardines estaban invadidos por matorrales y el interior de los edificios lleno de polvo; por lo demás, pocos daños se habían causado. Yo llamo a este lugar Jhama y aquí estoy realizando el trabajo de mi vida.

—¿Qué es? —pregunté.

—Vengarme de Tul Axtar —respondió el anciano—. Le entregué mi rayo desintegrador; le di la pintura aislante que protege sus naves y armas de dicho rayo y algún día le daré algo más: algo que será tan revolucionario en el arte de la guerra como el propio rayo desintegrador; algo que arrojará al suelo los restos destrozados de la flota

de Jahar; algo que buscará el palacio de Tul Axtar y enterrará al tirano debajo de sus ruinas.

No pasó mucho tiempo desde que llegamos a Jhama antes de que tanto Nur An como yo nos convenciéramos de que la mente de Phor Tak estaba un tanto desviada, por lo menos, de tanto pensar en los males que le infligió Tul Axtar; aunque amable por naturaleza, estaba obsesionado por el maníaco deseo de vengarse del tirano, sin que le importaran lo más mínimo las consecuencias que ello pudiera tener para sí y para otros. En este asunto estaba más allá de la influencia de la razón y habiendo decidido, para su propia satisfacción, que Nur An y yo éramos factores potenciales para que su designio tuviera éxito, se dejaba llevar por ataques de ira cada vez que yo apuntaba el tema de nuestra marcha.

Inquieto como estaba yo por la urgencia de dirigirme a Jahar al rescate de Sanoma Tora, esta demora forzosa no me complacía lo más mínimo, pero Phor Tak era inmovible y no quería permitir que me fuera; la absoluta lealtad de sus esclavos posibilitó que se saliera con la suya. En cuanto a nosotros, les explicó que éramos huéspedes, huéspedes bien recibidos siempre que no nos esforzáramos por marcharnos sin su permiso, pero que si nos descubrían tratando de salir de Jhama subrepticamente, nos destruirían.

Nur An y yo debatimos largamente el asunto. Habíamos descubierto que entre nosotros y Jahar se extendían cuatro mil haads de territorio difícil y hostil. Careciendo de una nave y de thoats, había muy pocas probabilidades de que pudiéramos llegar a Jahar a tiempo para ayudar a Sanoma Tora, sin es que llegáramos allí siquiera, por lo que decidimos aguardar a que se presentara una oportunidad, dejando creer a Phor Tak que estábamos dispuestos a ayudarle en la confianza de que en su momento podríamos contar con su ayuda y apoyo, y lo hicimos con tanto éxito que en breve tiempo nos habíamos ganado la confianza del viejo científico hasta tal extremo que empezamos a abrigar la esperanza de que nos haría partícipes de sus confidencias más íntimas y nos revelaría la naturaleza del instrumento de destrucción que estaba preparando para Tul Axtar.

Debo admitir que el mayor interés que yo tenía en su invención era porque confiaba en que para utilizarlo contra Tul Axtar tenía que encontrar algún medio para transportarlo hasta Jahar, en lo que yo veía una oportunidad para llegar a la capital del tirano.

Llevábamos en Jhama unos diez días, durante los cuales Phor Tak dio muestras de un nerviosismo y una irritabilidad extremados. Nos mantenía a su lado casi en todo momento, a menos que estuviera encerrado en lo más profundo de su laboratorio secreto.

Durante la cena del décimo día, Phor Tak se mostró más angustiado que nunca. Hablando sin cesar, como de costumbre, de su odiado Tul Axtar, su rostro mostraba la expresión de una furia maníaca.

—Pero estoy desamparado —casi gritó finalmente—, y lo estoy porque no tengo a nadie a quien confiar mi secreto, alguien con el valor y la inteligencia necesarios para llevar adelante mi plan. Soy demasiado viejo, demasiado débil para soportar una presión que nada significaría para hombre jóvenes como vosotros, pero que tengo que aguantar si quiero cumplir con mi destino de salvador de Jahar. ¡Si al menos pudiera confiar en vosotros! ¡Si al menos pudiera confiar en vosotros!

—Tal vez podrías, Phor Tak —sugerí.

No sé si fueron las palabras, o el tono de mi voz, lo que le calmaron.

—¡Hola! —exclamó—. A veces casi creo que puedo.

—Tenemos una meta común —dije— o, por lo menos, nuestras metas difieren tan poco que convergen en algún lugar, Jahar. Déjanos, pues, trabajar contigo. También nosotros deseamos llegar a Jahar. Si tú puedes ayudarnos, nosotros te ayudaremos.

Permaneció sentado, meditativo y silencioso durante largo rato.

—Lo haré —dijo al fin—. ¡Hola! Claro que lo haré. Venid.

Se levantó de la silla y nos condujo a la puerta cerrada con llave que impedía la entrada a su laboratorio secreto.

## CAPÍTULO X - La muerte voladora

El laboratorio de Phor Tak ocupaba el ala completa del edificio y consistía en un inmenso salón de quince metros de altura. Los bancos, mesas, instrumentos y armarios, situados en una esquina, se perdían en el gran espacio. Cerca del techo y rodeando el salón había un carril del que colgaba un crucero en minatura, pintado con el horroroso color azul de Jahar. Sobre uno de los bancos reposaba un objeto cilíndrico casi tan largo como la mano humana. Éstas eran las únicas características notables del laboratorio, aparte de su inmenso vacío.

Cuando Phor Tak nos condujo al interior, cerró la puerta a sus espaldas y pude oír el ominoso ruido de la enorme cerradura. Había algo deprimente en la sugestión que tal ruido me produjo, quizá por nuestro conocimiento de que Phor Tak estaba loco, acentuado por el espeluznante misterio de la amplia cámara.

Conduciéndonos al banco sobre el que se encontraba el objeto cilíndrico que había atraído mi atención, lo cogió cuidadosamente, casi con mimo.

—Esto es un modelo del aparato que destruirá Jahar —dijo—. En él podéis contemplar la esencia concentrada de un logro científico. Su aspecto es el de un simple cilindro metálico pequeño, pero lleva dentro un mecanismo tan delicado y sensible como el cerebro humano y percibiréis que funciona casi como si estuviera dotado de mente propia; es, sin embargo, totalmente mecánico y se puede producir en serie con rapidez y a bajo coste. Pero, antes de proseguir con las explicaciones, os mostraré una fase de sus posibilidades. ¡Observad!

Sosteniendo el cilindro en la mano, Phor Tak alcanzó hasta un armario poco profundo que se encontraba adosado a la pared y lo abrió para dejar a la vista un elaborado equipo de conmutadores, palancas y teclas.

—Mirad ahora el aparato volador en miniatura suspendido del raíl cerca del techo —nos instruyó al tiempo que accionaba un conmutador.

El aparato empezó inmediatamente a viajar por el raíl a una considerable velocidad. Ahora, Phor Tak pulsó un botón situado en la parte alta del cilindro, que inmediatamente se le escapó de la palma de la mano extendida, giró rápidamente en el aire y se lanzó directamente contra el aparato que circulaba a toda velocidad. La distancia entre ambos se redujo, el cilindro, curvándose gradualmente hacia la línea de vuelo del aparato, se dirigía hacia él situándose a su popa, con su nariz terminada en punta a escasos centímetros de la nave en miniatura. Entonces, Phor Tak tiró de una palanquita del teclado y la nave se lanzó a una velocidad acelerada. Instantáneamente, la velocidad del cilindro aumentó y pude ver que se aceleraba mucho más que la nave. A mitad de camino alrededor de la habitación, su proa golpeó la rápida nave con la fuerza suficiente para hacerla temblar de extremo a extremo; luego, el cilindro se separó y descendió suavemente hacia el suelo. Phor Tak accionó un conmutador que detuvo al aparato en pleno vuelo y entonces, avanzando rápidamente, cogió el cilindro que descendía.

—Este modelo —explicó volviendo a donde estábamos nosotros— ha sido construido de manera que cuando establece contacto con la nave descenderá suavemente hasta el suelo, pero como sin duda os habéis dado cuenta de inmediato, el producto terminado en uso real explotará cuando haga contacto con la nave. Observad los botoncitos que lo cubren. Cuando cualquiera de ellos entra en contacto con un objeto, el modelo se detiene y desciende, mientras que el aparato de tamaño real, debidamente equipado, explotará, destruyendo por completo cualquier objeto con el que haya entrado en contacto. Como sabéis, cada sustancia del universo tiene su propia velocidad de vibración. Este

mecanismo se puede sintonizar de manera que sea atraído por el ritmo de vibración de cualquier sustancia. Este modelo, por ejemplo, es atraído por la pintura azul protectora de la nave. Imaginad una flota de navíos de guerra jaharianos que se desplazan majestuosamente por el aire en formación de combate. Yo puedo, desde un barco enemigo o desde tierra y a una distancia que me hace invisible para los buques de Jahar, lanzar tantos aparatos como barcos compongan la flota, dejando pasar unos instantes entre un lanzamiento y otro. El primer torpedo se lanza contra la flota y destruye la nave más cercana. Todos los torpedos que van detrás, en fila, son atraídos por las masas combinadas de toda la pintura azul de la flota completa. El primer buque cae a tierra y aunque toda la pintura no haya sido destruida, carece de fuerza para desviar los torpedos que llegan detrás, que uno a uno irán destruyendo los siguientes buques hasta borrar por completo la flota. He destruido una poderosa flota sin arriesgar la vida de uno sólo de mis seguidores.

—Pero ellos verán los torpedos que se acercan —sugirió Nur An— y organizarán alguna defensa. Incluso los cañones pueden detener muchos de ellos.

—¡Hola! También eso lo he pensado —respondió Phor Tak riendo a carcajadas. Dejó el torpedo sobre un banco y abrió otro armario.

El armario contenía varios receptáculos, algunos herméticamente sellados y otros abiertos dejando al descubierto su contenido, al parecer pinturas de distintos colores. De varios recipientes salían mangos de brochas. Una de ellas, sin embargo, aparecía colgada en el aire, a unos centímetros del estante, mientras que justo debajo de ella se veía la sección del borde de un receptáculo que también parecía no descansar en ningún sitio. Phor Tak situó la mano abierta directamente debajo del borde flotante y, al sacarla del armario, tanto el borde del receptáculo como la parte del mango de la brocha flotaron por encima de los dedos extendidos siguiendo sus movimientos hasta que se acoparon como si sostuvieran una jarra de cristal, como la que normalmente hubiera pertenecido al reborde que veíamos flotar un par de centímetros por encima de los dedos.

Dirigiéndose al banco donde había dejado el cilindro, Phor Tak realizó los movimientos de quien coloca una jarra encima, aunque aparte del reborde flotante no había recipiente alguno; oí con claridad un ruido idéntico al que haría el fondo de una jarra de cristal que entrara en contacto con el banco.

Puedo asegurarles que estaba absolutamente asombrado, pero aún lo estaría más con los acontecimientos que siguieron. Phor Tak agarró el mango de la brocha y lo hizo pasar a unos centímetros por encima del torpedo metálico. Una parte de éste, de unos dos centímetros de ancho por unos diez de largo, desapareció instantáneamente. Realizó entonces varias pasadas hasta que toda la superficie del torpedo desapareció. El lugar que ocupaba en el banco estaba vacío. Phor Tak devolvió el mango de la brocha a su posición flotante justo por encima del reborde de la jarra y se volvió a nosotros. Tenía una expresión de infantil orgullo en su rostro, tanto que exclamó:

—Bien, ¿qué pensáis de todo esto? ¿No soy maravilloso?

Y yo, ciertamente, no tuve inconveniente en reconocer que lo era y que me había quedado absolutamente pasmado y aturdido con lo que había visto.

—Ahí, Nur An —exclamó Tak— está la respuesta a tus críticas sobre La Muerte Voladora.

—No entiendo —dijo Nur An, que tenía una expresión de asombro en el rostro.

—¡Hola! —exclamó Phor Tak— ¿Es que no has visto que he vuelto invisible ese aparato?

—Pero es que ha desaparecido —respondió Nur An.

Phor Tak lanzó una carcajada gorjeante.

—Sigue estando ahí —exclamó—, pero no puedes verlo. Ven.

Tomó a Nur An de la mano y le condujo al punto donde había estado el aparato.

Pude ver cómo los dedos de Nur An palpaban, al parecer, la superficie de algo a varios centímetros de altura sobre la superficie del banco.

—¡Por mi primer antepasado! —gritó— ¡Sigue estando ahí!

—¡Es maravilloso! —exclamé— ¡Ni siquiera lo has tocado, sino que te limitaste a hacer unas pasadas por encima con el mango de la brocha! ¡Y desapareció!

—Sí que lo toqué —insistió Phor Tak—. Tenía en la mano la brocha completa, lo que pasa es que no la visteis porque estaba empapada en la sustancia que hace que La Muerte Voladora sea invisible. Observad el recipiente de vidrio transparente en el que tengo el compuesto de la invisibilidad: sólo podéis ver parte del reborde porque no está recubierto por el compuesto.

—¡Qué maravilla! —exclamé—. Ni siquiera ahora, después de haberlo visto con mis propios ojos, puedo concebir la posibilidad de un milagro semejante.

—No es tan milagroso —dijo Phor Tak—. Es, simplemente, la aplicación de unos principios científicos bien conocidos desde hace cientos de años. Nada se desplaza en línea recta: la luz, la visión, las fuerzas electromagnéticas siguen una línea curva. El compuesto de la invisibilidad se limita a desviar hacia fuera la luz reflejada que, al entrar por nuestros ojos y chocar contra los nervios ópticos, da como resultado lo que llamamos visión, por lo que pasan por completo alrededor de cualquier objeto que esté recubierto con el compuesto. Cuando empecé a aplicar el compuesto a La Muerte Voladora primigenia, la línea de visión se desviaba alrededor de las pequeñas porciones recubiertas, pero cuando revestí la superficie completa del torpedo, la curva de la visión pasó totalmente alrededor de ambos lados del mismo, por lo que se podía ver claramente el banco en el que estaba depositado, como si no estuviera allí.

Me quedé asombrado ante la aparente simplicidad de la explicación y, claro está, como soldado que soy, comprendí la tremenda ventaja que la posesión de estos dos secretos científicos daría a la nación que los controlara. Para la seguridad, sí; para la existencia misma de Helium, tenía que hacerme con ellos y, si eso no era posible, habría que destruir a Phor Tak antes de que el secreto de su infernal poder llegara a manos de otra nación. Quizá consiguiera que el viejo Phor Tak me cobrara afecto hasta el extremo de persuadirle para que entregara los secretos a Helium a cambio de que Helium le ayudara en la tarea de fraguar su venganza de Tul Axtar.

—Phor Tak —le dije—, tienes en tu mano dos secretos que en poder de una potencia amistosa y beneficiosa traerían la paz eterna a Barsoom.

—¡Hola! —gritó— Pero yo no quiero la paz. ¡Quiero guerra! ¡Guerra, guerra!

—Muy bien —concedí, dándome cuenta de que mi sugerencia no estaba acorde con el enloquecido proceso de su cerebro enfermo—. Tengamos guerra, pues, y ¿qué pueblo de Barsoom está mejor equipado para la guerra que Helium? Si quieres guerra, establece una alianza con Helium.

—No necesito recurrir a Helium —gritó—. No necesito aliados. Haré la guerra, y la haré solo. Con la Muerte Voladora puedo destruir armadas completas, ciudades completas, naciones enteras. Empezaré por Jahar. Tul Axtar será el primero que sienta el peso de mi devastador poder. Cuando la flota de Jahar haya caído sobre los tejados de Jahar y los muros de Jahar se hayan derrumbado sobre las orejas de Tul Axtar, destruiré Tjanath. Helium tendrá noticias mías después. La orgullosa y poderosa Helium temblará y se postrará de rodillas a los pies de Phor Tak. Seré el jeddak de todos los jeddaks, el dueño del mundo.

Mientras hablaba, su voz había ido subiendo de tono hasta alcanzar un tono penetrante; temblaba poseído por el frenesí.

Era necesario destruirle, no sólo por el bien de Helium, sino por el de todo Barsoom; había que acabar con aquella mente enferma, enloquecida, si comprobaba que era imposible dirigirla o engatusarla para mis propios fines. Sin embargo, decidí no omitir sacrificio alguno que me llevara a una conclusión satisfactoria de esta peregrina aventura.

Era consciente de que las mentes enloquecidas suelen ser volubles y confiaba en que en un momento de absurdo capricho Phor Tak pudiera revelarme el secreto de la Muerte Voladora y del compuesto de invisibilidad. Esta confianza retrasaba temporalmente su muerte; cumplirla significaría perdonarle, pero sabía que debería actuar con cautela, que a la menor sospecha de doblez la desconfianza de Phor Tak crecería y sería yo el que resultara destruido.

Aquella noche me debatí inquieto entre la seda y las pieles de mi lecho, abrumado por mis pensamientos y planes. Tenía que poseer aquellos secretos, ¿pero cómo? Sabía que sólo existían en su cerebro, porque me dijo que no había fórmulas escritas, planes o especificaciones de ninguno de los dos. Tenía que sacárselos de algún modo y la mejor forma de hacerlo era dejarme querer por él. Decidí llevar adelante mis planes en este sentido hasta donde pudiera.

Un instante antes de quedarme dormido, mis pensamientos volvieron a Sanoma Tora y a la urgente misión que me había llevado a iniciar la que había desembocado en la más extraña aventura de mi carrera. Me hice un reproche a mí mismo al darme cuenta de que Sanoma Tora no había ocupado mi mente en primer plano mientras estaba tumbado haciendo planes para el futuro, pero su recuerdo me hizo concebir un plan por el que no sólo podría acudir en su ayuda, sino también progresar en la amistad de Phor Tak: aliviado en este sentido no tardé en quedarme dormido.

Ya estaba avanzada la mañana cuando tuve la oportunidad de hablar con el viejo inventor, y me referí de inmediato al asunto que ocupaba mi mente.

—Phor Tak —le dije—, estás en desventaja al desconocer las condiciones que existen en Jahar y el tamaño y lugar donde se encuentra la flota. Nur An y yo iremos a Jahar y obtendremos la información que necesitas para que tus planes tengan éxito. De este modo, Nur An y yo también asestaríamos un golpe a Tul Axtar al tiempo que estaríamos en condiciones de atender los asuntos que requieran nuestra presencia en Jahar.

—¿Pero cómo vais a llegar a Jahar? —preguntó Phor Tak.

—Podrías dejarnos que usáramos una aeronave.

—No tengo ninguna —respondió— y no sé nada sobre ellas. No me interesan. Ni siquiera podría construir una.

Decir que me quedé sorprendido y abrumado sería decir muy poco, pero si antes había abrigado alguna duda sobre que el cerebro de Phor Tak estaba anormalmente desarrollado, se habría desvanecido cuando admitió que no sabía cosa alguna sobre aeronaves, porque me dio la impresión de que apenas habría un hombre, mujer o niño en cualquiera de las naciones voladoras de Barsoom que no fuera capaz de construir alguna especie de avión.

—¿Pero cómo esperas transportar la Muerte Voladora a las inmediaciones de la flota jahariana si careces de aeronaves? ¿Cómo esperas demoler el palacio de Tul Axtar o reducir a ruinas la ciudad de Jahar?

—Ahora que Nur An y tú estáis aquí para ayudarme, puedo hacer que mis esclavos trabajen a vuestras órdenes y fabricar fácilmente una docena de torpedos diarios. Una vez que estén terminados procederemos a lanzarlos y en su momento se abrirán camino hasta Jahar y la flota. No hay duda al respecto: incluso si tardan un año, terminarán por encontrar su presa.

—Si no se topan con algún obstáculo —sugerí—, pero, incluso así, ¿qué placer sacarás de tu venganza si no puedes presenciar ninguna parte de ella?

—¡Hola! Ya he pensado en ello —respondió Phor Tak—, pero no se puede tener todo.

—Lo puedes tener.

—¿Cómo?

—Cargando tus torpedos en una nave y volando hasta Jahar —respondí.

—No —respondió testarudo—, lo haré a mi manera. ¿Qué derecho tienes a interferir en mis planes?

—Sólo quería ayudarte —dije, tratando de apaciguarle empleando un tono y una actitud conciliadoras.

—Y hay otro pensamiento —dijo Nur An— que sugiere que podría ser aconsejable seguir los planes de Hadron.

—Estáis los dos contra mí —exclamó Phor Tak.

—En modo alguno —le aseguró Nur An—. Lo que me mueve a sugerirlo es nuestro ferviente deseo de ayudarte.

—Bien, ¿y cuál es vuestro plan? —inquirió el anciano.

—El tuyo prevé la destrucción de las armadas de Tjanath y Helium tras la caída de Jahar —exclamó Nur An—. Esto, por lo menos en lo que se refiere a la armada de Helium, no puedes esperar lograrlo a una distancia tan grande y sin tener conocimiento del número de naves que haya que destruir, ni los torpedos serán atraídos de la misma forma hacia ellos como lo son hacia los buques de Jahar, porque los buques de estas otras naciones no están protegidos con la pintura azul de Jahar. Por tanto, será necesario que te acerques a Tjanath y después a Helium y, para tu propia protección, utilizaras la pintura azul de Jahar en tu nave, ya que nunca puedes estar seguro a menos que estés en tierra en el momento en que destruyas toda la armada de Jahar o todos sus fusiles de rayos desintegradores.

—Es cierto —dijo Phor Tak pensativo.

—Y, además —prosiguió Nur An—, si envías más torpedos que el número necesario, los que permanezcan descontrolados serán atraídos por la pintura azul de tu propia nave y serás destruido por tus propios aparatos.

—Habéis tirado por tierra todos mis planes —se lamentó Phor Tak—¿Por qué pensáis eso?

—Si no hubiera pensado esto te habrían destruido —le recordó Nur An. —Bien, ¿qué debo hacer? No tengo una nave. No puedo construir una nave.

—Nosotros podemos obtener una —dije.

—¿Cómo?

La conversación entre Nur An y Phor Tak me había sugerido un plan que les esbocé a grandes rasgos. Nur An se sintió entusiasmado con la idea, pero Phor Tak no parecía demasiado contento con ella. Yo no podía entender en qué basaba su objeción y, entre paréntesis, tampoco me preocupaba demasiado ya que, finalmente, había admitido que se vería obligado a actuar según mi sugerencia.

Justo al lado del laboratorio de Phor Tak había un taller muy bien montado, y en él trabajamos Nur An y yo durante semanas, empleando los servicios de una docena de esclavos, hasta que logramos construir la que sin duda era la aeronave de aspecto más sorprendente que me había correspondido contemplar jamás. En pocas palabras, era un cilindro acabado en punta por cada extremo y se parecía mucho a la maqueta de La Muerte Voladora que estaba encima del banco. Dentro de su carcasa exterior había otro cilindro más pequeño y, entre las paredes de ambos, los tanques de flotación. Los tanques y los lados de las dos carcasas mostraban las portillas de observación a cada lado de la nave, así como a proa y popa. Estas portillas se cubrían por completo con los cierres abisagrados en el exterior, que se accionaban desde dentro. Había dos escotillas en la quilla y otras dos arriba que conducían a un estrecho corredor por todo lo alto del cilindro. En las torretas a proa y a popa iban montados dos fusiles de rayos desintegradores. Por encima de los controles había un periscopio que transmitía la imagen de todo lo que entrara en su campo de visión a una placa de cristal esmerilado situada delante del piloto. Todo el exterior del aparato fue pintado, en primer lugar, con la horrorosa pintura azul que le protegería de los fusiles de rayos desintegradores de Jahar, sobre la que pulverizamos una capa del compuesto de invisibilidad. Los cierres que protegían las mirillas estaban revestidos del mismo modo, con lo que el buque alcanzaba

una invisibilidad prácticamente total al cerrarlos, siendo el único punto visible el diminuto ojo del periscopio.

Careciendo de los conocimientos técnicos suficientes que me permitieran construir un nuevo tipo de motores, tuve que contentarme con uno de los de tipo antiguo, mucho menos eficiente.

Finalmente, el trabajo quedó terminado. Teníamos una nave en la que cabían cuatro tripulantes sin apreturas y resultaba extraordinario apreciar este hecho y, al mismo tiempo, ser incapaz de ver otra cosa que no fuera el diminuto ojo del periscopio cuando los cierres bajaron sobre las portillas, e incluso el ojo del periscopio resultaba invisible, a menos que girara en la dirección del observador.

A medida que el trabajo se acercaba al final, me di cuenta de que los modales de Phor Tak se iban haciendo más nerviosos e irritables. Sacaba faltas de todo y en varias ocasiones casi detuvo el trabajo que hacíamos en la nave.

Ahora, por fin, estábamos listos para partir. Se aprovisionó a la nave de municiones, agua y provisiones y en el último minuto instalamos una brújula de control del destino a la que más tarde habríamos de dar las más sentidas gracias.

Sin embargo, cuando sugerí nuestra salida inmediata, Phor Tak vaciló, aunque no quiso darme a conocer las razones de su objeción.

En el momento presente, sin embargo, perdí la paciencia y dije al anciano que iríamos de todos modos, lo quisiera o no.

No estalló de ira, como me temía, sino que se echó a reír y había algo en su risa que me sonó más terrible que la ira.

—Crees que soy tonto —dijo— y que te dejaría ir llevando mis secretos a Tul Axtar, pero estás equivocado.

—También tú lo estás —salté encrespado—. Estás equivocado si piensas que te vamos a traicionar y lo estás también si piensas que puedes impedir que nos vayamos.

—¡Hola! —rió—. No puedo impedir vuestra salida, pero puedo impedir que lleguéis a Jahar o cualquier otro sitio. No he permanecido ocioso mientras trabajábais en la nave. He construido la Muerte Voladora a tamaño real y ha sido sintonizada para buscar esta nave. Si os vais en contra de mis deseos, os seguiré y destruiré. ¡Hola! ¿Qué os parece?

—Me parece que eres un viejo estúpido —grité exasperado—. Tienes la oportunidad de hacerte con la ayuda leal de dos guerreros honrados y prefieres convertirlos en tus enemigos.

—Enemigos que no pueden hacerme daño —me recordó—. Tengo vuestras vidas en mi mano. Habéis ocultado bien vuestros pensamientos, pero no lo bastante. He podido leer cada uno de ellos para saber que pensáis que estoy loco y, además, he recibido la impresión de que nada os detendrá para impedir que pueda usar mi poder contra Helium. No tengo duda de que me ayudaréis contra Jahar, y quizá también contra Tjanath, pero mi auténtica meta es Helium, el imperio más poderoso y orgulloso de Barsoom. Helium me proclamará jeddak de todos los jeddaks aunque tenga que destruir el mundo para cumplir mis propósitos.

—Entonces, ¿todo nuestro trabajo ha sido para nada? —pregunté—. ¿No vamos viajar en la nave que hemos construido?

—Podemos usarla —respondió—, pero en ciertas condiciones.

—¿Por ejemplo?

—Tú puedes viajar solo hasta Jahar, pero mantendré a Nur An como rehén. Si me traicionas, morirá.

No hubo forma de convencerle; ninguna argumentación pudo cambiar lo que ya había decidido. Intenté convencerle de que un hombre solo poco podría hacer; que, en realidad, no podría hacer nada. Pero no dio su brazo a torcer. Tendría que ir solo, o desistir.

## CAPÍTULO XI - ¡Dejad que el fuego quemé!

Cuando me levanté aquella noche, bajo el esplendor de la noche barsoomiana bajo la luz de las estrellas, el castillo de Phor Tak parecía una joya, bañado por la suave luz de Thuria. Estaba solo: Nur An se había quedado atrás, como rehén del científico loco. Tendría que volver a Jhama; aunque Nur An no me había arrancado promesa alguna, él sabía que no le abandonaría.

Jahar y Sanoma Tora estaban a dos mil quinientas haads de distancia, hacia el este. A mil quinientas al sudoeste estaban Tjanath y Tavia. Dirigí la proa de mi nave hacia la meta de mi deber, hacia la mujer que amaba y, con el regulador abierto en todo lo que daba mi avión invisible se dirigió a toda velocidad hacia Jahar.

Pero no era capaz de controlar mis pensamientos. A pesar de todos los esfuerzos que hacía por mantenerlos concentrados en la finalidad de mi aventura, seguían dirigiéndose a la torre de la prisión, a una mata de cabellos brillantes, a un hombro redondeado que cierto día se había apretado contra el mío. Agité la cabeza para desterrar la visión mientras volaba en plena noche, pero regresaba constantemente y tras ella, los pensamientos de la suerte que podía haber corrido Tavia durante mi ausencia.

Ajusté mi brújula de control de destino a Jahar, cuya posición exacta había obtenido de Phor Tak, con lo que alivié la necesidad de mantenerme constantemente a los mandos y me ocupé en otras cosas dentro de la nave. Busqué las municiones de los fusiles de rayos desintegradores y los dispuse de acuerdo con mi punto de vista.

Phor Tak se había equipado con tres tipos de rayos: uno que desintegraría el metal, otro que haría lo propio con la madera y un tercero con la carne humana. También me había traído algo que Phor Tak me negó cuando se lo pedí. Palpé el bolsillo para asegurarme de que seguía teniendo el vial cuyo contenido supuse que resultaría de inestimable valor para mí.

Levanté los cierres de todos los portillos y ajusté los ventiladores ya que, cuando menos, el interior de esta extraña nave resultaba cerrado y recargado para alguien que, como yo, estaba acostumbrado al puente despejado de las rápidas aeronaves exploradoras de Helium. Tendí las sedas y pieles para dormir y me dispuse a descansar, sabedor de que cuando llegara a Jahar la brújula de control de destino detendría la nave y la alarma me despertaría si seguía dormido. Pero no pude dormir. Pensaba en Sanoma Tora. La rememoraba en su fría y majestuosa belleza, pero en todos los casos sus soberbios ojos eran sustituidos por los de Tavia, que brillaban con la alegría de vivir y la suave luz de la amistad.

Todavía estaba lejos de Jhama cuando me levanté decidido y tomé los mandos. Desconecté la brújula de control de destino y con un solo giro suave de la proa de mi aeronave me dirigí a Tjanath.

La suerte estaba echada. Pensé que sentiría remordimientos y que me despreciaría a mí mismo, pero no sucedió lo uno ni lo otro. Me alegraba el pensamiento de que me apresuraba a ayudar a una amiga y sabía, en lo más profundo del corazón, que Tavia tenía más derecho a mi amistad que Sanoma Tora de la que, en el mejor de los casos, sólo había recibido un poco de cortesía.

No intenté dormir, no sentía la necesidad. Por ello, me mantuve ante los mandos y contemplé el desolado paisaje que corría por debajo de mí. Al amanecer vi Tjanath directamente delante de mí y, a medida que me acercaba a la ciudad se me había difícil comprender que podía hacerlo con absoluta impunidad y que mi nave, con las portillas cerradas, era totalmente invisible. Volaba ahora lentamente, en círculos, por encima del palacio de Haj Osis. Las zonas del palacio que tenían terrazas me permitieron ver a los adormilados centinelas. En el hangar principal hacía guardia un sólo hombre.

Me deslicé por encima de la torre este; podía imaginarme, allá abajo, a Tavia arrebujaada en la seda y pieles de dormir. ¡Qué sorpresa se hubiera llevado de saber que estaba volando tan cerca de ella!

Descendí para dar vueltas a la torre y me detuve, finalmente, frente a las ventanas de la habitación en la que habían encerrado a Tavia. Maniobré la nave para situar una de las portillas delante de la ventana y lo bastante cerca para que pudiera ver el interior de la habitación. Pero, aunque permanecí allí algún tiempo, nada pude ver y, finalmente, me convencí de que habían llevado a Tavia a otra habitación. Me sentí defraudado porque esto implicaba, necesariamente, una gran complicación para mis planes de rescate. Yo había previsto pocas dificultades para trasladar a Tavia a la aeronave durante la noche a través de la ventana de la torre; ahora tenía que forjar nuevos planes. Todo giraba, naturalmente, en torno a mi habilidad en la localización de Tavia, para lo que era evidente que tenía que penetrar en el palacio. Pero en el momento en que abandonara la invisibilidad de mi aeronave estaría amenazado por los mayores peligros en cada esquina, y vestido como estaba con el correaaje que habían hecho a mano los esclavos de Phor Tak, levantaría las sospechas de la primera persona que me viera.

Tenía que entrar en el palacio y para hacerlo con cierta seguridad tendría que disponer de un disfraz.

Tenía todas las portillas cerradas y el periscopio era mi único medio para explorar el exterior. Lo hice girar lentamente mientras intentaba imaginar algún método que pudiera tener aunque sólo fuera un mínimo de éxito.

A medida que el paisaje se desplegaba lentamente, sobre el cristal esmerilado fueron apareciendo el palacio principal, el hangar y el único guardián de éste. Aquí detuve el periscopio, aquí estaba la entrada al palacio y aquí se encontraba mi disfraz.

Maniobré lentamente la nave en dirección al hangar. Descendí sobre el tejado de su estructura. Me hubiera gustado amarrarla, pero no había medios para ello. Tendría que confiar en su peso y esperaba que no se levantara un viento fuerte.

Comprendiendo que en el momento mismo en que saliera del interior de la aeronave me haría totalmente visible, aguardé, vigilando por el periscopio, hasta que el guerrero que estaba en el tejado debajo de mí me diera la espalda. Salí entonces rápidamente de la nave por una de las escotillas superiores y me dejé caer al suelo por el lado más cercano al guerrero. Me encontraba a poco más de un metro del borde del tejado y él estaba de pie casi debajo de mí, vuelto de espaldas. Si se diera la vuelta me descubriría al instante y daría la alarma antes de que pudiera alcanzarle. Por tanto, mi única esperanza de éxito era silenciarle antes de que se diera cuenta de la amenaza que se cernía sobre él.

He aprendido, por las experiencias de John Carter, que el primer pensamiento suele ser inspiración, mientras que volver a pensar puede conducir al fracaso o, cuando menos, demorar la acción, anulando así sus efectos.

Por tanto, en este caso, actué dejándome llevar por la inspiración. Sin vacilar, avancé rápidamente hasta el borde del tejado y me lancé sobre los anchos hombros del centinela, empuñando una fina daga.

Todo terminó en un instante: dudo mucho que el pobre tipo aquel llegara a saber lo que le había sucedido. Arrastré su cuerpo al interior del hangar y le despojé del correaaje al tiempo que, casi mecánicamente, tomé nota de las naves que había en el hangar. Con excepción de una, un barco patrulla, todas lucían la insignia personal del jed de Tjanath. Eran navíos reales —un elegante crucero poderosamente armado, dos naves de recreo pequeñas, una aeronave exploradora biplaza y otra monoplaza. No era mucho, desde luego, en comparación con las naves de Helium, pero estaba totalmente seguro de que eran lo mejor que Tjanath se podría permitir. Sin embargo, teniendo mi propia nave, no me preocuparon particularmente estas otras, aparte de mi interés de siempre por las naves de todos los modelos.

No lejos de donde me encontraba se abría una rampa que llevaba al palacio, hacia abajo. Comprendiendo que sólo la audacia podía hacerme triunfar, me dirigí a la rampa y entré en ella. Al rodear la primera vuelta me sorprendió ver que la rampa atravesaba directamente un cuarto de guardia. Tendidos en las sedas y pieles por el suelo había una veintena de guerreros.

No me atreví a detenerme, tenía que seguir adelante. Podía pasar entre ellos sin levantar sospechas. Había echado un breve vistazo a la habitación antes de entrar en ella y sólo vi hombres aparentemente sumidos en el sueño, y un instante después, al salir de ella, vi que no había más que los que observé al principio. Nadie estaba despierto, pero pude oír voces en una habitación contigua. Me apresuré a atravesar la habitación y entré en la rampa del lado opuesto.

Creo que mi corazón se detuvo mientras atravesaba silenciosamente la habitación, deslizándome por entre los hombres dormidos, porque si uno sólo de ellos se hubiera despertado, inevitablemente hubiera comprendido que yo no era un compañero guardián.

Más allá, dentro del palacio propiamente dicho, el peligro sería menor porque el número de miembros de la residencia de un jed es tan grande que nadie puede conocerlos a todos ni siquiera de vista, por lo que las caras extrañas o poco familiares son casi tan cotidianas como en las avenidas de una ciudad.

Mi plan era tratar de alcanzar la habitación de la torre en la que habían encerrado a Tavia, porque estaba seguro de que, desde mi posición en la aeronave, no podía ver el interior completo y era posible que Tavia sí estuviese allí.

A causa de la construcción de mi nave, no me era posible llamar su atención sin elevar la escotilla, corriendo el riesgo de revelar mi presencia lo que, pensaba, hubiera perjudicado demasiado la oportunidad de Tavia para escapar como para que yo pretendiera lograrlo.

Quizá debería esperar hasta la noche; tal vez estaba demasiado excitado y mi celo me haría correr más riesgos de los necesarios. Pensaba esas cosas y quizá me reprendiera a mí mismo, pero ya había ido demasiado lejos como para dar marcha atrás. Estaba en ello y en ello seguiría, pasara lo que pasara.

Mientras seguía descendiendo a distintos niveles por la rampa, traté de descubrir algunos hitos familiares que me condujeran a la torre este y, al salir del pasillo en uno de los pisos, vi, casi directamente delante de mí, una puerta que reconocí al instante: era la de la oficina de Yo Seno, el guardián de las llaves.

—¡Bien! —me dije— Sin duda ha sido la suerte la que me ha traído hasta aquí.

Crucé hasta la puerta y la abrí; entré rápidamente en la habitación cerrando a mis espaldas. Yo Seno estaba sentado ante su escritorio. No había nadie más. Ni siquiera levantó la vista. Era uno de esos hombres arrogantes —un personajillo con un poco de autoridad— que quieren dar sensación de importancia a todos sus inferiores. No cabía duda, por tanto, de que una forma de demostrarla era ignorar a sus visitantes unos momentos. Pero esta vez se equivocó. Tras cerrar silenciosamente con llave la puerta por la que había entrado, crucé la habitación hasta la del lado puesto y corrí el cerrojo.

Fue entonces, sin duda, cuando la curiosidad le empujó. Yo Seno levantó la vista. Al principio no me reconoció.

—¿Qué quieres? —preguntó malhumorado.

—A ti, Yo Seno —respondí.

Me miró fijamente un momento y la sorpresa se reflejó en su rostro. Con los ojos desencajados, se puso en pie de un salto.

—¿Tú? —gritó— ¡Por Issus, no! ¡Tú estás muerto!

—He vuelto de la tumba, Yo Seno. He vuelto a por ti —dije.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó— ¡Aparta! ¡Estás detenido!

—¿Dónde está Tavia?

—¡No lo sé!

—Eres el guardián de las llaves, Yo Seno. ¿Quién mejor que tú para saber dónde están los prisioneros?

—¿Y qué? Si lo sé no te lo voy a decir.

—Me lo dirás, Yo Seno. O morirás —le previne.

Salió de detrás de su mesa y no estaba muy lejos de mí cuando, sin previo aviso y, con una velocidad mucho mayor de la que yo hubiera creído que era capaz de desplegar, sacó su espada larga de la funda y se lanzó sobre mí.

Me vi obligado a dar un salto hacia atrás para evitar su embestida, pero cuando lo intentó por segunda vez ya tenía la espada en mi mano y estaba prevenido. Yo Seno demostró que no era un antagonista despreciable. Era diestro con la espada y sabía que estaba luchando por su vida. En principio me pregunté por qué no pedía ayuda, pero llegué a la conclusión de que no habría guerreros en la habitación contigua como los había cuando visité la sala de Yo Seno la vez anterior. Luchamos en silencio, con sólo el entrecocar de nuestras armas, fiel reflejo de lo mortal de nuestro combate.

Yo tenía prisa por acabar con él y le apretaba a fondo cuando recurrió a un truco que casi me desarma: le había acorralado contra la mesa de trabajo y pensé que no podría escaparse. No podía ver su mano izquierda, que mantenía a la espalda, ni el pesado jarrón que había agarrado, pero un instante después vi un objeto que volaba directo a mi cabeza; pero, al mismo tiempo, vi que Yo Seno me dejaba el camino abierto en el momento de lanzarme el jarrón: tan ocupado estaba en hacer blanco que bajó la punta de la espada. Inclinandome por debajo del objeto arrojado contra mí, salté hasta situarme ante a Yo Seno y le hundí la espada en el corazón.

Limpié la sangre de la hoja en el cabello de mi víctima, sin poder evitar la sensación de euforia al pensar que había sido mi mano la que había acabado con la vida del seductor de Phao con lo que, en cierto modo, había vengado el honor de mi amigo Nur An.

Pero no podía perder tiempo meditando. Oí pasos que se acercaban por el pasillo exterior y me apresuré a agarrar el cadáver por el correa y arrastrarlo hacia el panel que ocultaba la entrada del corredor secreto que conducía a la habitación de la torre este —el conocido pasillo donde pasé felices momentos en solitario con Tavia.

Con más prisa que respeto, lancé el cuerpo de Yo Seno al interior oscuro y, cerrando el panel a mis espaldas, seguí mi camino en la oscuridad hacia la habitación de la torre, guardando en mi corazón la gran esperanza de que Tavia siguiera allí.

A medida que me acercaba al panel de la torre, en el extremo del pasillo, sentía los rápidos latidos de mi corazón, una sensación a la que no estaba acostumbrado y que no podía explicarme. Estaba seguro de que mi estado físico era excelente y, aunque lo normal es que cualquier cosa poco usual que nos sorprenda, o algún peligro inminente, hacen que el corazón del hombre acelere su ritmo, incluso aunque sea un valiente, pero, por lo que a mí respecta, nunca había tenido tal sensación y debo admitir que estaba profundamente perplejo.

Pensar en que iba a ver a Tavia de nuevo me hizo olvidar la desagradable sensación y, cuando me detuve delante del panel, mi mente sólo estaba ocupada por la agradable consideración de lo que me esperaba al otro lado: el deseado encuentro con mi mejor amiga.

Estaba a punto de agarrar el pomo para abrir el panel cuando unas voces que sonaron en el cuarto, al otro lado, llamaron mi atención. Eran un hombre y una mujer quienes hablaban, pero no pude entender lo que decían. Abrí, con toda cautela, el panel lo suficiente para ver el interior de la habitación.

La escena que vi hizo que mi ardiente sangre luchadora corriera alocada por todo mi cuerpo. En el centro de la habitación, un guerrero joven, ricamente vestido, tenía sujeta a Tavia y la arrastraba por la habitación hacia la puerta. Tavia se debatía golpeándole.

—No seas idiota —gruñó el hombre—. Haj Oasis ha dicho que eres mía. Te daré una vida como esclava mucho mejor que la de la mayoría de las mujeres libres.

—¡Prefiero la prisión o la muerte! —exclamó Tavia.

Phao estaba a su lado, inerte, con los ojos llenos de compasión por Tavia. Era evidente que nada podía hacer por defender a su amiga; el vestido del guerrero delataba su elevado rango, aunque por el momento no me detuve a imaginar cuál sería, no me interesaba. Me planté de un salto en el centro de la habitación y agarré firmemente al guerrero por el hombro, tirando de él tan brutalmente que se dio un espaldarazo contra el suelo. Escuché las exclamaciones de asombro, tanto de Phao como de Tavia, quien pronunció mi nombre con dulce acento.

Al tirar de la espada, un guerrero se puso de pie, pero no sacó su arma.

—¡Estúpido! ¡idiota! —aulló— ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿No sabes quién soy?

—Dentro de un momento serás *quién eras* —respondí en voz baja—. ¡En guardia!

—¡No! —gritó, retrocediendo— Llevas el correa y la insignia de un guerrero de la guardia. No puedes tener la osadía de sacar la espada frente al hijo de Haj Osis. Atrás, joven, soy el príncipe Haj Alt.

—Rogaría a Issus que fueras el propio Haj Osis —contesté—, pero, cuanto menos, habrá alguna recompensa en saber que he destruido a su vástago. En guardia, estúpido, a menos que quieras morir como un sorak.

Seguía retrocediendo y me miraba con el terror retratado en sus débiles facciones. Espiaba el panel que yo había dejado abierto inadvertidamente y antes de que pudiera impedirlo se lanzó como una flecha, cerrado a sus espaldas. Salí en su persecución, pero había corrido el pestillo y yo desconocía dónde estaba el mecanismo que lo abría.

—¡Rápido, Phao! —grité—. Tú conoces el secreto del panel. Ábrelo. No debemos permitir que ese tipo se escape o hará sonar la alarma y estaremos perdidos.

Phao corrió a mi lado y pulsó con el pulgar un botón inteligentemente oculto entre la elegante talla del panel de madera que cubría la pared. Esperé conteniendo el aliento, pero el panel no se abrió. Phao pulsó el botón frenética, una y otra vez, y luego se volvió a mí con gesto resignado, vencido.

—Ha manipulado el cerrojo al otro lado —dijo—. Es un bribón listo y habría pensado en ello.

—Debemos seguirle —exclamé alzando la espada larga. Golpeé el panel con una fuerza que hubiera roto en pedazos una plancha mucho más gruesa, pero sólo conseguí hacer un arañazo escasamente más ancho que una uña, pero que me reveló la terrible verdad: el panel estaba hecho de forandus, el metal más duro y ligero conocido por los barsoomianos. Me di la vuelta—. Es inútil —dije— tratar de romper el forandus con una espada de acero.

Tavia se había situado junto a mí, mirándome a la cara sin decir palabra. Sus ojos estaban llenos de lágrimas que no pretendía ocultar y le temblaban los labios.

—¡Hadron! —musitó al fin— ¡has vuelto de la muerte! ¿Por qué has venido? Esta vez no cometerán ningún error.

—Tú sabes por qué he venido, Tavia —respondí.

—¡Dímelo! —dijo en tono suave, bajísimo.

—Por amistad, Tavia —contesté—, porque eres la mejor amiga que ningún hombre haya tenido.

Pareció un tanto sorprendida en principio, pero luego una suave sonrisa se dibujó en sus labios.

—Prefiero la amistad de Hadron de Hastor —dijo— antes que cualquier otro regalo que el mundo me pudiera hacer.

Fue muy agradable oírsele decir y, ciertamente, aprecié sus palabras, aunque no entendí su ligera sonrisa. Pero entonces no tenía tiempo para resolver adivinanzas; el problema más importante era el de nuestra seguridad. Fue entonces cuando me acordé del vial que llevaba en el bolsillo. Busqué rápidamente con la vista por toda la habitación:

en un rincón había sedas y pieles para dormir, algo que podría responder a mis fines; el contenido del vial podía darnos la libertad si tuviéramos tiempo suficiente. Atravesé corriendo la habitación y busqué rápidamente hasta que encontré tres trozos de tela que servían mejor a mis propósitos que los restantes. Abrí el bolsillo para sacar el vial en el momento en que llegaron a mis oídos unos pasos apresurados y el entorchocar de armas.

¡Demasiado tarde! Ya estaban en la puerta. Abotoné el bolsillo y aguardé. Mi primera idea fue entablar combate con ellos a medida que entraran, pero la deseché por más que inútil, ya que de ello no se deduciría otra cosa que mi propia muerte, mientras que el tiempo podría darme una oportunidad para utilizar el contenido del vial.

La puerta se abrió de golpe y vi en el pasillo no menos de cincuenta guerreros. Un padwar de la guardia entró, seguido por sus hombres.

—¡Ríndete! —me ordenó.

—No he sacado mi arma —contesté—. Ven a cogerla.

—¿Admites que eres el guerrero que atacó al príncipe Haj Alt? —preguntó.

—Lo soy —respondí.

Me eché a reír, porque sabía que no era tan tonto como para hacer a un asesino profesional de Barsoom una pregunta como aquella. Los miembros de esta antigua hermandad se guían por un código ético que respetan escrupulosamente y rara vez, casi ninguna, se consigue convencer o forzar a uno de sus miembros a que dé a conocer el nombre de quien le manda.

Vi que Tavia tenía los ojos fijos en mí y me pareció que había un ligero interrogante en su mirada, pero yo sabía que no se le escapaba que yo estaba mintiendo para protegerlas a ambas, ella y Phao.

Me arrastraron al exterior de la cámara y mientras me llevaban por los corredores, rampas abajo del palacio, el padwar me hizo preguntas tratando de averiguar mi verdadera identidad. Me alivió mucho comprobar que no me había reconocido y confié en que nadie lo haría, no porque ello supusiera diferencia alguna en la suerte que me esperaba, ya que comprendía que a quien había tratado de asesinar al príncipe de la casa de Haj Osis sólo podía esperarle lo peor, sino porque tenía miedo de que al reconocerme acusaran a Tavia de complicidad en el ataque a Haj Alt y la hicieran sufrir por ello.

Ya estaba de nuevo en las mazmorras y, causalmente, en la misma celda que ocupamos Nur An y yo. Experimenté una sensación como de vuelta a casa, aunque con variaciones y, una vez más, me encontré solo, aherrojado a una pared. Mi única esperanza era el vial que reposaba en el fondo de mi bolsillo. Pero no era aquél el lugar, ni el momento, para usar su contenido, ni, aunque no tuviera puesto los grilletes, tenía a mano los materiales que precisaba.

No estuve mucho tiempo en la mazmorra: los guerreros regresaron pronto y soltándome las manos me condujeron hasta el gran salón del trono de palacio, donde Haj Osis estaba sentado en su dais rodeado por los altos oficiales de su ejército y cortesanos.

También estaba allí Haj Alt, el príncipe, y cuando vio que me empujaban hacia el trono tembló de ira. Me situaron delante del jed, quien se volvió a su hijo.

—¿Es este el guerrero que te atacó, Haj Alt? —preguntó.

—Este es el granuja que me cogió por sorpresa —respondió el joven— y me hubiera apuñalado por la espalda si no hubiera sido más listo que él.

—¿Sacó su espada contra ti? ¿Contra la persona de un príncipe? —preguntó Haj Osis.

—Lo hizo, y me hubiera matado, como mató a Yo Seno cuyo cadáver encontré en el corredor que va de su oficina a la torre.

Así, pues, habían encontrado el cadáver de Yo Seno. Bueno, no me matarían más por aquel crimen que por haber amenazado de muerte al príncipe.

En este momento, un oficial entró en el salón del trono casi a la carrera. Respiraba agitado y se detuvo al pie del trono. Estaba de pie, a mi lado, y vi que se volvía y me

miraba rápidamente, con sus ojos recorriendo mi cuerpo de los pies a la cabeza. Luego se dirigió al hombre que ocupaba el asiento regio.

—Haj Osis, jed de Tjanath —dijo—. He venido a todo correr para decirte que hemos encontrado en el hangar del jed el cadáver del guardia. Le han arrancado el correaje y las armas y han dejado junto a su cuerpo otros extraños. Al acercarme a tu trono, Haj Osis, he reconocido el correaje de mi guerrero muerto en el cuerpo de ese hombre —me señaló con un dedo acusador.

Haj Osis me estaba mirando ahora con sumo cuidado. Sus ojos mostraban una expresión extrañada que no me gustaba nada. Delataba que estaba empezando a reconocermme y luego, de repente, vi que ya sabía quién era yo. El jed de Tjanath dejó escapar un rotundo juramento que resonó por el gran salón del trono.

—¡Por el aliento de Issus! —tronó— ¡Miradle! ¿No le reconocéis? Es el espía de Jahar que dijo llamarse Hadron de Hastor. Fue condenado a La Muerte. Lo vi con mis propios ojos y, sin embargo, ahora está en mi palacio, asesinando a mi gente y amenazando a mi hijo. ¡Pero esta vez morirá!

Haj Osis se había levantado del trono y con los brazos en alto parecía clavar los dedos en el aire, algo así como un horroroso corphal lanzando una maldición sobre su víctima.

—Primero, sin embargo, averiguaremos quién le envió. No vino por su propia voluntad a matarme y matar a mi hijo: detrás de él hay alguna mente maligna que busca destrozar al jed de Tjanath y a su familia. Quemadle lentamente, pero no dejadle morir hasta que declare el nombre. ¡Lléváoslo! Dejad que el fuego quemee, pero lentamente.

## CAPÍTULO XII - El manto de la invisibilidad

Mientras Haj Osis, jed de Tjanath, pronunciaba su sentencia de muerte sobre mí supe que lo que quiera que pudiera hacer para salvarme debía hacerlo de inmediato, porque en el momento en que los guardias me sujetaran de nuevo, mis esperanzas se habrían desvanecido ya que era evidente que la tortura y la muerte tendrían lugar de inmediato.

Los guerreros que formaban la guardia que me había escoltado desde las mazmorras estaban formados a unos pasos detrás de mí. El dais en el que se sentaba Haj Osis estaba elevado poco más de sesenta centímetros sobre el piso del salón del trono. No había persona alguna entre el jed de Tjanath y yo, porque al sentenciarme a muerte había avanzado desde el trono hasta el borde mismo de la plataforma.

La acción que emprendí no se demoró lo que cuesta contarla. De haberlo hecho, los guardias me hubieran agarrado. Concebí mi plan tan pronto como la última palabra salió de su boca y salté como un tigre hacia el dais, cayendo de lleno sobre Haj Osis, jed de Tjanath. Tan súbito e inesperado fue mi ataque que no pudo defenderse. Le así por la garganta con una mano y con la otra saqué su daga de la funda, la levanté por encima de su cabeza y grité con voz que todos oyeron:

—¡Atrás, o Haj Osis muere!

Habían empezado a correr hacia mí, pero cuando la importancia de mi amenaza entró en sus cerebros se detuvieron.

—Es mi vida o la tuya, Haj Osis —le dije—, a menos que hagas lo que te diga.

—¿Qué? —preguntó con la cara negra de terror.

—¿Hay una antesala detrás del trono? —pregunté.

—Sí —contestó—. ¿Qué quieres?

—Llévame allí. Solo —dije—. Ordena a tus hombres que se queden donde están.

—¿Y dejarte que me mates cuando estemos allí? —inquirió temblando.

—Te mataré ahora, si no lo haces —contesté—. Escucha, Haj Osis, no he venido a matarte, ni a matar a tu hijo. Lo que dije al padwar de tu guardia era mentira. He venido con otro fin, de muchísima más importancia para mí que la vida de Haj Osis o de su hijo.

Te digo y te prometo que no te mataré. Di a tu gente que vamos a la antesala y que he prometido no hacerte daño si me dejan allí solo unos cinco xats.

Vaciló.

—¡Date prisa! —le previne— No tengo tiempo que perder —añadí apretando la punta de su daga contra su garganta.

—¡No! —gritó encogiéndose— ¡Haré lo que me digas! ¡Que nadie se mueva! —gritó a su gente—. Voy a la antesala con este guerrero y os ordeno, so pena de muerte, que no entréis allí durante cinco xats<sup>8</sup>. Podéis ir después de que pase ese tiempo, pero no antes.

Sujeté firmemente a Haj Osis por el correaje, entre los hombros y mantuve la punta de la daga apretada por debajo de la clavícula izquierda mientras le seguía a la antesala, mientras quienes se habían reunido detrás del trono se apartaban para abrirnos camino. En la puerta me detuve y me volví a ellos.

—¡Recordad! —dije— Cinco xats exactos, ni un tal antes.

Entré en la antesala, cerré la puerta y corrí el pestillo y entonces, todavía obligando a Haj Osis a andar delante de mí, crucé la habitación y aseguré la única puerta que había al otro lado de la cámara. Luego llevé al jed a un lado.

—¡Al suelo, tumbate boca abajo! —dije.

—Has prometido no matarme —suplicó.

—No te mataré, a menos que vengan antes de que hayan pasado los cinco xats y tú hagas algo contrario a mis órdenes que pretenda retrasarme. Voy a atarte, pero no te haré daño.

Con gesto desmañado se tendió sobre el estómago y le ató las manos a la espalda con su propio correaje. Luego le puse una venda en los ojos y le dejé tumbado.

Al entrar en la habitación me había hecho cargo de un vistazo de su contenido y había visto, precisamente, las cosas que más necesitaba. Ahora, una vez que había terminado con Haj Osis, crucé rápidamente a una de las ventanas y arranqué parte de las cortinas de seda que la cubrían. Era una seda fina, ligera y muy ancha sin empalmes, destinada a colgar graciosamente plegada por debajo de unos cortinones más gruesos. Puse manos a la obra en el elegante escritorio donde el jed de Tjanath firmaba sus decretos. Saqué el vial del bolsillo y le quité el tapón: luego hice una bola con la seda; dada su extremada finura la pude comprimir entre las manos. Atando con tiras de otra cortina la bola de seda formando una masa ligeramente comprimida, vertí lentamente sobre ella el contenido del vial, dando vueltas a la bola con la punta de la daga de Haj Osis. Recordando el consejo de Phor Tak puse cuidado pala que nada del contenido del vial entrara en contacto con mi carne y pude ver rápidamente el porqué de su prevención al ver cómo la bola de seda desaparecía ante mis ojos.

Sabiendo que el compuesto de la invisibilidad se secaría casi a la misma velocidad que impregnaba la seda, esperé un breve instante después de vaciar casi la mitad del contenido del vial sobre la bola. Luego, palpando con los dedos, encontré las cintas que la mantenían en forma casi esférica y las corté, agitando luego la seda lo mejor que pude. Era invisible en su mayor parte, aunque había un par de puntos a los que no había llegado el compuesto. Los mojé con un poco de líquido que quedaba en el bolsillo.

Dependía tanto del éxito de mi experimento que casi temí hacer la prueba, pero era preciso hacerla y sólo quedaban unos xats antes de que los guerreros de Haj Osis irrumpieran en la antecámara.

Guiándome por el tacto me cubrí la cabeza con la seda de manera que me tapara por completo. Podía ver los objetos cercanos bastante bien, a través del fino y delicado tejido, como para abrirme camino. Crucé hasta Haj Osis y le quité la venda de los ojos, retrocediendo luego con rapidez. Miró apresurado y asustado en torno.

—¿Quién ha hecho eso? —preguntó, para añadir, como para sí mismo— Se ha ido.

---

<sup>8</sup> Alrededor de quince minutos

Estuvo silencioso unos momentos, volviendo los *ojos* en todas direcciones, examinando cada rincón de la habitación. Luego apareció en sus *ojos* una expresión mezcla de esperanza y alivio.

—¡Rápidos! —gritó— ¡La guardia! ¡Se ha escapado!

Dejé escapar un suspiro de alivio: si Haj Osis no podía verme, nadie podría. Mi plan había tenido éxito.

No me atreví a regresar al salón del trono y huir por los corredores con los que estaba familiarizado porque oí los ruidos de carreras hacia la antesala y estaba seguro de que, aunque no pudieran verme, me podían palpar y con la carrera mi manto de invisibilidad, o al menos parte de él, podía dejarme al descubierto, lo que indudablemente supondría mi muerte.

Corrí rápidamente hacia la otra salida, corrí el pestillo, abrí la puerta y me volví a mirar a Haj Osis. Tenía los ojos fijos en la salida y estaban desencajados de incredulidad y horror. Por un momento no me di cuenta de la causa del terror de Haj Osis, pero entonces caí en ello y sonreí: había visto y oído que el pestillo se corría y la puerta se abría empujada por manos fantasmales.

Tuvo que haber sentido una vaga sospecha de la verdad porque se volvió rápidamente a la otra puerta y gritó una advertencia con voz de falsete.

—¡No entrar hasta que hayan pasado cinco xats! ¡Os lo mando yo, Haj Osis, el jed!

Cerrando la puerta a mis espaldas y sin dejar de sonreír, me apresuré por el corredor buscando una rampa que me condujera a los niveles superiores del palacio, desde el que podría localizar con facilidad la sala de guardia y el hangar donde había dejado mi aeronave.

El pasillo por el que entré conducía directamente a las habitaciones reales.

Al principio me resultó difícil acostumbrarme a mi invisibilidad y cuando, sin darme cuenta, entré en una habitación en la que había varias personas, mi primer impulso fue darme la vuelta y echar a correr, pero aunque avancé directamente hasta el campo de visión de uno de los ocupantes de la habitación y estaba a una distancia de un par de metros sin atraer su atención, aunque sus ojos estaban aparentemente directamente encima de mí, recuperé rápidamente la confianza. Seguí cruzando la habitación tan despreocupado como si estuviera en la mía propia, en Helium.

Las habitaciones reales parecían interminables y aunque buscaba constantemente la salida hacia uno de los principales corredores del palacio, constantemente daba con lugares donde no quería estar y donde nada tenía que hacer, en ocasiones con bastante embarazo, como cuando entré en una acogedora habitación privada del gineceo en el momento en que estaban convencidas de que no esperaban a ningún hombre extraño.

No podía volverme, sin embargo, pues no tenía tiempo que perder, así es que, cruzando la habitación seguí por otro pasillo breve, sólo para saltar de la sartén al fuego: había entrado en las habitaciones privadas de la propia jeddara. Buena cosa fue para la dama real que fuera yo, y no Haj Osis, el que entró inesperadamente, porque su postura era de lo más comprometida y por el correaje de su guapo acompañante comprendí que era un esclavo. Me retiré disgustado, porque la habitación no tenía otra salida y fui a dar, de forma totalmente accidental, con uno de los principales corredores del palacio, un pasillo lleno de ajeteo con esclavos, guerreros y cortesanos, con hombres, mujeres y niños que deambulaban de un lado a otro a donde les llevaran sus quehaceres, o sentados en los bancos tallados que se alineaban ante las paredes.

Todavía no estaba acostumbrado a mi nuevo y sorprendente estado de invisibilidad. Podía ver a la gente que me rodeaba y parecía inevitable que me vieran. Vacilé un instante en la entrada que me había conducido al pasillo. Una esclava que llegaba por él se volvió repentinamente hacia la puerta donde estaba yo. Me miraba directamente, pero su mirada parecía atravesarme. Durante un instante me sentí consternado y entonces, dándome cuenta de que estaba a punto de chocar conmigo me aparté rápidamente. La

muchacha pasó a mi lado, pero era evidente que detectó mi presencia, porque se detuvo y miró rápidamente en torno, con una expresión de sorpresa en sus ojos. Luego, ante mi mayúscula sorpresa, salió por la puerta: no me había visto, aunque sin duda me oyó al apartarme. Con una renovada sensación de confianza me uní al gentío del pasillo, abriéndome camino entre la gente evitando entrar en contacto con alguna persona buscando en todo momento la entrada a una rampa ascendente. La encontré y poco después llegué al piso superior del palacio, donde una breve búsqueda me llevó a la sala de guardia al pie de la rampa que conducía a los hangares reales.

Los guerreros francos de servicio que había en la sala de guardia entretenían su ocio de distintas maneras. Había quien estaba limpiando su correa y pulimentando su insignia; dos jugaban al jetan, mientras otros hacían correr unas diminutas esferas numeradas hacia una serie de orificios igualmente numerados, un juego de suerte verdaderamente fascinante que denominaban yano y que es, supongo, casi tan antiguo como la civilización barsoomiana. Se oían risas y juramentos de los luchadores. ¡Cómo se asemejan los guerreros de todo el mundo! De no ser por sus correajes e insignias, aquellos hubieran pasado por un destacamento de la guardia de palacio de Helium.

Pasando entre ellos ascendí la rampa hacia la azotea donde estaban los hangares. Dos guerreros de guardia bloqueaban mi avance casi en lo más alto de la rampa. El espacio que quedaba entre ellos era muy estrecho y temí ser detectado. Al detenerme no pude por menos que oír su conversación.

—Te digo que le atacaron por la espalda —dijo uno—. Nunca supo quién le había matado.

Deduje que estaban hablando del guardia cuya vida había segado yo.

—¿Pero de dónde vino el asesino? —preguntó el otro.

—El padwar cree que tiene que haber sido un compañero de la guardia. Va a haber una investigación y nos van a preguntar a todos.

—¡Yo no fui! ¡Era mi mejor amigo!

—¡Tampoco fui yo!

—Le gustaban mucho las mujeres y quizá...

Los pasos de un guerrero que corría por la rampa distrajeron mi atención y dieron término a su charla. Ahora me encontraba en una posición muy precaria. La rampa era estrecha y el hombre que venía podría chocar fácilmente conmigo. Tenía, por tanto, que pasar por entre los centinelas inmediatamente y abrirme camino hacia la azotea. Ahora había espacio apenas suficiente para pasar entre el guerrero de mi izquierda y la pared de la rampa, si no daba un paso atrás, por lo que acopiando todo el valor que pude me deslicé lentamente por detrás y puedo asegurarles que lancé un suspiro de alivio cuando estuve al otro lado.

El guerrero que subía la rampa había llegado ya a donde estaban los dos hombres.

—Han descubierto al asesino del hangar —les dijo—. No es otro que el espía de Jahar que dijo llamarse Hadron de Hastor quien, junto con otro espía, Nur An, fue sentenciado a La Muerte. Escapó de forma milagrosa y volvió al palacio de Haj Osis. Además del centinela del hangar mató a Yo Seno, pero fue capturado después de atacar al príncipe Haj Alt.

Se escapó otra vez y ahora está en algún lugar del palacio. El padwar de la guardia me ha enviado para decirnos que redobléis la vigilancia. Será grande la recompensa para el que capture a Hadron de Hastor, vivo o muerto.

—Por mi insignia que me gustaría que tratara de escapar por aquí —exclamó uno de los centinelas.

—Nunca lo hará a la luz del día.

Sonreí mientras avanzaba rápidamente hacia el hangar. Llegar al tejado sin quitarme el manto que me cubría era difícil, pero me las arreglé. Tenía el tejado vacío ante mí, no había nave alguna a la vista, pero sonreí de nuevo para mis adentros, sabedor de lo que

había allí. Busqué el ojo del periscopio que me revelaría la presencia de la nave, pero no era visible. No me preocupé mucho por ello, ya que comprendí que estaría vuelto hacia otra dirección. Bastaba con que anduviera hasta donde había dejado la aeronave, lo que hice con los brazos extendidos.

Crucé el tejado de un lado a otro, ¡pero no encontré la nave! Ni que decir tiene que estaba perplejo. Sabía con certeza que la había dejado allí. Quizá el viento la había desplazado ligeramente, por lo que empecé a buscar por otra parte del tejado, pero con un resultado igualmente decepcionante. Ya empezaba a sentir aprensión por lo que decidí hacer una búsqueda sistemática por todo el tejado hasta que cubrí cada centímetro cuadrado del mismo y me convencí que el peor de los desastres había caído sobre mi cabeza: mi nave había desaparecido. ¿Dónde estaría? Ni que decir tiene que el compuesto de invisibilidad tiene sus pegas. Mi nave estaría probablemente, casi con toda seguridad, a escasos metros de mí, pero no podía verla. Un viento suave soplaba del sudeste. Si la nave se había elevado, tenía que haber avanzado en dirección noreste, pero, aunque forcé mi vista para escrutar aquel punto de la rosa de los vientos, no pude encontrar el diminuto ojo del periscopio.

Debo admitir que me sentí momentáneamente desalentado. Daba la impresión de que cada vez que tenía el éxito al alcance de mi mano, alguna suerte maligna me impedía alcanzarlo, pero agité la cabeza para alejar aquel pensamiento de debilidad, erguí la cabeza y me dispuse a afrontar el futuro y lo que pudiera traer.

Estudí unos instantes mi posición en todos sus aspectos y traté de encontrar la mejor solución al problema. Debía rescatar a Tavia, pero pensé que sería inútil no disponiendo de la aeronave. Tenía que hacerme con una y sabía que estaban justo debajo de mí, en los hangares reales.

Por la noche, los hangares estarían cerrados con llave y vigilados por centinelas. Si quería un aparato, tenía que cogerlo ahora y el éxito de mi acción dependería de la rapidez y la audacia.

Los aviones reales suelen ser rápidos y si los de Haj Osis no constituían una excepción a esta norma barsoomiana general, podía confiar en distanciarme de mis perseguidores... si era capaz de pasar ante los centinelas del hangar.

De una cosa estaba seguro: no podría llevar a cabo mi plan si permanecía en el tejado del hangar, por lo que descendí con cautela, eligiendo el momento en que la atención de los centinelas estaba centrada en otro lugar ya que siempre cabía el riesgo de que el viento me despojara en parte del manto, dejando mis extremidades al descubierto.

Me deslicé con rapidez al interior del hangar y después de inspeccionar las aeronaves elegí una que estaba seguro de que podría transportar fácilmente a cuatro personas y que, a juzgar por su aerodinamismo, tendría una velocidad considerable.

Trepé a la carlinga y me situé ante los mandos; con sumo cuidado elevé la nave unos centímetros y entonces abrí el regulador en todo lo que daba.

Pude ver, directamente delante, por la puerta abierta del hangar, a los centinelas de pie en lados opuestos de la habitación. Cuando la nave salió a pleno sol lanzaron simultáneamente un grito de sorpresa y alarma. Siendo, como eran, bravos guerreros, se lanzaron a la carga sacando sus espadas largas y vi que pretendían abor dame antes de que alcanzara altura, pero uno de ellos se paró repentinamente, con los ojos desencajados y se hizo a un lado.

—¡Sangre de mis primeros antepasados! —gritó— ¡no hay nadie en la cabina!

Su compañero había descubierto lo mismo, indudablemente, porque saltó a un lado mientras yo, con la hélice rugiendo, salí como una centella del hangar real del jed de Tjanath.

Pero el asombro de los centinelas sólo duró un instante. Inmediatamente oí el ulular de las sirenas y el sonido de los grandes gongs y, al mirar hacia atrás, vi que ya habían lanzado un avión en mi persecución. Era un biplano y, casi al instante, comprendí que era

mucho más rápido que el avión elegido por mí y, entonces, para empeorar las cosas, vi las naves patrulla que se elevaban de los hangares situados en diversos lugares de la azotea del palacio. Era evidente que todos habían visto mi nave y se dirigían hacia ella; parecía imposible que pudiera escapar; un patrullero se acercaba cualquiera que fuera la dirección que tomara yo; volaba ya ascendiendo en espiral buscando con la mirada cualquier vía de escape que se abriera ante mí.

¡Parecía perdido! Mi nave era demasiado lenta; mis perseguidores, numerosos.

No podría aguantar mucho, pensé, y, en aquel preciso instante vi algo por mi portilla de babor a un poco más de altura que me produjo la sorpresa más grande de mi vida. No era más que un pequeño ojo redondo de cristal, pero que significaba la vida, y más que la vida: la vida y felicidad de Tavia... y, naturalmente, de Sanoma Tora.

Un patrullero se aproximaba diagonalmente desde abajo y se situó casi encima de mí cuando dirigí mi avión hasta situarlo debajo del ojo flotante, juzgando la distancia con tal precisión que sólo había distancia para mi cabeza con la quilla de la nave invisible. Localizando una de las escotillas, que estaban construidas de manera que se abrieran tanto desde el interior como desde fuera, me introduje rápidamente en el *Jhama*, nombre que le había dado Phor Tak.

Cerré la escotilla y salté a los mandos, elevándome inmediatamente por encima de cualquier peligro inmediato. Luego, haciéndome a un lado, observe a mis perseguidores.

Pude leer la consternación en sus rostros a medida que se situaban al costado del aparato real robado por mí y se daban cuenta de que no había nadie a bordo. Como no nos habían visto, ni a mí ni a mi nave, lo tuvieron difícil para encontrar cualquier explicación al fenómeno.

Mientras les vigilaba se hizo necesario cambiar de posición constantemente a causa del elevado número de patrulleros y otras naves que se reunían. No deseaba abandonar las inmediaciones del palacio por completo porque mi intención era permanecer allí hasta después de que anocheciera, momento en que haría otra intentona por llevar a Tavia y Phao a bordo del *Jhama*. También tenía pensado hacer un reconocimiento de la torre este durante el día y tratar de ponerme en comunicación con Tavia, si ello era posible. Ya estábamos en el quinto zode. El sol se pondría dentro de unos cincuenta xats<sup>9</sup>.

Deseaba iniciar mi plan de rescate a la brevedad posible, en cuanto oscureciera, ya que la experiencia me había enseñado que los planes no siempre se desarrollan con la suavidad que lo hacen en el proyecto.

Un guerrero de uno de los patrulleros había abordado la nave real que yo había robado y la dirigía hacia el hangar. La seguían algunas aeronaves, mientras otras volvían a sus estacionamientos. Por encima de mí sólo se mantenía vigilante un patrullero y, al observarle, caí en la cuenta de que un joven oficial que estaba de pie en el puente había visto el ojo de mi periscopio. Vi que señalaba hacia él e inmediatamente después el avión cambió su curso y se dirigió recto hacia mí. No dudé en apartarme instantáneamente girando el periscopio de manera que no pudiera verlo y seguirme.

Me desplacé a corta distancia fuera de su curso y cuando volví el periscopio hacia ellos me quedé asombrado al ver que también ellos habían cambiado de dirección y me seguían.

Me elevé rápidamente y tomé otro curso, pero al mirar de nuevo observé que se lanzaban sobre mí y, no sólo eso, sino que me apuntaban con el cañón.

¿A qué se debía? Era evidente que algo había salido mal y que ya no era invisible por completo; fuera lo que fuera, ya no disponía de tiempo para rectificar, aunque hubiera podido. Sólo me quedaba un recurso y rogué a mi primer antepasado que no fuera demasiado tarde para ponerlo en práctica. Si me disparaban, estaba perdido.

---

<sup>9</sup> Tres horas.

Frené el *Jhama* en seco y salté rápidamente hacia atrás, a donde tenía el fusil montado en la plataforma, justo dentro de la torreta de popa.

En ese instante tuve ocasión de refocilarme ante el pensamiento de que tuve la idea de disponer los proyectiles debidamente previendo la necesidad de tener que usarlos en un caso de urgencia como éste. Eligiendo uno, lo introduje en la recámara y la cerré. La torreta, pese a haber sido construida de mala manera y a toda prisa, respondió al toque y un instante después la mira de mi arma cubría el patrullero que se acercaba. Entonces pude comprobar, por la estrecha abertura de la mira, el efecto del primer disparo con el fusil de rayos desintegradores de Phor Tak.

El proyectil que había utilizado era desintegrador de metales y el resultado fue asombroso.

Amaba las aeronaves y me destrozaba el corazón ver que un aparato tan hermoso se deshacía en pleno aire al desaparecer sus piezas ante el rayo desintegrador.

Pero no fue eso todo: la madera, el cuero y los tejidos se precipitaban a tierra a una velocidad creciente, arrastrando a los bravos guerreros a su muerte. ¡Era horrible!

Soy un auténtico hijo de Barsoom; alegre en la batalla porque el conflicto armado es mi derecho de nacimiento y la guerra es la meta de mi ambición; pero esto no había sido una guerra, sino un asesinato.

No me alegró mi victoria en la forma que lo hizo cuando acabé con Yo Seno en combate mortal y ahora, más que nunca, estaba dispuesto a hacer que este instrumento de destrucción fuera, de algún modo, prohibido para siempre en todo Barsoom. La guerra con un arma semejante, totalmente oculta por un compuesto de invisibilidad, era demasiado horrible para pensar en ella. Armadas, ciudades, naciones completas podrían ser borradas en una sola batalla con equipos semejantes. El sueño loco de Phor Tak podría hacerse verdad con facilidad y un maníaco ser quien mandara en Barsoom.

Pero no era el momento de meditar y filosofar. Tenía trabajo que hacer y, aunque fuera necesario barrer toda Tjanath, me propuse realizarlo.

Las sirenas y los gongs empezaron a sonar alarmados de nuevo; los patrulleros se reunieron otra vez. Pensé que debía irme de allí hasta la noche, porque no tenía corazón para verme obligado a volver de nuevo el mortal fusil hacia personas como yo, mientras hubiera otras alternativas.

Empezaba a dirigirme a los mandos de nuevo cuando vi, por casualidad y con sorpresa, que el cierre de una de las portillas estaba levantado. No sé cómo sucedió y siempre ha sido un misterio para mí, pero, cuando menos, explicó lo que había hecho posible que el patrullero me siguiera.. El agujero redondo de la portilla desplazándose en el aire tenía que haberles sorprendido, pero, al mismo tiempo, fue la pista para que me siguieran y, aunque no entendieran de qué iba la cosa, siendo bravos guerreros como eran cumplieron con su deber haciendo el seguimiento.

Me apresuré a cerrar la portilla y, después de examinar las otras y comprobar que estaban cerradas recuperé la confianza: con excepción del *ojo* del periscopio estaba rodeado por la más absoluta invisibilidad y, por tanto, sin la inmediata necesidad de abandonar los alrededores del palacio, ya que podría maniobrar la nave para mantenerla fuera del rumbo de los patrulleros que se congregaban ahora cerca del hangar real.

Creo que estaban más que alterados con lo que había sucedido y, evidentemente, no había unanimidad de opiniones sobre lo que deberían hacer.

Los patrulleros iban de un lado para otro, evidentemente a la espera de órdenes, pero no empezaron a hacer una búsqueda sistemática por encima de la ciudad hasta cerca del crepúsculo. No llevaban mucho tiempo con esta maniobra cuando comprendí las órdenes que habían recibido, como si las hubiera leído personalmente. Las naves situadas a menor altura se desplazaban a no más de quince metros por encima de los edificios más altos; a unos sesenta metros por encima de este grupo se desplazaba el siguiente. Las naves de cada nivel volaban formando círculos concéntricos en direcciones opuestas, con

lo que peinaban el espacio por encima de la ciudad tan de cerca que ninguna nave enemiga podría acercarse. Por debajo, miles de ojos escrutaban el cielo; en cada punto destacado había centinelas de guardia y en los tejados de todos los edificios públicos aparecieron cañones como por arte de magia.

Empecé a sentirme bastante aprensivo: tal y como se estaban desarrollando las cosas ni siquiera el diminuto *ojo* de mi periscopio pasaría desapercibido, por lo que hice descender mi aeronave a un pequeño claro entre algunos árboles de gran altura que había dentro del jardín del palacio, donde aguardé a unos seis metros del suelo, con el periscopio totalmente oculto a la vista, sin ser visto, pero, a mi vez, sin poder ver hasta que la noche barsoomiana cayó rápidamente sobre Tjanath; entonces me elevé lentamente de la fronda que me protegía.

Hice una pausa por encima de los árboles para echar un vistazo por el periscopio. Muy por encima de mí vi las luces parpadeantes de los patrulleros que volaban en círculos y, por debajo, las luces de los miles de ventanas del palacio. Delante de mí se alzaba la silueta oscura de la torre este contra el cielo estrellado.

Elevándome lentamente di la vuelta a la torre hasta que situé el *Jhama* frente a la ventana de Tavia.

Mi nave no tenía luces, naturalmente, y yo no había encendido las de la cabina, por lo que pensé que podría levantar impunemente una de las escotillas superiores. Así lo hice. El *Jhama* estaba con el puente superior a unos cuarenta centímetros por debajo del alféizar de la ventana de Tavia. Antes de aventurarme desde abajo me puse el manto de invisibilidad.

La habitación de Tavia estaba a oscuras. Acerqué la oreja a la reja y escuché: no percibí el menor sonido. El corazón me dio un salto. ¿La habrían trasladado a algún otro lugar del palacio? Podría ser que Haj Alt había venido y se la había llevado? Este simple pensamiento me hizo estremecer y maldije la suerte que le había permitido escapar de mi espada. Temí que, con tantos ojos y oídos alerta en la oscuridad, el menor sonido me delatara, aunque pensé que había pocas probabilidades de que vieran en la oscuridad reinante la escotilla abierta; sin embargo, tenía que asegurarme de que Tavia estaba en la habitación o no. Me incliné hacia la reja y musité su nombre. No hubo respuesta.

—¡Tavia! —repetí, ahora mucho más alto, tanto que me pareció que mi voz se alzó hasta los altos cielos en un tono que incluso los muertos hubieran podido oír.

Esta vez llegó una respuesta del interior de la habitación. Sonó como un grito sofocado y oí moverse a alguien que se acercaba a la ventana. El interior estaba tan oscuro que no podía ver cosa alguna, pero entonces escuché una voz que sonó a mi lado.

—¡Hadron! ¿Dónde estás?

Había reconocido mi voz. Por alguna razón me sentí emocionado al pensar en ello.

—Estoy aquí, en la ventana, Tavia —respondí.

Se acercó mucho.

—¿Dónde? —preguntó— ¡No te veo!

Se me había olvidado el manto de invisibilidad.

—No importa —dije—. No me puedes ver, pero ya te lo explicaré más adelante. ¿Está Phao contigo?

—Sí.

—¿Nadie más?

—Nadie.

—Os voy a llevar conmigo, Tavia, a Phao y a ti. Ponte a un lado, fuera de la línea de la ventana, para no causarte daño cuando quite los barrotes. Luego, subid a mi nave inmediatamente.

—¿Tu nave? —inquirió— ¿Dónde está?

—Eso no importa ahora. Hay una nave aquí. Haz exactamente lo que te diga. ¿Confías en mí?

—Con mi propia vida, Hadron, siempre —musitó.

Algo dentro de mí entonó un himno de alegría. Era más que una simple emoción. No puedo explicarla, no podía entenderlo, pero tenía otras cosas en las que pensar.

—Apártate rápidamente, Tavia y que Phao se mantenga lejos de la ventana hasta que os llame de nuevo.

Pude ver su figura borrosa un instante y luego se retiró de la ventana. Volviendo a los mandos situé la torreta de proa de la nave enfrente de la ventana, sobre las barras, a las que apunté con el fusil. Cargué el arma y pulsé el disparador. A través de la diminuta abertura de la mira y a causa de la oscuridad no pude ver el resultado, pero sabía perfectamente bien lo que había sucedido y cuando descendí con la nave de nuevo y salí al puente vi que los barrotes se habían desvanecido en el aire.

—¡Rápido, Tavia, venid! —dije.

Con un pie en el puente de la aeronave y el otro en el alféizar de la ventana, mantuve la nave junto a la pared de la torre y de la mejor forma que pude sostuve el manto de invisibilidad como un toldo para ocultar a las muchachas mientras subían a bordo del *Jhama*.

Era una operación arriesgada y difícil. Deseaba tener unos ganchos de abordaje, pero no los tenía de manera que, como mejor pude, sostuve el manto con una mano y ayudé a Tavia a subir al alféizar con la otra.

—No hay ninguna nave —dijo ella ligeramente asustada.

—Está aquí, Tavia —respondí—. Piensa solo en tu confianza en mí y haz lo que te digo —La sujeté firmemente por el correa, en el punto donde se cruzaba en la espalda—. No tengas miedo —dije mientras la hacía pasar por la escotilla y la depositaba suavemente en el interior del *Jhama*.

Phao venía detrás de ella y debo reconocer que se portó tan valientemente como Tavia. Tiene que haber sido una experiencia aterradora sentir que las llevaban por el aire a treinta metros del suelo, ya que no podían ver la nave, que no era más que un agujero más negro que la negrura de la noche.

Tan pronto como estuvieron a bordo las seguí, cerrando la escotilla a mis espaldas.

Estaban acurrucadas en la oscuridad, en el suelo de la cabina, débiles y agotadas por la prueba por la que acababan de pasar, pero no disponía de tiempo para responder a las muchas preguntas que, lo sabía muy bien, se agolpaban en sus cabezas.

Si lográbamos pasar por entre los vigilantes de los tejados y los patrulleros que sobrevolaban tendríamos muchísimo tiempo para preguntas y respuestas. De no ser así, las primeras serían inútiles y no habría las segundas.

### CAPÍTULO XIII - Las mujeres de Tul Axtar

Con las hélices girando sólo lo necesario para avanzar un poco, nos deslizamos lenta y silenciosamente desde la torre. No me atreví a elevarme hasta la altitud de las naves que volaban en círculo por temor a una colisión inevitable a causa del limitado campo de visión del periscopio, por lo que me limité a un rumbo que sólo nos llevaría por encima del tejado de la parte más baja del palacio, hasta que llegáramos a la ancha avenida que llevaba en dirección este hasta los muros exteriores de la ciudad. Me mantuve muy por debajo de los tejados de los edificios, donde había menos probabilidades de encontrarme con otra nave. El único peligro de ser detectados ahora, y desde luego era muy ligero, era que los vigilantes de los tejados pudieran escuchar el zumbido de la hélice del avión, pero la algarabía que formaban los motores de las naves que sobrevolaban la ciudad ahogarían cualquier débil sonido que las aspas de la nuestra, que giraban lentamente, pudieran producir. Finalmente llegamos a la puerta del extremo de la avenida. Me elevé por encima de las murallas y salimos de Tjanath a la oscuridad de la noche más allá. Las luces de la

ciudad y las de posición de las naves patrullando en círculos se fueron haciendo mas débiles, hasta que se desvanecieron allá atrás.

Habíamos mantenido un silencio absoluto durante nuestra fuga de la ciudad, pero, tan pronto como pareció que estábamos seguros, Tavia abrió las compuertas de su curiosidad. Lo primero que hizo Phao fue preguntar por Nur An. Su suspiro de alivio fue una demostración de su amor por él, más que si lo hubiera dicho con palabras. La dos escucharon, pendientes de mis labios, la historia de nuestro milagroso escape de La Muerte. Luego quisieron saberlo todo sobre el *Jhama*, el compuesto de invisibilidad y el rayo desintegrador que había disuelto los barrotes de la ventana de su prisión. No pudimos discutir plan alguno sobre el futuro hasta que aplaqué plenamente su curiosidad.

—Pienso que debo ir inmediatamente a Jahar —dije.

—Sí —convino Tavia en voz baja—. Es tu deber. Tienes que ir allí, primero que nada, y rescatar a Sanoma Tora.

—Pienso que si hubiera algún lugar en el que pudiera dejaros, a ti y a Phao, en condiciones de seguridad, podría llevar a cabo esta misión con mucha más tranquilidad, pero no conozco ningún otro lugar que Jhama, y dudo sobre si volver allí y que Phor Tak se entere de que no fui inmediatamente a Jahar, como era mi intención. Ese hombre está loco y ni que decir tiene que podría hacer cualquier cosa si supiera la verdad; tampoco estoy seguro de que las dos podáis estar seguras en su poder. Sólo confía en sus esclavos y podría obsesionarle la alucinación de que sois espías.

—No tienes que pensar en mí, en absoluto —respondió Tavia—, porque no me quedaré donde quiera que nos dejes. El lugar de una esclava es al lado de su amo.

—No digas eso, Tavia. No eres mi esclava.

—Soy una esclava —replicó— y si debo ser la esclava de alguien, prefiero serlo tuya.

Su lealtad me conmovió, pero me disgustaba pensar en Tavia como una esclava. Sin embargo, por mucho que repudiara la idea, lo cierto es que lo era.

—Te concedo la libertad, Tavia —dije.

—No la quiero —dijo ella sonriente—. Y ahora que está decidido que me quedaré contigo (¡ella lo había decidido todo!), deseo aprender todo lo necesario para manejar este *Jhama*, porque puede ser la mejor forma de ayudarte.

Los conocimientos de Tavia sobre la navegación aérea simplificaron la tarea; en realidad no tuvo la menor dificultad para pilotar la nave.

También Phao manifestó su interés y no pasó mucho tiempo antes de que manejara los mandos, mientras Tavia insistía en que le enseñara todos los misterios del fusil de rayos desintegradores.

Mucho antes de avistar las torres de la capital de Tul Axtar vimos un avión monoplaza pintado con el horroroso color azul de Jahar y luego, allá a lo lejos, a derecha e izquierda, vimos otros. Volaban en círculos lentamente, a gran altura. Juzgué que eran patrulleros que vigilaban la llegada de alguna flota enemiga inesperada. Pasamos por debajo de ellos y poco más tarde encontramos otra línea de naves enemigas. Éstos eran cruceros patrullas que llevaban a bordo de diez a quince hombres. Acercándome a uno de ellos todo lo que pude ver que llevaban cuatro fusiles de rayos desintegradores, dos a proa y dos a popa. Hasta donde podía ver en cada dirección las naves eran visibles y si, como suponía, formaban un círculo completo sobre Jahar tenían que ser numerosas.

Pasando más allá de ellos nos encontramos con una tercera línea de naves jaharianas. Había estacionados enormes acorazados tripulados por miles de hombres y erizados de grandes cañones.

Aunque ninguna de esas naves era tan grande como las más poderosas de Helium, constituían una fuerza de lo más formidable y era evidente que los habían construido en gran número.

Lo que ya había visto me causó gran impresión por el hecho de que Tul Axtar no bromeaba cuando hablaba de su sueño de tener bajo su férula a todo Barsoom. Con sólo

una fracción de las naves que había visto garantizaría yo el devastamiento total de Barsoom, siempre que las equiparan con fusiles de rayos desintegradores y tenía la seguridad de que lo que había visto no era más que una ligera fracción del enorme armamento de Tul Axtar.

La vista de todos estos navíos me causó una profunda impresión de calamidad. Si la flota de Helium no había llegado ya y sido destruida, sin duda lo sería en cuanto llegara. Ningún poder terrenal podía salvarla. Lo mejor que podía esperar, por mi parte, si la flota había llegado ya, era que un encuentro de la primera línea con los fusiles de rayos desintegradores hubiera sido aviso suficiente para hacer retroceder al resto.

Muy por detrás de la línea de cruceros pude ver las torres de Jahar en la distancia y, a medida que nos acercábamos a la ciudad, vi la flota de enormes buques más numerosa que había visto en mi vida posada en tierra, fuera de las murallas de la ciudad. Estos navíos, que rodeaban por completo las murallas de la ciudad que podíamos ver, tendrían capacidad para alojar por lo menos diez mil hombres cada uno y, dada la construcción de su armamento ligero, deduje que eran transportes. Sin duda estaban destinados a transportar las hordas de hambrientos guerreros jaharianos para dedicarse al pillaje y el saqueo proyectados para destruir el mundo.

La contemplación de esta poderosa armada me hizo abandonar otros planes y dirigirme a toda velocidad hacia Helium, a fin de dar la alarma y que se pudieran hacer planes para frustrar la loca ambición de Tul Axtar. Mi mente era un caldero en ebullición lleno de conflictivas exigencias a mí mismo. Eran incontables las veces que había arriesgado mi vida para llegar a Jahar con un sólo propósito, y ahora que había llegado debía volver para cumplir otros fines —un fin mucho más amplio, importante, quizá, pero sólo soy humano y me dirigí, primero, a rescatar a la mujer que amaba, decidido, inmediatamente después, a lanzarme de todo corazón a la consecución de otra empresa que el deber y la inclinación me exigían. Me dije a mí mismo que la ligera demora que ello implicaba no perjudicaría en modo alguno a la causa más importante, mientras que si abandonaba ahora a Sanoma Tora quedarían pocas probabilidades de que pudiera volver a Jahar a rescatarla.

Con la gran flota de horrible color azul de Jahar detrás de nosotros, cruzamos sobre las murallas de la ciudad y avanzamos en dirección al palacio del jeddak.

Había planeado cuidadosamente el asunto, debatiéndolo una y otra vez con Tavia, que se había criado en el palacio de Tul Axtar.

Siguiendo sus indicaciones debíamos maniobrar con el *Jhama* hasta un lugar situado directamente encima de la esbelta torre, en la que no había espacio para aterrizar, pero por la que podríamos acceder al palacio hasta un lugar cercano a los alojamientos de las mujeres.

Ya habíamos atravesado, protegidos por nuestro compuesto de invisibilidad, las tres formaciones de naves jaharianas, como volamos por delante de los centinelas de las murallas y los guerreros que montaban la guardia en las torres y muros del palacio del jeddak, y paré el *Jhama*, sin incidente alguno digno de mención, justo encima de la torre indicada por Tavia.

—Dentro de unos diez xats<sup>10</sup> se hará de noche —dije a la muchacha.

Si consideras innecesario permanecer aquí constantemente, vuelve después de que anochezca, porque si logro encontrar a Sanoma Tora no intentaré regresar al *Jhama* hasta que caiga la noche.

Me había dicho que cabía en lo posible que las habitaciones de las mujeres permanecieran cerradas con llave durante la noche, razón por la que debería entrar en el palacio en pleno día, aunque yo hubiera preferido no arriesgarme hasta que estuviera oscuro. Tavia me había asegurado, además, que una vez que entrara en el gineceo no

---

<sup>10</sup> Alrededor de treinta minutos.

tendría dificultades para salir aunque las puertas estuvieran cerradas con llave, ya que se abrían desde dentro: si se cerraban con llave no era por temor a que quienes en ellas vivían pudieran salir, sino para protegerlas contra posibles asesinos o asaltantes.

Ajustándome bien el manto de invisibilidad levanté la escotilla de proa de la quilla que estaba directamente encima de la torre que fuera atalaya en alguna era distante, antes de que otras secciones más modernas y elevadas del palacio hicieran que perdiera su utilidad.

—¡Adiós y buena suerte! —musitó Tavia— Espero que cuando regreses traigas contigo a tu Sanoma Tora. Mientras estés ausente rezaré a mis antepasados por tu éxito.

Le di las gracias y descendí por la escotilla hasta la cima de la torre, donde había una trampilla de pequeñas dimensiones.

Al levantarla, vi debajo la parte alta de la antigua escalera que guerreros muertos muchos años atrás habían utilizado y que, evidentemente, apenas o nada se usaba en la actualidad, como lo certificaba el polvo de sus peldaños. La escalera me condujo a un gran salón del piso superior de esta parte del palacio —una habitación que, sin duda, había sido en principio un cuarto de guardia, pero que ahora era un trastero para muebles, cortinas y adornos viejos. Lleno a desbordar con piezas de artesanía de la antigua Jahar, junto con otras de fabricación moderna, hubiera sido interesantísimo revisarlo, pero me limité a atravesarlo sin más que un vistazo por si había enemigos vivientes. Siguiendo al pie de la letra las instrucciones de Tavia, descendí dos rampas en espiral, con lo que di en un pasillo profusamente adornado al que se abrían las habitaciones de las mujeres de Tul Axtar. El pasillo era largo, de más de mil sofads, y desembocaba en una gran ventana en arco situada en el extremo opuesto, a través de la cual vi las copas de los árboles.

Muchas de las incontables puertas que se abrían al pasillo a cada lado estaban un poco o totalmente abiertas, ya que el pasillo era zona prohibida para todo el mundo, excepto las mujeres y sus esclavas, con la excepción del propio Tul Axtar. El principio de la rampa que conducía a ellas desde el piso estaba guardado por guerreros escogidos, eunucos exclusivamente, y Tavia me había asegurado que quien quiera que osara investigar las habitaciones pondría en juego su vida y, sin embargo, aquí estaba yo, un hombre, enemigo además, dentro del territorio prohibido, sin el menor riesgo.

Mientras miraba a uno y otro lado tratando de determinar dónde iniciar mi investigación, varias mujeres salieron de una de las habitaciones y se acercaron a mí por el pasillo. Eran bellas jóvenes ricamente vestidas y, a juzgar por sus conversaciones volubles y sus risas, no se sentían infelices. Me remordió la conciencia al comprender la injusta ventaja que tenía sobre ellas, pero, como no podía evitarlo, esperé y escuché confiando en que pudiera oír algo que me ayudara en mi búsqueda de Sanoma Tora; pero todo lo que oí fue unas despectivas referencias a Tul Axtar, al que llamaban el viejo zitidar. Algunas frases que le dedicaron eran extremadamente personales y nada laudatorias.

Pasaron por delante de mí y entraron en una gran sala situada al extremo del pasillo. Casi inmediatamente después, otras mujeres salieron de las restantes habitaciones y siguieron al primer grupo al mismo salón.

Comprendí al instante que se estaban reuniendo allí y que, quizá, éste podría ser el mejor punto de partida en mi búsqueda de Sanoma Tora; tal vez viniera también a formar parte del grupo.

Por tanto, seguí a uno de los grupos por la gran puerta y un breve corredor que se habría a un vestíbulo de mayores dimensiones tan alegremente dispuesto y decorado que sugería el salón del trono de un jeddak y que, en efecto, tal parecía haber sido su finalidad ya que en un extremo había un enorme trono profusamente tallado.

El piso era de madera muy pulimentada, y en el centro había una gran piscina. A lo largo de las paredes había cómodos bancos con almohadones y suaves sedas y pieles. Aquí era donde Tul Axtar solía convocar de vez en cuando una corte exclusiva, rodeado

sólo por sus mujeres. Aquí danzaban para él; aquí competían en las claras aguas de la piscina para divertirle; aquí se celebraban banquetes y veladas que se prolongaban hasta bien avanzada la madrugada a los sonos de la música.

Mientras observaba a mi alrededor a las ya convocadas, vi que Sanoma Tora no estaba entre ellas, por lo que me situé en un lugar cerca de la entrada para ver el rostro de cada mujer que fuera llegando.

Ahora venían en nutridos grupos. Creo que nunca había visto tantas mujeres juntas a la vez, sin un sólo hombre. Mientras buscaba a Sanoma Tora intenté contarlas, pero abandoné la idea por inútil, aunque estimé, cuando dejaron de entrar, que no habría menos de quinientas mujeres agrupadas en el gran salón.

Se acomodaron en los bancos y surgió un babel de voces femeninas. Había mujeres de todas las edades y tipos, pero ninguna que no fuera bella. Los agentes secretos de Tul Axtar debían haber peinado el mundo entero buscando un conjunto tan hermoso como éste.

Se abrió una puerta al lado del trono y entró una fila de guerreros. Me sorprendí, en principio, ya que Tavia me había dicho que en este piso no se permitía jamás la presencia de los hombres, excepto Tul Axtar, pero entonces vi que los guerreros eran mujeres vestidas con correaes de hombre, con el cabello corto y los rostros pintados según la moda entre los luchadores de Barsoom. Una vez que ocuparon sus lugares, a cada lado del trono, un cortesano apareció por la misma puerta: era otra mujer disfrazada de hombre.

—¡Dad las gracias! —gritó— ¡Dad las gracias! ¡Llega el jeddak!

Las mujeres se pusieron de pie como impulsadas por sendos resortes y un instante después entro en el salón Tul Axtar, el jeddak de Jahar, seguido por un grupo de mujeres disfrazadas de cortesanos.

Mientras Tul Axtar depositaba su voluminosa humanidad sobre el trono hizo señas a las mujeres del salón para que se sentaran. Luego dijo algo en voz baja a la cortesana que estaba a su lado.

La mujer avanzó hasta el borde del dais.

—El gran jeddak os honrará individualmente con sus observaciones reales —anunció en tono afectado—. Desfilareis delante de él, empezando por mi izquierda, una a una. En el nombre del jeddak, he dicho.

Inmediatamente, la primera mujer de la izquierda se levantó y avanzó lentamente por delante del trono, haciendo ante Tul Axtar una pausa suficiente para girar sobre sus talones, atravesar lentamente el salón y salir por la puerta a cuyo lado estaba yo. Una a una, en rápida sucesión, las restantes mujeres siguieron su ejemplo. Todo el proceso carecía de sentido para mí. No podía entenderlo... en aquel momento.

Quizá eran cien las mujeres que habían pasado ya ante el jeddak atravesando luego el gran salón cuando algo en el porte de una de ellas atrajo mi atención mientras se acercaba: un instante después reconocí a Sanoma Tora. Había cambiado, pero no demasiado y no podía entender por qué no la descubrí antes en el salón. ¡La había encontrado! Después de tantos meses, la había encontrado... había encontrado a la mujer que amaba. ¿Por qué no había emoción en mi corazón?

Al pasar por la puerta que conducía al gran vestíbulo la seguí y avanzamos por el pasillo hasta una habitación situada cerca del extremo opuesto; entré detrás de ella. Tuve que moverme con rapidez ya que ella se dio la vuelta inmediatamente y cerró la puerta a sus espaldas.

Sanoma Tora y yo estábamos solos en una habitación de reducidas dimensiones. En un rincón estaban sus sedas y pieles para dormir; entre dos ventanas había un banco tallado en el que estaban los objetos de tocador que son esenciales para toda mujer de Barsoom.

No era el gineceo de una jeddara sino, más bien, algo ligeramente mejor que la celda de una esclava.

Mientras, Sanoma Tora cruzó la habitación lánguidamente en dirección a una banqueta situada delante del banco tocador, de espaldas a mí. Me quité el manto de invisibilidad.

—¡Sanoma Tora! —dije en voz baja.

Se volvió sobresaltada.

—¡Hadron de Hastor! —exclamó—. ¿No estaré soñando?

—No sueñas, Sanoma Tora. Soy Hadron de Hastor.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? Es imposible. Ningún hombre puede estar en este piso, salvo Tul Axtar.

—Aquí estoy, Sanoma Tora, y he venido para llevarte conmigo a Helium... si quieres volver.

—¡Oh, nombre de mi primer antepasado! Si pudiera esperar tal cosa —gritó.

—Puedes confiar, Sanoma Tora —le aseguré—. Estoy aquí para llevarte conmigo.

—No puedo creerlo —exclamó—. No puedo imaginarme cómo has conseguido llegar hasta aquí. Es una locura pensar que los dos podríamos salir sin ser descubiertos.

Me cubrí con el manto.

—¿Dónde estás, Tan Hadron? ¿Qué ha sido de ti? ¿Qué está pasando? —gritó Sanoma Tora.

—Así es como logré entrar —le expliqué—. Así es como nos escaparemos —añadí quitándome el manto.

—¿Qué magia prohibida es esa? —preguntó. Como mejor pude le expliqué en breves palabras el compuesto de invisibilidad y cómo había logrado entrar gracias a él.

—¿Qué tal te ha ido aquí, Sanoma Tora? —le pregunté— ¿Cómo te han tratado?

—No me han tratado mal —contestó—; nadie me prestaba atención —pude apreciar el tono de vanidad herida en su voz—. No había visto a Tul Axtar hasta esta noche. Acabo de llegar del salón donde celebra audiencias con sus mujeres.

—Lo sé —dije—. Yo estaba allí y te he seguido hasta aquí.

—¿Me puedes llevar contigo? —preguntó.

—Con toda rapidez, ahora mismo —repliqué.

—Me temo que habrá de ser con mucha rapidez —dijo.

—¿Por qué?

—Al pasar por delante de Tul Axtar me detuvo un momento y le oí hablar con una de las cortesanas que estaba a su lado. Le dijo que averiguara mi nombre y dónde estaba alojada. Las mujeres me contaron lo que sucede después de que Tul Axtar se ha fijado en una, y estoy asustada. ¿Pero qué importa? ¡No soy más que una esclava!

¡Qué cambio había sufrido la arrogante Sanoma Tora! ¿Era esta la misma belleza ensoberbecida que rechazó mi mano? ¿Era esta la Sanoma Tora que aspiraba a ser una jeddara? Ahora se mostraba humilde, como pude comprobar por sus hombros caídos, por el temblor de sus labios, por la atemorizada luz que brillaba en sus ojos.

Mi corazón se llenó de compasión por ella, pero estaba sorprendido, además de consternado al comprobar que no me sentía poseído por ninguna otra emoción. La última vez que vi a Sanoma Tora hubiera dado mi alma por tenerla entre mis brazos. ¿Tanto me habían cambiado las vicisitudes sufridas? ¿Era Sanoma Tora, la esclava, menos deseable para mí que la Sanoma Tora hija del rico Tor Hatan? No. Sabía que eso no podía ser cierto. Yo había cambiado pero, sin duda, se trataba de una metamorfosis temporal a causa de la tensión nerviosa que sufría como consecuencia de la responsabilidad que me había impuesto de la necesidad de avisar a Helium con tiempo, para salvarla de la destrucción a manos de Tul Axtar —no sólo salvar a Helium, sino al mundo. Era una grave responsabilidad. ¿Cómo podía alguien que soportara un peso tan abrumador dedicar sus pensamientos al amor. No. No era yo mismo y, sin embargo, sabía que todavía amaba a Sanoma Tora.

Dándome cuenta de la necesidad de actuar de prisa, hice un examen rápido de la habitación y descubrí que podría realizar fácilmente el rescate de Sanoma Tora sacándola por la ventana, del mismo modo que procedí con Tavia y Phao de la torre este de Tjanath.

Le expliqué, breve, pero cuidadosamente, mi plan y le dije que se preparara mientras estaba fuera, a fin de que no hubiera retrasos cuando estuviera listo para recogerla a bordo del *Jhama*.

—Y, ahora, Sanoma Tora —dije—, adiós momentáneamente. Lo próximo que sabrás de mí será cuando escuches una voz en la ventana, aunque no verás a nadie ni ninguna nave. Apaga la luz de tu habitación y sube al alféizar. Te cogeré de la mano. Tienes que confiar en mí y hacer lo que te indique.

—¡Adiós, Hadron! —respondió ella—. No soy capaz de encontrar las palabras adecuadas para expresarte mi agradecimiento, pero cuando regresemos a Helium no habrá nada que me pidas que no te conceda, no sólo con buena voluntad sino con agrado.

Tomé su mano y le besé los dedos y me volvía ya hacia la puerta cuando Sanoma Tora me sujetó del brazo.

—¡Espera! —dijo— ¡Viene alguien!

Me arrebujé rápidamente en mi manto de invisibilidad y me aparté a un rincón al tiempo que la puerta que conducía al pasillo se abría de golpe. Apareció una de las cortesanas de Tul Axtar que lucía un hermoso correaje. Entró en la habitación y se hizo a un lado de la puerta, que mantuvo abierta.

—¡El jeddak! ¡Tul Axtar, jeddak de Jahar! —anunció.

Un instante después Tul Axtar entró en la habitación, seguido por media docena de sus cortesanas. Era un hombre voluminoso, de facciones repulsivas que reflejaban una combinación de fuerza y debilidad, de altiva arrogancia, de orgullo y de duda, una forma innata de cuestionar la propia capacidad.

Las cortesanas formaron detrás de él cuando se situó delante de Sanoma Tora. Eran mujeres de aspecto masculino, evidentemente elegidas por esta característica, precisamente. Eran atractivas en su aspecto masculino y sus cuerpos sugerían que podrían ser unas guardaespaldas muy eficaces para el jeddak.

Durante varios minutos, Tul Axtar estuvo examinando a Sanoma Tora con ojos llenos de apreciación. Se le acercó con una actitud que no me gustó lo más mínimo y cuando le puso una mano en el hombro tuve que hacer un esfuerzo para contenerme.

—No estaba equivocado —dijo—. Eres preciosa. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Ella tembló, pero guardó silencio.

—¿Eres de Helium?

Tampoco contestó.

—Las naves de Helium se dirigen a Jahar —rió—. Mis exploradores me han traído noticias de que pronto estarán aquí. La flota de Tul Axtar les reserva una calurosa bienvenida —se volvió a las cortesanas—. ¡Fuera! —ordenó— Y que nadie vuelva hasta que yo llame.

Se inclinaron y salieron, cerrando la puerta tras ellas y entonces Tul Axtar puso la mano de nuevo sobre el hombro desnudo de Sanoma Tora.

—¡Ven! —dijo— No voy a luchar contra toda Helium, contigo voy a amar. Por mi primer antepasado que eres digna del amor de un jeddak.

La atrajo hacia sí. Me hervía la sangre y estaba tan poseído por la ira que dejé caer el manto sin pensar en las consecuencias.

#### CAPÍTULO XIV - Los caníbales de U-gor

Cuando dejé caer el manto de la invisibilidad saqué mi espada larga y el roce que produjo al salir de la vaina hizo que Tul Axtar se diera la vuelta. La sangre fluyó a su corazón y le dejó el rostro pálido cuando me vio. Estaba a punto de gritar cuando la punta de mi espada la detuvo.

—¡Silencio! —musité.

—¿Quién eres? —preguntó.

—¡Silencio!

Hice mis planes en un instante. Le obligué a darse la vuelta y le desarmé, después de lo cual le até fuertemente y le amordacé.

—¿Dónde puedo ocultarle, Sanoma Tora? —pregunté.

—Hay un armario pequeño aquí —dijo indicando una puertecita de un lado de la habitación. La cruzó y abrió la puerta. Yo arrastré a Tul Axtar y le metí en el armario, no con mucha suavidad, lo puedo jurar.

Cuando cerré la puerta vi que Sanoma Tora estaba pálida y temblorosa.

—Tengo miedo —dijo—. Si vuelven y le encuentran así, me matarán.

—Sus cortesanas no volverán hasta que las llame —le recordé—. Oíste que tal era su deseo, su orden.

Ella asintió sin decir palabra.

—Aquí está su daga —le dije—. Si la cosa empeora, puedes mantenerles fuera amenazando con matar a Tul Axtar.

Vi, sin embargo, que la muchacha estaba aterrada, temblando como una hoja, y temí que no lograra superar la prueba, si llegaba el caso. ¡Cuánto deseaba que Tavia estuviera aquí! Sabía que ella no fallaría y, en nombre de mi primer antepasado, ¡cuánto dependía del éxito!

—Volveré pronto —dije recogiendo del suelo el manto de la invisibilidad—. Deja la ventana grande abierta y estate preparada para cuando regrese.

Al ponerme el manto vi que temblaba y que no podía hablar; a decir verdad, hasta le faltaban fuerzas para sujetar la daga, que yo temía cayera de sus dedos carentes de nervios, pero nada podía hacer yo, salvo dirigirme apresuradamente al *Jhama* e intentar regresar antes de que fuera demasiado tarde.

Alcancé la cima de la torre sin incidentes. Por encima de mí parpadeaban las brillantes estrellas de la noche barsoomiana, mientras que justo encima del tejado del palacio parecía colgado el precioso planeta Jarsoom<sup>11</sup>.

Ni que decir tiene que el *Jhama* era invisible, pero mi confianza en Tavia era tan grande que al alzar la mano al cielo supe que tocaría la quilla de la aeronave, como así fue. Golpeé tres veces la escotilla de proa, señal que habíamos establecido antes de penetrar en el palacio. La escotilla se alzó instantáneamente y un segundo después ya estaba yo a bordo.

—¿Dónde está Sanoma Tora? —preguntó Tavia.

—No me hagas preguntas ahora—respondí—. Tenemos que proceder con rapidez. Prepárate para coger los mandos en cuanto yo los suelte.

Ocupó en silencio el asiento junto al mío, con su suave hombro tocando mi brazo. En silencio, hice descender el *Jhama* hasta el nivel de la ventana del gineceo. En líneas generales, sabía dónde estaba la de Sanoma Tora, pero mientras me acercaba escrutaba por el periscopio las ventanas, hasta que vi la figura de Sanoma Tora en el cristal esmerilado. Acerqué el *Jhama* al alféizar, con el puente superior justo debajo del mismo.

—Hazte cargo, Tavia —dije.

Levanté la escotilla superior unos centímetros y llamé a la muchacha. Al oír mi voz, aunque sabía que yo llegaría y me estaba esperando, San orna Tora tembló y a punto estuvo de dejar caer la daga.

---

<sup>11</sup> La Tierra.

—Apaga la luz —musité.

Vi que se dirigía temblando a un botón embutido en la pared y un instante después la habitación estaba sumida en la oscuridad. Entonces levanté la escotilla y me subí al alféizar. Como no quería que los pliegues del manto de invisibilidad me molestaran, lo había plegado y metido en el correaje, donde lo tendría dispuesto para usarlo si surgía la necesidad. Encontré a Sanoma Tora en la oscuridad, tan debilitada por el terror que tuve que cogerla en brazos y llevarla hasta la ventana, donde Phao se las arregló para introducirla en la nave por la escotilla abierta. Entonces volví al armario donde Tul Axtar estaba atado y amordazado. Me incliné y corté las cuerdas que ataban sus tobillos.

—Haz exactamente lo que te diga, Tul Axtar —dije—, o mi acero encontrará el camino de tu corazón. Está sediento de tu sangre, Tul Axtar, y tengo dificultades para contenerle, pero si no me fallas tal vez te pueda salvar todavía. Puedo utilizarte, Tul Axtar, y de tu utilidad depende tu vida, porque muerto nada vales para mí.

Hice que se levantara y se dirigiera a la ventana. Le ayudé a subir al alféizar. Estaba aterrorizado cuando intenté que diera un paso hacia el vacío, como él pensaba, pero cuando subí al puente del *Jhama* delante de él y vio que aparentemente flotaba en el aire, hizo de tripas corazón y, finalmente, conseguí subirle a bordo.

Cerré la escotilla detrás de él y encendí una tenue luz interior. Tavia se volvió esperando mis órdenes.

—Mantente donde estás, Tavia.

En la cabina del *Jhama* había un escritorio diminuto, donde el oficial del buque guardaría su diario de a bordo y se ocuparía de otros registros e informes que tuviera necesidad de hacer. Había material para escribir y al sacarlo del cajón donde estaba guardado llamé a Phao.

—Tú eres de Jahar —le dije—. ¿Sabes escribir en el idioma de tu país?

—Naturalmente —dijo ella.

—Entonces, escribe lo que te voy a dictar.

Se dispuso a seguir mis instrucciones.

—Si se destruye una sola nave de Helium —dicté—, Tul Axtar morirá. Y, ahora, fírmalo Hadron de Hastor, padwar de Helium.

Tavia y Phao me miraron y volvieron luego la vista al prisionero con los ojos llenos de asombro, porque a la tenue luz del interior de la nave no habían reconocido al prisionero.

—Tul Axtar de Jahar —consiguió decir Tavia incrédula—. Tan Hadron de Hastor, esta noche has salvado a Helium y Barsoom.

No pude por menos que observar su rapidez mental, con qué celeridad había entendido las posibilidades que suponían tener en nuestro poder a la persona de Tul Axtar, jeddak de Jahar.

Tomé la nota escrita por Phao y volviendo rápidamente a la habitación de Sanoma Tora la dejé sobre el tocador. Un instante después estaba en la cabina del *Jhama* y nos elevábamos rápidamente por encima de los tejados de Jahar.

El amanecer nos sorprendió más allá de la última línea de naves jaharianas, por debajo de las cuales habíamos pasado guiados por sus luces, una prueba para mí de que la oficialidad de la flota era deficiente, porque ningún hombre bien entrenado que espera a una fuerza enemiga mantiene las luces de a bordo de sus naves encendidas toda la noche.

Nos dirigíamos ahora a toda velocidad en dirección a la lejana Helium, siguiendo un curso que confiaba que nos llevara a interceptar la flota del Señor de la Guerra si ya estaba camino de Jahar, como Tul Axtar había anunciado.

Sanoma Tora había recuperado algo de su forma de ser habitual y controlaba sus nervios. La dulce solicitud de Tavia por su bienestar me conmovió profundamente. Ella la había aquietado y calmado como si hubiera sido su hermana pequeña, aunque ella era más joven que Sanoma Tora, pero con el retorno de la confianza, también la antigua

altivez de Sanoma Tora estaba de vuelta y me pareció que mostraba poca gratitud por las amabilidades de Tavia, pero me di cuenta de que esa era su forma de proceder, innata en ella y que, sin duda, en el fondo de su corazón apreciaba y agradecía profundamente lo que hizo por ella. Como quiera que fuera, no puedo por menos que admitir que en ese momento deseaba que ella pronunciara alguna palabra o hiciera algo para mostrar su gratitud. Estábamos volando suavemente, un poco por encima de la altitud normal de los acorazados. La brújula de control del destino seguía fija y el *Jhama* seguía su curso por lo que, después de todo lo que había pasado, sentí la necesidad de dormir un poco. Phao ya había descansado antes, siguiendo mi sugerencia, y todo lo que había que hacer era mantener una cuidadosa vigilancia sobre las naves. Encomendé esta tarea a Phao, y Tavia y yo nos envolvimos en nuestras sedas y pieles y no tardamos en quedar profundamente dormidos.

Tavia y yo estábamos en la parte central de la nave, Phao a proa, con los mandos, manejando continuamente el periscopio buscando naves en el cielo. Cuando me retiré, Sanoma Tora estaba de pie en una de las portillas de estribor contemplando la noche, mientras que Tul Axtar estaba tumbado a popa. Hacía rato que le había quitado la mordaza, pero parecía demasiado acobardado para dirigirse a nosotros y estaba sumido en un silencio hosco, o quizá dormido, no lo sé.

Yo estaba destrozado y dormí como un leño desde el momento en que me tumbé hasta que, repentinamente, me despertó el impacto de un cuerpo sobre el mío. Luché por liberarme y descubrí con disgusto que me habían atado fuertemente las manos mientras dormía, para mí, algo que mi costumbre de dormir siempre con las manos juntas delante de la cara había facilitado.

Tenía la rodilla de un hombre oprimiéndome el pecho, apretándome fuertemente contra el suelo, mientras una mano me agarraba la garganta. A la débil luz de la cabina vi que era Tul Axtar, que sostenía la daga en la otra mano.

—¡Silencio! —musitó— ¡Si quieres conservar la vida no hagas el menor ruido!.

Para asegurarse, me amordazó y me ató los tobillos. Luego cruzó rápidamente a donde estaba Tavia, la ató y al hacerlo mis ojos buscaron ayuda en el interior de la cabina. Vi que Phao estaba atada y amordazada, igual que yo. Sanoma Tora estaba acurrucada junto a la pared, aparentemente poseída por el terror. No la había atado ni amordazado. ¿Por qué no me previno? ¿Por qué no había acudido en mi ayuda? ¡Si hubiera sido Tavia la que no estaba atada, en vez de Sanoma Tora, qué distinto hubiera sido el resultado de la búsqueda de la libertad y la venganza por parte de Tul Axtar!

¿Cómo había podido suceder todo aquello? Estaba seguro de haber atado a Tul Axtar tan fuertemente que no podía liberarse por sí solo, y, sin embargo, tuve que haberme equivocado y me maldecí por mi descuido, que había tirado por tierra todos mis planes y que fácilmente podía poner en juego el destino de Helium.

Una vez que se hubo deshecho de Phao, Tavia y de mí, Tul Axtar se dirigió rápidamente a los mandos ignorando a Sanoma Tora al pasar ante ella. Viendo el marcado terror que sentía la muchacha, pude entender fácilmente que no la considerara una amenaza para sus planes; ella era tan inocua estando suelta como atada.

Dio la vuelta a la nave para regresar a Jahar y aunque no entendía el mecanismo de la brújula de control del destino y no podía abortarla, eso carecía de importancia mientras manejara los mandos; el único efecto de la brújula sería el de hacer regresar la nave a su rumbo anterior si se soltaban los mandos mientras estaba en movimiento.

Ahora se volvió a mí.

—Te hubiera destruido, Hadron de Hastor —dijo—, de no haber dado mi palabra de jeddak de que no lo haría.

Me pregunté vagamente a quién había dado semejante palabra de no matarme, pero había otros pensamientos más importantes que me atravesaban el cerebro, haciendo que todo lo demás quedara en segundo término. Sobre todo, desde luego, estaban mis planes

para retomar el control del *Jhama* y, en segundo lugar, mi temor por la suerte de Tavia, Sanoma Tora y Phao.

—Da gracias a la magnanimidad de Tul Axtar —prosiguió—, que no va a castigar la afrenta que le hiciste. En vez de eso, te dejaré libre —se echó a reír—. ¡Libre! Te dejaré en tierra en la provincia de U-Gor.

Había algo desagradable en el tono de su voz que hizo que su promesa sonara más como amenaza. Nunca había oído hablar de U-Gor, pero di por supuesto que era alguna provincia remota desde la que me sería difícil, cuando no imposible, regresar a Jahar o Helium. De una cosa estaba seguro: de que Tul Axtar no me dejaría libre en ningún lugar donde pudiera suponer una amenaza para él.

El *Jhama* voló silencioso durante horas. Tul Axtar no había tenido la decencia ni el rasgo humanitario de quitarnos las mordazas. Estaba absorto con los mandos y Sanoma Tora, que permanecía acurrucada contra el costado de la cabina, no abrió la boca para nada; ni siquiera me miró en todo ese tiempo. ¿Qué pensamientos cruzaban por su preciosa cabeza? ¿Trazaba algún plan que volviera las tornas contra Tul Axtar, o simplemente estaba abatida ante la desesperada perspectiva: la de ser devuelta a la esclavitud en Jahar? No lo sabía ni podía adivinarlo; ella era un enigma para mí.

No podía decir qué distancia habíamos recorrido ni en qué dirección. Había amanecido hacía mucho tiempo y el sol ya estaba alto cuando caí en la cuenta de que Tul Axtar estaba descendiendo. Repentinamente cesó el rugido del motor y la nave se detuvo. Soltando los mandos se volvió a donde estaba yo.

—Hemos llegado a U-Gor —anunció—. Aquí te quedarás libre pero, primero, dame esa cosa tan extraña que te hizo invisible en mi palacio.

¡El manto de la invisibilidad! ¿Cómo lo había sabido? ¿Quién pudo decírselo? Sólo parecía haber una explicación, pero todas las fibras de mi ser se encogieron al pensar en ella. Lo había enrollado hasta formar una bola de pequeño tamaño que había escondido en el fondo de mi bolsillo ya que la finísima seda permitía comprimirlo al mínimo de espacio. Me quitó la mordaza.

—Cuando regreses a tu palacio de Jahar —le dije—, mira en el suelo al lado de la ventana de la habitación que ocupaba Sanoma Tora. Si lo encuentras, para ti. Por lo que a mí respecta ya sirvió bien a mis propósitos.

—¿Por qué lo dejaste allí? —preguntó.

—Tenía mucha prisa por salir del palacio y a veces suceden accidentes.

Admito que no fui muy inteligente, pero tampoco lo era Tul Axtar y le engañé.

Abrió, refunfuñando, una de las escotillas de la quilla y sin la menor ceremonia me arrojó por ella. Por fortuna, la nave estaba cerca del suelo y no me lastimé. A continuación hizo descender a Tavia y la situó a mi lado y luego él mismo bajó. Se inclinó para cortar las cuerdas que ataban sus muñecas.

—Me quedaré con la otra —dijo—, me gusta.

No sé por qué comprendí que se refería a Phao.

—Esta parece un hombre y juro que sería tan fácil de someter como una banth. Conozco el tipo. La dejaré aquí, contigo.

Era evidente que no había reconocido a Tavia como una de las ocupantes de las habitaciones femeninas de su palacio y me sentí muy complacido por ello.

Regresó a bordo del *Jhama*, pero antes de cerrar la escotilla se dirigió a nosotros de nuevo.

—Dejaré caer vuestras armas cuando esté donde no podáis usarlas contra mí y podéis dar las gracias a la futura jeddara de Jahar por la clemencia que tengo con vosotros.

El *Jhama* se elevó lentamente. Tavia se estaba soltando los tobillos y cuando terminó se volvió hacia mí y me quitó las ataduras, pero yo estaba demasiado obnubilado, demasiado aplastado por el golpe que había recibido como para darme cuenta de ninguna otra cosa que no fuera que Sanoma Tora, la mujer que amaba, me había traicionado,

pues ahora comprendía claramente lo que el más tonto hubiera comprendido desde el principio: que Tul Axtar la había comprado para que le liberara, prometiéndole que sería la jeddara de Jahar.

Bien, ya estaba satisfecha su ambición, pero a un coste espantoso. Nunca, aunque viviera mil años, podría mirarse a sí misma o a su acción sin despreciarse y odiarse, salvo que estuviera más degradada de lo que era posible pensar. No. Ella sufriría; de eso estaba seguro, pero pensarlo no me produjo el menor placer. La amaba y no podía desear que fuera desgraciada.

Sentado en el suelo incliné la cabeza abrumado. Sentí que un suave brazo se deslizaba sobre mis hombros y una dulce voz me habló al oído.

—¡Mi pobre Hadron!

Eso fue todo, pero tan pocas palabras tenían tal riqueza de simpatía y comprensión que, como si fueran un milagroso bálsamo, aliviaron al instante la agonía de mi atribulado corazón.

Nadie, salvo Tavia, podía haberlas pronunciado. Me volví, tomé entre las mías una de sus delicadas manos y me la llevé a los labios.

—Amada amiga mía —dije—. Doy las gracias a todos mis antepasados porque no fuiste tú.

No sé qué impulso me movió a decir aquello. Pareció que las palabras surgían por sí solas, sin mi voluntad, pero, al pronunciarlas, comprendí todo el horror que me hubiera producido de haber sido Tavia la traidora. Ni siquiera podía pensarlo sin sentir un agudo dolor en mi interior. La tomé en brazos, impulsivamente.

—¡Tavia! —grité— ¡prométeme que no me abandonarás jamás! No podría vivir sin ti.

Ella rodeó mi cuello con sus fuertes y jóvenes brazos.

—¡Nunca a este lado de la muerte! —musitó y se apartó de mí. Vi que estaba llorando.

¡Qué amiga! Sabía que nunca podría volver a amar a una mujer, pero qué me importaba si podría poseer la amistad de Tavia toda mi vida.

—No nos separaremos jamás, Tavia —dije—. Si nuestros antepasados son piadosos con nosotros y nos permiten regresar a Helium, encontrarás un hogar en la casa de mi padre y una madre en la mía.

Se enjugó los ojos y me miró con una extraña expresión melancólica que no logré descifrar y entonces me sonrió a través de sus lágrimas, con la sonrisa extraña, inquisitiva, que ya le había visto antes y que no entendí, como no entendía una docena de actitudes y expresiones suyas que la hacían tan distinta de otras muchachas y que, pienso, coadyuvaban a su atractivo sobre mí. No todas sus características eran visibles: había profundidades y corrientes subterráneas que no se podían adivinar fácilmente. Si alguna vez pensaba que iba a llorar, se echaba a reír; cuando creía que debía ser feliz, lloraba, pero nunca como lo hacen otras mujeres, nunca era un llanto histérico, porque Tavia no perdía el control de sí misma en ningún caso. Su llanto era silencioso, como si surgiera de un corazón lleno, más que de unos nervios tensados y a pesar de las lágrimas siempre asomaba una sonrisa.

Pienso que Tavia era la muchacha más maravillosa que había conocido y a medida que la conocía mejor y veía más cosas de ella, más me daba cuenta de que a pesar de su intento de masculinizar su atuendo, que aún lucía, era la muchacha más bella que había visto jamás. Su belleza no era como la de Sanoma Tora, pero al contemplar su hermoso rostro me di cuenta repentinamente, no sé por qué razón, que la belleza de Tavia superaba con creces la de Sanoma Tora ya que la hermosura de su alma, que resplandecía en sus ojos, transfiguraba su semblante por completo.

Tul Axtar cumplió su promesa y nos arrojó las armas por la escotilla inferior del *Jhama* y mientras nos las ceñíamos pudimos escuchar cómo el ruido de las hélices de la nave se iba perdiendo en la distancia. Estábamos solos y a pie en un país extraño y, sin lugar a dudas, hostil.

—U-Gor —dije—, nunca he oído hablar de ti. ¿Y tú, Tavia?

—Sí, es una de las provincias lejanas de Jahar —respondió—. En tiempos fue un país agrícola rico y próspero, pero al caer bajo la maldición de la loca ambición de poder de Tul Axtar, que quería hombres para su ejército, la población creció hasta proporciones tan enormes que U-Gor no pudo subvenir a las necesidades de sus gentes. Entonces se desató el canibalismo. Empezaron por devorar a los oficiales enviados por Tul Axtar para hacer cumplir sus crueles decretos. Mandó un cuerpo de ejército a someter a la provincia, pero la gente era tan numerosa que derrotaron al ejército y se comieron los guerreros. Sus campos de labranza estaban ya arruinados en aquellos momentos. No tenían semillas y habían desarrollado una gran afición por la carne humana. Los que querían arar los campos fueron abatidos por bandas de vagabundos que les devoraron. Durante un siglo se han ido alimentando con la carne de los demás y la provincia ha dejado de estar poblada para convertirse en un páramo habitado por las bandas trashumantes que se buscan para poder comer.

Su relato me produjo un temblor. Era evidente que teníamos que escapar, lo más rápidamente posible, de un lugar maldito como éste. Pregunté a Tavia si conocía el emplazamiento de U-Gor y me contestó que estaba a un millar de haads al sudeste de Jahar, y a unos dos mil haads al sudoeste de Xanator.

Comprendí que era inútil tratar de llegar a Helium desde aquí. Un viaje de estas características a pie, si era posible hacerlo, llevaría años. La ciudad amistosa más próxima a la que podríamos dirigimos era Gathol que, en mi estimación, estaba a siete mil haads hacia el norte. La posibilidad de llegar a Gathol parecía remota en extremo, pero era nuestra única esperanza, por lo que nos pusimos en camino hacia el norte, en un viaje desesperado hacia la ciudad natal de mi madre.

El paisaje que nos rodeaba era poco accidentado, con una cordillera de colinas bajas aquí y allá mientras que allá lejos, al norte, se adivinaban unas colinas más altas silueteadas contra el horizonte. La tierra era yerma, salvo por algunos arbustos venenosos, lo que demostraba la terrible batalla por la supervivencia que libró este pueblo infeliz. No había reptiles, ni insectos, ni aves: todos habían sido devorados a lo largo del siglo de miseria que asoló esta tierra.

Mientras avanzábamos lenta, pesadamente, por estos páramos desolados y deprimentes, tratamos de mantener altos nuestros espíritus de la mejor manera posible y un ciento de veces tuve oportunidad de dar las gracias porque Tavia, y ninguna otra persona, fuera mi acompañante.

¿Qué podría haber hecho en circunstancias similares con la carga de Sanoma Tora? Dudo que ella hubiera andado una docena de haads, mientras que Tavia se mantenía a mi lado con la gracia alada de una salud y una fuerza perfectas. Un hombre tiene que ser muy fuerte para no quedarse rezagado marchando conmigo, pero Tavia no cedió en ningún momento; ni mostró síntomas de cansancio con más rapidez que yo.

—Formamos una buena pareja, Tavia —dije.

—Ya lo había pensado... hace mucho tiempo —respondió en voz baja.

Seguimos andando hasta casi el crepúsculo sin encontrar la menor señal de vida y nos felicitábamos por nuestra buena suerte cuando Tavia, como hacíamos con frecuencia, miró hacia atrás.

Me tocó en el brazo y me hizo una seña con la cabeza.

—¡Ahí vienen! —dijo sencillamente.

Miré hacia atrás y vi tres figuras que seguían nuestras huellas. Estaban demasiado lejos para que pudiera hacer otra cosa que identificarles como seres humanos. Era evidente que nos habían visto y que reducían distancias corriendo a un ritmo sostenido.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Tavia— ¿Nos quedamos aquí y luchamos, o tratamos de escapar amparados por la oscuridad de la noche?

—Ni lo uno ni lo otro —respondí—. Vamos a eludirles sin hacer el más mínimo esfuerzo.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Con el genio inventivo de Phor Tak y el compuesto de invisibilidad que le sisé.

—¡Soberbio! ¡Me había olvidado del manto —exclamó Tavia— Con él no tendremos dificultad para eludir todos los peligros que nos acechen de aquí a Gathol.

Abrí el bolsillo y busqué el manto. ¡No estaba! ¡Tampoco el vial que contenía el resto del compuesto! Miré a Tavia, quien leyó la verdad en mi expresión.

—¿Lo has perdido?

—No, me lo han robado —respondí.

Se me acercó de nuevo y puso su mano en mi brazo en un gesto de simpatía. Entonces supe que ella pensaba lo mismo que yo: que no pudo ser nadie más que Sanoma Tora la que lo había robado. Incliné la cabeza.

—¡Y pensar, Tavia, que puse en riesgo tu seguridad por salvar a una mujer como ella!

—No la juzgues precipitadamente —respondió ella—. No podemos saber hasta qué punto fue tentada o qué amenazas usaron para hacerla abandonar el camino del honor. Quizá no sea tan fuerte como nosotros.

—No hablemos de ella —dije—. Es una sensación extraña, Tavia, ver cómo el amor se vuelve odio.

Apretó mi brazo.

—El tiempo cura todas las heridas —exclamó— y algún día encontrarás una mujer digna de ti, si es que existe.

La miré fijamente.

—Sí existe —musité pensativo, pero interrumpió mi meditación con una pregunta.

—¿Luchamos o huimos, Hadron de Hastor?

—Preferiría luchar y morir —contesté—, pero debo pensar en ti, Tavia.

—Entonces nos quedamos y luchamos —dijo ella—, pero Hadron, no debes morir.

Había un tono de reproche en su voz que no se me escapó y me sentí avergonzado de mí mismo y sentí vergüenza de mí mismo por haberme olvidado de la gran deuda que tenía con ella por su amistad.

—Lo lamento —dije—. Tavia, no puedo desear morir mientras tú vivas.

—Así está mejor —replicó—. ¿Cómo vamos a luchar? ¿Me sitúo a tu derecha, o a tu izquierda?

—Debes ponerte detrás de mí, Tavia —le dije—. Mientras mi mano pueda sostener una espada no necesitarás otra defensa.

—Hace mucho tiempo, después de conocernos —respondió—, me dijiste que debíamos ser camaradas de armas, lo que significa luchar juntos, codo con codo o espalda contra espalda. Te tomo la palabra, Hadron de Hastor.

Sonreí y, aunque pensé que lucharía mejor solo que con una mujer a mi lado, admiré su valor.

—Muy bien —dije—, lucha a mi derecha porque así estarás entre dos espadas.

Los tres tipos que seguían nuestras huellas se acercaron tanto que esta vez pude determinar qué clase de criaturas eran y lo que vi fueron salvajes desnudos, con cabellos enredados y grasientos, cuerpos llenos de suciedad y rostros degradados. La alocada luz de sus ojos, sus labios que se entreabrían dejando al descubierto unos colmillos amarillos, su sigiloso comportamiento les daban más aspecto de bestias salvajes que de hombres.

Iban armados con espadas que empuñaban y no tenían correa ni vainas. Se detuvieron a corta distancia mirándonos con expresión hambrienta y no había duda de que lo estaban, porque sus vientres flácidos sugerían que frecuentemente estaban vacíos y que sólo se llenaban cuando les tocaba en suerte carne en cantidades suficientes. Esta noche, los tres confiaban en saciar su hambre, podía verlo en sus ojos.

Conferenciaron en voz baja unos minutos y se separaron para atacarnos desde distintos puntos simultáneamente.

—Vamos a llevar nosotros la batalla, Tavia —musité—. Cuando se hayan situado a nuestro alrededor, daré la voz y atacaré al que tenga enfrente y trataré de deshacerme de él antes de que los otros puedan atacarnos. Mantente pegada a mí, para que no puedan apartarte.

—¡Codo con codo hasta el fin! —respondió Tavia.

## CAPÍTULO XV - La batalla de Jahar

Mirando por encima del hombro vi que los dos que nos rodeaban por la espalda estaban bastante más lejos que el que tenía enfrente y comprendiendo que lo inesperado de nuestra acción aumentaría en gran medida las posibilidades de éxito, di la voz.

—Ahora, Tavia —musité y los dos nos dirigimos a toda carrera contra el salvaje desnudo que teníamos delante.

Era evidente que no se lo esperaba, como lo era que se trataba de una bestia de entendederas muy lentas, porque al vernos avanzar se le cayó la mandíbula inferior y se limitó a esperar que llegáramos; si hubiera sido mínimamente inteligente, habría retrocedido para dar tiempo a sus compañeros para atacarnos por la espalda.

Al cruzar nuestras espadas oí un rugido salvaje detrás de mí, el rugido que solo puede emitir una bestia salvaje. Vi de reojo que Tavia miraba hacia atrás y entonces, antes de que pudiera darme cuenta de lo que intentaba, saltó adelante y atravesó con su espada el cuerpo del hombre que estaba delante cuando me embestía tratando de alcanzarme con su propia arma; ahora, girando sobre nuestros talones, nos enfrentamos a los otros dos que venían corriendo rápidamente hacia nosotros y puedo asegurarles que supuso un alivio infinito para mí darme cuenta de que las posibilidades contra nosotros no eran ya tan grandes.

Cuando nos atacaron, sufrí la desventaja inicial de tener que mirar constantemente a Tavia, pero no duró mucho.

Un momento después me di cuenta de que la espada estaba en manos maestras. La punta del arma se agitaba y superaba la guardia desgarbada del salvaje y supe, y adiviné que también él se había dado cuenta de ello, que su vida estaba en la palma de la diminuta mano que sujetaba la empuñadura. Entonces dediqué toda mi atención a mi propio antagonista.

No eran los mejores espadachines que había visto, pero estaban lejos de ser los peores. Su defensa, sin embargo, superaba con mucho a su ataque lo que, en mi opinión, se debía a dos cosas: la cobardía natural y el hecho de que solían cazar en grupo que superaba con creces a la presa. Para ello sólo se precisaba una buena defensa, ya que el golpe mortal lo podía asestar en todo momento desde detrás algún compañero del que atacara a la presa de frente.

Nunca había visto antes luchar a una mujer y quizá debí pensar que me tenía que haber sentido molesto por tener una luchando a mi lado; por el contrario, sentí una extraña excitación mitad orgullo y mitad algún otro sentimiento que no pude analizar.

Creo que, al principio, el tipo que se enfrentaba a Tavia no se dio cuenta de que era una mujer, pero no tardó en comprenderlo porque el escaso correaje de Barsoom oculta poco y, ciertamente, no las redondeces del cuerpo adolescente de Tavia. Por tanto, quizá fue esta sorpresa la que le perdió, o tal vez se confió en exceso cuando descubrió su sexo; fuera como fuera, lo cierto es que Tavia le atravesó el corazón un instante después, justamente, de que yo acabara con mi oponente.

No puedo decir que me sintiera especialmente entusiasmado por nuestra victoria. Los dos sentíamos compasión por las pobres criaturas que habían sido reducidas a su horrible

estado por la tiranía del cruel Tul Axtar, pero eran sus vidas o las nuestras y nos sentíamos complacidos del resultado final.

Eché, precavido, un vistazo en torno al caer nuestro último antagonista y me alegré de haberlo hecho, porque inmediatamente descubrí a tres criaturas acurrucadas encima de una breve colina no muy distante.

—¡Todavía no hemos terminado, Tavia! —dije— ¡Mira! —indiqué la dirección de los tres tipos.

—Tal vez no se atrevan a seguir la suerte de sus compañeros —dijo ella—. No se acercan.

—¡Por lo que a mí respecta, si quieren pueden tener la paz! —exclamé— Vámonos de aquí. Si nos siguen, tendremos tiempo de sobra para decidir qué hacemos.

Mientras avanzábamos hacia el norte mirábamos atrás de vez en cuando; ahora vi que los tres hombres se levantaban y bajaban la colina acercándose a los cuerpos de sus amigos; al hacerlo, nos dimos cuenta de que eran mujeres y estaban desarmadas.

Cuando comprendieron que nos íbamos y que no teníamos intención de atacarles echaron a correr, lanzando gritos chirriantes, dirigiéndose hacia los muertos como enloquecidas.

—¡Es patético! —dijo Tavia tristemente— Hasta esas infelices criaturas degradadas tienen sentimientos humanos. También pueden sentir pena por la pérdida de sus seres queridos.

—Sí —convine—, pobrecillas, lo siento por ellas.

Temiendo que en el frenesí de su pesar pudieran intentar la venganza de sus compañeros muertos las mantuvimos vigiladas; de otro modo, no habiéramos sido testigos del horroroso final de la lucha. ¡Y ojalá no lo hubiéramos presenciado, porque cuando las tres mujeres llegaron a los cadáveres, se lanzaron sobre ellos, no ya para llorar ni lamentarse, sino para devorarlos!

Nos volvimos sintiendo que las náuseas se apoderaban de nosotros y nos dirigimos rápidamente al norte hasta mucho después de anochecer.

Pensamos que había pocas probabilidades de ser atacados de noche ya que no había bestias salvajes en un país carente de alimentos y era de suponer que los cazadores saldrían de día, más que de noche, ya que en la oscuridad les resultaría más difícil localizar una presa y seguirla.

Sugerí a Tavia que descansara un poco; luego seguiríamos el resto de la noche y buscaríamos un lugar donde ocultarnos al amanecer, quedándonos allí hasta que la noche cayera de nuevo, ya que estaba seguro de que siguiendo este plan avanzaríamos más y sufriríamos menos agotamiento andando en las horas frescas de la noche, al tiempo que reduciríamos el riesgo de ser descubiertos y atacados por cualquier banda hostil que encontráramos entre nosotros y Gathol.

Tavia estuvo de acuerdo conmigo, por lo que descansamos un rato, haciendo turnos para dormir y vigilar.

Seguimos luego nuestro camino y estoy seguro de haber cubierto una gran distancia antes del amanecer, aunque las elevadas colinas del norte seguían pareciendo muy lejanas, igual que el día anterior.

Nos pusimos a buscar un lugar cómodo donde ocultamos durante el día. Ninguno de los dos sufría hambre ni sed, como hubieran sufrido los antiguos en semejantes circunstancias, ya que la gradual disminución de agua y verduras en Marte durante incontables eras hizo que todas las criaturas del planeta sufrieran un lento proceso de evolución que les permitía pasarse largos períodos sin comida o bebida, y habíamos aprendido, además, a controlar nuestras mentes para no pensar en ellas hasta que podíamos conseguirlas, lo que sin duda nos ayudaba en gran manera a controlar nuestras ansias.

Tras una búsqueda considerable encontramos un barranco profundo y estrecho que nos pareció el mejor sitio para escondernos, pero, apenas habíamos entrado en él cuando vi, por casualidad, dos ojos que nos miraban desde la cresta de un caballón que lo flanqueaba. Estaba mirándolos cuando desaparecieron por detrás de la cresta.

—Eso descarta este lugar —dije a Tavia al informarle de lo que había visto—. Debemos salir de aquí y buscar un nuevo refugio.

Cuando salimos del barranco por su extremo superior eché un vistazo hacia atrás y de nuevo vi aquella criatura que nos miraba, que trató de ocultarse de nuevo. Mientras avanzábamos miraba atrás de vez en cuando y volví a verle alguna vez: era uno de los cazadores de U-Gor. Nos estaba acechando como la bestia salvaje acecha a su presa. Sólo pensarlo me hizo sentirme incómodo. De haber sido un guerrero acechándonos para matarnos no me hubiera sentido así, pero pensar que nos seguía con el fin de devorarnos era repugnante, horrible.

Aquella cosa se mantuvo hora tras hora tras nuestra estela; sin duda temía atacarnos por ser dos, o quizá pensó que nos separaríamos o que nos echaríamos a dormir, o que haríamos cualquier otra cosa que puedan hacer los viajeros dándole la oportunidad que buscaba, pero tras largo tiempo debió abandonar toda esperanza. Dejó de ocultarse de nosotros y en una ocasión trepó a una colina de poca altura y se mantuvo de pie, silueteado contra el cielo y alzando la cabeza lanzó un aullido, un grito horrible que me erizó los pelos del cogote: era el alarido de caza que lanza la bestia que llama a su manada para matar.

Sentí el estremecimiento de Tavia y la apreté contra mí, rodeándola con un brazo en un gesto de protección y así caminamos largo rato en silencio.

La criatura lanzó dos veces más su aterrador grito hasta que finalmente fue respondido desde algún lugar situado a la derecha, delante de nosotros.

Otra vez nos vimos forzados a luchar, pero esta vez sólo con dos y, cuando reanudamos nuestro camino lo hicimos con un sentimiento de depresión que no podíamos sacudirnos, depresión por lo desesperanzado a ultranza de nuestra situación.

Me detuve en la cima de una colina más alta que habíamos cruzado. En ella crecían algunos matorrales altos.

—Vamos a tumbarnos, Tavia —dije—. Desde aquí podemos vigilar; vamos a permanecer en guardia un rato, dormiremos y cuando llegue la noche nos pondremos en marcha.

Parecía cansada y eso me preocupó, pero pienso que sufría más por la tensión nerviosa del interminable acecho que por fatiga física. Sé que eso me había afectado y que podía afectar mucho más a una muchacha joven que a un luchador bien entrenado. Se acostó muy cerca de mí, como si así se sintiera más segura, mientras yo montaba la guardia.

Desde aquella atalaya podía ver una amplia zona del terreno que nos rodeaba y no pasó mucho tiempo antes de que detectara unas figuras humanas que merodeaban como banths cazadores y era evidente con frecuencia que una acechaba a otra. En un momento dado vi no menos de media docena. Vi un tipo que alcanzó a su presa y saltó sobre su espalda. Estaban demasiado lejos de mí como para ver su lucha al detalle, pero pensé que el atacante había atravesado al otro con su espada y entonces, como un banth cazador, saltó sobre ella y empezó a devorarla. No sé si la consumió entera, pero estaba comiendo cuando cayó la noche.

Tavia durmió largamente y cuando se despertó me reprochó por haberla dejado tanto tiempo, insistiendo en que también yo tenía que dormir.

La necesidad me ha enseñado a dormir sólo un rato cuando las condiciones no permiten perder el tiempo, aunque siempre lo recupero después, de manera que había aprendido a limitar mi tiempo de sueño como me conviniera de manera que, ahora, me

desperté en cuanto pasó el breve tiempo que me había concedido a mí mismo y reanudamos nuestra marcha hacia la lejana Gathol.

Esta noche, una vez más, como había sucedido la anterior, avanzamos sin ser molestados por el horrible páramo de U-Gor y cuando amaneció vimos que las elevadas colinas se alcanzan cerca de nosotros.

—Quizá estas colinas marquen el límite norte de U-Gor —sugerí.

—Creo que así es —contestó Tavia.

—Ya están a poca distancia —dije—. Vamos a seguir andando hasta que las atravesemos. Me siento impaciente por dejar esta tierra maldita atrás cuando antes.

—Lo mismo que yo —dijo Tavia—. Me enferma pensar en lo que he visto.

Habíamos cruzado un estrecho valle y llegábamos a las colinas cuando oímos el odioso grito de caza a nuestras espaldas. Al volverme vi a un solo hombre que cruzaba el valle dirigiéndose a nosotros. Sabía que le habíamos visto, pero siguió avanzando sin vacilar, deteniéndose a veces para lanzar su extraño aullido. Llegó una respuesta desde el este, y luego otra, y otra más, de distintas direcciones. Nos apresuramos a trepar las bajas laderas que llevaban a la cumbre, mucho más lejos. Al mirar atrás vi que los cazadores convergían sobre nosotros desde todos lados. Nunca habíamos visto antes tantos juntos.

—Quizá si trepamos lo bastante alto por las montañas podamos escabullimos —dije.

Tavia agitó la cabeza.

—Por lo menos, Hadron, hemos luchado bien —respondió.

Comprendí que estaba desanimada y no podía reprochárselo, pero un instante después me miró y sonrió ampliamente.

—¡Seguimos vivos, Hadron de Hastor! —exclamó.

—Seguimos vivos y tenemos nuestras espadas —le recordé.

Mientras trepábamos nuestro perseguidores se fueron acercando y vi que otros llegaban por las colinas de la derecha y la izquierda. Nos vimos obligados a volvernos de las colinas por las que confiábamos en cruzar la cresta de la cordillera ya que por arriba aparecieron otros cazadores que descendían hacia nosotros. Directamente delante teníamos un elevado pico, el más alto de la cadena montañosa, por lo que podía ver, y sólo allí, en su lado más escarpado, no había cazadores que nos cerraran el paso.

Mientras trepábamos, las laderas de la montaña se hizo más pina hasta que el ascenso resultó no sólo arduo al máximo, sino difícil y peligroso en ocasiones. No teníamos, sin embargo, ninguna otra alternativa y proseguimos nuestra escalada hacia la cumbre, mientras los cazadores de U-Gor nos seguían. No se apresuraban, lo que me llevó a la conclusión de que nos tenían arrinconados. Yo buscaba un lugar donde detenernos, pero no encontré ninguno y finalmente llegué a la cima, un espacio circular llano de unos treinta metros de diámetro.

Como nuestros perseguidores seguían estando a corta distancia atravesé rápidamente la pequeña meseta de la cresta. Toda la cara norte descendía a pico en unos sesenta metros, lo que bloqueaba definitivamente nuestra retirada. Por todas las demás direcciones ascendían los cazadores. No teníamos salida, al parecer, pero nos negamos a admitir nuestra denota.

La cresta de la montaña estaba cubierta de rocas sueltas. Lancé una piedra al caníbal más próximo y tuve la fortuna de golpearle en la cabeza, con lo que le mandé ladera abajo, arrastrando consigo a un par de sus colegas. Tavia siguió entonces mi ejemplo y empezamos a bombardearles, pero fallábamos más que acertábamos y había tantos, tan fieros y hambrientos, que ni siquiera detuvimos su avance. Tan numerosos eran que se me antojaron una plaga de insectos que trepaban desde abajo; enormes, grotescos insectos que pronto caerían sobre nosotros y nos devorarían.

A medida que se acercaban lanzaban un nuevo grito que nunca había oído antes. Era distinto del grito de caza, pero igualmente terrible.

—Es su grito de guerra—dijo Tavia.

Poco a poco, con una persistencia incansable, la multitud de cazadores se cernía sobre nosotros. Sacamos las espadas; eran nuestro último recurso. Tavia se apretó contra mí y por primera vez creí sentir sus temblores.

—No dejes que me cojan —dijo—. No es la muerte lo que más temo.

Sabía lo que quería decir y la tomé en mis brazos.

—¡No puedo hacerlo, Tavia! —exclamé— ¡No puedo!

—Debes hacerlo —respondió con voz firme—. Si me quieres, aunque sea como amigo, no puedes dejar que esas bestias me cojan viva.

No pude articular palabra, pero sabía que ella tenía razón. Desenvainé mi daga.

—¡Adiós, Hadron!... ¡Mi Hadron!

Me ofrecía el pecho desnudo para recibir mi daga, con el rostro levantado hacia mí. Seguía siendo una cara valiente, sin el menor rastro de miedo y ¡qué bella era!

Impulsivamente, movido por un poder que no pude controlar, me incliné y oprimí sus labios con los míos. Con los ojos entornados, ella apretó los suyos contra mi boca más fuerte aún.

—¡Oh, Issus! —musitó al apartarse, y añadió— ¡Ya vienen! ¡Hiere ahora, Hadron, y hiere a fondo!

Las bestias casi habían alcanzado la cima. Levanté la mano armada para hundir la daga profundamente en su perfecto seno. Para mi sorpresa, mis nudillos golpearon algo duro por encima de mí. Levanté la vista: no había nada, pero algo me movió a palpar de nuevo para solucionar aquel extraordinario misterio, incluso en aquel instante intensamente trágico.

Y volví a sentir algo allá arriba. ¡Por Issus que había algo! Mis dedos recorrieron una superficie lisa, una superficie familiar. ¡No podía ser! Y, sin embargo, ¡tenía que ser el *Jhama*!

No me hice preguntas ni invoqué al destino en aquel instante. Los cazadores de U-Gor estaban casi encima de nosotros cuando mis dedos, a tientas, encontraron una de las argollas de amarre de la proa del *Jhama*. Elevé rápidamente a Tavia por encima de mi cabeza.

—¡Es el *Jhama*! —grité— Trepa a bordo.

La querida muchacha, tan rápida para aprovechar las oportunidades fortuitas como el luchador mejor entrenado, no se detuvo a preguntar, sino que se elevó hasta el puente con la agilidad de una atleta y cuando yo cogí la argolla de amarre y me alcé, ella, tendida boca abajo, alargó los brazos para ayudarme; la fuerza de su cuerpo estuvo a la altura de la tarea que realizó.

Los jefes de la horda habían llegado a la cima. Hicieron una pausa, momentáneamente confusos al vernos trepar por el aire y detenernos en apariencia justo encima de sus cabezas, pero el hambre les empujó y saltaron tratando de agarrarnos, trepando unos a las espaldas y hombros de otros para tirar de nosotros.

Dos de ellos casi alcanzaron el puente y, mientras yo luchaba con ellos con una sola mano, Tavia elevó la escotilla y llegó a los mandos de un salto.

Otro ser de repelente cara había llegado al puente por el lado opuesto y fue la suerte la que me hizo verle antes de que pudiera atravesarme la espalda con su arma. El *Jhama* ya se estaba elevando y me volví para entablar combate con él. Había poco espacio, pero yo tenía la ventaja de saber hasta dónde llegaba el puente bajo mis pies, mientras que él no veía otra cosa que el aire. Creo que esto le asustó, además, porque cuando me lancé hacia él, dio un paso atrás y, con un alarido de terror, se precipitó al espacio cayendo a tierra.

Nos habíamos salvado, pero, ¿cómo diablos había llegado el *Jhama* a aquel lugar?

¡Quizá Tul Axtar estaba a bordo! Ese pensamiento me llenó de alarma sobre la seguridad de Tavia, por lo que, pronta la espada salté por la escotilla a la cabina. Sólo Tavia estaba en ella.

Tratamos de llagar a una explicación sobre el milagro que nos había salvado, pero ninguna conjetura nos aportó cosa alguna que fuera en absoluto satisfactoria.

—Estaba allí cuando más la necesitamos —dijo Tavia—: ese hecho debiera satisfacerlos.

—Creo que nos tendremos que conformar, por el momento, cuando menos —dije. Ahora, pongamos, una vez más, proa a Helium.

Habíamos pasado un corto espacio más allá de las montañas cuando avisté una nave a distancia y poco después otra, y otra luego, hasta que comprendí que nos estábamos acercando a una gran flota que volaba en dirección este. Cuando nos acercamos vi que las naves estaban pintadas con el horroroso color azul de Jahar y comprendí que aquella era la formidable armada de Tul Axtar.

Entonces vi otros navíos que se aproximaban desde el este y supe que era la flota de Helium. No podía ser otra y, sin embargo, me tenía que asegurar por lo que aceleré en dirección a la nave más próxima de esta segunda flota hasta que vi las banderas y pendones de Helium flotando en la obra muerta y la insignia de combate del Señor de la Guerra pintada en la proa. Detrás venían otras aeronaves, una noble flota que avanzaba hacia su inevitable destino.

Un crucero jahariano avanzaba hacia el primer gran acorazado; me lancé a interceptarlo y utilicé uno de mis fusiles.

Me vi obligado a llegar muy cerca del blanco, lo mismo que el crucero jahariano, ya que la distancia efectiva del fusil desintegrador es extremadamente limitada.

A bordo del acorazado de Helium todo estaba dispuesto para entrar en acción, pero yo sabía por qué no habían disparado un cañón. John Carter, el Señor de la Guerra de Barsoom, había presumido siempre de que jamás desataría una guerra. El enemigo debía disparar primero. Si yo hubiera podido llegar a tiempo, le hubiera convencido de las fatales consecuencias de un código tan magnánimo y caballeroso y las naves de Helium, con sus cañones de largo alcance, podían haber aniquilado la flota completa de Jahar antes de que hubieran logrado llegar al alcance de sus mortales fusiles, pero el destino había dispuesto otra cosa, y lo mejor que podía hacer era llegar a la nave jahariana antes de que fuera demasiado tarde.

Tavia manejaba los mandos. Volábamos a gran velocidad hacia el crucero azul de Jahar. Yo estaba de pie, detrás del fusil de proa. Un instante después estaríamos dentro del alcance del arma, cuando vi que el gran acorazado de Helium se deshacía en el aire. Sus partes de madera cayeron lentamente a tierra y un millar de guerreros fueron lanzados a una muerte cruel en la yerma tierra que sobrevolaban.

Casi inmediatamente las restantes naves de Helium se pararon de golpe. Habían sido testigos de la catástrofe que había acabado con el primer navío de la línea y el comandante de la flota se dio cuenta de que estaban amenazados por una nueva fuerza de la que no tenían conocimiento.

Las naves de Tul Axtar, estimuladas por este primer éxito, se desplazaban ahora rápidamente lanzándose al ataque. El crucero que había destruido el gran acorazado encabezaba el grupo, pero ahora lo tenía a mi alcance.

Comprendiendo que la pintura azul de protección de Jahar evitaría que el rayo desintegrador alcanzara la nave, había metido en la recámara del fusil un cartucho de otro tipo y moviendo la boca del arma de manera que barriera toda la longitud de la nave apreté el gatillo.

Los hombres de a bordo de la nave se disolvieron instantáneamente en el aire; sólo quedaron sus correajes, sus insignias y sus armas.

Dando instrucciones a Tavia para que pusiera el *Jhama* al costado, levanté la escotilla superior y salté al puente del crucero y un instante después icé la señal de rendición. Cabe imaginarse la consternación a bordo de los buques más próximos de Jahar cuando sus tripulantes vieron la señal que ondeaba en el mástil de proa, pues ninguno había estado lo bastante cerca para ver lo que realmente pasaba a bordo.

Volviendo a la cabina del *Jhama*, bajé la escotilla y me dirigí al periscopio. Allá lejos, al final de la primera línea de naves jaharianas, vi la insignia real en un gran acorazado, señal de que Tul Axtar estaba a bordo, pero en una posición segura. Me hubiera gustado alcanzar su nave a continuación, pero la flota avanzaba hacia las de Helium y no me atreví a perder tiempo.

Las naves de Helium habían abierto fuego ya y los proyectiles explotaban entre las naves que abrían la marcha de la flota jahariana —unos proyectiles tan precisamente ajustados que se podían regular para que explotaran en cualquier punto hasta el máximo alcance del cañón que los disparaba. Hacía falta ser un buen cañonero para sincronizar el tiempo con la diana.

A medida que se abatía una nave de la flota jahariana tras otra, las restantes pusieron en acción sus enormes cañones. Por lo menos temporalmente, los fusiles de rayos desintegradores habían fallado, pero hubieran tenido éxito, lo sabía, si una nave, aunque fuera una sola, hubiera atravesado la línea heliumética, donde en unos pocos minutos hubiera podido destruir una docena de grandes acorazados.

Los artilleros jaharianos eran deficientes; los proyectiles solían explotar a gran altura en el aire antes de alcanzar el blanco, pero fueron mejorando a medida que discurría la batalla. Sin embargo, yo sabía que Jahar nunca podría soñar en derrotar a Helium con las propias armas de ésta.

Uno de los grandes acorazados de la flota de Tul Axtar fue alcanzado tres veces seguidas a mi costado. Vi cómo caía por popa y supe que estaba acabado; entonces vi cómo su comandante corría a proa y lanzaba la nave en una última y larga zambullida y supe que a bordo de la flota de Tul Axtar había tantos hombres valientes como en la de Helium; Tul Axtar, sin embargo, no era uno de ellos porque vi, allá a lo lejos, cómo su buque insignia se lanzaba a toda velocidad hacia Jahar.

La gran flota prosiguió con su ataque a pesar de la cobardía del jeddak. Si tenían el valor suficiente todavía podían ganar, ya que sus naves superaban en número de diez a uno a las de Helium y hasta donde alcanzaba la vista se les podía ver volando a toda velocidad desde el norte, el sur y el oeste aproximándose al campo de batalla.

Las naves de Helium presionaban cada vez más acercándose a las de Jahar. En su ignorancia, el Señor de la Guerra estaba entregándose directamente en manos del enemigo. Con su puntería superior y con veinte acorazados protegidos con la pintura azul de Jahar, Helium podría borrar del mapa la gran armada de Tul Axtar. Estaba seguro de ello, y esa seguridad me trajo una inspiración: se podía hacer y sólo Tan Hadron de Hastor podía hacerlo.

Explotaban proyectiles por todos lados. Las ondas expansivas hacían balancear el *Jhama* hasta que empezó a balancearse y cabecear como un navío de antaño en un mar antiguo. Una y otra vez nos situamos peligrosamente cerca de la línea de fuego de los fusiles de rayos desintegradores jaharianos. Pensé que no debía seguir poniendo a Tavia en riesgo, pero era necesario que llevara a cabo el plan que había concebido.

Es extraña la forma en que los hombres cambian por razones, al parecer, triviales. Toda mi vida había pensado que haría cualquier sacrificio por Helium, pero ahora sabía que no pondría en riesgo ni un solo cabello de aquella alborotada cabeza por todo Barsoom. Esto, me dije, es amistad.

Me puse a los mandos y volví la proa del *Jhama* a una de las naves de Helium que estaba temporalmente fuera de la línea de fuego y, a medida que nos acercábamos a su costado, entregué los mandos a Tavia de nuevo y elevando la escotilla de proa salté al

puente del *Jhama*, alcanzado ambas manos sobre mi cabeza en señal de rendición, para el caso de que me tomaran por un jahariano.

¿Qué habrían pensado cuando me vieron flotando, aparentemente, erguido en el aire. A juzgar por las expresiones de los rostros de los que estaban más cerca de mí cuando el *Jhama* entró en contacto con el costado de su nave, era evidente que estaban los tripulantes del acorazado atónitos.

No dejaron de apuntarme cuando subí a bordo, dejando a Tavia para maniobrar el *Jhama*.

Antes de que pudiera presentarme un joven oficial de mi propio *umak* me reconoció. Lanzando un grito de sorpresa dio un paso adelante y me abrazó.

—¡Hadron de Hastor! —gritó— Acabo de ser testigo de una resurrección, pero no, eres demasiado real, estás demasiado vivo como para ser un fantasma del otro mundo.

—¡Ahora es cuando estoy vivo! —exclamé— ¡pero ninguno lo estaremos a menos que pueda hablar con tu comandante! ¿Dónde está? —Aquí —dijo una voz a mis espaldas.

Me volví encontrándome con un viejo *odwar* que había tenido gran amistad con mi padre. Me reconoció de inmediato, pero no había tiempo ni siquiera para intercambiar saludos.

—¡Prevén a la flota que las naves de Jahar están armadas con fusiles de rayos desintegradores que pueden disolver cualquier buque como viste que disolvieron el primero. Sólo son eficaces a corta distancia. Manteniéndose a la distancia de un haad de ellos se está relativamente seguro. Y ahora, si me das tres hombres y apartas el fuego de tu flota de las naves jaharianas al sur de su línea, te daré veinte naves en una hora, naves protegidas con el color azul de Jahar a las que puedes dirigir sus fusiles de rayos desintegradores con toda impunidad.

El *odwar* me conocía bien y accedió a lo que le había pedido, asumiendo toda la responsabilidad.

Designó a tres *padwars* de mi propia clase para que me acompañaran. Traje a Tavia a bordo del acorazado y la puse bajo la protección del viejo *odwar*, aunque ella se opuso tenazmente a separarse de mí.

—Hemos pasado por todo esto juntos, Hadron de Hastor —protestó—; deja que sigamos juntos hasta el final.

Se me había acercado tanto y hablaba en un tono de voz tan bajo que nadie pudo oírla. Tenía fijos en mí sus ojos suplicantes.

—No puedo arriesgarte más, Tavia —dije.

—Eso es que crees que vas a correr un gran peligro —respondió ella.

—Vamos a correr peligro, desde luego —respondí—; estamos en guerra y nunca se puede decir. Pero no te preocupes, volveré sano y salvo.

—Entonces lo que pasa es que temes que me interponga —dijo la muchacha— y que otro haría el trabajo mejor que yo.

—¡Nada de eso! Sólo pienso en tu seguridad.

—Si mueres no viviré, lo juro —dijo—, por tanto, si puedes confiar en que sabré hacer el trabajo de un hombre, llévame contigo en vez de uno de ellos.

Vacilé.

—¡Oh, Hadron de Hastor! Por favor, no me dejes aquí sola—suplicó. No pude resistirme.

—Está bien —respondí—, ven conmigo. Mejor tú que cualquier otro. Así fue como Tavia sustituyó a uno de los *padwars* a bordo del *Jhama*, ante el considerable disgusto del oficial.

Antes de embarcar en el *Jhama* me volví al viejo *odwar*.

—Si tenemos éxito —dije—, varios acorazados de Tul Axtar avanzarán lentamente hacia las líneas de Helium enarbolando señales de rendición. Sus tripulaciones habrán sido destruidas. Haz que haya partidas de abordaje listos para subir a bordo.

Ni que decir tiene que todo el personal a bordo del acorazado estaba profundamente interesado en el *Jhama*, aunque todo lo que podían ver del mismo era una escotilla abierta y el ojo del periscopio. La oficialidad y el resto de la tripulación se agrupó en la barandilla y cuando subimos a bordo de la nave invisible y cerré la escotilla oí que nos dedicaban una prolongada ovación.

Mi primera acción puso plenamente de manifiesto cuánto necesitaba a Tavia, ya que la situé en la torreta de popa a cargo del fusil instalado en ella, mientras que uno de los padwars se hizo cargo de los mandos y giró la proa del *Jhama* hacia la flota jahariana.

Yo permanecí de pie en una posición desde la que podía contemplar la cambiante escena en el cristal esmerilado del periscopio y en el momento en que un gran acorazado pasaba lentamente por la imagen en miniatura que tenía delante di instrucciones al padwar para que lo siguiera en línea recta; sin embargo, un instante después vi otro acorazado que se ponía por delante del primera. Era mejor éste, por lo que cambiamos el rumbo para pasar entre los dos.

Avanzaban valientemente hacia la flota de Helium, mientras disparaban sus grandes cañones y reservaban sus fusiles de rayos desintegradores para cuando estuvieran más cerca. ¡Qué espectáculo tan magnífico y, sin embargo, qué impotente! El diminuto e invisible *Jhama*, con sus pequeños fusiles, suponía una amenaza mayor para ellos que toda la flota de Helium. Proseguían su avance, ignorantes del inevitable destino que se cernía sobre ellos.

—Barre la nave de estribor de proa a popa —instruí a Tavia—. Yo me ocuparé de su compañera por nuestra portilla. ¡A media máquina! —dije al padwar que estaba a los mandos.

Pasamos lentamente a sus proas. Oprimí el gatillo de mi fusil y por la diminuta abertura de la mira vi cómo, al pasar las dos naves, las tripulaciones se disolvían al paso de los terribles rayos. Estábamos muy cerca, tanto que pude ver las expresiones de consternación y horror en los rostros de algunos guerreros al observar cómo sus compañeros desaparecían ante sus ojos, pero entonces les llegó el turno y también ellos se desvanecieron en un abrir y cerrar de ojos, mientras sus armas y emblemas chocaban con sonido metálico contra el suelo del puente.

Cuando pasamos a popa, una vez terminada nuestra tarea, hice que el padwar pusiera el *Jhama* al costado de una de las naves, a la que abordé rápidamente izando la señal de rendición. Con la muerte del oficial que estaba a los mandos iba a la deriva empujada por el viento, pero me apresuré a arruinarla de nuevo para dirigir su proa, a media máquina, hacia las naves de Helium. Fijé los mandos y abandoné la nave.

Volviendo al *Jhama*, pasamos rápidamente a la otra nave que unos instantes más tarde también empezó a navegar lentamente hacia la flota del Señor de la Guerra con la señal de rendición ondeando sobre ella.

Habíamos asestado el golpe con tal rapidez que incluso las naves de Jahar más próximas tardaron algún tiempo en darse cuenta de que algo andaba mal. Quizá no pudieran dar crédito a sus ojos al ver cómo dos acorazados de gran porte se rendían sin haber recibido ni un solo disparo; sin embargo, en aquel momento, el comandante de un crucero ligero pareció comprender lo grave de la situación, aunque no pudiera entenderla por completo. Ya nos estábamos desplazando hacia otro acorazado cuando vi que el crucero se lanzaba directamente hacia una de las presas ya capturadas por nosotros y tuve la seguridad de que nunca llegaría hasta la flota de Helium si el crucero conseguía abordarla, algo que tenía que evitar a toda costa. El rumbo que seguía el crucero le llevaría a cruzar por delante de nuestra proa; al pasar lo acribillé con el fusil delantero.

Vi que iba a ser imposible que el *Jhama* alcanzara a este rápido crucero, que se desplazaba a toda velocidad, por lo que nos vimos precisados a dejarle seguir su rumbo. En principio temimos que se lanzaría sobre nuestra presa más próxima y que si chocaba de frente con ella a la velocidad a la que iba el crucero se incrustaría hasta la mitad del

casco del acorazado. Por fortuna, pasó rozando la gran nave por el grosor de un cabello y se internó volando a toda velocidad hasta el centro de la flota de Helium.

Al instante se convirtió en blanco de cien cañones; una barrera de proyectiles estallaban a su alrededor y debió recibir no menos de una docena de impactos simultáneos porque desapareció, sin más, convertido en una masa de chatarra que caía a tierra.

Cuando volví a nuestra tarea vi los estragos que estaban causando los poderosos cañones de Helium entre las naves enemigas situadas al norte. Justo cuando las miraba vi que tres grandes acorazados iniciaban su zambullida final, mientras que otros cuatro estaban al garete, empujados sin remedio por el viento, pero otras naves de la poderosa armada se lanzaban ya a la acción. Hasta donde podía apreciarlo, llegaban desde el norte, el sur y el oeste. No parecían tener fin y ahora comprendí que sólo un milagro podía dar la victoria a Helium.

Según había sugerido yo, nuestra propia flota estaba a la espera, concentrando el fuego de los grandes cañones en las naves de Jahar más próximas, tratando constantemente de mantener los mortíferos fusiles fuera de alcance.

Volvimos al trabajo, al lúgubre trabajo que el dios de las batallas nos había asignado. Uno a uno, veinte grandes acorazados rindieron sus puentes desiertos a nuestro empuje y conté que otra veintena, por lo menos, había sido destruida por los cañones del Señor de la Guerra.

En la realización de nuestro trabajo nos habíamos visto obligados a destruir no menos de una docena de naves pequeñas, tales como patrulleros y cruceros ligeros, que ahora volaban erráticos entre las demás naves de la flota jahariana, llevando la consternación, e indudablemente el terror, a los corazones de los guerreros de Tul Axtar ya que las naves más cercanas tenían que haberse dado cuenta, largo tiempo atrás, de que las aeronaves de Helium habían lanzado contra ellos alguna fuerza nueva y extraña.

A estas alturas habíamos llegado tan lejos, por detrás de la primera línea jahariana, que ya ni veíamos las naves de Helium, aunque los estallidos de los proyectiles demostraban que seguían allí.

La experiencia me había demostrado que sería necesario proteger a las naves jaharianas capturadas para evitar que fueran recuperadas, por lo que di la vuelta y tomé una posición desde la que podía vigilar al mayor número posible; hice bien, porque, como comprobé, se hizo necesario destruir las tripulaciones de tres naves más, antes de que llegáramos a la línea de batalla de Helium.

Ya habían enviado tripulantes a una docena de acorazados jaharianos capturados que, con las banderas y pendones de Helium ondeando al viento, habían dado la vuelta y se desplazaban para entrar en acción contra sus hermanos.

Ahí fue donde la moral de Jahar quedó destrozada. Creo que fue demasiado para ellos ya que, sin lugar a dudas, la mayoría pensaba que esas naves se habían pasado voluntariamente al enemigo con toda su oficialidad y resto de tripulantes ya que muy pocos, quizá ninguno, podía saber que aquellos habían sido destruidos.

Hacía mucho tiempo que su jeddak les había abandonado a su suerte. Veinte de sus naves más poderosas se habían pasado al enemigo y, protegidas ahora por el color azul de Jahar y tripuladas por los mejores artilleros de Barsoom, estaban abriendo auténticos surcos entre ellos, extendiendo muerte y destrucción por todos lados.

Una docena de naves de Tul Axtar se rindió voluntariamente, visto lo cual por otras, se dieron la vuelta y se dispersaron. Muy pocas se dirigieron a Jahar, de lo que deduje que pensaban que la ciudad caería inevitablemente.

El Señor de la Guerra no hizo esfuerzo alguno por perseguir a las naves que huían; en vez de ello, estacionó las que habíamos capturado al enemigo, más de treinta en total, alrededor de la flota de Helium para que sirvieran de coraza contra los fusiles de rayos

desintegradores del enemigo si se producía un nuevo ataque; luego, lentamente, avanzamos hacia Jahar.

## CAPÍTULO XVI - Desesperación

Inmediatamente después de concluir la batalla, el Señor de la Guerra mandó buscarme e instantes después Tavia y yo abordábamos el buque insignia.

El Señor de la Guerra en persona salió a nuestro encuentro.

—Sabía que el hijo de Had Urtur se comportaría como tal —dijo—. Helium nunca podrá pagar la deuda de gratitud que tiene hoy contigo. Has estado en Jahar; lo que has hecho hoy me convence de ello. ¿Podemos ir seguros a tomar la ciudad?

—No —respondí, y le expliqué en breves palabras la poderosa fuerza que Tul Axtar había reunido y el armamento con el que confiaba con dominar el mundo—. Hay, sin embargo, un camino.

—¿Cuál es?

—Manda una de las naves jaharianas capturadas con bandera de parlamento. Creo que Tul Axtar se rendirá porque es un cobarde. Huyó aterrorizado cuando la batalla no había hecho más que empezar.

—¿Respetará una bandera de parlamento?

—Pienso que sí, si la porta una de sus propias naves, protegida con la pintura azul de Jahar—contesté—. Pero, yo acompañaré a la nave con el *Jhama* invisible. Sé cómo entrar en el palacio. Ya hice prisionero a Tul Axtar una vez y quizá pueda hacerlo de nuevo. Si le tienes en tus manos puedes dictar las condiciones a la nobleza, que está asustada ante el terrorífico poder de la multitud hambrienta a la que sólo mantiene a raya el terror instintivo que sienten por su jeddak.

Mientras esperábamos que se abordara el crucero que fue jahariano, que llevaría la bandera de parlamento, John Carter me dijo lo que había retrasado tantos meses la expedición contra Jahar.

El mayordomo del palacio de Tor Hatan, a quien habían confiado el mensaje para John Carter que hubiera dado lugar al descenso inmediato sobre Jahar, murió asesinado cuando se dirigía al palacio del Señor de la Guerra. La sospecha, por tanto, no recayó en Tul Axtar y las naves de Helium exploraron Barsoom durante muchos meses buscando a Sanoma Tora sin éxito.

Fue accidental que Kal Tavan, el esclavo, que había oído mi conversación con el mayordomo, se enterara de que las naves de Helium no habían sido enviadas a Jahar, porque lo normal es que un esclavo no participe de las confidencias de su amo y, entre todos éstos, el que menos confidencias hacía a sus servidores era el arrogante Tor Hatan. Pero Kal Tavan lo oyó por casualidad, se presentó ante el Señor de la Guerra y le hizo el relato.

—Le di la libertad por sus servicios —dijo John Carter—, ya que sus modales delataban que había nacido noble en su país de origen, aunque no me lo dijo. Le di un cargo en la flota. Ha resultado ser un hombre excelente y no hace mucho que le ascendí a dwar. Como nació en Tjanath y prestó servicio en Kobol, estaba más familiarizado con esa parte de Barsoom que cualquier otra persona de Helium. En consecuencia, le puse bajo las órdenes del oficial navegante de la flota y ahora está a bordo del buque insignia.

—Tuve ocasión de fijarme en ese hombre inmediatamente después de que Sanoma Tora fuera raptada —dije—, y me causó muy buena impresión. Me alegro de que sea libre y cuente con el favor del Señor de la Guerra.

Ya estaba abordado el crucero que desplegaría la bandera de tregua. El oficial comandante informó al Señor de la Guerra y, mientras recibía instrucciones, Tavia y yo regresamos al *Jhama*. Habíamos decidido llevar a cabo los dos solos nuestra parte del

plan, porque si era necesario raptar a Tul Axtar de nuevo, yo confiaba, además, en encontrar a Phao y Sanoma Tora y, de ser así, la pequeña cabina del *Jhama* estaría bastante abarrotada sin contar con los dos padwars. Estos se mostraron reacios a abandonar la nave porque pensaban que habían tenido la experiencia más gloriosa de sus vidas durante su breve estancia a bordo, pero yo conseguí que el Señor de la Guerra les permitiera acompañar al crucero a Jahar.

Ya estábamos solos, de nuevo, Tavia y yo.

—Quizá este sea nuestro último viaje a bordo del *Jhama* —dije.

—No me vendría mal un descansito —contestó la muchacha.

—¿Estás cansada?

—Más de lo que pensaba hasta que me sentí segura con la gran flota de Helium a mi alrededor. Creo que estoy cansada de estar siempre en peligro, sencillamente.

—No debí traerte ahora —dije—. Pero aún tienes tiempo para volver al buque insignia. Ella sonrió.

—Sabes que no lo haría, Hadron.

¡Claro que lo sabía! Sabía que ella no me abandonaría. Permanecimos en silencio durante un rato, mientras el *Jhama* surcaba el espacio ligeramente a popa del crucero. Al mirar el rostro de Tavia me pareció que reflejaba un gran cansancio; había en él unas líneas de tristeza apenas perceptibles que no había visto antes. Habló con un tono monótono que apenas se parecía al suyo habitual.

—Creo que Sanoma Tora estará contenta de volver contigo esta vez —comentó.

—No lo sé —dije—. Para mí da igual que quiera venir o no. Mi deber es traerla.

Ella asintió.

—Quizá sea lo mejor —dijo—. Su padre es noble y muy rico.

No entendí qué tenía que ver aquello, pero como no estaba particularmente interesado, ni en Sanoma Tora ni en su padre, no seguí la conversación. Sabía que mi deber era devolver a Sanoma Tora a Helium, si ello era posible, y ese era el único interés que tenía en el asunto.

Hacia un buen rato que habíamos avistado Jahar antes de encontrar naves de guerra; entonces apareció un crucero que vino al encuentro del nuestro que llevaba la bandera de parlamento. Los comandantes de ambas naves intercambiaron unas palabras y entonces la jahariana dio la vuelta y puso rumbo al palacio de Tul Axtar. Avanzaba lentamente y como yo ya había formulado mis planes y el *Jhama*, gracias a su invisibilidad, no precisaba escolta, me puse delante. Dirigí mi nave directamente al ala del palacio donde estaban los alojamientos de las mujeres y di lentamente vueltas en círculo a su alrededor, con el periscopio apuntando a las ventanas.

Habíamos rodeado el extremo del ala, donde se encontraba el gran salón en el que Tul Axtar reunía a sus cortesanas, cuando el periscopio se situó delante de las ventanas de unas preciosas habitaciones. Detuve la nave ante ellas, como había hecho antes con otras que deseaba examinar, y mientras el periscopio en lento movimiento me fue ofreciendo sobre el cristal esmerilado distintas partes del gran salón, vi las figuras de dos mujeres que reconocí al instante: eran Sanoma Tora y Phao, y la primera vestía el lujoso traje de una jeddara. La mujer a la que amaba había logrado sus propósitos, pero aquella idea no me produjo el menor pinchazo de celos. Revisé el resto de la habitación sin encontrar a ningún otro ocupante; acerqué entonces el puente del *Jhama* al alféizar de la ventana, alcé la escotilla y salté al interior de la habitación.

Al verme, Sanoma Tora se levantó del diván en el que estaba reclinada y retrocedió aterrorizada. Pensé que iba a gritar pidiendo ayuda y le conminé a que se mantuviera en silencio, al tiempo que Phao saltaba y sujetando a Sanoma Tora por un brazo le tapó la boca con la palma de la otra mano. Un instante después estaba yo a su lado.

—La flota de Jahar ha sido derrotada por las naves de Helium — anuncié a Sanoma Tora— y yo he venido a devolverte a tu propio país.

La joven temblaba tanto que fue incapaz de contestar. Nunca había visto antes a alguien poseído por tan tremendo terror, sin duda inducido por una conciencia culpable.

—Me alegra que hayas venido, Hadron de Hastor—dijo Phao—, porque sé que me llevarás también a mí.

—No lo dudes —dije—, el *Jhama* está ahí fuera, junto a la ventana. ¡Vamos! Pronto estaremos seguros a bordo del buque insignia del Señor de la Guerra.

Mientras hablaba tuve conciencia de un extraño ruido que parecía venir de lejos y que fue creciendo de volumen hasta parecer que se acercaba cada vez más. No podía explicarlo; quizá no lo intenté porque, en el mejor de los casos, apenas me sentía interesado. Había encontrado a dos de las personas que buscaba. Las llevaría a bordo del *Jhama* y trataría luego de localizar a Tul Axtar.

La puerta se abrió de golpe en ese momento y un hombre entró a la carrera en la habitación. Era Tul Axtar. Estaba pálido como un cadáver y tenía la respiración entrecortada. Cuando me vio, se detuvo en seco, retrocedió de un salto y pensé que iba a volverse y echar a correr, pero miró temeroso hacia atrás, a la puerta abierta y se puso delante de mí temblando.

—¡Vienen a por mí! —gritó aterrorizado— ¡Me van a descuartizar!

—¿Quién viene? —pregunté.

—La gente —replicó—. Han forzado las puertas y vienen hacia acá. ¿No les oyes?

Así que ese era el ruido que había atraído mi atención, las hordas hambrientas de Jahar a la caza del autor de su miseria.

—El *Jhama* está al lado de la ventana —dije—. Si vienes a bordo, como prisionero de guerra, te llevaré a presencia del Señor de la Guerra de Barsoom.

—El también me matará —aulló Tul Axtar.

—Lo hará —le aseguré.

Se me quedó mirando un momento y pude ver en sus ojos y en la expresión de su rostro el reflejo de una idea que se le acababa de ocurrir. Sus facciones se iluminaron. Parecía lleno de esperanza.

—Iré —dijo—, pero antes déjame coger una cosa que quiero llevarme. Está en ese armario de allí.

—Date prisa —le dije.

Se acercó al armario, un mueble alto que casi llegaba al techo y al abrir la puerta quedó oculto a nuestra vista.

Mientras esperaba, pude oír el entrecocar de armas en los pisos superiores y gritos, aullidos y maldiciones de hombres que pensé que serían la guardia del palacio que había contenido, al menos de momento, a la multitud. Me impacienté.

—Date prisa, Tul Axtar —dije, pero no hubo respuesta.

Le llamé de nuevo, con el mismo resultado, y entonces crucé la habitación hasta el armario. ¡Tul Axtar no estaba detrás de la puerta!

El armario tenía muchos cajones de distintos tamaños, pero ninguno lo bastante grande para ocultar a un hombre, ni medio alguno para que pudiera pasar a otra habitación. Revisé por todos lados rápidamente, pero no pude encontrar a Tul Axtar, y entonces miré por casualidad a Sanoma Tora. Sin duda estaba intentando llamar mi atención, pero tan aterrorizada que no podía hablar. Señalaba la ventana con un dedo tembloroso. Miré donde indicaba, pero no pude ver cosa alguna.

—¿Qué? ¿Qué estás intentando decirme, Sanoma Tora? —pregunté corriendo a su lado.

—¡Se ha ido! —consiguió decir— ¡Se ha ido!

—¿Quién se ha ido?

—Tul Axtar.

—¿A dónde? ¿Qué quieres decir? —insistí.

—La escotilla del *Jhama*. Vi que se abría y se cerraba.

—¡Pero no es posible! Estábamos aquí, de pie, mirando —de repente se me ocurrió un pensamiento que me dejó casi paralizado. Me volví a Sanoma Tora—. ¿El manto de la invisibilidad? —musité.

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

Crucé la habitación de un solo salto hasta alcanzar la ventana y tanteé buscado el puente del *Jhama*. No estaba. La nave se había ido. Tul Axtar se la había llevado, ¡y a Tavia con él!

Me volví acercándome a Sanoma Tora.

—¡Maldita! —grité— Tu egoísmo, tu vanidad, tu traición han puesto en peligro la seguridad de una persona a la que no le llegas ni a la suela de sus sandalias.

Hubiera deseado apretar con mis dedos su perfecta garganta deseando ver la agonía de la muerte en su bello rostro, pero me limité a dar la vuelta, con los brazos caídos, porque soy un hombre, un noble de Helium, y las mujeres de Helium son sagradas, incluso Sanoma Tora.

Desde abajo llegaba el ruido de una renovada contienda. Sabía que si la multitud conseguía abrirse paso estábamos perdidos. Sólo había una esperanza de alcanzar una seguridad temporal al menos y esa era la esbelta torre que se alzaba por encima del gineceo.

—¡Seguidme! —ordené en tono tajante.

Al entrar en el corredor principal eché un vistazo al interior del gran salón donde Tul Axtar celebraba sus recepciones cortesanías. Estaba atestado con mujeres aterrorizadas, perfectamente conocedoras de la suerte que correrían las mujeres de un jeddak en manos de una multitud furiosa. Mi corazón estaba con ellas, pero no podía salvarlas. Mucha suerte tendría si lograba salvar a estas dos.

Cruzamos el pasillo y ascendimos por la rampa en espiral hasta el almacén donde tomé la precaución de correr el cerrojo una vez que hubimos entrado y entonces subí la escalera de mano que conducía a la trampilla de la cima de la torre seguido por las dos mujeres. Al levantar la trampilla y mirar alrededor casi se me escapa un grito de gozosa sorpresa: ¡volando en círculos a poca altura sobre el tejado del palacio estaba el crucero que ondeaba la bandera de parlamento! No temí el peligro de ser descubierto por los guerreros jaharianos ya que sabía bien que estaban ocupados allá abajo, o huyendo para salvar sus vidas, de manera que subí de un salto a lo más alto de la torre y llamé a los del crucero con una voz que bien se pudo oír por encima de los aullidos de la multitud. Del puente de la aeronave me llegó un grito de respuesta y un momento después descendió al nivel del tejado de la torre. Ayudado por la tripulación hice que Phao y Sanoma Tora subieran a bordo.

El comandante del crucero saltó a mi lado.

—Nuestra misión aquí no tiene objeto —me dijo—. Acaban de decirme que el palacio ha caído bajo el empuje de una horda de ciudadanos furiosos. Los nobles han cargado cada aparato con todo lo que pudieron llevarse y han huido. No hay nadie con quien podamos negociar la paz. Nadie sabe qué ha sido de Tul Axtar.

—Lo sé —respondí y le conté lo sucedido en las habitaciones de la jeddara.

—¡Debemos perseguirle! —exclamó— Debemos alcanzarle y llevarle a presencia del Señor de la Guerra.

—¿Y dónde buscamos? —pregunté—. El *Jhama* puede estar a una docena de sofads de nosotros y, pese a ello, no podemos verle. Le buscaré, no temas, y algún día le encontraré, pero por el momento es inútil tratar de localizar el *Jhama*. Volvamos al buque insignia del Señor de la Guerra.

No sé si John Carter se dio plena cuenta de la pérdida que había tenido yo, pero sospecho que sí, porque me ofreció todos los recursos de Helium para buscar a Tavia.

Le di las gracias, pero sólo le pedí una aeronave veloz, en la que pudiera dedicar el resto de mi vida a la que, estaba convencido, sería una búsqueda totalmente inútil de

Tavia porque cómo podía saber qué lugar del extenso Barsoom había elegido Tul Axtar para ocultarse. Conocía, sin duda, muchos lugares remotos de su propio imperio donde podría vivir con seguridad el resto de su vida en Barsoom. Se dirigiría a dicho lugar y nadie le vería pasar dada la invisibilidad del *Jhama*; no quedaría pista alguna que seguir y se llevaría a Tavia con él para convertirla en su esclava. Me estremecí al pensarlo, clavándome las uñas en las palmas de las manos.

El Señor de la Guerra ordenó que se abarloada al buque insignia uno de los aparatos más modernos y veloces de Helium. Era un aparato perfectamente acabado del tipo de semicabina capaz de acomodar a cuatro o cinco personas. Hizo que se transfirieran de los almacenes provisiones y agua suficientes, a los que añadió vino de Ptarth y frascos de la famosa miel de Dusar.

Sanoma Tora y Phao habían sido enviados por el Señor de la Guerra a la cabina, ya que el puente de un navío de guerra en servicio no es el lugar adecuado para las mujeres. Yo estaba a punto de marcharme cuando llegó un mensajero: Sanoma Tora deseaba verme.

—Yo no quiero verla —respondí.

—También su compañera le ruega que vaya —contestó el mensajero.

Eso era distinto. Casi me había olvidado de Phao, pero, si ella deseaba verme, iría, por lo que me dirigí a la cabina donde estaban las muchachas. Al entrar, Sanoma Tora vino hacia mí y se hincó de rodillas a mis pies.

—Ten piedad de mí, Hadron de Hastor —gritó—. He sido malvada, pero fue mi vanidad, no mi corazón, la que pecó. No te vayas. Vuelve a Helium y dedicaré mi vida a hacer tu felicidad. Tor Hatan, mi padre, es rico. El compañero de su única hija vivirá para siempre rodeado de lujos.

Temo que mis labios delataron el desdén que sentía en el corazón. ¡Qué alma tan ruin la suya! Ni siquiera en su humillación y penitencia era capaz de ver otra belleza y otra felicidad que no fueran la riqueza y el poder. Ella pensaba que había cambiado, pero yo estaba convencido de que Sanoma Tora no podría cambiar jamás.

—¡Perdóname, Tan Haron! —gritó—. Vuelve a mí, porque te amo. Ahora sé que te amo.

—Tu amor llega demasiado tarde, Sanoma Tora —respondí.

—¿Amas a otra?

—Sí.

—¿A la jeddara de algún país extraño que hayas visitado? —preguntó.

—A una esclava —contesté.

Su ojos se desorbitaron incrédulos. No concebía que alguien pudiera elegir a una esclava en vez de a la hija de Tor Hatan.

—Eso es imposible —dijo.

—Pero es cierto —le aseguré—, una pequeña esclava es más deseable para Tan Hadron de Hastor que Sanoma Tora, hija de Tor Hatan —me di media vuelta y me dirigí a Phao—. Adiós, mi querida amiga. Sin duda, no nos volveremos a encontrar, pero me ocuparé de que tengas un buen hogar en Hastor. Hablaré con el Señor de la Guerra antes de marcharme y él te enviará directamente a casa de mi madre.

Puso sus manos en mi hombro.

—Déjame ir contigo, Tan Hadron —rogó—, porque quizá en tu búsqueda de Tavia pases cerca de Jhama.

Entendí al instante lo que quería decir y me reproché haberme olvidado temporalmente de Nur An.

—Vendrás conmigo, Phao —dije— y mi primer deber será regresar a Jhama y rescatar a Nur An del viejo Phor Tak.

Sin dirigir otra mirada a Sanoma Tora salí con Phao de la cabina y tras unas palabras de despedida con el Señor de la Guerra subimos a bordo de mi nueva nave y nos dirigimos al oeste, en busca del *Jhama*, siendo despedidos amistosamente.

Al dejar de estar protegidos por la invisibilidad del compuesto de Phor Tak o por la pintura resistente al rayo desintegrador de Jahar nos vimos obligados a mantenernos alerta ante la presencia de naves enemigas; no me causaban temor si las avistábamos a tiempo, mi velocidad me permitiría distanciarme fácilmente.

Ajusté mi brújula de control del destino a Jhama y aceleré a fondo; ya había caído la rápida noche barsoomiana y el único ruido perceptible era el rumor del viento a nuestros costados que amortiguaba el casi silencioso ronquido de nuestro motor.

Por primera vez desde que la encontré de nuevo en el gineceo de la jeddara de Jahar, tuve 'ahora la oportunidad de hablar con Phao y empecé por pedirle que me explicara el abandono del *Jhama* después de que Tul Axtar nos desembarcó a Tavia y a mí en U-Gor.

—Fue un accidente que causó una ira espantosa a Tul Axtar —dijo—. Nos dirigíamos a Jahar cuando avistamos una de sus propias naves que nos recogió a bordo tan pronto como descubrieron la identidad del jeddak. Era de noche y en la confusión de la subida a bordo del navío de guerra jahariano Tul Axtar se olvidó momentáneamente del *Jhama*, que se habría alejado del navío más grande en el momento de abandonarlo nosotros. Estuvieron navegando de un lado a otro, buscándolo un buen rato, pero finalmente abandonaron la búsqueda y la nave se dirigió a Jahar.

Se había aclarado el milagro de la presencia del *Jhama* en lo alto de la cresta donde tan providencialmente lo encontré a tiempo para huir de los cazadores de U-Gor. Los vientos reinantes en esta parte de Barsoom soplan del noroeste en esa época del año. El *Jhama* había sido, simplemente, arrastrado por el viento y se quedó detenido en la cresta más alta de la cordillera.

También me contó Phao por qué Tul Axtar había raptado en principio a Sanoma Tora de Helium. Había tenido, durante algún tiempo, agentes secretos en Helium que le informaron que el mejor señuelo para atraer la flota de Helium a Jahar era secuestrar a alguna mujer de familia noble. Les dio instrucciones para que eligieran a una que fuera hermosa y ellos se decidieron por la hija de Tor Hatan.

—¿Pero, cómo esperaban atraerse a la flota de Helium hacia Jahar si no dejaron pista alguna sobre la identidad de los secuestradores de Sanoma Tora? —pregunté.

—No dejaron ninguna pista en aquel momento porque Tul Axtar no estaba preparado para recibir el ataque de Helium —explicó Phao—, pero ya había enviado a sus agentes para que dejaran caer alguna insinuación sobre el paradero de Sanoma Tora cuando John Carter se enterara por otras fuentes de la identidad de sus secuestradores.

—Así que todo salió como Tul Axtar lo había planeado —dije—, excepto el final.

Nos pasamos las horas conversando de vez en cuando y guardando largos silencios, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Sin duda, los de Phao eran una mezcla de confianza y temor, pero en los míos había poco espacio para la esperanza. Lo único agradable en perspectiva era rescatar a Nur An para reunirlo con Phao, después de lo cual les llevaría a cualquier país al que desearan ir y yo volvería a las inmediaciones de Jahar para proseguir mi desesperanzada búsqueda.

—Oí lo que le dijiste a Sanoma Tora en la cabina del buque insignia y me alegré mucho —dijo Phao tras un largo silencio.

—Dije tantas cosas... ¿A cuál te referes?

—Dijiste que amabas a Tavia —contestó la muchacha.

—No dije nada semejante —respondí con cierta sequedad porque casi odiaba aquella palabra.

—¡Vaya que sí! —insistió ella— Dijiste que amabas a una pequeña esclava y yo sé que amas a Tavia. Lo he visto en tus ojos.

—¡No has visto nada de eso! Estás enamorada y piensas que todo el mundo debe estarlo.

Ella se echó a reír.

—La amas y ella te ama.

—Sólo somos amigos, muy buenos amigos —insistí— y, además, sé que Tavia no me ama.

—¿Y cómo lo sabes?

—No hablemos más de ello —corté.

Pero, aunque no hablamos de ello en ello seguí pensando. Recordé que había dicho a Sanoma Tora que amaba a una pequeña esclava y sabía que pensaba en Tavia en aquel momento, pero creía que lo había dicho más por herir a Sanoma Tora que por cualquier otra razón. Intenté analizar mis propios sentimientos, pero finalmente lo dejé considerándolo una tontería. ¡Claro que no amaba a Tavia! No amaba a nadie, el amor no era para mí: Sanoma Tora lo había segado de mi pecho y, además, estaba igual de seguro de que Tavia no me amaba, de otro modo me lo hubiera demostrado y estaba plenamente convencido de que nunca había demostrado otro sentimiento hacia mí que el de la más profunda camaradería. Éramos, precisamente, lo que ella misma había dicho: camaradas de armas, nada más.

Todavía era de noche cuando divisé el resplandor del blanco palacio de Phor Tak que brillaba suavemente bajo la luz lunar allá lejos. A pesar de lo tardío de la hora había luz en algunas habitaciones. Yo confiaba en que todos estuvieran durmiendo, ya que el éxito de mis planes dependía de mi habilidad para colarme en el palacio sin ser visto. Sabía que Phor Tak nunca mantenía guardia nocturna, sabedor de que no necesitaba hacerlo en un lugar tan aislado.

Hice descender el aparato silenciosamente hasta dejarlo en la terraza del edificio donde Nur An y yo aterrizamos por primera vez; sabía que desde allí había un pasadizo que conducía al palacio situado debajo.

—Quédate aquí, a los mandos, Phao —musité—. Puede que Nur An y yo tengamos que venir a toda prisa, y debes estar preparada.

Inclinó la cabeza asintiendo y un instante después me había deslizado silenciosamente a la azotea y me acercaba a la puerta que conducía al interior.

Al detenerme en lo alto de la rampa en espiral palpé rápidamente para comprobar que cada arma estaba en su sitio. John Carter me había equipado completamente y de nuevo me encontraba luciendo el cuero y el metal de Helium, con un complemento total de armas, como corresponde a un luchador de Barsoom. Mi espada larga era del acero mejor templado; era una de las del propio John Carter. Llevaba, además, una espada corta y una daga y, de nuevo, la pesada pistola de radio a la cadera. Abrí la pistolera al empezar a bajar la rampa.

Oí una voz cuando llegaba al final. Venía de la dirección del laboratorio de Phor Tak, cuya puerta se abría al corredor situado al fondo de la rampa. Me deslicé lentamente hacia abajo. Podía reconocer la fina y alta voz de Phor Tak; la otra no era la de Nur An, pero me resultaba extrañamente familiar.

—... riquezas más allá de lo que puedas soñar —oí que decía el segundo hombre.

—No necesito riquezas —rió Phor Tak—. ¡Hola! Ahora tendré todas las riquezas del mundo.

—Necesitarás ayuda —oí que decía el otro en tono suplicante—. Puedo ayudarte, tendrás todas las naves de mi extensa flota.

Aquella observación me puso sobre aviso: "¡todas las naves de mi extensa flota!". No era posible y... sin embargo...

Probé la puerta suavemente. Ante mi sorpresa se abrió de golpe dejándome ver el interior de la habitación. Allí, debajo de una brillante luz, estaba Tul Axtar. A unos quince

metros de él estaba Phor Tak, de pie detrás de un banco en el que había montado un fusil de rayos desintegradores que apuntaba de lleno a Tul Axtar.

¿Dónde estaba Tavia? ¿Y Nur An? Quizá sólo este hombre supiera el paradero de Tavia... ¡y Phor Tak estaba a punto de destruirle! Con un grito de aviso salté al interior de la habitación. Tul Axtar y Phor Tak me miraron con la sorpresa plenamente reflejada en sus rostros.

—¡Hola! exclamó el anciano inventor— ¡Así es que has vuelto! ¡Bribón! ¡Ingrato! ¡Traidor! ¡Pero has vuelto para morir!

—¡Espera! —grité— Déjame hablar.

—¡Silencio! —gritó Phor Tak— Vas a ver cómo muere Tul Axar. Odiaba la idea de matarle sin que hubiera testigos, alguien que presenciara su agonía. Me vengaré en él, primero, y luego en ti.

—¡Detente! —grité al ver que tenía el dedo en el gatillo, presto para mandar a Tul Axtar al olvido, llevándose consigo el secreto del paradero de Tavia.

Saqué la pistola. Phor Tak hizo un repentino movimiento con las manos y desapareció. Se desvaneció como si sus propios rayos desintegradores le hubieran convertido en aire, pero yo sabía la razón: se había puesto el manto de invisibilidad y yo disparé al lugar donde le vi por última vez.

En aquel instante el suelo se abrió a mis pies y fui lanzado a la más absoluta oscuridad.

Sentí que me precipitaba por una superficie lisa que gradualmente se hizo horizontal y un instante después caí en una habitación tenuemente iluminada que sabía que tenía que estar en las mazmorras situadas debajo del palacio.

Tenía asida la pistola mientras caía y ahora, al ponerme de pie, la volví a su funda: por lo menos no estaba desarmado.

La escasa luz de la habitación, poco más que nada, venía, según descubrí, de un orificio de ventilación del techo y, aparte del pozo por el que había caído a la celda, era la única abertura en las paredes, el techo o el suelo. La ventilación tenía unos sesenta centímetros de diámetro y conducía directamente desde el centro del techo a la azotea del edificio, unos pisos más arriba. El extremo inferior del pozo estaba a algo más de medio metro de la punta de mis dedos con los brazos extendidos por encima de la cabeza. Por tanto, esta vía de escape era inutilizable, ¡pero, Dios, qué tentadora! Resultaba enloquecedor ver la luz del día y una vía abierta hacia el mundo exterior justo encima de mi cabeza y no poder alcanzarla. Me alegró que el sol, alto ya, alumbrara la escena, porque de haber caído aquí sumido en la oscuridad, mis tribulaciones hubieran sido infinitamente peores, y mi primer antepasado sabía que ya eran lo bastante malas. Dirigí mi atención a la tolva por la que había caído y comprobé que podía ascender por ella un trecho, pero repentinamente se hizo más pina y su superficie pulimentada hacía imposible la escalada.

Regresé a la mazmorra. Tenía que escapar de allí, ¿pero cómo? A medida que mis ojos se acostumbraban a la tenue luz vi esparcido por el suelo algo que mató mi última esperanza y me hizo sentir invadido por el horror: por todas partes, las losas de piedra estaban cubiertas con montones de huesos humanos blanqueados por las insaciables ratas. Sentí un temblor al pensar en la llegada de la noche. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que mis huesos fueran a reunirse con los demás?

Este pensamiento me puso frenético, no ya por mí mismo, sino por Tavia. Yo no podía morir, no debía morir. Tenía que vivir hasta que la encontrara.

Di rápidamente una vuelta a la habitación buscando alguna señal de esperanza, pero sólo encontré piedra burdamente trabajada embutida en hormigón blando.

¡Hormigón blando! La esperanza renació en mí ante este hallazgo. Podría retirar algunos bloques y colocarlos uno sobre otro para alcanzar fácilmente el respiradero que daba al tejado por encima de mi cabeza. Saqué la daga y empecé rascando y arrancando el hormigón de una de las piedras de la pared más próxima. Parecía una tarea lenta, pero,

en realidad, conseguí soltar la piedra en un plazo de tiempo increíblemente corto. El hormigón era de mala calidad y salía fácilmente en gruesos terrones. Al sacar el bloque, mi primer plan se desvaneció a la luz de lo que vi al otro lado: más allá de la abertura había un corredor al pie de una rampa en espiral ascendente y desde algún lugar por encima se filtraba la luz solar.

Sabía que si lograba retirar tres piedras más antes de que me descubrieran podría deslizarme por la abertura hasta el pasillo situado al otro lado; pueden creer que trabajé a toda velocidad.

Aflojé y saqué uno a uno los bloques y fue con una sensación exultante como me deslicé por la abertura al pasillo. Por encima de mí se alzaba la rampa en espiral. No sabía a dónde conducía, pero, por lo menos, era al exterior de las mazmorras. Subí con todo cuidado, pero sin vacilar. Tenía que tratar de llegar al laboratorio antes de que Phor Tak matara a Tul Axtar. Esta vez me aseguraría de vigilar al viejo inventor antes de entrar en la habitación. Rogué a todos mis antepasados que llegara a tiempo.

Las puertas que conducían desde la rampa a los distintos pisos del palacio estaban cerradas con llave, por lo que me vi obligado a subir a la azotea. Dio la casualidad de que el ala en la que me encontré estaba más o menos separada, por lo que al primer vistazo no localicé la forma de abrirme camino a ninguno de los tejados contiguos.

Mientras recorría el borde del edificio apresuradamente, buscando algún medio de descenso al tejado de abajo, vi algo en el inmediato que llamó mi atención al instante: era la pierna de un hombre que sobresalía por una ventana, como si hubiera lanzado una extremidad sobre el alféizar. Un momento después surgió un brazo y a continuación se hicieron visibles la cabeza y los hombros de un hombre al inclinarse al exterior. Extendió los brazos y vi que algo aparecía debajo de él que no estaba un instante antes: en ese momento alcancé a ver una muchacha que estaba tendida en el suelo unos centímetros más abajo y entonces vi que el hombre se deslizaba rápidamente por el alféizar, se dejaba caer y desaparecía. Todo lo que había ahora debajo de mí eran las losas de un patio.

Pero en este breve instante supe con exactitud lo que había visto: nada menos que a Tul Axtar alzar la escotilla del *Jhama*. Y a Tavia, tumbada en el suelo de la nave, atada, debajo de la escotilla. Y vi a Tul Axtar entrar en la aeronave y cerrar la escotilla sobre su cabeza.

Se tarda más en contarlo que lo que duró todo aquello; y se tarda más en contar lo que hice que el tiempo que tardé en hacerlo: al cerrarse la escotilla, salté.

## CAPÍTULO XVII - Encuentro de una princesa

Hubiera sido tan irrazonable asegurar que me di cuenta del resultado de mi acción al saltar al espacio sin nada visible entre mí y las losas del patio doce metros más abajo como lo hubiera sido dar por supuesto que actué sólo siguiendo un impulso irracional. Hay casos de urgencia en los que la mente trabaja con una celeridad inconcebible. Se reciben las percepciones, se hacen juicios y la razón establece una conclusión definida con tal rapidez que las tres acciones parecen simultáneas. Tal tuvo que ser el proceso en este caso.

Sabía que el estrecho pasillo del puente superior del *Jhama* tenía que estar en el espacio, aparente vacío, que se abría ante mí, por lo que salté justo en el momento en que se cerraba la escotilla. Ni que decir tiene que sé, como lo sabía entonces, que mi acción hubiera sido un atrevimiento peligroso y difícil de lograr incluso aunque hubiera podido ver el *Jhama* debajo de mí; pero, ahora, al mirar atrás, reconozco que no podía hacer otra cosa. Era mi oportunidad, la única, de salvar a Tavia de un destino peor que la muerte; era, quizá, mi última oportunidad de verla. Salté entonces y volvería a saltar ahora

en las mismas condiciones, aunque sabía que quizá no acertara con el *Jhama*, porque sé ahora, como sabía entonces, que prefería morir antes que perder a Tavia; aunque entonces no sabía por qué y ahora sí.

Pero no fallé. Caía de pie en el estrecho pasillo. Tul Axtar tuvo que advertir el impacto de mi peso contra el puente superior de la aeronave, porque pude sentir que el *Jhama* descendía un poco. Si duda se preguntaba qué había sucedido, aunque no creo que adivinara la verdad. Sin embargo, en contra de lo que yo esperaba, no abrió la escotilla, sino que debió lanzarse a los mandos instantáneamente porque casi al momento el *Jhama* se elevó rápidamente en ángulo agudo, lo que hizo difícil mi sujeción a la nave ya que el puente superior no estaba equipado con aros de correa. Sin embargo, conseguí sostenerme agarrado al borde delantero de la torreta.

Cuando Tul Axtar alcanzó la altitud suficiente y tomó el rumbo que le convenía empezó a volar a toda velocidad, de manera que pareció que el viento llegaría a arrastrarme y derribarme a tierra, allá muy abajo, a pesar de estar firmemente agarrado. Por fortuna soy fuerte (ningún otro podría haber sobrevivido a semejante trance), pero estaba totalmente desesperado, porque si Tul Axtar hubiera adivinado la verdad, le habría bastado con salir por la escotilla de popa para tenerme a su merced, ya que, aunque seguía teniendo mi pistola al cinto, no podía soltarme de mi asidero para usarla. Pero Tul Axtar no lo sabía, no cabe duda al respecto o, si estaba enterado, esperaba que la velocidad de la nave hubiera arrancado a quien quiera que pudiera haber caído sobre ella.

Estuve colgado allí breve rato antes de comprender que en su momento mi fuerza se debilitaría y que me soltaría. Tenía que hacer algo para rectificar esa situación. Había que salvar a Tavia y, puesto que nadie más que yo podía hacerlo, era necesario conservar la vida.

Sacando fuerzas de flaqueza conseguí arrastrarme un poco hacia delante hasta que quedé con el pecho apoyado en la torreta. Lentamente, centímetro a centímetro, conseguí avanzar arrastrándome. El tubo del periscopio estaba justo delante de mí. Si pudiera alcanzar el revestimiento con una mano estaría en condiciones de lograr mayor seguridad. El viento me batía despiadado, tratando de arrancarme de mi agarre. Busqué un apoyo mejor con el brazo izquierdo rodeando la torreta y luego alargué rápidamente el derecho y mis dedos se aferraron al revestimiento.

Después no me fue difícil pasar parte de mi correa por la parte delantera de la torreta. Ahora tenía una mano libre, pero nada más podía hacer hasta que la nave se detuviera.

¿Qué estaba pasando debajo de mí? ¿Podía Tavia estar segura, siquiera por corto tiempo, en poder de Tul Axtar? Este pensamiento me puso frenético. Pensaba en que había que detener el *Jhama* cuando, de repente, me iluminó una idea.

Con la mano libre desprendí el bolsillo de mi correa y arrastrándome un poco más me las arreglé para ponerlo sobre el *ojo* del periscopio.

Tul Axtar quedó cegado inmediatamente; no podía ver y no tardó mucho en reaccionar como yo esperaba: el *Jhama* fue perdiendo velocidad hasta que, finalmente, se paró.

Yo había estado tumbado parcialmente sobre la escotilla de proa, por lo que me hice a un lado y me situé frente a ella. Confiaba en que fuera ésta la que se abriría. Era la de Tul Axtar la que tenía más cerca. Aguardé y al mirar hacia delante vi que estaba abriendo las portillas. De esta forma podía ver y hacer navegar la aeronave y mi plan caía por tierra.

Me llevé un desengaño, pero no perdí la esperanza. Probé silenciosamente la escotilla delantera, pero estaba cerrada por dentro. Entonces me abrí camino rápida y silenciosamente hacia la de popa. Sin duda yo estaba perdido si se le ocurría poner en marcha el *Jhama* de nuevo a toda velocidad, pero pensé que no tenía más remedio que correr el riesgo. El *Jhama* estaba en marcha de nuevo cuando puse la mano en la cubierta de la escotilla. Esta vez no lo hice en silencio ni suavemente. Tiré con todas mis fuerzas y abrí la escotilla. No dudé una fracción de segundo y, mientras el *Jhama* se lanzaba de nuevo a toda velocidad, me introduje por la escotilla al interior de la nave.

Tul Axtar oyó el golpe al caer en el puente y se volvió abandonando un instante los mandos. Me reconoció de inmediato. Creo que nunca antes había visto yo una expresión tal, mezcla de asombro, odio y miedo, en un rostro tan convulso. Tavia estaba tendida a sus pies, tan inmóvil que temí que estuviera muerta y, entonces, Tul Axtar y yo sacamos nuestras armas, pero mi vida había sido más limpia que la de Tul Axtar y mi mente y músculos se coordinaron con mayor celeridad que los de alguien que había gastado sus energías en la disipación.

Disparé a bocajarro contra su podrido corazón y Tul Axtar, jeddak y tirano de Jahar, cayó cuan largo era en el puente inferior del *Jhama*. Estaba muerto.

Me puse de un salto al lado de Tavia y la puse boca arriba. La había atado, amordazado y, por alguna razón desconocida, también le había vendado los ojos, pero estaba viva. Casi lloré de alegría al descubrirlo. ¡Cómo me temblaban los dedos en mi ansia por liberarla! Pero fue cuestión de segundos; ya estaba en mis brazos que la apretaban contra mí.

Sé que mis lágrimas caían sobre su rostro, levantado hacia mí, mientras nuestros labios se unían fuertemente, pero no me avergüenza haber llorado. También Tavia lloraba mientras se aferraba a mí. Sentí cómo temblaba su cuerpo. Pensé en cuánto terror habría sentido, pero que nunca dejó que Tul Axtar lo advirtiera. Era la reacción propia, mezcla de alivio y alegría de lo sucedido en el momento en que su desesperación era más negra.

En aquel instante, cuando nuestros corazones latían al unísono y ella se acurrucó contra mí, supe la gran verdad. ¡Qué estúpido había sido! ¿Cómo pude pensar que mis sentimientos por Sanoma Tora eran amor? ¿Cómo pude creer que mi amor por Tavia era algo tan débil como simple amistad? La abracé con más fuerza, si ello era posible.

—¡Mi princesa! —musité.

En todo Barsoom estas dos palabras, dichas por un hombre a una doncella, tienen un significado peculiar e inalterable: ningún hombre habla así a una mujer, a menos que quiera estar a su lado de por vida.

—¡No, no! —sollozó Tavia— ¡Tómame, soy tuya, pero sólo soy una esclava! Tan Hadron de Hastor no puede emparejarse con una.

¡Incluso en semejante trance, ella seguía pensando en mi felicidad, no en la suya! ¡Qué distinta era de Sanoma Tora! Yo había arriesgado mi vida por ganar un trozo de porquería y había resultado premiado con una joya inapreciable.

La miré en los ojos, en aquellos hermosos pozos llenos de amor y comprensión.

—Te amo, Tavia —respondí—. Dime que tengo derecho a llamarte mi princesa.

—¿Aunque sea una esclava? —preguntó.

—¡Aunque fueras mil veces menos que una esclava! Ella suspiró y se apretó contra mí.

—¡Mi cacique! —musitó en voz bajísima.

Esa, en lo que se refiere a Tan Hadron de Hastor, es el fin de la historia. Ese instante marcado por el punto más alto que se puede esperar alcanzar, pero hay algo más que puede interesar a quienes han seguido mis aventuras hasta aquí, aventuras que me han llevado por la mitad del hemisferio sur de Barsoom.

Cuando Tavia y yo conseguimos separarnos, lo que no fue pronto, abrí la escotilla inferior y dejé caer el cuerpo de Tul Axtar a su última morada, en la yerma tierra allá abajo. Luego volvimos a *Jhama*, donde descubrimos que a primera hora de la mañana Nur An había salido a una de las azoteas del palacio donde le descubrió Phao.

Cuando Nur An supo que yo había entrado en el palacio justo antes de amanecer, se asustó y organizó mi búsqueda. No conocía la llegada de Tul Axtar y pensó que el jeddak tenía que haber llegado después de que él se retirara a dormir; tampoco sabía lo cerca que había estado Tavia, atada en el suelo, a bordo del *Jhama*, junto a la pared del palacio.

Su búsqueda en el palacio, sin embargo, le reveló el hecho de que faltaba Phor Tak. Reunió a sus esclavos y realizaron una búsqueda minuciosa, pero sin encontrar señal alguna de él.

Entonces se me ocurrió que podría solucionar la pregunta de dónde se encontraba el viejo científico.

—Ven conmigo —dije a Nur An—. Quizá yo encuentre a Phor Tak para ti.

Le conduje al laboratorio.

—No vale la pena buscar ahí —dijo—, porque ya hemos mirado cien veces hoy. Podrás ver de una ojeada que el laboratorio está vacío.

—Espera —le advertí— y no corramos tanto. Ven conmigo: quizá pueda descubrir el paradero de Phor Tak.

Se encogió de hombros y me siguió al enorme laboratorio. Me dirigí al banco en el que estaba montado el fusil desintegrador. Justo detrás del banco, mi pie chocó con algo que no veía, pero que de algún modo esperaba que estuviera allí; al inclinarme palpé una horma humana debajo de una cubierta de tela suave.

Mis dedos se cerraron sobre el tejido invisible y lo apartaron. Allí, en el suelo, delante de nosotros, estaba el cadáver de Phor Tak, con un orificio de bala en el centro del pecho.

—¡En el nombre de Issus! —gritó Nur An— ¿Quién hizo esto?

—Yo —respondí y le conté cuanto había sucedido en el laboratorio la noche anterior.

Miró en tomo apresurado.

—¡Cúbrelo, rápido! —dijo— Los esclavos no deben saberlo. Nos destrozarían. Salgamos de aquí rápidamente.

Cubrí de nuevo el cuerpo de Phor Tak con el manto de la invisibilidad.

—Tengo algo que hacer aquí antes de que nos vayamos —respondí.

—¿Hacer qué? —preguntó.

—Ayúdame a recoger todos los fusiles y proyectiles de rayos desintegradores. Amontonémoslos al extremo de la habitación. —¿Qué pretendes?

—Voy a salvar al mundo, Nur An —dije.

Puso manos a la obra y me ayudó y una vez que hubimos formado una pila en el extremo más lejano del laboratorio elegí un proyectil y volví al fusil montado en el banco, en el que lo introduje, cerré la recámara y dirigí el cañón del arma al aterrador montón de muerte y desastre.

Oprimí el gatillo entonces y todo lo que quedó en Jhama del peligroso invento de Phor Tak se desvaneció en el aire, con excepción de un sólo fusil para el que no quedaban municiones. Con ello se fue su modelo de Muerte Voladora y con él se perdió su secreto.

Nur An me dijo que los esclavos sospechaban de nosotros y, como ya no había razón para seguir arriesgándonos, embarcamos en la aeronave que John Carter me había entregado y pusimos rumbo a Helium remolcando el *Jhama*.

Alcanzamos la flota poco antes de alcanzar las Ciudades Gemelas del Gran Helium y el Pequeño Helium, y en el puente del buque insignia de John Carter recibimos la bienvenida acompañada de una gran ovación. Poco después sucedió uno de los incidentes más extraordinarios y dramáticos vividos por mí. Estábamos celebrando una especie de reunión informal en el puente delantero del gran acorazado. Los oficiales y los miembros de la nobleza avanzaban para ser presentados y eran numerosos *los ojos* apreciativos que admiraban a Tavia.

Había llegado el turno del dwar Kal Tavan, que había sido esclavo en el palacio de Tor Hatan. Al situarse delante de Tavia vi la sorpresa reflejada en sus *ojos*.

—¿Te llamas Tavia? —repitió al serle presentada.

—Sí —dijo ella— y tú Tavan. Nuestros nombres son parecidos. —No necesito preguntar de qué país eres —dijo—, porque eres Tavia de Tjanath.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la muchacha.

—Porque eres mi hija —contestó él—. Tavia es el nombre que te puso tu madre. Te pareces a ella. Sólo por eso te hubiera reconocido como mi hija en cualquier lugar.

La abrazó suavemente y vi que había lágrimas en sus ojos y en los de ella cuando la besó en la frente. Luego se volvió hacia mí.

—Me han dicho que el bravo Ton Hadron de Hastor ha decidido emparejarse con una esclava —dijo—, pero eso no es cierto. Tu princesa lo es, en verdad; es la nieta de un jed. Podría haber sido la hija de un jed si yo hubiera permanecido en Tjanath.

¡Qué tortuosos son los senderos de la suerte! ¡Qué extraños e inesperados los destinos a los que conducen! Yo había emprendido la marcha por uno de esos senderos con la intención de casarme con Sanoma Tora al final. Sanoma Tora se había fijado en otro con la esperanza de contraer matrimonio con un jeddak. Al final de su sendero sólo encontró ignominia y desgracia. Yo, al final del mío, encontré una princesa.

**FIN**